

J. M. BRICEÑO GUERRERO

ANFISBENA CULEBRA CIEGA

A

Despídete. Apenas hay tiempo. Aprovéchalo. No pienses que te apremian demasiado. A pesar de todo, las autoridades han sido benévolas contigo. La orden de expulsión, aunque perentoria, no ha sido de efecto instantáneo. Piensa que otros se han visto forzados a partir sin darse cuenta siquiera de lo que estaba ocurriendo.

Así, sentado en la sala de espera, puedes conversar contigo mismo mientras la nave calienta los motores y la tripulación se apresta. Confórmate con eso. Además, no te gustan las escenas de despedida. Los guardias armados te protegen de llantos, buenos deseos formulados con rostros tristes y alegría secreta, hipócritas pañuelos. Ojalá se vaya pronto, tengo mucho trabajo, estoy dejando de ganar, a quién busco ahora para sustituir a éste, después de todo bien merecido se lo tiene, fue imprudente, al venir aquí me comprometo, puedo caer en sospechas, ¿y si se me pega la mala suerte?, tal vez me dé un regalo, ojalá no se le ocurra encargarme algo difícil de hacer, ahora se me abren los caminos, acaparaba muchas cosas, viva la libertad.

Hay otros esperando, cada uno solemne en su sillón de aeropuerto. No te está prohibido hablar con ellos. Podrías matar la breve espera con habladerías sobre trivialidades y vanas conjeturas. Pero no lo harás; eres de los que quieren comprender. Despídete en tu interior. No te han quitado la memoria, ni la imaginación, ni los deseos, ni la acuciosa y acuciante palabra; todo lo demás sí -saldrá como nació- ya es mucho que te hayan dejado ese uniforme verde oliva jaspeado, esa vieja faja de cuero, esas botas sucias, esa arrugada gorra de guerrillero. De tantos te separas, dejas tantas cosas. Despídete solo en el secreto de tu soledad.

B

A veces me siento interpelado desde una dimensión más alta que las voces audibles. Alguien me llama, me obliga a dar explicaciones, me instruye, me aconseja. Pero, ¿cómo sé yo que soy el interpelado y no otro? Tal vez se trata de mensajes no dirigidos a mí. ¿Quién soy yo? No por el nombre sólo me conozco; otros se llaman o podrían llamarse como yo. Ni por características del cuerpo o del alma; todas se encuentran por ahí repartidas en porciones desiguales y no es un juego de cantidades mi esencia.

Tampoco me conozco por una forma permanente -genio y figura hasta la sepultura- todo eso es tan cambiante. Sólo el acostumbamiento a una manera de ser, reforzada por la mirada de los otros y el apego a un oficio, puede crear y mantener tal ilusión de identidad.

¿Quién soy yo? Recurro a la memoria. La consciencia de individualidad, el dolor de separación, la convicción de ser alguien, esas tres cosas -tres en apariencia, pero una sola en el fondo- aparecieron en mí tardíamente como sentimiento angustioso de inseguridad. Pero no de inseguridad ante peligros como enfermedades, ladrones, fantasmas, monstruos, ofensas, desprecios, miseria, esclavitud; sino de inseguridad en el conocimiento. Erré, creí saber y me equivoqué.

Antes de eso mi vida fue tornátil, leve y vagarosa como las nubes nacaradas de ciertos amaneceres. Una placidez impersonal presidía todos los cambios; los estados de ánimo se interpenetraban fácilmente, se convertían los unos en los otros a través de incruentas transformaciones en un juego hecho de matices de luz. Detrás de la apariencia no había nada; todo era superficie, brillo de sol, vano devaneo del color.

Después de eso mi vida fue doble, torpe, preñada de tormentas secretas, de enfoscadas renuencias, como esos nubarrones que el vendaval arrastra sin lograr forzarlos a declararse en temporal. Una consciencia desapegada presidía todos los actos; detrás de los compromisos había alguien que no se comprometía; dentro de las promesas y juramentos había reservas irreductibles. Todavía espero, desolado, que reventen centellas.

Antes de eso, casi que no era mi vida, sino la vida; mi vida, la que puedo llamar mía porque mía la siento, comenzó al aproximarse la edad viril. Se manifestó de manera paulatina. Casi imperceptible en un principio, arreció de golpe para gobernar en plenitud con un imperio esquivo, huidizo, sin símbolos ni ceremonias, pero omnipresente.

Me habían enseñado doctrinas sobre Dios, el origen del mundo, el sentido de la vida, la misión del hombre sobre la tierra, los derechos y deberes, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, la muerte y el más allá, los ideales, la patria, las virtudes, la felicidad. Yo las había aprendido ingenuamente como conocimientos, y resultó que no eran conocimientos sino creencias. Creencias cuya fuerza y valor dependían de que fueran creídas. Fuerza y valor no despreciables, pues eran fundamento y gobierno de la vida colectiva, de la conducta de comunidades pequeñas dentro de la gran sociedad, y del comportamiento individual. Pero yo esperaba y deseaba que fueran conocimientos firmes, al abrigo de toda duda, independientes de la adhesión

que se les prestara por medio de la creencia, válidos para todos los hombres. Y resultó que eran diferentes en diferentes países, en diferentes épocas, y que aun en el mismo país y en la misma época presentaban variantes contradictorias y antagónicas. Es más, aun en una misma persona, no se presentaban de manera unitaria ni eran siempre coherentes. Peor todavía, descubrí que podían coexistir doctrinas diversas formando estratos y que los interesados pasaban alegremente del uno al otro según sus necesidades prácticas, sin sentir molestia lógica alguna. No niego la utilidad ocasional de tal estado de cosas, pero yo esperaba y deseaba la certidumbre de lo verdadero.

¿Me equivoqué en redondo?

Si lo verdadero dependía de mi creencia entonces no era firme, no era lo verdadero. No pude aceptar que el hombre fuera la medida de todas las cosas. Cuando más, sería la medida de todas las cosas suyas, de las cosas hechas por él, pero era evidente para mí que el mundo hecho por el hombre anidaba en un mundo mayor, independiente de su juicio, y se construía con materiales dados, recursos formales dados, fuerzas dadas, desde un centro de consciencia dado que ignoraba su origen. A menos que el hombre fuera Dios mismo, un Dios caído en la amnesia y la fragmentación, o desde siempre ignorante y en pedazos. ¿Podría ser Dios en tal caso?

Por otra parte, yo vivía entre hombres, en el mundo donde el hombre es la medida de todas las cosas. De no ser así, no sobreviviría. Mi supervivencia proclamaba cotidianamente mi participación y dependencia.

Desgarrado por estas reflexiones, presa del sentimiento angustioso de inseguridad en el conocimiento -pues podía poner en tela de juicio incluso el agradecimiento, lo justo, lo conveniente como resultado de un condicionamiento discutible-, me vi en la encrucijada de cuatro conductas.

Fingir creer para compartir el mundo de mis congéneres. En fin de cuentas, la aculturación y la socialización son actos teatrales consistentes en la adopción de roles. Luego se consolidan y afirman. Pero si yo mantenía el fingimiento a plazo indefinido, no sería más que un vil parásito, siempre externo, indigno incluso del destino de Rut. Tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios.

Forzarme a creer. Hay vocaciones espontáneas y vocaciones hechas a mano, a pulso. Alguien llega irresponsablemente a un oficio que no le gusta; pero puede con dedicación y buena voluntad llegar a practicarlo con eficiencia y amarlo. Yo había llegado involuntariamente a un sistema de creencias, es decir, a una cultura y había encontrado que no tenía fundamento infrangible ¿por qué no tratar de apegarme a él, de afirmarme en su inmanencia hasta el punto de sentirlo incontrovertible? Me dio vergüenza. Sería aceptar una derrota antes de haber peleado. Mi general, Rondón no ha peleado.

Convencer para convencerme. Si logro que otros crean algo, terminaré por creerlo yo también. Empezar una guerra santa, sumarme a un credo combatiente. No otra cosa hacen muchos, inconscientemente, hasta que la victoria los bendice con la fe. Pero ¿no es eso una forma épica de renunciar a mí mismo, de evadirme? Paradójicamente, buscaría, mediante el combate, huir del combate.

Suspender el juicio y la participación en todo. Dedicarme exclusivamente a la búsqueda de la verdad inconcusa hasta encontrarla o hasta convencerme de que no existe o de que es imposible encontrarla. Diseñar una moral interina de corte cartesiano, arriesgarme al infausto destino de Fausto. Pero, ¿no andaba yo en eso ya de alguna manera?

La encrucijada resultó ser un pequeño laberinto que me traía siempre al mismo sitio, a mí mismo, a la consciencia de individualidad, al dolor de separación, a la desolación de ser en lo incierto.

Si una voz, desde más allá de las voces audibles, me interpela a mí y no a otro, es porque se dirige a este sentimiento angustioso de inseguridad ante el conocimiento, es porque se dirige a esta perplejidad que me define.

¿Me siento interpelado yo en estos términos? ¿Es a mí a quien se habla desde una dimensión más alta? ¿Qué se me exige?

A

Divagas. ¿Crees acaso que estás en un lecho de rosas? Te define, dices, la incertidumbre del conocimiento. Sé a qué conocimiento te refieres. Es cierto en parte; pero te definen también, y con mayor fuerza, las decisiones que has tomado, las relaciones peligrosas que has establecido, los compromisos irresponsables que te han conducido a esta sala de espera.

Como los ancianos lúbricos a quienes sólo quedan los ojos y los malos pensamientos, un poquito y no me veréis, mira por última vez el mundo que abandonas, míralo bien ahora, si antes no lo habías contemplado, y despídete, amistosamente si es posible.

No puedes remediar la derrota. Consuélate explicándola. Reconoce y entiende tus errores y errancias; más que la incertidumbre te define el error. Y que esa última herida, ya atendida por cirujanos y enfermeras, te sirva para recordar también los momentos de loca exaltación que te convirtieron en actor involuntario de ambiguas empresas guerreras, en ese mundo tan maldecido y tan amado cuyos caminos se han cerrado ya todos a la acción, pero no a la memoria.

Despídete de todos esos rostros, escenarios y paisajes ahora fantasmales. Entrégales la vitalidad de tu sangre todavía agitada. Tal vez floten con fuerza durante algún tiempo, y tú con ellos, antes de que el viento de la tarde los disperse en el desierto.

4

Debo haberte conocido hace mucho tiempo, en esa región de mi vida donde no penetran los recuerdos, en la niñez temprana o, quién sabe si antes del nacimiento, porque cuando te vi por vez primera ya me eras familiar. Familiar me resultó también el primer dulce dolor de tu presencia y tan bello que lo viví como si lo estuviera recordando.

Sin embargo, tardé muchos años en comprender que eras la misma y uno solo el dolor cuando, después de morirte tú por tu cuenta o después de haberte yo matado, renacías en formas muy diversas.

Mucho tardé también en reconocer el mismo tierno empeño, por parte mía, ante tus diversas apariciones, la insistencia en buscar y lograr enlace definitivo, el temor a la deslealtad en ti y en mí, la impaciente anticipación del clímax pasional, el placer agradecido, el mismo impulso condenado a la pena del rechazo y la frustración o a la vacuidad del tedio. No reconocía la repetición porque me seducían y cautivaban tus disfraces.

Pero el ardor de mi interés en ti no cesa porque busca tu arcano, tu último secreto. Déjame mitigar mi fuego en el oculto frío de tus fantasmas, para que no me queme mientras logro encontrarte de verdad, enigmática diosa anterior al recuerdo.

5

Fue a los siete años. Fue en la Ciudad de Nutrias. Se llamaba Elisa. Hija del médico francés que vivió con su familia y trabajó allí algunos años. Aunque la escuela de varones y la de hembras estaban separadas, yo conocía niñas: mis hermanas y sus amiguitas; jugaba y peleaba con ellas normalmente. Pero Elisa fue diferente. Cuando vino a mi casa de visita por primera vez, yo me escondí entre las ramas de un totumo mientras todos los demás niños jugaban en el patio, y permanecí escondido aun cuando repartieron la merienda. De vez en cuando separaba las hojas para mirarla: era como un trompo cuando se baila en la uña; era como una chupita cuando se detiene en vuelo, el pico en una flor, con las alas casi invisibles, vibrando; era como la palmeta del maestro un segundo antes de llegar a la palma de la mano. Tenía dos clinejas largas y ojos muy grandes.

Cuando yo fui a su casa de visita por primera vez con toda mi familia, a los niños nos dieron permiso para hojear grandes libros de anatomía con ilustraciones a color en casi todas las páginas. Yo no alcé los ojos ni una sola vez para mirarla, me concentré en las láminas tan parecidas a las carnes de la pesa. Me sentí como en la misa cuando tocan la aguda campanilla en el momento más solemne y toda la feligresía se persigna y se arrodilla ante el Santísimo con la cabeza baja mirando el suelo o cerrando los ojos. Me sentí como cuando van a entregar la boleta de calificaciones al fin de la semana. Me sentí como cuando, en los novenarios, voces de soprano cantan las letanías. *Turris eburnea, stella matutina, virgo potens, virgo veneranda, virgo praedicanda, ianua caeli. Für Elise.* No voyas a misa Elisa porque el sacristán.

Al día siguiente, lunes por la mañana, en la escuela no puse atención a la clase. Escribí en mi cuaderno muchas veces Elisa, Asile, Liesa, Elasi, Siale, Selia, Alesi, Silea, Lasie, Salei, Ilesa, Ilase, Isael, Iseal, Leisa, Lisea, Alise, Eisal, Eilas, Aisle, Aesil, Ailes, Isela, Isale, Lesia, Laise, Ileas, Elais.

En esa magia estaba cuando el hermano de ella, mayor que yo, sentado a mi lado, se dio cuenta de mi juego y se encolerizó. Con el nombre de mi hermana no se juega. Me rompió el cuaderno y me reventó la boca de un pescozón. Oscuramente comprendí que era castigado con razón: había incurrido en una profanación. No me defendí, no me importó pasar por cobarde, ni protesté cuando el maestro nos arrodilló a los dos por igual con la cara para la pared. Esperé que el sabor de la sangre me redimiera.

Por la tarde, escribí en lo que me quedaba del cuaderno roto melissa, eleison, delicia, selasi, asilo, alicia, luisa, elizabet, sílaba, alísame la camisa, la misa, la misia, isolda, salesiano, alesia, saldado, saldaña, elisondo, hélice, isilio, silicio, alida, lutecia, isabel, cálida, elisia, elisea, elíxir, elisana, exilio.

A dos leguas de Nutrias, llano adentro, dos muchachos estaban bajando corozos cuando vieron un resplandor deslumbrante y en el medio del resplandor una niña. Bajaron la cabeza, cerraron los ojos y se los frotaron; cuando volvieron a mirar, la niña deslumbrante había desaparecido. En Fátima dos pastorcillos. En Lourdes. En Guanare. Cerca de Acarigua. Entre Barquisimeto y Quíbor, en un lugar donde se espantan las mulas y donde se encuentran olicores en Semana Santa, dos niños, en los tiempos de Cipriano Castro, vieron una zarza que ardía sin quemarse y una voz de niña les dijo que cuando estuvieran grandes fueran a la montaña sagrada de Sorte. A cazar va el caballero, a cazar como solía; los perros lleva cansados, el falcón perdido había, arimárase a un roble, alto es a maravilla. En una rama más alta viera estar una infantina; cabellos de su cabeza todo el roble cobrían. La Pietà, una niña, sostiene en sus débiles brazos el cadáver de su nieto, muerto a los treintitrés años. Moisés descálzate, pisas tierra sagrada. Me llamo Soyquiensoy, nadie puede verme y no morir. Yo te vi pero de lejos, Elisa, de cerca desvié la mirada ¿me libraré del destino de Semele? No te espantes caballero, ni tengas tamaña grima.

No pronunciarás ni escribirás su Santo Nombre en vano. Las consecuencias son siempre inevitables, graves, impredecibles. Más aun si permutas los fonemas y grafemas, y aun más si agregas otros para disimular. Pero ten valor, atrévete: el Reino de los Cielos se hace fuerte y sólo los violentos lo arrebatan. No mueras de prudencia.

Yo pronuncié tu nombre, Elisa, y lo escribí, y permuté sus letras, y lo contaminé con otras, disimulando. ¿Podrás perdonarme? No entré en el Reino de los Cielos y sí me han ocurrido cosas graves que no podía predecir.

Ciertamente tu nombre ya estaba escondido en muchos otros nombres; yo no hice más que descubrirlo, y no me fue difícil porque esplendía. Esplendía tanto que podía iluminar todas las palabras. Pero, ¿es ése en verdad tu nombre o es un nombre postizo para esconder un nombre prohibido? ¿Son todos los nombres variantes de tu nombre prohibido, florescencia de nombre impronunciable?

Inventé también ciertamente; pero recomponiendo elementos ya dados. ¿Hay culpa en activar una combinatoria potencial? En todo caso, ¿por qué me puse a eso? Esperéisme vos, señora, hasta mañana aquel día, iré yo tomar consejo de una madre que tenía.

Cierta incertidumbre revoloteaba en torno a la primera, majestuosa eclosión de tu presencia, Elisa, y me desviaba hacia sombras confusas. Derecho, culpa, castigo, interrogación. Rosa estás enferma; el gusano invisible que vuela en la noche, en la rugiente tempestad, ha encontrado tu cama de quermes y su amor secreto destruye tu vida. ¿Puedo transmutar en comprensión el sufrimiento de la duda o es estéril todo sufrimiento? ¡Oh mal haya el caballero que sola deja la niña!

6

Fue a los siete años. Fue en la Ciudad de Nutrias. Yo estaba sentado en el poyo de la ventana y miraba distraídamente hacia afuera. Algo me llamó la atención: uno de los sacos de café que habían descargado de un arreo de mulas en la acera de enfrente, pareció crecer bruscamente y decrecer con igual rapidez. Miré atentamente. El saco tenía su tamaño normal. Me distraje de nuevo. El saco volvió a crecer y decrecer bruscamente; no me dio tiempo de comprender lo que pasaba. Me hice el distraído manteniéndome atento. La tercera vez lo vi: Era un muchacho, agachado detrás del saco, que se paraba y se volvía a agachar. Cuando se dio cuenta de que yo lo había visto se rio, se puso los pulgares en las orejas con las palmas de las manos hacia adelante y agitó los dedos mientras sacaba la lengua. Luego se fue. Al otro día lo volví a ver: pasó frente a la ventana y me preguntó ¿Cómo está San Felipe? sin esperar respuesta. Eso era porque cuando uno se queda distraído o ido o lelo dicen que está mirando para San Felipe. Algunos días después se detuvo y sin preámbulos me regaló una correa de hombre: un cinturón de cuero recién hecho, con hebilla y todo. Yo sentí que debía regalarle algo a mi vez y le di mi reloj de bolsillo, el reloj que me había hecho famoso y solicitado en la escuela.

En la escuela no había reloj, ni el maestro tenía uno propio. Por la mañana tocaba una campana que se oía en todo el pueblo, pero nosotros ya habíamos llegado o estábamos llegando; a mediodía se paraba en el patio y, según la sombra que él mismo proyectaba, decidía si era hora de soltarnos; por la tarde miraba el sol poniente por la ventana con la mano en la frente como visera, después de un rato lo volvía a mirar y al fin decía: Hasta mañana a las ocho en punto. Es comprensible que mi reloj de bolsillo -obsequio de cumpleaños- haya hecho sensación. Los compañeros me preguntaban con frecuencia ¿Qué hora es? y hasta el maestro me lo pidió prestado una vez para enseñar a leer la hora. Yo mismo no sabía leerla hasta entonces y respondía, después de mirar atentamente el círculo dividido en doce partes iguales, lo primero que se me ocurría. En la casa, cuando los mayores me preguntaban la hora, yo decía dónde estaba la aguja chiquita y dónde la grande. El maestro nos enseñó en una sola sesión y todos aprendimos.

Quiso haber problemas en la casa pero mi papá los evitó. ¿Dónde está su reloj de bolsillo que no se ha vuelto a ver por ninguna parte? El reloj era de él, yo se lo di; podía hacer con él lo que quisiera, hasta perderlo. ¿De dónde sacó esa correa? ¿Quién se la dio y por qué? A veces los relojes se transforman en correas.

Todavía la tengo después de tantos años, la llevo puesta mientras espero la partida en este aeropuerto; la usé mientras huía por los montes y mientras atacaba. Antes de la adolescencia nunca me la puse porque me quedaba muy grande, pero nunca la perdí. Tampoco la usé mientras viví en ciudades porque no era para ropa de ciudad, pero la conservé como un tesoro: me enseñó el significado de la palabra símbolo y de la palabra fetiche.

El muchacho se llamaba Andrés. Era mayor que yo, era del Puerto de Nutrias y me enseñó la palabra amigo. Unico entre todos, dijo Enkidu a Gilgamesh, te dio a luz la vaca salvaje de las dehesas, Nisún, la divina; y Enlil te ha concedido realeza sobre el género humano. Jonatán dijo a David: No temas, no te alcanzará la mano de mi padre. Entonces Glauco y Diomedes se aparearon; el Cronida quitó a Glauco el cálculo racional y Glauco, en señal de amistad, cambió su armadura de oro evaluada en cien bueyes contra la de Diomedes que era de bronce y valía nueve bueyes. Nos apartábamos de los compañeros para conversar tú, Aquiles, y yo, solos.

La nuca de Demián olía a jabón. ¿Qué horas son? Las que dio el ratón. ¿Qué horas serán? Las que dio Terán. ¿Qué hora es? La vieja Inés.

7

Era de noche. Era en el Puerto. Era en la casa de Andrés, tiempo después de conocerlo. Los mayores hablaban en la sala ante una lámpara de carburo. Los niños jugaban ¿Podré? en el patio bajo la luna llena; Andrés y yo jugábamos un extraño juego con la criada en el corredor interior. La muchacha que estaban criando en esa casa era mucho mayor que nosotros, era morena, regordeta, tenía el pelo muy ensortijado, olía a cilantro y hierbabuena, se llamaba Zoila, estaba sentada en una silleta entre la puerta que daba a la sala y una mesa donde alumbraba una lámpara de kerosén. El extraño juego era así: Andrés y yo nos montábamos por turno a caballo sobre sus piernas y le hacíamos cosquillas en los costados y en los grandes senos; ella se reía mucho con una risita parecida al relincho de una yegua enana, si la hubiera, y nos empujaba hasta que lograba derribarnos; como tenía que protegerse los costados con los brazos y los senos con las manos al mismo tiempo que nos empujaba, podíamos prolongar la cabalgata. Cuando fue mi turno por tercera vez, sentí un encarnizamiento y un bochorno, mis dedos se deslizaban se clavaban apretaban fieramente, me mantenía a caballo con vehemencia. Cuando caí al suelo boca arriba jadeaba penosamente y creí ver en el pecho de Zoila la imagen de Elisa, leve ave evanescente. En eso nos llamó la madre de Andrés y, con dulzura, nos mandó a jugar al patio. Claro, desde la sala se veían sobre el suelo del corredor las sombras de los sañosos jinetillos y se oía el pequeño relincho de yegua enana junto con los jadeos.

No pudimos incorporarnos al juego de ¿Podré? ya empezado y nos sentamos en el suelo a mirar. Su majestad ordena, yo oigo y obedezco. Arrodílese el súbdito. ¿Podré? Sí, puede Ud. Ya estoy arrodillado, Majestad, y ahora ¿qué hago? Ponga la frente en el polvo. ¿Podré? Sí, puede Ud. En las pausas casi se oía el gran río y casi no se oía. Era un ruido sordo que tendía a convertirse en telón acústico de fondo y a desaparecer. También, a la vista, cuando no había creciente, casi corría y casi no corría, tan manso como un lago. Canoas lo cortaban impunemente y bongos y lanchas y, en ocasiones privilegiadas, el gran barco extranjero, gran espectáculo generador de agitación y fiestas. Del agua mansa libre Dios, un caimán mordió a una lavandera por una pierna y se la llevó, un hombre valiente se echó al agua nadó hasta el caimán lo montó y le clavó un puñal en el codillo, salvó a la mujer pero no pudo impedir que perdiera la pierna. La tuca Goya. Dos hombres peleaban a

cuchillo, uno logró herir levemente al otro y le propuso que siguieran peleando del otro lado para no molestar a los del pueblo, se lanzan al río para pasarlo a nado, los caribes se comieron en segundos al herido. Qué bobo, qué vivo. Ya tengo la frente en el polvo, Majestad, y ahora ¿qué hago? Levántese. ¿Podré? Sí, puede Ud. De la calle del pueblo se bajaba al río por una cuesta muy empinada. Cuando la bajé por primera vez me aterroricé, los pasos se me aceleraban involuntariamente, iba a caer de seguro entre caimanes y caribes, preferí caer adrede hacia atrás y bajar arrastrándome. Era la única cuesta en esa llanura tan plana. Los pescadores sí sabían bajarla con mesura, y con mesura la volvían a subir cargados de peces todavía palpitantes.

Pero cuando había creciente y amenazaba inundación sí se veía y sí se oía la corriente del río. Se oía como un mugido de ésos que la vaca profiere sin abrir la boca, pero prolongado, interminable, lejano; como si el río mismo fuera el bramido de la Cordillera Andina, vaca, llamando a su becerro perdido en el remoto océano. Ya estoy parado, Majestad, y ahora ¿qué hago? Corra como un becerro perdido. ¿Podré? Sí, puede Ud. Se veía, porque hacía fugaces remolinos corriendo río abajo, porque tenía colores diversos, tierra negra, tierra roja, tierra marrón acompañándose interpenetrándose sucediéndose y porque arrastraba tablas, cofres, pedazos de techo, ruedas de carreta, reses muertas; una vez la vi arrastrar un árbol gigantesco, entero, con raíces y todo. Tengo frío. Arrótese con la cobija de su tío y se tira al río. ¿En qué piensas? En el río. ¿Sabes la oración mágica para que el río no se lo lleve a uno? No. Río, río qué crecido estás yo no me meto y tú no me llevás. El bochorno, la primera creciente de un bramido lejano. Bramido de toro. Muy poderoso el toro. Buscando al becerro perdido. Intentando sacar de sí al becerro perdido, él mismo perdido en sí mismo. Perdido en mí. Intentando recuperarse. Encarnizamiento, encarnación. Don Tranquilo. Ganga. Eufrates. Nilo. Ríos de llanura, Puerto Rico no es tan rico como me lo han ponderao, ni Palma Sola tan sola, ni Apure tan apurao. Darío se fue pal río sin permiso e don Darío.

El enardecimiento del jinetillo insinuó una sospecha premonitoria; pero tú no conocías entonces los ríos profundos de tu sangre -ni aun ahora los conoces bien, a menos que la pasión sea una forma de conocimiento. Estás perplejo sentado en el suelo de ese patio mirando el juego. El rey, pálido bajo la luna llena, se endereza la corona de papel y empuña el cetro de escoba. Pueda Ud. No sabes que a la edad de trece años irás de vacaciones a la casa de tu tío en gran ciudad de pequeño río. Allí conocerás a tu prima Tahit, ya señorita casadera. Ella te mirará con simpatía. Tú estarás fascinado por su belleza. Una tarde mientras ella barre, solos en la casa, tú sentirás un bochorno rojo que te nublará la vista, correrás hacia ella como loco y la abrazarás por la cintura con violencia, tu cabeza de niño entre sus senos de doncella. Ella te acariciará la cabeza y la espalda como los que amansan cunagueros. La hieródula acogió el ardor de Enkidu y las bestias salvajes huyeron de él. Te acariciará la cabeza y la espalda y te dirá: No puede ser; primero debes hacerte hombre; años de estudio, noviazgo, matrimonio, familia. Te harás hombre, la buscarás pero ella estará casada con otro y más nunca la verás. Una doncella vio a mí, una filla hermosa, de mi chiquez yo la adoré, mas que ella no a mí; una tarde que estábamos asentados le dije yo por qué mi flor me muero de amor; se sonrió y me miró y en sus brazos me tomó me dijo así y con dolor sos chico para amor; me engrandecí y la busqué, otro tomó y la perdí, mas yo no la olvidí. No sabes nada, estás perplejo, pensando en el río y mirando el juego estúpidamente. Levántate y dale un beso en la mano a todas las muchachas una por una. ¿Podré? Pueda Ud. Perdiste. El pueda Ud. vale para levantarse, nada más; había que pedir permiso para cada beso. Penitencia: quedarse de rodillas inmóvil besando una mano imaginaria. Que venga otro súbdito a la presencia del Rey. Las estrellas esconden la cara cuando sale la luna llena y brilla sobre toda la tierra, hay quienes pueden leer con luz de luna.

8

Del gran barco generador de fiestas, teorema grande, gran tauma, del gran barco bajaban sillas de esterilla, cobijas de aguantar agua, rojas por un lado, azules por el otro, sombreros peloeguama, sombreros panamá, estribos botas polainas, hachas machetes yunques martillos, máuseres morochas cartuchos pólvora, cortes de casimir de liencillo de dril de crehuela de seda, calderos sartenes, platos pocillos bandejas ollas de peltre, jarras poncheras, cajas de música con espejo y bailarina y aires de Mozart, máquinas de coser. Al gran barco subían grandes bultos de cueros de vaca, de cueros de caimán y de baba, de pieles de nutria, de algodón, de plumas de garza. Andrés me sorprendió la primera vez porque levantó un enorme bulto más grande que él. Héctor alzó una piedra que varios hombres corrientes juntos no hubieran podido alzar y la lanzó contra la puerta de los aqueos y la quebró. Pero era de plumas. ¿Qué pesa más un quilo de plomo o un quilo de plumas? Durante una excursión encontramos un cerro de garzas pelonas, las de abajo pudriéndose, las de arriba recién muertas, algunas todavía agonizando. No hacía falta matarlas porque ellas dejan caer plumas sin que nadie se las pida.

Quién las manda a ser tan bonitas. La suerte de la fea la bonita la desea. Al alcaraván nadie lo molesta. Del gran barco bajan plumas de hierro, portaplumas de goma rígida, frascos de tinta, tinteros, resmas de papel, libros de contabilidad. En las grandes casas de madera, casas de alto, frente al muelle, hay tiendas donde circulan morocotas, esclavas poderosas; tráiganle a mi mamá sedalana para tejer y aros de marfil para calar. Yo tengo una, me la dio mi tío, se la voy a regalar a Andrés. Del gran barco bajan marineros rubios que reparten caramelos caricias sonrisas y hablan un idioma rumoroso de pájaros con zumbidos de cigarrón y crujidos de hoguera. Los invitan a terneras en los hatos, mamá yo quiero un trajecito de marinero. Yo nunca me he montado en un barquito, sólo sé que hay grandes y chiquitos, barco grande ande o no ande. Componte niña componte, se viene peinando un crespo al pie del palo mayor. Por el Apure al Orinoco pero no puede remontarlo por los raudales de Atures y Maipures, tiene que bajar hasta Angostura, las hallacas que más duran, fusilamiento de Piar, con aguas del Orinoco fue a regar el Chimborazo, Walter Raleigh vio hombres sin cabeza con la cara en el pecho y Humboldt vio indios que comían pasteles de tierra. De Angostura a la Boca Grande o de Navíos, el pezón del mundo eureka dijo Colón, Boca de la Sierpe, Boca del Dragón, Islas sotto vento islas sopravento, alta mar mar de los sargazos piélagos mar océano Mar del Norte Mar Báltico Elba Moldava Praga cajas de música con espejo y bailarina y aires de Mozart. Los mapas de la escuela. El libro de geografía aprendido de memoria. Odiseo, Ulises, Lis fundó a Lissolis Lissol Lisboa en su último viaje desde Itaca; había dicho: No nació el hombre para vivir como los animales, sino para buscar virtud y ciencia se adentró en el mar océano con sus fieles compañeros en su cóncava nave en su encorvada nave logró ver la montaña del Purgatorio expelida por el diablo mientras caía al centro de la tierra; pero su negra nave también se inclinó hacia el centro de la tierra y se hundió como un pato en el mar cara de borracho, en el michoso mar, en el mar de muchos murmullos, en el mar de voces escandidas; ahora vive en el infierno, en el interior de una llama, lejos de la patria, lejos del mar y lejos de las alas congelantes del diablo. En el globo de la escuela Andrés y yo calculamos y vimos el lugar donde naufragó: Puerto de Nutrias. La Sierra Nevada de Mérida debe ser el Purgatorio. Pero Nutrias está en el medio de una inmensa llanura ¿Se puede naufragar en la llanura? ¿Ha cambiado mucho la tierra desde entonces? Os lusíadas, los lisíadas, los Lis-idos le dieron la vuelta al mundo por mar. Nosotros no hemos visto nunca el mar, pero vivimos donde Ulises murió y su llama incendia a veces los pajonales de la sabana. Además los ríos son las muchas venas pulmonares del mar, las cuales son visibles, dijo Andrés; las arterias pulmonares son invisibles porque van por debajo de la tierra y por los aires a la montaña del Purgatorio para purgarse, nosotros bebemos sangre pura de mar.

9

Al gran barco, teorema grande, subían grandes quesos de año, grandes racimos de cambur y de plátano, sacos de limón y naranja, pacas de papelón y panela, carne seca por quintales, arrobas de café, bultos de chigüire salado, maíz pira y arroz por fanegas, qué gran barriga la del barco, barriga de camposanto, morcón roto, pero merecía eso y más; los gritos que pegaba al llegar eran de alegría. Lo descargaban lo levantaban lo pintaban antes de volverlo a llenar de cosas; los gritos que pegaba al partir también eran de alegría, pero el eco resonaba tristemente. Si yo me volviera marinero; por aquí había rayas caribes y caimanes que no podían con el barco, pero en el mar océano tiburones rémoras ballenas trombas remolinos tempestades, fuego de San Telmo, yo no soy marinero, por ti seré por ti seré, los marineros caminan en tierra con las piernas muy separadas como si el suelo oscilara, les da escorbuto si no comen limón y se les caen los dientes. De comer comen bien pero no ven a la familia durante mucho tiempo, seguro que no me dan permiso para ser marinero, ni siquiera para ir hasta Angostura y regresar en bongo como hace mi papá. ¿Y ahora qué hago, Majestad? Ese cajón es un barco, móntese en el barco. ¿Podré? Sí, pueda Ud. Ya me monté ¿y ahora qué hago? Cante la canción del marinero. ¿Podré? Sí, pueda Ud. Era un marinerito que del cielo bajó, y bajó; con sus velas doradas (ilusión, de las alas doradas) y en el pecho una flor, una flor. De la flor una rosa, de la rosa un clavel, un clavel; del clavel una niña que se llama Isabel, Isabel. Isabel Belisa Elisa. Isabel en el pecho de Zoila, Zoila un barco en tempestad, Isabel en mi pecho yo todo un marinero. Marinero caído del barco viendo de lejos a belísima Elisa, leve ave evanescente, en mi pecho un bochorno de manos ensañadas. El ave canta aunque la rama cruja, como que sabe lo que son sus alas. El ave canta aunque la rama cruja, la mujer aguanta lo que el hombre empuja. El cuento más corto del mundo: Había una vez truz. Del arca, Noé soltó la paloma y ella regresó casi en seguida; a los siete días la volvió a soltar y ella regresó al atardecer con una hoja de olivo en el pico; a los siete días la volvió a soltar y ella no regresó. Colón tocó Tierra de Gracia en el tercer viaje.

Ave Fénix, ave de la palmera, ave Roc, ave nave avispa avechucho y en el pecho una flor. Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón, con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor, ay ay ay ¿cuándo vendrá mi amor? Ayayay ¿cuándo vendrá mi amor? Leve ave evanescente. Merolico santolico quién te dio tan largo pico pa que fueras a picar los pasteles del perico. De todo comen los marineros, ¿qué es lo que los muertos comen que si los vivos lo comieran se morirían? Gata tuerta, la luna se come a sus gaticos tuerticos. A ella se la comen las cabeceras del río, pero vuelve a salir bañadita, crece y crece, redonda como una taza y va conmigo a la plaza, se ve claramente: allí está una mujer con un niño, fíjate bien, le está dando de mamar. Estaba el negrito Con, estaba comiendo arroz, el arroz estaba caliente y el negrito se quemó. Los indios yaruro asan un muchachito y se lo comen. La culpa la tuvo Ud. por lo que le sucedió, por no darle ni cuchara ni cuchillo ni tenedor. Todos los negros tomamos café. No pidió permiso. Penitencia: vaya a los matorrales oscuros en el fondo del patio, cuente hasta cien y regrese. ¿Podré? Pueda Ud. El fondo del mar es oscuro, dicen algunos, como la barriga que no sabe cuándo es de día, pero según otros en el fondo del mar está la casa de la luna. Luz amarilla. Luna amarilla, arepa con mantequilla. La noche se la va comiendito, pero la barriga de la noche es el fondo del mar. El río es el gaznate gargüero gargüero, ha de pasarme por el gaznate con las tostadas y el requesón. La llorona corre llorando con su niño empalado, no se come a nadie pero asusta. El finfín sí. Tiene un saco con los huesos del papá y de la mamá y de los hermanos, se los comió a todos, ahora se come a los niños que están solos en lugares oscuros o acostados pero sin dormirse. Se los come con huesito y todo. Silba, por eso lo llaman también Silbón, cuando silba fuerte es que está lejos, cuando silba pasito es que está muy cerca, cuando casi no se oye es que está encima. Con los niños comidos en la barriga duerme en el fondo del río, dormido sueña y los vomita y ellos se van río abajo hasta el mar hasta la casa de la luna y conocen allí a los marineros muertos. ¿Qué comen los muertos que si los vivos lo comieran se morirían? Largo como un camino y josa como un cochino. En los matorrales oscuros puede haber culebras, pero no tragavenado; ésas se encuentran lejos en los ojos de agua de la sabana, mapanares sí y cuatro narices y corales; en mi casa hay una que no es venenosa, come cucarachas ratones y murciélagos, se sube a las tijeretas del techo. El río una culebra; pobre mar, miles de culebras picándolo todo el tiempo, pero no se envenena porque es muy grande. Los marineros no tienen miedo, navegan de día y de noche. ¡Quién hubiese tal ventura sobre las aguas del mar, como hubo el conde Arnaldos la mañana de San Juan! Vio venir una galera que a tierra quiere llegar; marinero que la manda diciendo viene una cantar. Por Dios te ruego, marinero, dígame ora ese cantar. Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va. Alé limón. Alé limón. El puente está caído. A la víbora, a la víbora, a la mar; por aquí podrán pasar; la de adelante corre mucho, la de atrás se quedará. Ese juego con Zoila. Un marinero manejando un barco es como un jinete. Yo no soy marinero, por ti seré. El mar es como un potro. Le voy a preguntar a un piloto algún día si siente un bochorno cuando pilotea. Lo voy a averiguar yo mismo. Si yo me acostara en la casa de la luna ¿vería esa leve ave evanescente en el pecho de la luna? De la flor una rosa, de la rosa un clavel, un clavel; del clavel una niña que se llama Isabel, Isabel. Elisa B. Era un marinerito que del cielo bajó, y bajó, con sus alas doradas y en el pecho una flor. ¿Podré? Pueda Ud.

Yo tengo un castillo matarile-rile-rile, en el fondo del mar matarile-rile-rón. ¿Dónde están las llaves? matarile-rile-rile, en el fondo del mar matarile-rile-rón. ¿Quién lo irá a buscar? tiene ya mucho tiempo en esos matorrales oscuros, matarile-rile-rile. Ha de ser valiente, matarile-rile-rón. ¿Y qué nombre le pondremos? Matarile-rile-rile, San Brandán. Eneas zarandeado mil veces, en mil días, en mil naves, por los mil rencores de la diosa. La Pinta, la Niña, la Santa María. El Capitán Nemo. Si mata al dragón se casa con la princesa. Si mata a la esfinge se casa con la reina viuda, yo soy la viudita la hijita del rey, me quiero casar y no hallo con quién. Si no mata a Moby Dick se lo lleva San Telmo. Lo pondremos mata-mosca matarile-rile-rón. Los doce trabajos. El vellocino de oro. La nave Argo. Escila y Caribdis. Ese nombre no me gusta Matarile-rile-rile. Ese nombre no me gusta matarile-rile-rón. Venao, venao, ¿de dónde venís? Del palo quemao. ¿Qué traés? El rabo esollao. ¿De qué? De tanto correr. Echá una carrerita pa ver ¿Podré? Pueda Ud.

10

A la víbora a la mar va formando dos víboras del mar que se atacan la una a la otra por la cabeza. Víboras de frutas. Pero en la ronda es una sola víbora en círculo. Se chupa la cola. La víbora extendida deja que el venado se acerque y entonces se cierra en corro. Al venado le cuesta mucho salir después y hacer lo suyo que es correr. Tiene que romper la víbora.

Tonto, cree que la luna es pandehorno. Si fuera pandehorno tuviera un hueco en el medio y se viera para el otro lado. El pandehorno sí es una ronda, una víbora, un anillo. Como se chupa la cola no lo puede morder a uno.

La sortija vaya y venga sin que nadie la detenga. Sorte, sorteo, tesoro, suerte, sortilegio, sortija. Máquina sursí, máquina sursá, dame la sortija, dame la sortija que en tu mano está. Sortear caramelos. Sortear peligros. Cabello ensortijado de Zoila. A veces las palometas surten del río. Grandes frascos surten del barco para surtir los negocios frente al muelle. Grandes frascos bocones de vidrio transparente repletos de caramelos unos, de galletas otros. Las galletas sí son lunas que se pueden comer. Las venden al detal. Se comieran aunque tuvieran forma de pandehorno. Collar, sarta de cuentas. Sarta de limones para los perros con sarna. Galletas surtidas. Sarta de disparates. Sartorio para sentarse como los sastres. Máquina sursí, máquina sursá, dame la sortija que en tu mano está. Yo ya la perdí, ya no la he de hallar. Y si no la hallare, y si no la hallare, me pondré a llorar.

¡Aro Ulises! Presente, maestro. Aros de calar, el uno un poco más pequeño que el otro. Se prensa la tela entre los dos y se cala. Hay que golpear el aro con un palo para hacerlo correr, y seguirlo golpeando para que no se caiga y tener cuidado en las curvas para volver al punto de partida y recomenzar. Se clava un palo en el suelo y se lanza el aro desde lejos, a ver quién lo ensarta primero. Ulises, obedeciendo al rey, fue a los matorrales oscuros del fondo del patio. Debía contar hasta cien y regresar, pero pasaba el tiempo y no regresaba. ¿Podré?

Si las culebras se chuparan la cola no morderían, pero no se la chupan. Si una culebra lo pica a uno, uno grita y corre. Echó una carrerita pa ver. Si es tragavenado la culebra tal vez lo pasa por el guargüero sin darle tiempo de decir pío. La culebra ciega tiene dos cabezas. Anfisbena. A la víbora, a la mar. Al que lo picó culebra, bejuco le para el pelo. Coral, cuatronarices, mapanare, cuaima, cascabel. Culebrilla, sale por un costado y se va extendiendo, delgadita, por la espalda y por la barriga; si se muerde la cola uno se muere. De poco calibre la culebrina. Culebrinas en el cielo. El venado corre culebreando ¿De dónde venís? Del palo quemao. ¿Qué traés? El rabo esollao. ¿De qué? De tanto correr. Ulises quería que la culebra de su viaje se mordiera la cola, quería morir.

Mas la serpiente era astuta. Bien sabe Dios que no moriréis, antes bien seréis como dioses sabiendo el bien y el mal. Maldita tú entre todos los animales domésticos y todas las fieras salvajes; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida (el hombre es polvo); pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, ella herirá tu cabeza cuando tú hieras su calcañar. A casa del cerrajero entró la serpiente un día y la insensata mordía en una lima de acero. Del gran barco, teorema grande, surten serpentinas para el carnaval. Quiero ser una serpentina colgando de tu cuello, madre, dijo el orinoco a la mar. Sierpe, serpa, serpia, jerpa, serpentaria. Serpentario y Serpiente siempre cerca del Centauro y del Escorpión. Serpezuela, serpigo. El diablo, la serpiente antigua. Pon una serpiente de bronce sobre un palo alto y los picados de serpiente, al verla, sanarán. Es necesario que el hijo del hombre sea alzado sobre un madero como una serpiente de bronce. Sed prudentes como serpientes.

En una botella de aguardiente se mete una culebra ciega. El que se quiebra un hueso bebe de ese aguardiente, entonces la culebra le camina por dentro, por todo el cuerpo, llega al hueso roto y lo remienda. Al que bebe de ese aguardiente con todos los huesos sanos, la culebra le camina también por dentro, por todo el cuerpo, y al no encontrar fractura, camina de atrás y le quiebra un hueso sano. Si la culebra ciega se corta en dos con un machete, los dos pedazos se vuelven a pegar.

Cleopatra hizo que un áspid la picara en el seno; llevaba uno de bronce en la frente.

Yo ya la perdí, ya no la he de hallar. Argolla, Argo, Argólida, argón, argonauta. Una argolla en una oreja por Raquel, pero Lía; otra argolla en la otra oreja por Raquel. Catorce años, catorce argollas, una por siete. Ves que te quiero, Raquel. Argolla para amarrar el gran barco. Argolla para amarrar el gran toro. Argolla en la nariz del toro. Argolla en el hocico del cochino. Como una argolla de oro en el hocico de un cerdo, así es la belleza en una mujer necia. Serpiente: vuélvete argolla para Ulises Aro, muérdete la cola. ¿Podré? Pueda Ud. Elisa nunca será necia.

Lombrices. Vermífugo San Antonio. De madrugada, con correa para vencer resistencias y canela para pasar. Rollos de lombrices. Pueden salir por la boca, por la nariz, por las orejas, por los ojos. Mejor te purgas para que salgan por el anillo. En tu mano está. Si no, te barbiamos y te pelamos. Máquina sursí, máquina sursá.

Cincho cincha cinto cinta cintillo cintura cingulo ceñidor cinturón recinto. Ciñe tus lomos con entendidura. Gola gula goloso golosina goleta gollete golondrina. Pulso pulsera. Liga de las medias. Tobo toba tobillo tobillera. Aureola tonsura corola corona coronilla. Guirlanda guirnalda guirnardeta. Fajo faja fajín fajina faz. Torno tornillo torniquete abrazo. Esfinge esposas esfinter. Cepo grillos dogal arandela grillete.

En el fondo del patio. ¿Quién lo irá a buscar? Andrés solía decir que las letras y los números son culebras. Todos alguna vez le habían pedido que escribiera una palabra o una cifra con culebras y él con mucho gusto dibujaba la serie de culebras y explicaba que en realidad de verdad todas eran una sola culebra en cinco posiciones diferentes: culebra recta, culebra consintiéndose la cola, culebra culebriando, culebra caprichosa y culebra en espiral. Esta última servía nada más en las rúbricas. Para todas las preguntas tenía respuestas convincentes: la e minúscula se rasca la barriga con los dientes, la c todavía no se ha alcanzado la cola. b d p q son la misma volteándose. La x la k y la t son las más caprichosas lo mismo que el número cuatro, porque quieren ser dobles. Las más perfectas son la I, la O y la S como los números 1, 5, 0 y 8 porque son puros y fijos. Lo mejor es todo lo que se puede componer con ellos. Por eso lo más grande que se puede decir es Yo soy, hoy soy yo. (Claro que hacía trampa, ponía i en vez de y, pero se defendía con Andrés Bello, tarea de clase). El 1, el 10, el 15, el 51, el 105 (y seguía hasta agotar todas las combinaciones) son la perfección. El 8 es infinito. Si se monta una culebra encima de otra, lo más perfecto es 1 sobre cero, lo cual equivale a i sobre o, y tenemos un círculo dividido. O 5 sobre cero, lo cual equivale a S sobre O y tenemos un círculo culebreado.

Una vez propuse que metiera la recta dentro de la redonda. Difícil de dibujar, dijo, queda un círculo con un punto en el medio o una cruz. Insistí. Decidimos firmar los mensajes secretos él con el círculo punteado, yo con la cruz.

Andrés sabía mucho latín porque era monaguillo. Mientras se hacía algo para precaver un daño o un peligro, decía: por si fortis incurritis calaverin coquin meus. La definición de muerto era: mortus est qui non resollat nequaquam ne pataleat. Una persona que caminara con las puntas de los pies hacia afuera se llamaba patas de orate fratres. Dominus vobiscum significaba Doy menos a los bobos.

En el gurrufío, la afilada chapa era el cero ó la o, y el hilo que le atravesaba los dos ojos era la i ó el uno. Había trompos planos atravesados por un eje que se bailaban con la mano; pero aún los trompos normales podían verse como la o atravesada por la i. Además, viéndola bien, ¿qué es una rueda de carreta si no el cero perforado por el uno?

Rueda, rodar. Para construir un carrito de juguete cortábamos un carrete en dos, luego uníamos los pedazos con un palito o un trozo de alambre y se lo adaptábamos a una lata de sardinas vacía que luego halábamos con un cordel.

¡Aro Ulises! No ha llegado, maestro. Carro de mula, carro de bueyes, carretilla de mano. Los rayos de la rueda, los radios del círculo. Todos habíamos oído hablar de carros automóviles y no dudábamos de su existencia, pero nunca los habíamos visto. Sabíamos que corrían a cuarenta. El carro de Elías y el carro de Ezequiel volaban. Elías subió al cielo sin morir, en un carro de fuego. Ezequiel vio un carro con muchas ruedas que se movía sin caballos. Mi tío escribió para avisar que vendría en un carro automóvil ¡qué maravilla! Mi mamá esperaba la llegada de un pastor protestante que vendría en una carro ford ¡Otra maravilla para pronto! Mientras tanto se preparaban las bodas del maestro. Ya habían cruzado aros. Ulises Aro. La sortija vaya y venga sin que nadie la detenga. El dedo es la i, el aro es la o.

11

Tiene derecho a mandar y no es el papá, sabe latín y no es cura, dice la hora y no tiene reloj. Andan dos en un burrito, los dos andan a la par; uno anda doce leguas y el otro una no más. Durante el recreo, yo esperé que todos se fueran para el patio y después me metí en la cámara nupcial, al lado del salón de clase, tras una pueritica cerrada. La abrí y entré. Paredes recién encaladas, la cama mullida toda blanca, un mosquitero blanco con cielo blanco, una mesita blanca, flores blancas en un florero blanco. Todo preparado para la noche de bodas. Pronto habrá manchas rojas, dijo enigmáticamente Andrés cuando le conté.

Las bodas iban a ser en mi casa porque tenía una sala muy grande. Los vecinos prestaron muebles. Las sillas, mecedoras y confidentes de esterilla se multiplicaron. Mi mamá hizo una enorme torta de varios pisos con un cisne arriba. El cisne es más blanco que un cándido lirio. Fuimos al Puerto por el terraplén y después nos montamos en una canoa para ir a las casas de alto frente al muelle para comprar regalos. El río había inundado todo el pueblo, pero la gente estaba preparada; dormían en trojas, las tiendas tenían todo en el alto y bajaban por una escalera con las mercancías. Compramos frascos de caramelos, de bombones y de galletas; botellas de

champaña, de vino y del brandi que tiene un brazo armado de hacha saliendo de una rama. Antonino fue por vino, quebró el vaso en el camino, pobre vaso, pobre vino, pobres piernas de Antonino.

Tilingo-Tilingo, mañana es domingo, se casa la Pita con Juan Don Remingo ¿Quién es la madrina? Juana Catalina. ¿Quién es el padrino? Pepe Barrigón. El que hable primero se traga el tapón. Yo no me lo trago porque tengo las llaves de San Simón. Mañana es domingo, día de gallito, pasó un hombrecito vendiendo romero, le pedí un poquito para mi gallito, no me quiso dar, me puse a llorar. El enamorado le regaló a su novia un cofre, ¿cómo se llama la novia y de qué color es el cofre?

El maestro era pequeño y retaco. Tenía uñas muy largas y limpias para levantar a los niños perezosos por el pellejo de la barriga, decían. La novia era pequeña y retaca, pura risa con todos los niños. El hombre que juega pierde y el que bebe se emborracha, la mujer que se enamora le pica la cucaracha. Si una mujer se casa le nacen niños en la barriga y la barriga le crece; para sacarlos se le abre una puerta a la mujer en la parte baja de la espalda. Yo soñé que veía una virgen muy grande con un niño en los brazos; en el sueño Andrés me dijo: Entremos en la virgen, y yo lloré.

El maestro llegó vestido de negro, con zapatos negros bien lustrados, medias negras, corbata negra, sombrero negro. La novia toda de blanco con una corona de azahares. Jugaron quirimindúne con dulcitos. Había dulcitos de sobra para todos. Todos jugamos quirimindúne. Uno agarraba un puñado de dulcitos sin contarlos y le decía a cualquiera -Quirimindúne. El otro respondía -Abra el puño. - ¿Sobre cuánto? - Sobre siete. Luego se contaban; si eran siete el otro los cogía; si no eran siete tenía que entregar siete. También se jugaba preguntando ¿Pares o nones? Los dedos del maestro eran gruesos como longanizas, y grandes; le cabían muchos dulcitos en el puño.

La pulga y el piojo se quieren casar, pero no se casan por falta de pan. Respondió el gorgojo desde su maizal: Hágase la boda que pan sobraré. Mataron un cochino de madrugada, a nosotros nos encerraron para que no viéramos nada, porque una vez unos niños que habían visto eso se pusieron a jugar y pusieron de cochino a uno y lo mataron. No vimos nada, pero oímos todo y sabíamos las palabras: palo cochinero, puñal en el guargüero, degollar, sacar las tripas, pelar con agua caliente. Después sí vimos las presas, la preparación de las morcillas, el horneo de las piernas, la gran paila de cobre para sacar manteca y hacer chicharrones. ¡Qué marrano más grande! dijo el jefe civil. Palo marranero. A cada cochino gordo le llega su sábado.

Varios días estuvimos desgranando maíz para las arepas, se nos formaron vejigas en el pulgar y después callos. Una vieja titiritaña montada en una caña. Tiene dientes y no muerde, tiene muchos sayos y no es sayona, tiene barba y no es hombre. Las hembras lo cocinaron, los varones lo molimos, las hembras lo amasaron. Se iba a servir comida desde las doce del día hasta las doce de la noche. Largas mesas en el corredor largo, con manteles nuevos recién calados. Sancocho, picadillo, picillo. Lapa, chigüire, cachicamo. Morrocoy no, porque no era semana santa; ni hallacas porque no era navidad. Detrás de la cocina muchos haces de leña en filas superpuestas; cuando Demetrio los trajo uno por uno del monte, en uno de ellos venía una culebra, no lo picó porque Dios es muy grande decían unos, porque el matrimonio iba a ser feliz decían otros; pondré enemistad entre su linaje y el tuyo; como traía el haz de leña en el hombro, el calcañar quedaba lejos digo yo. Las culebras andan siempre en pareja; si matas una, por ahí anda la otra, pero el monte queda lejos.

Cestas de pandehorno, cestas de empanadas de dulce de topocho, cestas de pan de trigo dulce de donde doña Rosa Urbana, dulce de higo, dulce de toronja, dulce de lechosa, cabello de ángel, carato de guanábana, fresco de tamarindo. Vaya y compre una botella de aceite de tártago. Arroz con leche me quiero casar. Aliados, cucas, alfeñique.

Todo el pueblo colaboró con gusto para las bodas del maestro, se lo merece, hay que ver lo que es enseñar sin salario viviendo de lo que le quieran dar.

Ya no es por comida que ya la tenemos, ahora es por quien baile, ¿dónde lo hallaremos? Respondió la vaca desde su corral: Que se haga la boda que yo iré a bailar. Ya no es por quien baile que ya la tenemos, ahora es por quien cante, ¿dónde lo hallaremos? Respondió la rana desde el platanal: Hágase la boda que yo iré a cantar. Oro parece, plata no es, quien no adivine bien tonto es. Si se echa una rana platanera en aguardiente, el borracho que lo bebe no vuelve a beber más. Estaba la rana cantando debajo del agua, estaba la reina en un camerino, vino Gil rompió el cuadril, vino Antón rompió el cuadrón. Ave María purísima. ¿Qué prefieres, la miel dada o la miel comprada? ¿Qué será qué no será que el que no adivine burro será? El ratón escondido en la guitarra del músico se emborrachó y se envalentonó y trató de salir para desafiar al gato pero se enredó en las ... Un hombre iba a decir maraca y cuatro, pero cuando dijo la y, le cortaron la cabeza; por eso la ciudad se llama Maracay. ¿Dos y dos? Cuatro. Mirá tu retrato. Guitarra, maraca y cuatro, bandola, mandolina. Arpa.

Urpia, Dolores, Furrucó no, porque no es navidad; ni cornetín ni clarinete ni trombón ni tambor porque no es banda.

Yo había visto ya antes al guitarrista. Venía de vez en cuando a la casa a cantar; acudían los vecinos; le daban aguardiente y le metían monedas de plata en la guitarra. Un cisne es más blanco que un cándido lirio. Yo soy un hombre chiquito, pariente del gallo enano, cuando veo mujer bonita cojo el cielo con la mano. A mal haya quién pudiera. Cielito lindo. Ah mundo. Píntale castillos en el aire. No ponga a estudiar guitarra a esa muchacha porque se enamora del maestro. Mejor, que se case con el maestro, que él no le romperá el cuadril. Vals. Joropo. Casarse es muy fácil: uno ve a la muchacha en la iglesia y cuando le da vueltas a la plaza. Después le habla cuando esté en la ventana, le lleva serenatas, la saca a bailar en alguna fiesta, habla con los padres, le hace regalos, fija horas de visita, cruza aros y se casa. Casa, saca. Si no se casa se la saca. En todo caso tiene que montarle casa. Crecer, estudiar, trabajar. Yo quiero que Elisa se quede siempre pequeña en su camerino, cantando debajo del agua. Yo quiero que Zoila juegue caballito conmigo, pero que no me tumbe. Si uno mira a los que bailan sin oír la música puede adivinarla. La novia cantó y bailó sola. Cuando tú te hayas ido, en la tiniebla vaga de mi pequeña alcoba. Todos aplaudieron. Me envolverán las sombras. La cámara nupcial toda blanca, con manchas rojas, ahora a oscuras.

Las muchachas casaderas se quedaban sentadas hasta que venía un zagaletón sacador. No debían bailar varias veces con el mismo y caso de tener novio sólo con él. Mientras bailaban nos fuimos a jugar matrimonio en el patio. Yo hice una casa con ramas, metí allí a mi hermana menor y salí en mi caballo de madera a buscar comida. Eché una carrerita pa ver. Después de mucho cabalgar y trabajar volví con verdolaga, brusca, arcilla, huevo de gato, piñón. Amarré el caballo de un arbusto. Mi hermana dejó de coser y se pudo a cocer. Comimos con mucha seriedad. Zeus se casó con la hermana. Los faraones se casaban con sus hermanas. Nos fastidiamos. Vamos a comer de verdad.

El bobo era un muchacho tan callado que los extraños lo creían mudo. Se sentaba en un rincón y miraba con la boca abierta. Cierre la boca que es tiempo de moscas. Cuando la mamá estaba embarazada de él tuvo un antojo, no lo satisfizo y por eso él nació así. Este era un sapo con las canillas de trapo y los ojos al revés. Bobancón con con. Taparuco juco juco. Si eres gallito venite acá, si eres culeco quedate allá. Pero era el que salía mejor en la escuela. Se sentó en un rincón de la gran sala, cerca de los músicos y no se movió de allí. Mirando, mirando, con la boca abierta. Ciro la torta lo llamó para ir a jugar al patio Darío Darío, pero él prefirió quedarse allí como un sapito. Sapito lipón, sapito lipón, el que abre la boca se traga un tapón.

Mi hermana mayor había recibido un relojito y un frasco de perfume en su reciente cumpleaños. Si oyen una bullita y sienten un olorcito, soy yo. Tin marín de dos pirigüé, cúcara mácara títiri jué. Todas las almas piden perdón, menos la tuya perro cagón. El que llegue primero es granito de oro, el que llegue de último es granito e zurra e perro. Tun tun. ¿Quién es? La vieja Inés. ¿Qué busca? Una rama e brusca. ¿Pa quién? Pa don Ventura. ¿Qué le duele? La cintura. ¿De qué? De tanto correr. Eché una carrerita pa ver. Pero el bobo no jugaba a echar carreras ni peleaba. La mamá le había dicho No eres gallo de pelea ni venado. Maldición de perro flaco no cae en el espinazo. Lo pelaron pelón con zizá. Pelón, pelón ¿quién te peló que las orejas no más te dejó? El respondía: una viejita del otro lao, y tardamos meses en entender esa mentada de madre. Una vez lloró en clase. ¿Por qué lloras? preguntó el maestro. Lloraba. El maestro insistió. Porque todos los que estamos aquí nos vamos a morir algún día. Mi hermana mayor le regaló un pelele. En esa fiesta fue el único que no se movió de su puesto en el rincón. La novia se le acercó una vez y le dio un vaso de parcha. Por qué no vas a jugar con los demás al patio. Déjelo quieto que él es así tranquilito, dijo la mamá.

Ya no es por quien cante, que ya lo tenemos; ahora es por quien coma, ¿dónde lo hallaremos? Respondió el zamuro desde su alto coco: Hágase la boda que no como poco. Reventá, reventá Guillermmó. A Pedro Malo le dijeron que sólo podía comer una porción de pan y una porción correspondiente de huevo; él se comió primero el pan y dijo: Pan pal huevo que está puro; después se comió todo el huevo y dijo: Huevo pal pan que está puro. A mi hermana mayor que contaba ese cuento mi papá la reprendió por decir tamañas groserías. Tan lindo el muchachito, me lo voy a comer con tripita y todo. El gazzate es el camino de toda carne. Barriga de camposanto. ¿Qué es lo que los muertos comen que si los vivos lo comieran se morirían? En alto vive y en alto mora teje que teje la tejedora. Cerca de unos prados que hay en mi lugar pasaba un borrico por casualidad y hallóse una flauta allí que un zagal se dejó olvidada por casualidad; acercóse a olerla el dicho animal, y sonó la flauta por casualidad.

Como poco coco como, poco coco compro. Del codo al caño, del caño al codo. Lámpara lámpara lám paralam paralam. Tengo hambre. Coma calambre. Levante la pata y coma calambre. Tiene turrumoticos en la cabeza porque se comió todos los acentos, todos los puntos y comas. La tuya que es mi comadre. Los animales

elásticos: la gomadreja, el resorteronte, la ligartija, el hulefante. Le brinca el párpado porque comió sobra de cucaracha. Pon, pon, pon, la vaca pon, una vieja en un rincón comiendo chicharrón. He reñido a un hostelero ¿Por qué? ¿cuándo? ¿dónde? ¿cómo? Porque cuando donde como sirven mal me desespero. Coma avispa que cigarrón atora. Coma sin vergüenza. Ya comiste, ya te fuiste. Venga. Que le aproveche. Más vale llegar a tiempo que ser convidado. Donde come uno comen dos. Donde comen dos comen tres. Donde comen tres comen cuatro. Mirá tu retrato. Perro que come manteca mete la lengua en tapara. Cabeza e tapara e mono. Comió perico; va a morir por el pico. Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón, con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor, ay ay ay cuándo vendrá mi amor. Lavar los pañales y hacer de comer. Merolico, santolico quién te dio tan largo pico pa que fueras a picar los pasteles del obispo.

No me vele que se le va a saltar la hiel. No me vele que me le está quitando la sustancia a la comida. No me vele que se me cae el bocado. Pa vela. No sirve pa vela porque no alumbrá. Una vieja larga y seca que le chorro la manteca. Yo soy un hombre macho para comer ají, dijo el maraquero cuando mi mamá le advirtió que el ají trujillano era muy picante, y se sirvió dos cucharadas grandes en la sopa, pero yo vi, yo sólo, yo vi que se le salieron las lágrimas. Chirele, rabo e mono, ají, ajicero, pimiento, pimentón. El que se pica es porque ají come. Reventá, reventá, Guillermó. El que se traga las semillas de naranja le nace una mata en la barriga y las ramas le salen por las orejas. La cebolla pura pica, paño sobre paño, tela sobre tela. Naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido. Mirando pa bajo, con la boca abierta y no se babea. Santa Rita murió ajita de comer plátano frito. Lo pondremos piojo e plato; ese nombre no me gusta matarile-rile-rón. Le cabe más en el ojo que en la barriga. No es buen cubierto. Come queso, pero no comas mucho queso. El queso estríñe. A dos carrillos con la boca abierta. Hay que dejar un poquito de dulce en el plato. Se lo comió la tareíta. Come más que una escorfina ese bobo. Por comer mucho le dio una comezón. Le cayó comején, le cayó coquito. Para cazar zamuro: uno se acuesta desnudo boca abajo y se hace el muerto; cuando el zamuro le mete el pico en el culo uno aprieta las nalgas. El camino del corazón pasa por el estómago. Los que comparten la comida no pueden atacarse, el compañero es con- panero. Reventá, Guillermó. Zamuro, sarcófago, comecarne. El pájaro muchilero no se puede comprender, alegre cuando tiene hambre, triste después de comer. Todas las mujeres tienen, debajo de su fustán, un come-carne-sin-hueso y un bebe-leche-sin-pan. Zamuro no come alpiste. Zamuro come bailando. Zamuro, sarcófago, come carne. El rey Zamuro tiene el pescuezo pelao y colorao.

Gañote, guargüero, gaznate, garganta, fauces, tragadero. Ya no es por quien coma, que ya lo tenemos; ahora es por padrino, ¿dónde lo hallaremos? Respondió el ratón con gran desatino: Si encierran la gata, yo soy el padrino. Mus: ratón. Músculo: ratoncito. Ratón grande: lagarto. Sacar el ratón. Allá arriba de aquel alto tengo un clavito clavao donde cuelgo mi mochila cuando estoy enratonao. Pablito clavó un clavito, un clavito clavó Pablito. Se aprieta el músculo de manera brusca y seca. Se toma café negro bien cerrero. ¿Qué busca? Una rama e brusca. ¿Y la que le di ayer? Se la di al ratero. ¿Pa qué? Pa que corriera. Echá una carrerita pa ver. Mirá, en el techo, ¡un rato! Cuando se está armando la trampa con su pedacito de queso hay que quedarse calladito porque los ratones oyen. Tres ratones ciegos, la mujer del granjero les cortó la cola con un cuchillo de trinchar. Tuqueque largarrabo. Tire ese dientico de leche en el techo para el ratón, que le traiga dientes fuertes. Cuando la bruja quería tocar el dedo de los niños para saber si estaban gordos y comérselos, ellos le ponían un rabo de ratón.

Ratón Pérez se cayó en la olla y la paloma lo siente y lo llora. La hormiguita lo siente y lo llora. La cucarachita Martínez lo siente y lo llora. Ratón campesino, ratón de iglesia, ratón de biblioteca. El alma de Patroclo se hundió en la tierra con un chillido de ratón. Ya en la boca del león el ratoncito gritó: Suéltame, algún día te seré muy útil; el león se rió y lo soltó. Al tiempo el león capturado por cazadores y atado por fuertes cuerdas vio al ratoncito que roía las cuerdas y lo liberaba. El gato se hizo el muerto para que los ratones salieran de la cueva, pero ellos le dijeron: Ni que fueras un saco de huesos te dejaríamos de temer. Chiquito como un ratón y cuida la casa como un hombrón. Mejor cabeza de ratón que cola de león.

Murciégalo: ratón ciego, calvo y alado. Vuela de noche, duerme de día. Murciélago. El único animal que tiene las cinco vocales. El burro sabe más que tú. Come fruta de matapalo y la caga en las horquetas de la ceiba. Conejo: ratón grande y blanco que vive de día, ya son más de las tres. Rata: la mamá de los ratones. El parto de las montañas: un ratoncito.

Ya no es por padrino, que ya lo tenemos; ahora es por madrina, ¿dónde la hallaremos? Respondió la gata desde su cocina: Hágase la boda, que soy la madrina. Misu misu, mis mis, misifú. Las culebras vajeen a los pájaros, pero el gato vajea la culebra. Con la cola el gato vajea los pájaros. En los tiempos de los apostoles los hombres eran muy barbaros, se subían a los arboles y se comían los pajaros. Todas las palabras esdrújulas deben llevar

acento ortográfico; si no se les pone se pronuncian como graves. Cuando se pone bravo se arquea como un puente arqueado, para la cola y los pelos y bufa. Cuando está contento se frota contra las piernas del amo y ronronea. Cuando tiene hambre maúlla. Cuando bebe leche ni paula ni maula. Cuando está sucio se limpia los ojos, los bigotes y el pelo de los hombros con saliva. Cuando se quiere casar sube a los tejados y arma un gran bochinche y hace rubieras, y despierta a todo el vecindario y regresa herido, maltrecho, a veces tuerto o cojo. Los amores violentos. Dos señoritas que van para Francia, corre que corre y nunca se alcanzan. Cinco varitas en un varital, ni secas ni verdes se pueden cortar. Camina sobre los dedos, no apoya la planta. Cuando se siente cómodo tiene las uñas escondidas; cuando se siente atacado o va a atacar, las saca. Cuando caza da un salto súbito y un manotazo no mortal para atontar al ratón, después se acuesta cerca y espera que el ratón intente escapar para darle otro manotazo no mortal o para cerrarle el camino de huida poniendo la pata de barrera; a veces le da un leve mordisco como para sacarle sangre, y así pasa mucho tiempo. Lo mismo hace con mariposas, cucarachas, alacranes. A los pajaritos los vajea primero aunque no siempre; a las culebras siempre. La mujer dormida vajea al hombre que duerme a su lado y lo pone bobo y lo domina, le hace como el gato al ratón. La mujer despierta no; cuando se duerme se vuelve gata. Los hombres deben dormir aparte en una hamaca y dejar a la mujer sola en la cama. Los muchachos bobos es porque duermen con la madre cuando están chiquitos. La gata vajea a sus propios gaticos, los lambe y a veces se los come. Cuando se cae de cualquier altura, la gata cae parada en las cuatro patas. Tiene siete vidas. No hay que buscarle cinco patas. Un bobo no puede pensar ni decir otra cosa que bolserías. Darío, Darío se fue pal río sin permiso e don Darío. Tengo frío, arrótese con la cobija de su tío y se tira al río. Tengo mucha cera en los oídos, cuando sea grande voy a ser rico. Gato, cunaguaro, tigre, jaguar. Una cesta de flores llena; volteada no se derrama. Tiene una niña en el ojo para ver de día y otra para ver de noche. Son crueles y malagradecidos, no tienen sentimiento. La luna es una gata tuerta, se come sus gaticos tuerticos y crece; come con el ojo; a medida que se los va comiendo se va redondeando hasta que se llena; entonces se come a los ratones de monte, de iglesia, de biblioteca y a los ciegos alados y calvos, y a los niños que van solos a los matorrales en el fondo del patio. Vajea y gobierna las culebras, vajea y gobierna los ríos y tiene un castillo en el fondo del mar. El finfín le obedece y la sayona y guardajumo y la llorona. No vayas a misa Elisa, porque el sacristán al verte los ojos se pone babieca y deja el altar. Por el mar corre la liebre, por el monte la sardina. Zape gato maragato. Zape misifú. Pape Satàn, pape Satàn aleppe! Todos se durmieron por el mucho vino; la pícara gata se comió al padrino. Pasaba por un pueblo un maragato llevando, sobre un mulo, atado un gato, al que un chico mostrando disimulo haló la cola por detrás del mulo. Herido el gato al parecer sensible propinó al mulo un arañazo horrible; herido el mulo en su dolor profundo, lanzó una coz y derribó al muchacho. El mal es pelota que vuelve contra el mismo que la bota.

Hay una M en la mano izquierda y una M en la mano derecha. Una significa matrimonio; la otra significa muerte. No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Marido y mujer. Maestro y Margarita. De la izquierda va pasando a la derecha. El matrimonio es un anillo que los que están adentro quieren salir y los que están afuera quieren entrar.

Ese muchacho que llaman Mierdegato llevó a clase cuatro gaticos y los metió en el pupitre del maestro. Todos lo vimos. Cuando llegó el maestro y se montó en la pequeña tarima y abrió el pupitre para buscar la lista, los cuatro gatos saltaron sobre él con cuádruple bufido. El maestro dio un paso atrás, perdió pie, cayó de la tarima, se hirió la cabeza contra el suelo y sangró. Cuando vinieron las preguntas nadie dijo, pero a Mierdegato mismo lo mordió el gusanillo de la consciencia y confesó a sus padres lo ocurrido. El papá lo hizo caminar de rodillas desde su casa a la del maestro mientras le daba latigazos, a través de todo el pueblo, ¡Pida castigo! Ya está castigado, dijo el maestro tocándose la venda.

12

Es puerta de luz un libro abierto, entra por ella, niño, y de seguro que para ti será en lo futuro Dios más visible, su poder más cierto. Primero la cartilla y la pizarra. El abecedario al derecho, al revés y salteado; palotes y aros procurando que queden del mismo tamaño y en línea recta; después dibujar las letras una por una imitando el modelo del maestro en planas. No conoce la o por lo redondo. Soy la redondez del mundo, sin mí no puede haber Dios, papas y cardenales sí, pero pontífices no. Palito de la t. Lacito de la f. Paticas de la m de la n y de la ñ. Cachucha de la ñ. Barriguita de la b, d, g, p, q. Rabito de la a y la o, de la u y de la v. Ojito de la i y de la j. Todas sentadas en fila sobre la línea recta, con piernas hacia abajo la f, la g, la j, la p, la q y la y. Con brazo levantado la b, la d, la h, la l y la t. Minúsculas y mayúsculas. De imprenta y cursiva. El que no sabe es como el que no ve. Abecechedé, eefgeacheijotacá, eleemeeneñeopecú, ereerreseteuvé, equisyezeta, déle al burro con

la maceta. Consonantes y vocales. Aeioú, el burro sabe más que tú. d m s m k t.k k o q k. b c s b b . s b b b b l ch . t b c k j d p s . c u l f o. k c c o k p c y d g c d q k d a p z.

Al que sabía jugar con las letras, el maestro lo pasaba a las sílabas. El nombre de las consonantes ya no valía, mandaba la vocal; j a ya no era jota sino ja. jota a ja, jota e je, jota i ji, jota o jo, jota u ju. Y así todas una por una. Lo más difícil era ga gue gui go gu, ca que qui co cu, ce ci, ge gi, güe, güi. Je ji sonaba igual que ge gi, pero caja y cajón no se debían escribir con g. Una consonante y una vocal, la sílaba más sencilla; pero después venían las de varias vocales, diptongos, triptongos, cuatriptongos (?). Las consonantes se alteraban mutuamente be, ele, e era ble. Todas las combinaciones había que practicarlas evitando las prohibidas como rce dmo. Examen: Diga todas las sílabas permitidas con las consonantes r y b y las vocales sin usar diptongo. El maestro cerraba el puño haciendo sobresalir el nudillo del dedo medio (eso se llamaba el pico del tucán) donde tenía un anillo con una piedra en forma de calavera (eso se llamaba, explicó Andrés, por si mortis incurritis calaverin coquin meus). Sólo para el examen se ponía el maestro la calavera hacia afuera; para dar clase la tenía para el lado de adentro del dedo. Las uñas le brillaban, limpias y afiladas.

Al que oralmente y por escrito dominaba las sílabas, el maestro lo pasaba a las palabras. El juego consistía ahora en construir palabras desconocidas, tal vez inexistentes, pero posibles. Con dos sílabas de una consonante seguida de una vocal: de lama lema lima loma luma sólo valía luma. Con tres sílabas. Con cuatro. Con cinco. Después con dos sílabas de dos consonantes y una vocal, con tres, con cuatro. Muy difícil, casi imposible porque no deban sonar extrañamente como triclíbro o plettra. Después con una sílaba de dos consonantes y una vocal y otra sílaba libre. Muy fácil. Con una sílaba de cuatro consonantes y una vocal y otra sílaba libre. No pasábamos de transtuca. Así pasamos una semana explorando las combinaciones posibles de sílabas sin usar ninguna palabra conocida. El maestro agregó variaciones según el acento: agudas, graves, esdrújulas, sobreesdrújulas y esdrujulísimas; las explicó, y explicó también cuándo se marca el acento y cuándo no, en los ejercicios escritos. Para los errores había grito, coscorrón o coscorrón y grito según la gravedad. De pasada practicábamos los números. ¡Rey, Darío! ¡Nueve palabras esdrújulas tetrasílabas!

El lunes siguiente dijo: Pasamos a leer los cuentos del libro primario saltando por sobre todos los ejercicios previos. Todos pudimos leer, pero no se entendía nada. El maestro explicó la prosodia. Sólo se entiende la lectura si se sabe lo que se está leyendo. Por la pronunciación se sabe si se entiende lo que se está leyendo. La coma, el punto y coma, el punto y los acentos ayudan mucho pero hay que tener una idea de lo escrito. Gran misterio, terror: para entender y poder leer bien había que haber entendido ya. Señor muerto, esta tarde llegamos. Señor, muerto está, tarde llegamos. Un inglés tenía un cochino y la madre del inglés era también el padre del cochino. Un inglés tenía un cochino y la madre; del inglés era también el padre del cochino.

Sombrillas para señoritas que se abren solas. Telegrama: Después tres días dolores reventóseme tripa. Parto feliz. Niño bien. Después tres días Dolores (un pueblo) reventóseme tripa (del neumático). Parto (emprendo viaje) feliz. Niño (que me acompaña) bien. Vende la cocina. Ven de la cocina. Andrés introdujo: magister meus asinus est. magis ter meus asinus est. Dime rápido una palabra esdrújula de dos sílabas. Maestro, ¿por qué la palabra esdrújula es esdrújula y la palabra grave es grave mientras que la palabra aguda es grave? Diga, dígallo, dígaselo, dígasemelo. Pésimamente. Estúpidamente, estúpida mente. Cuando todos salíamos al patio corriendo y gritando para el recreo, el bobo se quedaba solo en el salón de clase repasando y considerando estas cosas con un aire de infinito asombro e inmensa estupidez. Una mosca le daba vueltas por encima de la cabeza rapada. El ignorante vive en el desierto donde el agua es poca, el aire impuro, un grano le detiene el pie inseguro, camina tropezando, vive muerto. ¿Qué será, qué no será que el que no adivine burro será? ¿Cuál es el único animal que camina con las patas en la cabeza? ¿Cuál es el animal que come con la cola? A los que agarramos los dejamos aquí y a los que no podemos agarrar nos los llevamos. Seis cazadores y un perro fueron a cazar; había siete güiriríes; cada cual mató al suyo y seis se fueron volando. Vive si lo matan, muere si no lo matan. Adiós, mis cien palomas. No, Señor Gavilán, no somos cien; nosotras, otro tanto como nosotras, más la mitad de nosotras, más una cuarta parte de nosotras, y Ud. Señor Gavilán, seremos cien. Le di una patada a un perro porque me lambió la pata. Lambió no, ignorante: lamió. No, si me la mea, lo mato. Los cinco puntos cardinales son las cinco patas del gato. Los cinco arcángeles. Uno para mí, uno para ti, uno para mí; uno para mí, uno para ti, uno para mí; uno para mí, uno para ti, uno para mí. Uno para ti y dos para Miguelito. El uno y el cero, la señal del pulpero, mutus nomen dedit cocis. Come y come y no se repone. En el rido no hay bacalado, Señor Elisedo. Se escriben con v: vaca, aluvión, revólver. Todos los verbos terminados en ger gir se escriben con g, menos tejer, brujir y crujir. Mientras más se le quita más grande se pone. ¿Qué pesa más, un kilo de plumas o un kilo de plomo? ¿Qué es más lejos, una legua a pie o una legua a caballo? Pesa más que un matrimonio mal hecho. Pésame. Luto. Pira con arroz blanco. Medio luto. Cinta negra en el brazo.

Mejor es no saber. ¿Dónde está Ulises Aro? ¿Dónde están las llaves? En el fondo del mar. ¿Quién lo irá a buscar? Ha de ser valiente matarile, ríle, rón. Lo pondremos piazó e bobo. Ese nombre no me gusta. El que añade ciencia añade dolor. Eran felices, pero comieron del fruto del árbol del conocimiento y fueron castigados. Debes comerlo, pero si lo comes serás castigado. Come, no comas. Esa es una muchacha inocente: no sabe nada. Si llega a saber se pierde. Yo la creía inocente, dijo el hombrón, pero sabía todo. Las mujeres saben más que uno. Que no vean cómo se mata un cochino. Que no vean la desnudez del padre y de la madre. Que no sepan cómo nacen los niños. Que sean puros el mayor tiempo posible. Hija, no dé besos: la que da un beso da el queso; la que da el pico da el mico. Hija, no se deje agarrar la mano, porque maní, boquí, tetí, cuquí. Jabón que no se gasta. La señora Luisa Rojas de Mensual vino ayer. Mamá yo no la vi. Mamá yo no la conozco. Le pegó el plomo. Metió la pata. Se la echó al pico. Se la sopló. Esa es una mujer de la vida, una mujer de la calle, una desvergonzada. Retrata a los hombres. Sabe mucho. Muchacho, váyase a jugar, no se quede oyendo las conversaciones de las personas mayores. Mamá, el gallo le está dando una pela a la gallina. Mamá el perro grande lleva a la perrita a rastras.

Ese bobo hecho el pendejo sabe más que los demás. Dime, Felipito, ¿qué es la paja? No te digo, porque si tu papá llega a saber que yo te dije, me da una paliza y me bota de la casa. Pero el bobo sí me dijo: uno se consiente la palomita hasta que se ponga dura, después la empuña y le da parriba y pabajo, con jabón, con manteca, con mantequilla o con saliva. Felipito, llévase esa yegua pal monte, que los muchachos no ven a esos caballos groseros. Pero yo ya sabía inocentemente: Mamá, me salió una cosa blanca de la palomita. Esas son flores blancas, le salen a los muchachos cuando están creciendo. El que inocentemente peca, inocentemente se condena. El bobo inventó la paja de banco: antes del recreo uno se sienta sobre la mano derecha, la mano queda entre uno y el banco y se duerme; cuando suena la campana del recreo uno se va corriendo para el fondo del patio y detrás de los matorrales se hace la paja con la mano dormida y uno cree que otro se la está haciendo y es muy sabroso. Quién pudiera hacerse la paja con la boca. Pero por más que me doblo no alcanzo. Paja, manuela, masturbación, onanismo, pecado mortal, no tiene perdón, pecado contra el Espíritu Santo. El bobo tenía un diccionario que había sido de su papá. Cuando quedó huérfano, la mamá le dio permiso para leer todo. Felipito ha visto mujeres desnudas, dice él mismo; pero él no es de buena familia y es sirviente. Ellos tiene derecho a saber. Los niños buenos, no. Dicen que ha entrado en la casa de la Ronca Teresa.

Cuando las mujeres están conversando sentadas en torno a la mesa de comer, el bobo se pone a jugar con un carrito debajo de la mesa y las mira entre las piernas. Dice que tienen una araña peluda. Andrés, ¿tú eres inocente o perdido? ¿Eres ignorante o sabes? A mí me parecía que Andrés sabía sin ser perdido. Mamá ¿qué es ser perdido? Ser perdido es estar alejado de la presencia de Dios por el pecado. ¿Cómo sabe uno que ha pecado? Porque se siente sucio y lo muerde y lo remuerde el gusanillo de la consciencia y quiere castigo. Una viejita titiritaña que todos los días se baña. Eso le pasa a uno tres días antes de morir. Todas las almas piden perdón, menos la tuya. Repetidas veces había dicho a Ernesto su madre (la tuya que es mi comadre) que era crueldad hurtar los nidos de los pájaros. Jaula abierta, pájaro manso. Está vendiendo guarapo. Si va para Barinas y pasa por Sabaneta, si tiene un lugarcito abróchese la bragueta. Botones de nácar para la camisa, botones de hueso para la bragueta. La vaca pintada y el buey paletón. A que no dices mute sin estirar el pico. Jaula abierta pájaro muerto. Está oliendo a cuero. Está pidiendo correa. Debe ser que va a llover.

En ese de tu edad abril florido, recibe el corazón las impresiones como la cera el toque de las manos. El hombre para orinar se saca la paloma por la bragueta y después que orina se la sacude y la vuelve a meter. Más de tres sacudidas es paja. La mujer para orinar se para con las piernas abiertas, se jala la falda con todo y fondo hacia adelante y la pluma de miao (triptongo) cae entre las dos patas y le chispea los zapatos. La gata mata la rata, no se puede comparar zapato con alpargata. Yo entré de noche al cuarto donde guardaban las pacas de panela. Nadie me vio. Caminé a tientas hasta donde yo bien me sabía, rompí fácilmente la envoltura de vástago de plátano y comencé a quebrar con el pulgar las esquinas de una panela para comérmelas ahí mismo, cuando veo una bola de negrura más negra que la noche sin luna en el cuarto oscuro, la bola giraba y despedía círculos rojo candela muy delgados que se dirigían hacia mí lentamente con un leve zumbido. Paticas pa qué te tengo.

Yo estaba solo en el fondo del patio de mi casa entre los matorrales. Nadie se veía. Nadie se oía. Cuando se me apareció una vieja muy flaca toda vestida de negro. Se me pararon los pelos, sentí un escalofrío en la nuca y en la espalda. Me iba a dar un vahído, pero el horror se me volvió terror y grité: ¡Mamá! ¡Mamá! Una culebra.

Una noche sin luna, tarde, mi papá me sacó a pasear por el pueblo. Todo estaba oscuro, yo caminaba pegadito de él. Nos sentamos un rato en un banco de la plaza. Se fumó un tabaco, yo miraba todo el tiempo el tizón que subía y bajaba, se alegraba cerca de la boca o se aquietaba sobre la rodilla cruzada. Vámonos. Cuando íbamos

llegando a la casa me dijo: Se me quedó el pañuelo en el banco, anda y me lo traes. Fui rapidito y lo busqué temblando. Le tenía más miedo a mi papá que a la muerte.

Es puerta de luz un libro abierto. Me daban permiso para hacer las tareas de noche con una lámpara de kerosén. Ante el libro abierto, ante el cuaderno abierto no tenía miedo de nada y me parecía que entraba a un mundo futuro donde podría ver a Dios. A Dios rogando y con el mazo dando. Dios dijo: Dios y hombre. Adiós, amigo. Labrando un palo. Adiós le digo. Pa hacer un nicho. Adiós carajo. Pa San Antonio. Dios puede hacerlo todo. ¿Puede hacer una piedra tan pesada que él mismo no pueda moverla? Temor de Dios. Principio de la sabiduría. Perdón, no lo vuelvo a hacer. Domine, no sum dignus ut intras sub tectum meum, sed tantum dic verbum et sanabitur anima mea. El predicador llegó en su ford. Fue un gran acontecimiento. Todo el pueblo se reunió debajo de un enorme níspero casa de doña Paula. Había muchas lámparas de carburo, bancos y sillas insuficientes. Yo me senté en las rodillas de mi mamá, pero a veces me bajaba, daba unas vueltas por ahí cerca para no perderme entre la multitud, y regresaba.

Me acerqué al ford y lo volví a ver y a tocar. Ya lo habían lavado. Las partes metálicas reflejaban con calma las luces de carburo. Parecía un gran insecto dormido. El pastor chofer predicador era flaco como un clavo y usaba lentes; yo no le ponía mucho cuidado a su sermón: la atención se me dispersaba entre el gentío y la atracción del ford, se me diluía en lo inusitado de la reunión; pero entendí el cuento de Moisés en el desierto que levantó en un madero una serpiente de bronce para que los picados de culebra se curaran mirándola. Dijo que Cristo era una serpiente levantada en la cruz para que los picados de pecado se curaran mirándola. El diablo del paraíso era una serpiente, Cristo también, el pecado también. He ahí algo interesante para el bobo; lo busqué con la vista, y lo vi sentado en las rodillas de la mamá con un aire de irremediable estupefacción. Dijo que la vida es un desierto donde el agua es poca, el aire impuro. El pecador camina tropezando, vive muerto, un grano le detiene el pie inseguro. Afortunadamente la serpiente Cristo ha sido alzada en el desierto. Mírala ignorante.

Una vez yo fui de visita a la casa de doña Paula y como no vi a nadie me acerqué a un cuarto donde alguien hablaba. Una resistencia invisible me impidió entrar, me detuve como si alguien prohibiera la entrada, pero vi a doña Paula de pie ante un altar donde había dos retratos y dos velas, y oí claramente que decía: Espíritu de José Fulco, aquí está Eva. No recuerdo más. Cuando ella salió me recibió cariñosamente, me dio alfeñique y permiso para jugar con la gran rueda. La gran rueda estaba colgada de las tijeas del techo y era doble; asientos para dos muñequitos colgaban de ella a intervalos regulares. Yo le daba vueltas y los asientos con los muñequitos se mantenían colgados normalmente; no se ponían patas arriba aunque yo le diera vueltas más rápidas. Yo comía alfeñique y jugaba, pero miraba mucho hacia el cuarto donde estaba el altar. Ella se dio cuenta y me dijo: Deja eso para cuando seas grande; son cosas de mucho estudio.

A mí me sale mucha cera de los oídos: cuando sea grande voy a ser rico. Estudia y no serás cuando crecido ni el juguete vulgar de las pasiones, ni el esclavo servil de los tiranos. Tengo manchas blancas en las uñas: me van a dar regalos. Las uñas deben de cortarse los lunes. Si este libro se perdiere como suele suceder, ruego al que se lo encuentre me lo sepa devolver; pero si es de uñas largas y de corto entendimiento ruégole que se acuerde del séptimo mandamiento, y si no sabe mi nombre aquí se lo voy a poner: Perico de los Palotes. Aunque Andrés vivía en el Puerto, a partir de cierto día, cuando no vimos más a Ulises Aro, comenzó a venir a la escuela de nosotros en la Ciudad. Venía a pie. Tenía derecho a llegar tarde, a irse en cualquier momento y a no asistir regularmente a clase. Ese privilegio le venía de que era más grande que nosotros, sabía mucho, hasta latín, y tenía que trabajar ocasionalmente repartiendo telegramas. El papá de él era telegrafista en el Puerto y a veces se recibían telegramas. Sabía el alfabeto morse y entendía el ti carí carí carían de los instrumentos. Estando en su casa una vez oyendo el ti carían le pregunté qué decía. Ya me iba a decir, pero se contuvo y me explicó que es deber sagrado de los telegrafistas, y de los que quieren serlo, no revelar nada, absolutamente nada de los mensajes, excepto, claro, a los destinatarios. En el alfabeto morse todas las letras se hacen con dos signos nada más, el punto y la raya, el cero y el uno. ¿Pueden hacerse todos los números con el uno y el cero?

Las pasiones son unas diablas, me dijo, que juegan metra. Los hombres ignorantes son las metras. Juegan troya. En un círculo ponen a los que cada uno tiene en su poder y, después de tirar los tirones para saber quién es mano, quién es trasmano, quién es terciá, quién es cuartana y quién es porra, comienzan a sacarlas del círculo y a metérselas por el culo. Un tirano es una de esas diablas con forma de hombre fuerte. ¿Cómo se llaman las pasiones? Son muchas; las principales son Dona, Tena, Catona. Cuando truena es porque arrastran cueros en el cielo. Cuando llueve con sol es porque el diablo está peleando con la diablo. Cuando el río suena, piedras tiene. El que se pica es porque ají come. Al que le caiga la chupa que se la ponga. Al que primero le güelió, por debajo le salió. Al que da y quita le sale una pepita y el diablo lo visita. ¿A ti te ha salido el diablo? No. Entonces

lo tienes todavía por dentro. ¿Y a ti sí te ha salido el diablo? Sí. ¿Por dónde te salió? Por el ombligo. ¿Y cómo hiciste para que te saliera? Me persigné la mollera y la coronilla.

Vi un loco con la manía de meterse el dedo atrás y oliéndolo más y más, me estoy pudriendo, decía; la gente lo reprendía por tan repugnante exceso y el loco les respondía: Carajo, si el culo es mío, qué tienen que ver con eso. Cada quien hace de su camisa un saco, de su blusa un chaleco y de su culo un candelero. El uno y el cero, la zurra y la caglera. Todos los números con el uno y el cero. El bobo tenía la repugnante costumbre de comerse los mocos; también es que lloraba mucho sin que nadie supiera por qué y no tenía pañuelo. También comía tierra. Una vez varios muchachos hicieron una gavilla y le calleron a coscorriones, quiñes, pescozadas, pescozones, cachetadas, guamazos, tatequitos y patadas, le reventaron las narices y la jeta. El no se defendió. Andrés se los quitó de encima y los regañó. Ellos explicaron que ese bobo era una gallina culeca que no peleaba aunque lo desafiaran y se dejaba mentar la madre sin hacer nada. Al otro día vino el bobo con los dos ojos morados, la cara rasguñada, los labios hinchados, patuleco y renquiando, pero no acusó a nadie. En la casa por más que le preguntaron no dijo quién le había pegado. Nosotros no nos comíamos los mocos; los sacábamos con el dedo sacamoco, los amasábamos en bolitas hasta que estuvieran secas y los botábamos. Si eran mocos de gripe, nos sacudíamos con la mano y nos limpiábamos en la ropa del que estuviera más cerca.

Víctor me hizo caer y yo caí como un bolsa. Ando buscando a quién hacer caer para sacarme el clavo. Hazme caer a mí; para aprender hay que caer. Bueno, ¿tú sabes sumar? Sí, sé. ¿Cuánto es siete y seis? Trece. Mientras más me lo mama más me crece. ¿Y qué es eso? Yo no sé, pero queda uno mal: los más grandes se ríen. Cincuenta toros y un chiclán ¿cuántas bolas tienen? Ciento una bola. Ay, sientes una bola y ¿dónde la sientes? Siento un bulto y no voy pa la escuela. Siento una mano y no es de cambur. Me siento mal. Siéntate bien. La hormiguita lo siente y lo llora. Un hombre no se debe dejar tocar ni la cara ni las nalgas.

Los dedos de la mano se llaman lambeplato, sacamoco, limpiaculo, patiquín y sacacera. Para hacer la señal del pulpero completa hay que usar las dos manos: se hace un círculo con el lambeplato y el sacamoco de la izquierda y se le mete con fuerza y con ruido el sacamoco de la derecha; pero se puede hacer con una sola mano estirando el limpiaculo y encogiéndolo los demás, o metiendo el lambeplato entre el sacamoco y el limpiaculo. También se puede hacer poniendo el sacamoco extendido sobre el cachete y apuntando el ojo. Se puede acompañar o sustituir con palabras diciendo mi o miji o Miranda en la Carraca o basié o carajo o comoní. Máquina sursí, máquina sursá, dame la sortija que en tu mano está.

Alexis el hermanito de Andrés tenía las bolas tan grandes que no se podía poner pantalón. Se trataba de una hernia; así había nacido. Doña Paula dijo que lo curaba. Había que salir de madrugada para llegar saliendo el sol a un sitio donde se encontraba un árbol llamado indio desnudo. Yo pedí permiso para ir a ver. Fue un gentío. Cuando llegamos al árbol estaba amaneciendo, Doña Paula sacó un cuchillo y dijo que le pusieran los pies al muchachito sobre la corteza del árbol por el lado del sol. El muchachito lloraba y pataleaba; la mamá lo aquietó con mucha toñequería y entonces Doña Paula cortó la corteza con el cuchillo en la forma y el tamaño de los pies del niño, arrancó las plantillas y dijo: Ya está hecho, a medida que se sequen las plantillas se le recogerán las bolillas. Al mes el niño tenía las bolas normales.

El uno y el cero; el que sabe, sabe; el que no sabe, cero. Dos bolas y un badajo, la nariz y los ojos. La boca es una raja. Punto punto coma y raya en la O: carita de pelón sin orejas. Raja, reja, rijo, roja raja.

13

Aceitunas, alcapparras, ciruelas pasas, pasas, del barco las sacan para las casas de alto. En las casas de alto las compras. Cebollas, tomates, huevos. Tela sobre tela, paño sobre paño. Cuando chico envidioso, cuando grande ruboroso. Todos lo saben abrir, nadie lo sabe cerrar, pero Colón lo paró. Guiso. Jefe altanero de la espigada tribu, hincha su grano. Masa amasada, masa aliñada: arrancar, pelar, desgranar, cocinar, moler, amasar y amasar. Crece veloz y, cuando exhausto muere, adulta prole en torno le sucede; cortar las hojas de la mata, soasarlás, volverlas a cortar en la mesa. Envolver, amarrar con tiras de vástago de plata no es, poner a cocinar. Pero no duran más de tres días. Si hay que llevarlas de avío hasta Angostura, ni huevo ni tomate ni cebolla ni aceituna ni alcaparra ni ciruela pasa ni pasa. Ni pimentón. Por fuera, queso y papelón.

Hipócrita, Cambur pintón. Curruchá curruchá. Niño chiquitico, niño parrandero. Hay que hacerle la paja al furruco con las manos dormidas. Hay que leer las letras que escriben las maracas en el aire. Déme mi aguinaldo aunque sea de ají, si no me lo da me le cago aquí. Chicha débil, chicha fuerte, aguardiente claro, un brazo desnudo con una pica en la mano sale de las ramas. San José y la Virgen, la mula y el buco. No ponga el

niño hasta el veinticuatro. ¿Pongo cagajones y bosta en el pesebre? La estrella sí. Yo amo a mi mamá. Mi mamá me mima. Váyanse a jugar afuera que la cocina es de las mujeres. ¡San Herodes! ¡San Herodes! Cuando yo estaba chiquito me cargaban en los brazos, ahora que estoy grandecito me carga a toletazos. Me dio calentura e pollo, me dio sarampión morao. Sin pecado original concebido.

Un ángel le anunció que saldría embarazada por obra y gracia del Espíritu Santo. Yo vi una vez un angelito, tenía varios días de muerto, le habían puesto alitas y estaba rodeado por muchas flores de trapo y de papel. Lo habían cocinado para que durara más sin podrirse como las hallacas de angostura, hormigas le entraban y le salían por las narices y las orejas. Estaba sobre una repisa de espaldas a un espejo y tenía una corona dorada. En el pecho una flor. Todos bebían de un caldo extraño; a mí no me dieron.

Antes de que naciera ya lo estaban buscando tres pastores para adorarlo, tres magos de oriente para hacerle regalos y un rey malvado para matarlo. ¿O eran tres niños distintos? Los pastores y los magos sabían dónde estaba porque una estrella se los dijo; pero el rey no sabía y los magos regresaron por otro camino para no decirle. Entonces el rey malvado mandó a matar cuanto niño había nacido en esa fecha y sus alrededores. Fue un gran baño de sangre. Ay de mí si él hubiera nacido cuando yo nací. El rey fue santificado posteriormente; mi mamá lo llama cuando se desespera por nuestros bochinchos y rubieras ¡San Herodes! ¡San Herodes! pero no pudo matar al niño parrandero, porque la mamá y el papá se lo llevaron para Egipto en un burro. Te cogí por inocente. Vamos a apostar un aguinaldo de hablarse y no contestarse. Vamos a apostar más bien un aguinaldo de palito en boca. Conmigo apuesta uno de palmada en el hombro rodilla en tierra, pero la izquierda. Y conmigo uno de rodilla en tierra también, pero la derecha. San José tenía una vara y la vara floreció mientras él se hincaba sobre la rodilla izquierda. A Felipito lo hincaron con la cara para la pared, sobre granos de maíz, con los brazos abiertos y una piedra en cada mano porque puso bosta y cagajones en el pesebre.

La aureola de San José es dorada; la de la virgen, plateada; la del niño de oro y plata: Mira Darío ¿qué aureola se le forma a los que se vuelven santos? Y él quedarse pensando y pensando hasta que le hacen la puñeta. La puñeta es la señal del pulpero completa y ruidosa. Entonces él llora; llora también cuando le dicen bobancón con con, taparucu juco juco, si eres gallito venite acá si eres culeco quedate allá, en vez de caerle a uno a pescozadas o a pedradas o a macetazos como es natural. El no es gordo, pero sí barrigoncito; ¿serán las lombrices? No, porque ya lo purgaron con vermífugo San Antonio y las echó por rollos. El que nace barrigón ni que lo fajen chiquito.

Una vez escuchando escondido las conversaciones de los mayores, oí decir que Don Darío, el papá de Darío, Darío se fue pal río sin permiso e Don Darío, se había metido los dos cañones de la morocha en la boca y había accionado los gatillos con los dedos gordos de los pies; pero que no debía contarse eso nunca delante de los niños. Todos hablaban bien del padre y del hijo. Mamá ¿por qué yo no fui concebido sin pecado original? Mamá ¿qué es el pecado original?

Por cuanto todos pecaron, están excluidos de la gloria de Dios; pero de tal manera amó Dios al mundo que envió a su hijo unigénito para que todo aquél que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna. Niño lindo ante ti me rindo, niño lindo eres tú mi Dios. Con tus ojos lindos, Jesús, mírame, y sólo con eso y sólo con eso me consolaré. Rey Darío, Darío Rey, ¿Dios es un niño? ¿El reino es de un niño? ¿Entonces por qué no mandan los niños, sino los mayores? Se quedaba perplejo con esas bolserías. ¡Epa! Ven a apostar aguinaldo bobancón. Cuando a uno le preguntan ¿qué es fofo? uno junta y separa los dedos de la mano menos el sacacera. Herculito me está haciendo así. Cuando Hércules era chiquito le metieron en la cuna dos culebras grandes para que lo mataran, pero él las estranguló. Tan chiquito y quiebra grano, qué será cuando marrano. El niño Dionisio estaba todavía en el vientre de la madre cuando ella se incendió y se quemó; pero el padre tuvo tiempo de sacar al niño ileso, se abrió el muslo derecho y allí lo guardó hasta que le llegó la hora de nacer. Al papá de Atena le abrieron la frente con un hacha para que ella naciera. Viva Páez, viva Bolívar, viva Cristóbal Colón, viva la mujer que tuvo su primer hijo varón. Nace el sol, nace la luna; nace el niño Jesús, ¿Cuándo vas a nacer tú, cabeza e mono pelú?

El niño Jesús nació caminando con su maraquita pidiendo aguinaldo. Yo quiero salir a tocar maracas, beber aguardiente claro y pedir aguinaldo. Cómo nié. Andrés me invitó a probar el aguardiente; nos subimos a la troja, yo agarré un buche pero cuando lo iba a tragar con mucha valentía, se me fue por el camino viejo y casi me ahogo; me bajé tosiendo a buscar agua fría. No, chico, eso es pa hombre. Los tres reyes magos bajan del oriente con su taparita llena de aguardiente.

Epifanio Pérez Pérez, Epifania, Epifanía, José Herrera, Juan Inciartu, Vereciartu, con Gualdrón, Lía Mahuad, Novelino y Castejón, yo procuré no dormirme para ver la llegada de los magos, pero no pude aguantar el sueño y me dormí. Cuando desperté encontré debajo de mi hamaca una red en forma de pierna desde la rodilla

hasta el pie. Por impaciencia la rompí con las uñas, mamá ¿no me la puedes arreglar?, y saqué una caja de creyones de cera, tres avioncitos de lata japoneses con la insignia del sol naciente, una bolsa rosada llena de dulcitos con forma de tortuga envueltos en papel celofán torcido en la cabeza y en la cola, una escuadra, un transportador, un compás y una brújula; muchos cartoncitos para rellenar y mantener la forma de la pierna. ¡Cónfiro! ¡Cónfiro! ¡Cáspita! ¡Recórcholis! ¡Culo! ¡Cuca! ¡Paloma! ¡Zurra! ¡Vaina! ¡Carajo! Traté de volverlos a acomodar en el orden que traían, pero no pude. Reyes magos de oriente, así se trata a la gente. Gaspar, Melchor y Baltasar, bien se merecen un altar. Cohetes.

Alguien me tapó los ojos desde atrás con las dos manos. A que no me conoces. La voz era muy aguda y fingida. Si no adivinas quién soy no te suelto. Yo, Caljas, el que ve con y sin los ojos, no me moví mucho para que no se me cayera el algodón que fungía de pelo y barba; pero no pude adivinar. Era Néstor, rey de tres generaciones en Pilos, más algodonado todavía que yo. El suelo estaba esterado de papelillo, tiraban serpentinas de todos los colores, tocaban pitos retráctiles, Miranda meditaba echado en un rincón de la Carraca, Bolívar caracoleaba su caballo frente a Manuelita, Napoleón lloraba y dejaba de llorar y lloraba otra vez con una mano en la lipa y la otra agarrada a la falda de Josefina y se comía los mocos que llegaban directo de la nariz a la boca. Los grandes eran dominós y negritas, caballeros de antifaz con pluma en el sombrero, damas de antifaz con falda de campana haciendo reverencias, el tirano Aguirre con las manos manchadas por la sangre de su hija departía amigablemente con el negro Miguel. El diablo y el arcángel Gabriel brindaban con chicha fuerte. Se bailaba cuadrilla, el maraquero y el cuatrismo todo enredados con el ritmo en sus pantalones pegaditos de juglares y sus cachuchas de bufones. Grupos de personas enmascaradas entraban y salían en desorden, algunos mojados porque en la calle los indios tiraban palanganas de agua coloreada con anilina. Néstor y yo salimos corriendo hacia el ágora porque Aquiles, pies veloz, se quitó su casco de cartón de tremolante penacho para anunciarnos que el Rey y la Reina de España venían repartiendo regalos. Un carro de bueyes con cintas en los cachos y coronas de flores avanzaba lentamente en medio de una algarabía de muchachos de otros tiempos que se lanzaban al suelo a recoger como si fuera piñata los caramelos y muñequitos de celuloide que arrojaban a manos llenas desde su trono móvil el Rey y la Reina de España.

Desde que yo estaba muchacha, dijo mi mamá, no se celebraba el carnaval con tanta pompa. Quedó al descubierto el secreto del gran baúl de ropa trancado con candado y oloroso a naftalina que yo había mirado muchas veces con curiosidad. Era el escondite de los personajes que uno puede encarnar cuando los tiempos permiten la locura. Debajo de la ceniza arde la brasa.

La noche de ese martes todos teníamos algún percance que lamentar: un tobillo torcido, rasguños, chichones, raspones, rodillas peladas, dolor de barriga, resfrío, todo nadando en el cansancio y la alegría. Hubo baño general, fricciones con alcohol, sobas con sebo de Flandes, aceite de ricino, limonada caliente, yodo. Antes de dormir pensé que aquel día había sido como un sueño muy vívido. Pero no como un sueño de los que uno sueña cuando está dormido, sino como un sueño de los que yo había aprendido a soñar cuando estaba despierto.

Mucho antes de que Andrés me enseñara a construir un soñadero, yo ya había aprendido a soñar por mí mismo durante las lecturas de la tarde: mi mamá se reunía con algunas amigas para leer; leían en voz alta turnándose y a nosotros nos mandaban a jugar al patio. A veces nos dejaban oír, si insistíamos; a veces no, porque, decían, eran lecturas que podían inquietar y confundir a los niños, revelándoles antes de tiempo las cosas de la vida. Darío era excepción; podía quedarse todo el tiempo si quería, pues parecía no entender nada y mal podría dañarlo lo que no comprendía. Yo escuchaba a veces con permiso y a veces a hurtadillas. Mi papá solía leer de noche, solo, en voz alta, encerrado en su biblioteca y entonces no permitía que hiciéramos bulla. ¡Qué es, carajo! gritaba cuando bochinchábamos o tumbábamos ruidosamente alguna cosa, y nosotros nos quedábamos calladitos. Yo a veces me sentaba en el suelo junto a la puerta cerrada y oía claramente. Se trataba en todo caso de esos libros antiguos y recientes que más tarde conocí como clásicos. Yo imaginaba lo que oía, y lo veía como en sueños, me identificaba con algún personaje y vivía sus experiencias; ante el ojo de mi mente se desplegaban los paisajes remotos, se erguían las ciudades con sus casas, sus torres, sus muros, sus palacios, sus mercados, sus multitudes, sus ejércitos, sus batallas. El oído de mi mente percibía sus canciones, sus diálogos, sus voces de mando, sus lamentos. Frecuentemente no entendía lo que pasaba ni lo que decían; pero no importaba, porque entonces el ámbito del sueño se volvía extraño y misterioso produciéndome un placer especial.

Así no vale, dijo Andrés, hay que soñar solo y en un soñadero.

Pero yo había soñado solo, y en dos soñaderos; me montaba en la troja donde se guardaban los sacos de pira, de café, de arroz, de maíz, me acostaba quietecito y soñaba; o bien me montaba en el taparo grande y me abismaba en ensoñaciones inenarrables. Andrés desaprobó la troja: uno podía quedarse dormido y no era cuestión de soñar dormido sino despierto. Aprobó el taparo con modificaciones: era necesario escoger o acondicionar una horqueta, cómoda para no gastar fuerza en no caerse, incómoda para no dormirse y caerse, escondida para no ser sorprendido. Además, explicó, el soñador debía fijarse en cómo ponía la cabeza y el cuerpo; de eso dependía que pudiera retomar un sueño en otra ocasión. No debía contarle sus sueños a nadie: los sueños se molestaban y no volvían. Con mucha práctica, era posible escoger la materia del sueño. Yo quería soñar cómo sería el mundo cuando yo fuera grande y qué haría yo en él.

Construí varios soñaderos, pero el preferido fue el que hice en un samán. El tronco era muy grueso, pero se bifurcaba bajo y se volvía a bifurcar de modo que no era difícil escalarlo y esconderse entre las ramas. Amarré un mecate entre dos de ellas para que el oculto soñadero fuera cómodo, incómodo. A Andrés le gustó tanto que un día me lo pidió prestado.

Era indispensable para un soñadero estar en un lugar elevado, separado de la tierra. Por eso una hamaca también podía servir, pero debía uno acostarse a lo largo agarrando la hamaca cerrada con los pies, y con los brazos por encima de la cabeza, para hacerla incómoda y cuidar de no ser sorprendido. Esto podía hacerse sólo de noche cuando todos dormían y no era recomendable: yo me dormí intentándolo y me caí de platanazo. Tiempo después pude soñar casi en cualquier sitio.

Por cierto, cuando yo estaba en eso de buscar lugares adecuados para soñadero, me monté en la gran magnolia imperial del patio y, cuando estaba subiendo bastante alto entre dos ramas, rompí con la cabeza un nido inadvertido de avispas matacaballo. Mientras me bajaba como loco y corría hacia la casa me picaron y picaron con encarnizamiento tan encarnizado que en el recuerdo renueva la pavora. Cuando logré quitármelas de encima pateando y manoteando y llegué a la cocina donde estaba mi mamá, ya no podía ver porque los cachetes y los párpados hinchados me cerraban los ojos. Ella me puso a orinar, me untó zumo de cuatro hojas diferentes y me hizo tomar grandes cantidades de agua con mucho limón. A pesar de eso me dio fiebre y en la noche tuve pesadillas, sueños no deseados. Me abrí un ojo con los dedos para verme en el espejo y no me reconocí.

El domingo, montado en un pollino, entró el Señor en la ciudad sagrada. Había curado mucha gente, había resucitado a varios, había pronunciado sermones inmortales. Todos lo aplaudieron y aclamaron gritando ¡Hosanna, Hosanna!, esteraron el suelo con hojas de palma y lo alfombraron con mantos ¡Viva el rey que había de venir!, pero los fariseos intrigaban contra él y uno de sus propios discípulos lo vendió por treinta pesos de plata.

Lo hicieron preso, le dieron latigazos ¡a un hombre ya grande!, le pusieron una corona de espinas ¡viva el rey!, le vendaron los ojos para que adivinara quién le estaba pegando ¡adivina adivinador!, lo condenaron a ser crucificado y ¿dónde estaba la gente que lo había aplaudido y aclamado rey? Estaba allí, mirando. Lo hicieron llevar una pesada cruz por un largo camino y él caminaba y caminaba con la cruz a cuestas echando sangre por la frente y a veces se caía, los enemigos lo herían y zaherían, él camina que camina y ¿dónde estaba la gente que él había alimentado, curado, consolado, resucitado? Estaba allí mirando. Lo clavaron en la cruz en la colina de la calavera, levantaron la cruz, pidió agua y le dieron vinagre, llamó al papá y un soldado le clavó una lanza en el hígado, y ¿dónde estaban sus familiares cercanos, sus discípulos, sus amigos? Estaban allí mirando. Tres mujeres lloraban al pie de la cruz. No lloréis por mí, llorad por vuestros hijos.

Alé limón, alé limón, el puente está caído. ¿Dónde están las llaves matarile ríle ríle? En el fondo del mar matarile ríle rón. A la una yo nací, a las dos me bautizaron, a las tres supe de amores, a las cuatro me casé, a las cinco tuve un hijo, a las seis lo bautizaron y a las siete lo maté. ¿Qué tienes en esa pata que te relumbra, que te relumbra? Una pendeja llaga que ya me tumba, que ya me tumba. Yo ya la perdí, ya no la he de hallar y si no la hallare, y si no la hallare, me pondré a llorar. Ratón Pérez se cayó en la olla y la hormiguita lo siente y lo llora. Desde el soñadero del samán los increpé clamando: Pedazos de carajo ¿no van a defender a su rey? Estamos para que nos defiendan máquina sursí y él se rindió y dijo que su reino no era de este mundo máquina sursá, con sus alas doradas y en el pecho una flor. Cuando yo sea grande ya verán, hijos de la grandísima puta. El que se mete a redentor muere crucificado.

Eso fue el viernes. El domingo siguiente resucitó, bajó a los infiernos, subió a los cielos y se apareció a sus discípulos pero ellos no lo reconocieron. Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón, con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor. Ay ay ay, cuándo vendrá mi amor. Merolico, Santolico.

Darío-se-fue-pal-río se puso a hacer el viacrucis representándose vívidamente la pasión del Señor, como si fuera él mismo quien la sufriera; gimoteaba y moqueaba, las rodillas le sangraban; pero cuando llegó al gallo de la pasión el cura lo sacó por un brazo: No sea bolsa, váyase a jugar, que esto no es pa muchacho chiquito. Ya vas a ver cómo Darío pone cara de estúpido. Darío, ¿por qué si el Señor era Dios se dejó crucificar? ¿Por qué, si resucitó, siempre lo pintan crucificado? ¿Por qué dice el cura que la humanidad todos los días crucifica a Cristo?

¿Por qué sale Felipito a darle vueltas al pueblo tocando una matraca? Colón, porque no se pueden tocar las campanas. Ayuno y abstinencia. Los siete potajes de cuaresma. Mamá, ¿qué es abstinencia? El que se baña viernes santo, se vuelve pescao. El que no hace abstinencia, se queda pegao. El que corre pateando al Señor. El que grita, grita al Señor. El que corta leña, corta al Señor. El que cocina, cocina al Señor. El que se pela, pela al Señor. Le dieron matarile. Cuando un pollito se muere, para revivirlo, lo pone uno debajo de una totuma redonda y le da golpecitos a la totuma con una piedra diciendo tiqui-tiqui como si lo llamara para darle nepe. Cuando se muere un niño chiquito sin bautizar, lo cocinan en un caldero de hacer chicharrones, le ponen alitas doradas y en el pecho una flor, lo montan en una repisa y lo festejan. Lo llevan a otras casas para seguir la fiesta. Yo vi hormigas que le entraban y salían por las narices y por las orejas.

Cuando muere una persona grande, le mandan a avisar inmediatamente al carpintero; él viene, toma las medidas y a las pocas horas se aparece con una urna forrada en negro. Al muerto lo lavan, lo afeitan, lo visten con su mejor ropa y lo ponen en la urna, boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, rodeado por cuatro velas. Los familiares y amigos lo sienten y lo lloran. Los conocidos vienen a dar el pésame vestidos de negro. Lo velan y lo siguen velando dos o tres días y noches, hasta que huele a muerto. El olor a muerto es distinto del olor a mortecina. Se espera tanto antes de enterrarlo para estar seguro de que ha muerto de verdad; a veces el creído muerto revive después de sepultado y araña la urna por dentro y grita sin poder salir. Los muertos desandan y asustan a los vivos. Donde está tu tesoro allí estará tu corazón.

Por fin llegó mi tío en su carro colepato, se le abrió la tapa hacia atrás y la cola se volvía asiento. Venía a llevarse los huesos de alguien enterrado hacía muchos años para trasladarlos al centro. ¡Qué carro tan bueno! Pasó donde se atascan los carros de buey. Mi tío nos trajo dulce de membrillo envuelto en hojas de mazorca, cajitas cilíndricas de pepitas duras y dulces con sorpresas, y libros de cuentos ilustrados. Nosotros espiábamos las conversaciones. La calavera tiene un hoyito en la sien y adentro había una bala. Dicen que se suicidó pero yo creo que lo mataron tirándolo de lejos porque la bala hubiera salido y hubiera otro agujero. ¿Qué hace un agujero en la calle? Vende agujas. Mientras más se le quita más grande se pone. Calaverin coquin. En lo que espabila un cura mal del coco. Carabela, cara bella se vuelve calavera. Este chavalito parece inteligente, léame las noticias. Me dió un periódico viejo llamado El Nuevo Diario. Yo nunca había visto un periódico. Comencé a leer, leí la primera línea de cada columna, luego la segunda, luego la tercera. No entendía nada. Levanté la vista y vi que me estaba mirando con intensa curiosidad. Algunos observadores piensan que la gue-gún últimas informaciones reci-bierno no puede mantener vagos-rra es inevitable por las ra-bidas por cable submarino. Agarró el periódico y se rió a carcajadas; era un hombre muy grande y muy barrigón - el que nace barrigón ni que lo fajen chiquito - me regaló un bolívar nuevecito y llamó a mi papá para echarle el cuento.

No somos nada. El era muy bueno: me regaló este par de zapatos. ¿Por qué se van siempre primero los mejores? Señor, dame resignación. Mándame ese muchacho a pasar vacaciones conmigo. Mejor me lo llevo de una vez. El saco de huesos no ocupa mucho sitio. Allí puede seguir estudios superiores. Pobre flor qué mal naciste y qué fatal fue tu suerte que al primer brinco que diste te encontraste con la muerte. El tomarte es cosa triste, el dejarte es cosa fuerte, pues dejarte con la vida es dejarte con la muerte. La lanza de fresno le penetró la sien. El joven guerrero cayó hacia atrás. La armadura rechinó y, antes de que su sangre supiera, el negro velo le cubrió los ojos para siempre. Los cementerios son sementeras de fuegos fatuos. El Señor nació chiquito y creció con gran trabajo, llegó a grande y lo mataron, miren qué vaina carajo. Pero cuando se acabe el tiempo él volverá como juez a la ciudad santa montado en un relámpago. Guay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, sepulcros blanqueados.

A

Tu más bello mundo: basura, basura dispersada al azar. Basura verbal. Regodéate en los altos montones, deslízate por sus valles, báñate entre los pegajosos desperdicios, huele sus miasmas, restriégate la cara con los restos semipodridos de legumbres y frutas, córtate las carnes con los pedazos de vidrio de color golpeados por el sol, porque tendrás que abandonar tu más bello mundo. La nave partirá al amanecer. Despídete, y consuélate pensando que las personas y las cosas son bellas solamente cuando te ves obligado a abandonarlas. Te mortifica la idea del exilio, pero qué tal si resulta que vas a tu patria verdadera; que el exilio real es ese basurero verbal donde te has apatriado vilmente; que tus enemigos victoriosos te hacen un favor involuntario.

B

El exilio es inevitable, pero no quiero vivir en las montañas desiertas. Solicito ser expulsado a Segor, la pequeña. ¿No es ella pequeña? Cuando mi esposo y mis hijas estén ya en camino, yo acompañándolos, un poco antes de que se consume la catástrofe, cerca de Segor, la pequeña, apenas revienten los relámpagos, me detendré y me daré vuelta para mirar por última vez a la ciudad amada bajo la luz demoledora y moriré, pero la habré guardado para siempre en mis ojos de sal.

16

Desde mi puesto en el carro yo veía la cabeza de uno de los bueyes, los cachos sin guirnaldas ni cintas, y más allá la carretera, río que no anda, piel mudada de serpiente gigante, muerta. Yo viajaba en ese carro con mi mamá y mis hermanos. Mi papá iba al lado en una mula rucia. Yo tenía una mula rucia en la sabana e Maturín, con una peladurita de la cola hasta la crin. A veces montaba a uno de nosotros con él detrás del pico de la silla o en la grupa por algún tiempo. Detrás venían dos carros más, atestados y crecidos como pirámides con los peroles de la mudanza. Las grandes ruedas de madera con cinchos de hierro se inclinaban sin concierto y parecían doblarse, subía una a veces cuando bajaba la otra. Aro Ulises, el tercero de la lista. ¿Qué le pasaría que nunca lo volvimos a ver? Según Víctor, pero quién le va a creer a Víctor, se había ido de polizón en el teorema grande. Yo estaba sentado en el piso de la carreta, arrecostado del lado derecho, cerca del carretero, arriba había un toldo de lona sostenido por medios aros. Mi mamá en el medio. La gallina y sus polluelos. Los movimientos del carro me empujaban hacia adelante, hacia atrás, hacia la izquierda, hacia la derecha, yo mantenía mi puesto apoyándome en las manos, si me descuidaba me caía. Como teníamos prohibido bochinchar, pararnos y cambiarnos de sitio, se me ocurrió que aquello bien podía ser un soñadero.

Habíamos partido al amanecer. Hagan pipí y pupú ahora, porque después de salir no podemos estarnos parando a cada rato. El sol estaba muy alto como cuando el maestro sale a ver la hora. Si la escuela durara una semana, sin regresar a casa, sin dormir y sin recreo, así era el viaje. Mamá, tengo ganas de orinar. Mamá tengo ganas de ensuciar. Mamá me quiero parar. Mamá tengo hambre. Mamá tengo sed. Mamá me duele la rabadilla. Mamá tengo ganas de arrojar. Mamá aquí Aurora está diciendo malas groserías. Mamá aquí Antonio me está pellizcando. Mamá ¿cuándo vamos a llegar? Mamá, dile a mi papá que me lleve en la mula. Mamá, yo me quiero subir en tus piernas. Mamá yo me quiero sentar al lado del carretero. Mamá yo me quiero montar en uno de los bueyes. Mamá yo quiero regresar ¿por qué no nos quedamos más bien en la casa? Mamá, ¿cuándo volvemos a la casa? En la escuela uno podía pedir permiso para ir al solar, mostrando al maestro un caparazón de morrocoicito que cogía del clavo donde estaba colgado. Sin caparazón de morrocoicito no podía salir nadie para que no hubiera dos niños juntos por fuera, y si duraba mucho, ¿estará cagando cabuya?, lo mandaban a buscar.

Zamuro no cuida tripa ni burro cuida pajar, si le duele la barriga váyase pal cambural. Ese muchacho veguero tan bruto que levantó el caparazoncito y le dijo al maestro: Permiso pa í a cagá. Mi mamá nos repartió arepa, queso y papelón; nos sirvió agua de un garrafón, a varios se les botó por los brincos del carro y por la falta de cuidado, otros la botaron adrede. Si quieres decepcionarte del hombre que estás amando, imagínalo cagando debajo de un aguacero. Aro Ulises, el tercero de la lista, el más tímido y torpe de todos, hizo algo que nadie ha hecho y que sólo pensarlo da miedo. Cuando había ejercicios de hacer fila y de marchar, él era el último en cumplir las órdenes. Un paso al frente, ¡march! Se oía el fuerte paso de todos juntos y después, leve, el paso de Ulises Aro. Media vuelta, ¡march! y lo mismo y el maestro siempre lo regañaba. La de alante corre mucho, la de atrás se quedará. Granito de oro, granito e zurra e perro. El que sabe, sabe; el que no sabe, cero. Había un barquito pequeñito que no podía, que no podía navegar; pasaron una dos tres cuatro semanas y no podía y no

podía navegar; pasaron soles tormentas y huracanes, y no podía y no podía navegar. Una vez casi para terminar el ejercicio pidió la palabra levantando la mano. Hable, pues. ¿Podré? Pueda Ud. Maestro, isu madre! con una voz en la raya del tartamudeo. Estuvo arrodillado el resto de la mañana sobre granos de maíz con la cara para la pared; por tres días no tuvo derecho al recreo y se quedaba encerrado después de clase para escribir mil veces cada tarde: Debo respetar a mi maestro. El carro no se mecía para un lado y para el otro sino que se inclinaba de modo impredecible según los huecos y los altos de la carretera.

Cuando salimos del pueblo al amanecer se veían las últimas casas de palma y, por encima, brillaba la de nosotros, la de zinc, la única de zinc, y más allá se erguía blanca la iglesia donde Darío, tan estúpido, quiso imitar la pasión del Señor y llegó solamente hasta el gallo de la pasión porque el cura lo sacó por un brazo: No sea bolsa, váyase a jugar que esto no es pa muchacho chiquito. Se erguía como mi mamá ahora en medio del carro y nosotros éramos las casas. A medida que el carro se alejaba, se iba viendo menos. Se veían todas las casas juntas, medio tapadas por árboles y matorrales. Después se veía nada más el brillo del zinc y la iglesia. Después el campanario nada más, como la cabeza de una gallina légor. Prueba de la redondez de la tierra es que, al alejarse los barcos, desde el puerto se ve desaparecer primero el casco y de último los mástiles; pero Víctor le mostró al maestro un libro donde decía que se puede ver el casco desaparecido con un largavista... Desde el barco debe verse desaparecer primero el muelle, pero con un largavista... Mamá yo quiero un largavista. Me descuidé un rato y cuando volví a mirar, ni señales del pueblo. Todo se veía igualito por todos los lados. Mamá, ¿cuándo salimos de este mar? Todos se burlaron de mí. ¡Abenámar, Abenámar, moro de la morería, el día que tu naciste grandes señales había! Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida: moro que en tal signo nace no debe decir mentira. Después de la siguiente curva vamos a llegar a Barrancas; allí hay carros y camiones, nos quedaremos allí a dormir y después seguiremos viaje al amanecer pasando el río por balsa. Víctor había ido a Barrancas varias veces, en carro de buey (triptongo) y en bestia. Pero era muy embustero. Decía que conocía a Maracaibo y a Colombia y que las mujeres del centro orinaban sentadas.

Arrópanse en la cobija de su tío y se tira al río. Mamá, tengo mucho frío. Quédese acostado en la cama, yo lo voy a arropar con otra cobija. Mamá, todavía tengo frío. Ya le voy a poner otra cobija. Mamá tengo más frío. Ya voy a buscarle otra cobija. Mamá veo al Finfín y a la Llorona. Zape gata mala, deja la rata. El doctor Sifuentes con su pluma fuente. Irma Vera, la enfermera, primavera. Hay que hacerlo sudar. Sígale dando la misma dosis de quinina. Mamá, mamá. Aquí estoy hijito, quédese quietecito y duérmase. Ya le va a pasar. Mamá, la Sayona tiene colmillos muy largos, le llegan hasta el pecho. Te sentaban en la ventana, frente al río. Tú mirabas las aguas pensando en tu tía Carola que vivía río arriba, y, cuando pasaba un tronco de árbol flotando, tú le preguntabas: Palo palo ¿no vites a Tolo-Tolo?

No jueguen tanto en el sol; les va a dar tabardillo. Mamá, ya pasamos la curva y no se ve Barrancas. Seguíamos por la carretera lentos, como sobre el río los árboles esbarrancados. Un corozo me preguntó: Palo palo, ¿no vites a Tolo-tolo? Para saber si una mano es izquierda o derecha, la sacude uno, si suena es derecha. Se para uno de tal manera que el sitio por donde sale el sol le quede a la derecha: ése es el este, naciente, oriente o levante. A mano izquierda le queda el oeste, poniente, occidente u ocaso. Al frente, el norte o septentrión, del norte viene el mal. Detrás el sur o mediodía. Muy fácil orientarse al amanecer y al atardecer, pero a mediodía (en la mitad del día, no en el sur), es imposible con ese método. Saqué la cabeza por si veía la Sierra Nevada; Sabía que la Sierra Nevada está hacia el poniente; pero no la vi. Por todas partes era igual. Me pareció que el carro se movía y se movía sin cambiar de lugar.

Convertir el carro en soñadero. El eje en los cubos hacía riqui-riqui. Riqui-riqui-riqui-rán, los maderos de San Juan piden queso, piden pan. Una vez yo estaba soñando en el samán y vi una ciudad muy grande con muchísimas casas encaramadas una encima de otra. Caminé por esa enorme ciudad todo asustado entre la multitud de gente que caminaba muy de prisa y regresé rapidito al soñadero. Una vez yo estaba soñando en el samán y vi mi propia ciudad igualita como ella es. Me bajé del soñadero, hice todas las cosas que solía hacer: fui a la escuela, jugué con mis hermanos, comí en la mesa grande con toda mi familia, sin hablar, los muchachos hablan en la mesa cuando las gallinas mean, se hizo tarde, me acosté, me dormí, desperté al día siguiente, me lavé la cara, fui a orinar al patio, comí mazamorra con leche, cogí mi bulto, me fui para la escuela, todo eso soñando, y era muy bonito. Seguí así varios días; por fin volví al samán y, ya en el soñadero, dejé de soñar y me bajé para hacer todas las cosas que solía hacer. Era lo mismo, todo igual, pero soñado era más bonito.

Convertir el carro en soñadero. Me elevé por encima del carro y, a través del toldo, me vi sentado con mi mamá y mis hermanos, vi a mi papá en la mula, al carretero con su gran sombrero de cogollo, vi los otros dos carros atestados de peroles, oscilando sin ritmo ni concierto, como torpes barcos. Los de Rique, alfeñique; los de Roque, alfondoque. Con el sol sobre la cabeza giré para mirar en todas las direcciones y vi todo el llano

hasta donde alcanza la vista, encandilado por la luz abrumadora, ahíto de luz, y no me importó más hacia dónde íbamos ni si los carros se desplazaban. Los jóvenes miran hacia adelante, los viejos hacia atrás, dijo mi tío; pero yo no miraba ya hacia adelante ni hacia atrás ni hacia los lados. Me volví a meter en mí mismo y seguí soñando, soñé que estaba allí acurrucadito, con los ojos cerrados, reaccionando ante las impredecibles inclinaciones del carro para mantener el equilibrio, canturreando en voz muy baja: Atuy Atuy; Atuy Atuy, y algo pacífico y dulce se derramaba en mí, desbordaba el carro, inundaba la llanura y se elevaba hasta el sol. Todo se puso muy bonito. Cuando el sol decline sabré hacia qué punto cardinal hemos estado viajando.

17

Parque Ayacucho, Plaza Bolívar, Patepalo, Caja de Agua. La Mora. San Juan. Río Turbio iqué nombre tan pomposo para ese ridículo riachuelo! Hasta un muchacho chiquito lo puede vadear. El guaro. El guarín. Jacinto Lara. Wohnsiedler. Macuto. Santa Rosa. La Divina Pastora. El teatro Juarez. La Catedral. Cardón, tuna, cují. Las Tres Torres. Parque infantil. La Salle. Grupo Escolar República de Costa Rica. Casta J. Riera. La cuesta del río. Mano Chano. La Veragacha. Richardi. La Francia. La Fuentecita. Chicha, raspado, helado. Calle del Ilustre Americano. Iglesia de Betel. Cárcel Modelo. Lisando Alvarado. Olleta. Kaswan. Sigala. Ciudad de los crepúsculos. Ciudad acostada sobre una meseta. Ciudad encrucijada. Ciudad de barquisimetidos. Barquisihueco. ¡Ah mundo! Barquisitelometro. Basié. Barajo el tiro.

Primer año A. Lunes. De ocho a ocho y cincuenta, matemáticas. De nueve a nueve y cincuenta. francés. De diez y diez a once, historia natural. De once y diez a doce, latín y raíces griegas.

Los números de la aritmética son universales. Operan y valen sin depender de los objetos enumerados. Pero los signos algebraicos son más abstractos que los números, no dependen de ellos. Una operación aritmética puede referirse a infinidad de casos concretos particulares. Una operación algebraica puede referirse a infinidad de operaciones aritméticas. Ecuaciones de segundo grado. Tous les jours nous allons au lycée. Nous étudions la langue française et d'autres sciences. Nous lisons notre livre et le professeur nous pose des questions que nous répondons correctement, car nous sommes de bons étudiants.

En el receso largo me atrevo a salir del aula dar vueltas por los amplios corredores de la casona en torno al patio central. Mixto. Las muchachas pasean por separado. Camino encogido y temeroso con mis pantalones cortos. Lo van a picar los pollos. No conozco a nadie. Todos son tan desenvueltos y se mueven con tanta seguridad, por grupos, conversando en voz alta. Veguero. Maestro, permiso pa í a cagá. Casi todos se han alargado los pantalones. Entre los más grandes, hombres ya, hay quienes usan corbata. Veguero. Jorqueta, jayaca. Me miran las medias largas y se ríen. Cucaracha en baile de gallinas. Al lado de un pilar, un muchacho de mi sección, pantalón corto, medias tobilleras, conversando con una muchacha también de mi sección. ¿Cómo se atreverá? De repente siento una mano poderosa en el hombro izquierdo y otra en el derecho ¿Me irán a pegar? Volteo dispuesto a todo. Dos zagaletos pantalón largo, espigados. Me cuesta reconocerlos. No te vamos a comer, chico. Andrés y Víctor. Tercer año. Desde hace tiempo mudados con su familia a esa ciudad. ¿Y tú dónde habías estado? ¿No volviste a Nutrias? ¿Dónde vives? ¿No vites a Tolo-Tolo? Nos vemos a las doce. Estando Andrés allí estoy en mi casa. Oscuramente comprendí: donde hay un amigo, hay patria. Regresé con desenvoltura y seguridad a mi salón.

Leiva Noel ¿qué es un pepónide? Leiva, el muchacho audaz, sentado al lado de la misma muchacha. Le aprendo el nombre por el interrogatorio, Saldivia María Inés, defina las plantas criptógamas. Se maquilla, ¿cómo es posible? Mis hermanas, ni pensarlo. Los parisílabos de la tercera declinación hacen el genitivo plural en -ium, los imparisílabos en -um. Declina el paradigma de la cuarta declinación. Compare la segunda conjugación con la tercera en cuanto a la formación del subjuntivo. El que no sepa diferenciar el gerundio del gerundivo, no pasa aunque salga bien en lo demás. ¿De cuántas maneras se puede hacer la tercera persona del plural del perfecto de indicativo?

Andrés vivía menos lejos del liceo que yo. Muy temprano yo salía de mi casa y me iba a esperarlo a la puerta de su casa. A veces su mamá me veía y, si había tiempo, me tomaba el café con leche que ella me ofrecía. Conversábamos en el camino. Perdió un año porque trabajaba a tiempo completo como repartidor de telegramas. Ahora trabajaba de noche como telegrafista! ti carí carí carían y podía estudiar de día. Trabaja, joven, sin cesar trabaja, que el pan que da el trabajo es más sabroso que la escondida miel que con empeño, liba la abeja en el rosal frondoso. Briceño, Briceño, come yuca con empeño. Me explicaba las tesis difíciles. Me hizo comprender el binomio de Newton. Me confesó que a veces se dormía en clase. Pero llevaba buenas notas en todas las materias. ¿No has visto a Darío? No, no lo he visto, ¿está aquí? No lo has visto porque llega

antes que los demás y sale de último, se queda durante los recesos en el salón repasando y pasando en limpio los apuntes. Es el mejor estudiante de todo el liceo, lleva veinte en todo, le consiguieron una beca. Está gordito, no llora y nadie le dice bobo. Practico boxeo con Víctor los domingos, a él le regalaron dos pares de guantes y un libro de instrucciones. ¿Quieres venir a ver? Sí. ¿Te gustaría practicar? No.

Risitas porque el morocho Rojas le preguntó a la Profesora de Geografía cómo se deletrea Po y ella cayó. He viajado por los países eurovientos y conozco la ciudad de Chiobro. No es lo mismo maniobrar que obrar maní. No es lo mismo una paloma en el Canal de la Mancha que una mancha en el canal de la paloma. ¿Qué es sirupe? Un bicho largo que escupe. ¿Dónde queda Sumatra? A dos cuartas un jeme y tres dedos de Lasutra, se comunica por teléfono con la alcaldía de Bramaputra. La mayoría de los peces se reproducen por medio de huevos: la hembra los pone abundantemente en un sitio conveniente y el macho les vierte el semen encima. ¡Se hace la paja! Pase a la dirección, voy a solicitar cuatro días de expulsión. ¿Tú esperas el autobús sentado en la parada? No, me vengo a pie. ¿En tu casa hay trifocos? No, nos contentamos con una escarpadola. A mí me gusta pelear con manipa. Panza, bonete, libro o librillo y cuajar. En este lugar sagrado donde viene tanta gente, se orina el más arriesgado y se caga el más valiente. Dado el cuadrado de pi, dada la estrella polar, adivinar si es aquí donde se puede cagar. Ay, qué sabroso es cagar, cuando el cagar es blandura, más cuando la mierda es dura el tiempo se va en pujar. Peo es suspiro alado de un culo enamorado. Este poeta rampón que hasta en el cagar se inspira, en vez de pulsar la lira, ¿por qué no pulsa un mojón? El morocho Rojas se pudo en ridículo respondiendo que infundíbulo es una calumnia. Leiva levantó la mano ¿podré? pueda Ud. y respondió correctamente: cavidad orgánica de forma parecida a un embudo. El morocho le mostró el puño disimuladamente; a la salida lo esperó, se insultaron, los otros auparon y empujaron, jab, upper cut, clinch, golpes bajos, cabezazo, patada, rodillazo, codazo, punch, noquéalo, noquéalo, ¡qué banquete! Ahí viene el Director. Los separaron, cada quien corrió por su lado. Yo me fui con los de Leiva. María Inés le secó la sangre de la nariz con un pañuelo de raso blanco y le alisó el pelo con las manos. ¿Cómo puede una muchacha, en tan temprana edad, ser amiga de un muchacho que no es nada de ella?

Al fin vi a Darío Rey. En general no me junto con los demás muchachos porque son muy superficiales, pierden el tiempo en tonterías, no entienden el sentido profundo de los estudios y sufren de logorrea coprofílica compulsiva. Sólo en los últimos cursos, los de cuarto año, hay algunos estudiantes muy leídos y muy pensados. ¿Quieres acompañarnos alguna vez en nuestras tertulias de los sábados? Sí. Ese gordito sabe tanto que sabe a mierda, es marico. ¿Cómo va a ser? Visita a un viejo holandés muy delicado y se queda horas con él oyendo música clásica y viendo libros de arte. No me digas más nada. Lo único bueno que tiene es que deja que uno se copie de él en los exámenes. El otro día yo le agarré el culo en el baño para ver qué hacía y se volteó: atrevido, atrevido, si insistes te voy a denunciar ante el Director. Pero es el preferido de todos los profesores, siempre lo están poniendo de ejemplo y dicen que es un genio porque escribe sonetos. Agáchate y te lo meto. También las muchachas son muy superficiales, portan el cuerpo como quien exhibe una mercancía cara, dan picones a propósito para atraer, si uno les habla piensan que han hecho una conquista, el mundo de la ciencia y el arte no les interesa, lo único que quieren de verdad es encontrar buen partido y casarse a tiempo. Tengo la colección completa de los clásicos griegos y latinos, la que era de mi papá. No sé si sabes que mi mamá vendió el hato de Nutrias. Vivimos de rentas modestas, pero suficientes porque sólo somos ella y yo y no gastamos en tonterías; además tengo una bequita. Ven a visitarnos. Sí. Se perdió esa cosecha. Habla como los libros. Lorito, dame la pata, tbrúa lorito real, que va para Portugal. Admiróse un portugués de ver que, en su tierna infancia, todos los niños de Francia saben hablar el francés. Arte diabólico es, dijo torciendo el mostacho, que para hablar en gabacho un hidalgo en Portugal llega a viejo y lo hace mal y aquí lo parla un muchacho. ¿Es verdad que hablas holandés? Bueno, dentro de circunstancias adversas hago lo posible por aprender idiomas modernos y clásicos, pues son instrumentos indispensables para adquirir la ciencia y penetrar en el pensamiento universal. No me adapto a la mentalidad aldeana que me rodea. Muerde aquí, lorito; monta este dedito.

Las muchachas me hablaron. Que yo fuera a su casa para estudiar y hacer las tareas. Me daban dulce de higo, me daban las gracias y a veces me invitaban a comer. Sus padres me elogiaban. El papá de Alesia era hipnotizador, la muralla de Alesia, el negro Egipto, la raza de Milciades, había aprendido por correspondencia. El primer ejercicio consistía en mirar dos bolitas de níquel hasta moverlas con la vista two balls cane; el segundo, en proyectar un círculo negro sobre la pared con la vista hasta dejarlo marcado; era menester buscar un testigo ingenuo que viera moverse las bolitas y que viera el círculo negro en la pared sin saber nada acerca del experimento; así se evitaban los autoengaños de la autosugestión. Una vez nos paró a Alesia y a mí frente a frente y dibujó con tiza un círculo en el suelo en torno a nosotros. No pudimos salirnos hasta que no borró el

círculo. ¿Quién dice que no es una la rueda de la fortuna? Alesia se vestía siempre de negro por la muerte reciente de la madre. En la sala donde estudiábamos había antiguos retratos y crespones negros. A veces yo la acompañaba a su casa después de clase; en la calle los hombres se daban vuelta y los carros recortaban para mirarla; los patiquines que esquineaban me decían a mí y le decían a ella cosas que yo no comprendía bien. A mí: tan afortunado el jovencito y tan pendejo; le sobran años y le faltan años para hacer lo que yo quiero hacer; púyala, púyala; quién fuera todavía pantalón corto. A ella: cómo se mueve el mundo y no se cae; huérfana, cuánto te hace falta una mamá; quién fuera tela negra; quién te matara con un cuchillo de carne; ah mundo; o prorrumpían en ruidosos suspiros. No hagas caso, son unos groseros. Como que tiene razón en parte Darío Rey: el estudio estaba encaminado a pasar los exámenes. ¿Cuál tesis crees tú que va a salir cuando hagan el sorteo para la escrita? ¿Qué digo si me sale la tesis trece en la oral? En cuanto a las tareas se contentaban con que yo resolviera y medio explicara los problemas; los copiaban, por cierto con bella caligrafía, en nítidos cuadernos, los entregaban y esperaban la nota. Nunca ocurrió que se interesaran en alguno de los temas estudiados y, cuando yo intentaba entrar en comentarios críticos, hablaban de otra cosa. Nunca ocurrió que yo sintiera por alguna de ellas eso que parecían sentir los patiquines por Alesia en las esquinas. Ni nunca sentí tampoco otros sentimientos más tiernos y sutiles. Yo estaba absolutamente convencido de que mi novia era Elisa y me reservaba para ella en la creencia inconcusa de que ella también me amaba; esperaba sin impaciencia el día en que, ya hombre, la reencontraría y nos casaríamos. Como si el matrimonio se gestara en otra dimensión donde se trazan las emes de las manos. Matrimonio y mortaja del cielo baja.

Leve ave evanescente. Eva naciente. Vi a Elisa en el pecho de Zoila. En las afueras del pueblo, en el soñadero del samán, una tarde, soñé un mundo terso, una isla, Eilsa, con muchos escondrijos y lugares secretos donde Elisa y yo jugábamos a perdernos y encontrarnos. Terciopelo invisible el aire, toda la isla estaba en un destello de los ojos de Elisa. Se hizo noche, cuando bajé estaba en el patio de mi casa bajando del taparo: se podía pasar de un soñadero a otro. Pero no pude pasar de Alesia a Elisa a pesar de las letras. Ilusión de las alas doradas y en el pecho una flor, de la flor una rosa, de la rosa un clavel. En una de las cuevas de Eilsa dormía una serpiente. Yo no la vi; pero ella me hizo señas y sus clinejas serpentearon. Serpiente, cueva. Uno y cero la señal del pulpero. Lecho de quermes.

Pantalones largos. Mi mamá me hizo dos de dril para el diario con botones de hueso en la bragueta y me arregló uno de casimir con botones de pasta, que mi papá no usaba. Zapatos de suela de balatá, camisas de liencillo. Por recomendación unánime de todos mis compañeros comencé a ponerme regularmente kerosén en el bozo todas las noches antes de acostarme, y a afeitarme por la mañana para convertirlo en bigote. Tenía el prepucio pegado del glande; comencé a halarlo hacia atrás con gran dolor para que pelara completo, problemas de incircunciso. Me dieron una llave de la casa, ya Ud. está grande y debe aprender a cuidarse por sí mismo. Cuando salga de la casa no diga para dónde va, ni cuándo va a regresar; y cuando regrese no diga dónde estaba ni qué estaba haciendo. El morocho Rojas conseguía siempre cigarrillos Capitolio o Bandera Roja y me prometió enseñarme a fumar. Una pelea callejera después de clase, un buen palo de cocuy, una noche de putas y ya eres un hombre: Compré una navaja suiza de acero inoxidable con cacha de cacho de venado. Un beodo oyó las dos y dijo con mucha paz ¿cómo? ¿dos veces la una? ese reloj anda mal.

Rojas Roberto, siéntate. La profesora de biología ha solicitado formalmente cuatro días de expulsión para ti. Antes de tomar mi decisión quiero conversar contigo. Eres de buena familia. Tienes ya pantalones largos. Puede esperarse de ti una conducta de hombre; pero resulta que te rebajas a decir palabras soeces en clase y ante una dama. Tal vez no sabes lo que significa ser hombre. Ser hombre significa ser responsable, poder responder, dar cuenta de sus actos, justificarlos. El hombre tiene grandes tareas inevitables: trabajar, formar familia, ocupar un puesto útil en la sociedad y desempeñarlo con entereza y probidad, respetar y hacerse respetar, enfrentar la adversidad con inteligencia y valor, tratar de devolver con creces a la familia y a la comunidad lo que han hecho por él, servir a la patria en la medida de sus talentos cultivados con disciplina. Si dices y haces lo primero que se te ocurre, impulsado por la chocarrería, la ira o el deseo de llamar la atención, no pasarás nunca de ser un mequetrefe, un payaso. Te he observado: no eres un patiquín, pero tiendes a un exceso de juguetonería irreverente. Los chistes y los albures, las rimas, los calambures, son muestras de ingenio gozoso, pero debes considerar la ocasión, las personas. Queriendo hacer una gracia, puedes hacer involuntariamente una morisqueta, ofender sin necesidad y sin intención. Cultiva el tacto, el sentido de la oportunidad, la mesura. Para ser simpático no hace falta ser grosero, como para ser valiente no hace falta ser descortés. Tal vez te sientas incomprendido y rechazado, por eso agredes; pero trata tú de comprender a los demás, de comprender tus circunstancias, de actuar con sabiduría; si lo logras obtendrás la estimación, el respecto y el cariño de todos. El morocho oía con la vista clavada en el suelo. En el caso que nos ocupa te

ofrezco una salida honorable: pide disculpas a la profesora en mi presencia, yo te ayudaré a obtener su benevolencia; prométele no incurrir de nuevo en faltas similares, y prométete a ti mismo aprender a vivir en lo posible sin cometer falta alguna. Yo no estoy aquí para castigar, sino para educar, para contribuir a que los estudiantes de este liceo, amparado por el nombre ilustre de Lisandro Alvarado, lleguen a ser hombres de bien. ¿Qué tienes que decir a mi proposición? Señor Director: debajo de su escritorio hay un hormiguero en un huequito del cemento. Mientras Ud. hablaba entraron cincuentidós hormigas y salieron cuarentisiete. Tuve que fijarme mucho para no perder la cuenta.

18

Se hablaba con frecuencia de una guerra lejana. Los niños y los adultos se dividían en germanófilos y partidarios de los aliados. Mis compañeros de año y yo oíamos con indiferencia; nos ocupábamos de otras cosas. Pero un buen día nos levantamos con la noticia de una revolución en nuestro propio país. Todo comenzó a desorganizarse. Había manifestaciones callejeras casi todos los días. En el liceo comenzaron las huelgas. Se llegó al extremo de pasar sin exámenes, daba lo mismo ser buen o mal estudiante. Vinieron profesores nuevos que bebían cerveza con los estudiantes y enamoraban a las muchachas. Cambiaron al director. Apareció una virgen en un garrafón a media cuadra del liceo. 321. 344. Son las olas del fin de la guerra que llegan a nuestras playas dijo el papá de Alesia; pero todo tendrá que volver al orden. María Inés no volvió a clases. Leiva no sabía por qué. Darío me volvió a invitar a las tertulias de los sábados. Sí, dije, pero esta vez tampoco fui. A Andrés le aumentaron el trabajo nocturno, pero, como con frecuencia no había clase, descansaba de día o iba a pasear conmigo por las desiertas playas del río, río pequeño, río de juguete indiferente a los asuntos públicos, río niño huérfano vagabundeando por el amplio cauce que le dejó su papá. Víctor pensaba abandonar los estudios al terminar el bachillerato para casarse e irse a administrar un hato que le regaló su papá, nada como la vida del campo, producir comida, hacer plata y viajar cuando haga falta o cuando uno quiera, no voy a quedarme para escuchar todos los días las bolserías de los políticos. Compañeros y compañeras de partido, pueblo todo de Lara, ya ha sido derrocado el borracho insolente que pretendía perpetuar la opresión gomecista, las riendas del poder están en manos del pueblo, una nueva constitución, elección universal, directa y secreta, el ejército apoya la democracia. Sport fix su cuello lo distingue está escondido. El General Gabaldón perdió un dedo de los cinco que debió perder. ¿En qué se parece el general Medina a la guayaba madura? En que lo tumbaron los muchachos. De los Andes viene un ejército para acabar con este bochinche. Vamos a estudiar la historia de Venezuela en forma crítica. Yo resucito cada cien años, cuando despierta el pueblo. Hay un gobierno de obreros y campesinos que propicia la revolución mundial desde el otro lado de la tierra. El morrocoy azul. Caldera con su pandilla le dio una paliza a Leo. Betancourt es marico. Yalta. Eligio Anzola Anzola. Un periódico nuevo llamado El Nacional, Darío escribió artículos sobre Dante y Goethe. Tan desconectado ese muchacho de su momento histórico, de sus responsabilidades generacionales. Las abandonadas son frutas caídas del árbol frondoso y alto de la vida. He renunciado a ti, no era posible. Me gustas cuando callas porque estás como ausente. Yo soy el desdichado y el viudo inconsolado príncipe de Aquitania de la torre sombría, pero tú estabas solo, quién hubiera podido ser de luz para hacerte compañía de lucero, como los ríos de Rusia hacia la vida. La metamorfosis. Psicología de las masas. El manifiesto comunista. El Ananga Ranga agarrananga y el Camasutra. Alan Cardec. No toques ese vals, cierra ese piano. Doralisa Jiménez de Medina. Qué gran talento tiene ese Vicente Torres, le doy lochas cuando puedo para que se acuerde de mí cuando sea grande. Monseñor Dubuc. El cielo siempre está bonito. El Señor Bender. Aquella piedra despreciada, tirada, apartada, abandonada, olvidada por los edificadores, aquella piedra distinta de las otras, aquella piedra que no calzaba en los muros, aquella piedra rara, oh hermanos, maravilla, era nada menos que la piedra angular del templo. Voy por la vereda tropical. Regresó Pocaterrea. Corazón de palo santo no me vayas a olvidar porque las aves del canto sin alas se quedarán. Dividió las mujeres en dos grupos: las que habiendo tenido hijos sin lujuria los crían con sacrificio, y las putas; tertium non dedit. Ahora le toca a los pobres. Enterraremos al copey bajo la yerba verde y pondremos sobre su tumba, como lápida, una tarjeta blanca. La cultura occidental cristiana. El pirata de los siete mares. Mala pécora. Chicha a locha. El padre Macario Yepes se inmoló para ser la última víctima de la peste; que se saciara en él. Entré a la iglesia de Santa Rosa cuando las beatas le estaban cambiando el vestido a la Divina Pastora: la cabecita primorosa de yeso y las manitos primorosas de yeso, nada más, el resto era un armazón de alambres. Yo la había visto vestida, leve ave evanescente, investida de sacra belleza radiante. La volvería a ver vestida de nuevo y mejor que antes. Volvería

de nuevo para verla vestida. Raso, tafetán, seda, terciopelo. Dibujos formados con hilos de plata unidos y soldados con mucha perfección y delicadeza. Con hilos de oro. Filigrana. Tejidos y metales preciosos. Búscame, Pastora, que soy la oveja perdida. No harás imágenes de mí. En tus ojos, allí donde se ahoga la memoria, he escrito la palabra Libertad. El becerro en el mar; alarga tu mano, rescátame. Estamos dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre, morir matando, para evitar el retorno de la tiranía gomecista. Retornó Hipias a Atenas para gobernar protegido por Jerjes; pero no había en la ciudad nadie a quien gobernar.

Leiva, pantalones largos de lino, alto y delgado, con el pelo color bachaco rizado y peinado cuidadosamente con una carrerita en el medio, Leiva, siempre bien vestido, afable, atento, cortés, manso de movimientos, deferente, cumplido, me invitó a entrar a su casa para devolverme el costoso Secco y Baridón que yo le había prestado. Casa angosta, larga, profunda con medio zaguán, medio corredor cuadrado, medio patio, medio comedor, media cocina, medio solar, de esas que han partido en dos con una alta pared para alquilar a dos familias donde antes vivía una. En la pieza que daba a la calle, al lado del medio zaguán, estaba la biblioteca. Entramos. Un gran escritorio de tapa inclinada, estantes atestados de libros, carpetas y estatuillas de toros y toreros. En el suelo, sobre el desnudo piso de cemento, un hombre de avanzada edad, boca arriba, con los brazos en cruz, un revólver esmitigüison cerca de la mano derecha, un charco creciente de sangre al lado de la cabeza. El era administrador del matadero municipal, un arqueo de caja había descubierto desfaldo por veinte mil bolívares, junto con otros empleados fue sometido a investigación, su inocencia quedó demostrada fuera de toda duda, el culpable convicto y confeso fue castigado. Pero durante diecisiete días una sombra pasó sobre mi honor; algunos sospecharon de mí. Que quienes recuerden esa sospecha recuerden también que yo la lavé con mi propia sangre, y quede para siempre a salvo la reputación de mis hijos. El honor es más importante que la prosperidad, la comodidad, el éxito, más importante que la vida. Por encima de toda cosa guardada, guarda tu honor, morocho Rojas, y serás un hombre. Leiva, puedes quedarte con el Secco y Baridón, no lo necesito.

Por fin fui con el morocho a la salida de la misa de diez el domingo en la catedral para ver a las muchachas internas del colegio de monjas. Se quedaban unos minutos esperando que la hermana las pusiera en fila y las hiciera subir al transporte; entonces podía uno hasta hablar con ellas si era audaz como el morocho. Uniforme azul claro con cuello cinturón y zapatos blancos. El morocho le puso conversación de inmediato a una de ellas. Yo las miraba tímidamente, manga larga de puño blanco, falda hasta la mitad de la pierna. De repente, sorpresa, pánico, me escondo, me voy corriendo, pero me quedé clavado en el suelo, estupefacto. No hubo escapatoria porque ella misma se me acercó sonriente, sus cabellos el oro pero no en clinejas sino derramándose sobre los hombros, sus pupilas el mar comiéndole la cara, ilusión de las alas doradas, y en el pecho una flor. Tú eres el hermano mayor de Aurorita, no te hagas el desentendido. Siempre tan retraído y esquivo, por no decir hosco y huraño. Tan segura de sí misma. Qué desenvoltura. Hasta me arregló el pañuelito de tres picos que yo tenía en el bolsillo del corazón del paltó. Una señorita ya. Tengo derecho a recibir visitas cortas de familiares y amigos los domingos por la tarde. Ven a las cuatro, por favor, para que me des razón de tu familia y para que conversemos. Yo le voy a avisar a la hermana directora que tú vas. Ahora no tenemos tiempo. Yo no dije casi nada, me quedé paralizado, todo el tiempo en la misma posición, estupefacto, estúpido. Hasta la tarde pues y me dio un golpecito en el hombro. Todo irreal. La fila de muchachas entrando al autobús, la monja apremiando y regañando como por cumplir, el morocho que me da una palmada durísimo en la espalda ¿Cómo está San Felipe? Tienes una cara de bolsa que no la brinca un venado. Eché una carrerita pa vé. ¿No te dije que valía la pena?

Después de la estupefacción, agitación. Me despedí del morocho, le di vueltas a la plaza Bolívar, caminé hasta Las Tres Torres que tienen las celdas sembradas de sal para que los presos se pongan tísicos, merodié por allí largo rato, cogí la avenida del Ilustre Americano y subí hasta la placita de Wohnsiedler, que era músico y educador, seguí caminando hasta la plaza de San Juan no sé si evangelista o bautista o Nepomuceno, seguí hasta el Parque Ayacucho, di vueltas por las cuatro manzanas tan bien cuidadas, observé el palomar y las palomas, miré la pereza, comparé los árboles unos con otros, me detuve a contemplar los setos de pino primorosamente recortados y podados en formas geométricas, me sentaba en los bancos, me volvía a parar, interrogaba con la vista al ecuestre Mariscal Sucre, yo vi una vez en sueños al mariscal anciano, las balas de Berruecos no hicieron blanco en él, recogía piedritas de granzón y las volvía a botar, agitación, no se me quitaba la agitación, como perro con gusano caminé hacia mi casa, no entendía lo que me pasaba ni podía calmarme. Le guardamos almuerzo, siéntese mientras se lo calentamos. No, yo ya comí casa de un amigo. Pensé en cambiarme de ropa, ponerme aceite de aguacate en el pelo, pulirme los zapatos de balatá para la entrevista, llevar flores, rechacé esas mariqueras, volví a salir un poco menos intranquilo, traté de comprender la situación y de imaginar lo que me diría, lo que yo le diría, ¿no sería mejor escribirle?, pero llegó la hora y yo

no tenía nada claro, la emoción me desbordaba. Nunca antes, nunca después una espera y una preparación fueron tan terribles, ni para exámenes difíciles, ni para decisiones capitales, ni para acciones militares de máximo riesgo, ni para confrontaciones personales con arma blanca o arma de fuego. Toqué, di mi nombre y dije a qué venía, me hicieron pasar a una salita, en un rincón una monja leía su breviario y lo siguió leyendo durante toda la entrevista, no levantó los ojos ni siquiera cuando yo entré. Ella apareció de inmediato, me dio las dos manos, me hizo sentar en una butaca, se sentó ella en otra, me habló de su familia, de su padre en particular que estaba trabajando en una campaña contra el paludismo y la anquilostomiasis en Barinas y Apure; del colegio de monjas interno volvería al llano, no pensaba seguir estudios universitarios, le gustaba por sobre todas las cosas la vida del llano donde se había criado mudándose con frecuencia según el trabajo de su papá. Me preguntó minuciosamente por mi familia, me hizo sentir cómodo a pesar del esplendor de su presencia que me rodeaba como un aroma hipnótico. Le dije que la había reconocido por los ojos. Ah, los ojos, me tienen acomplejada; cuando yo era pequeña y miraba a mi mamá ella me decía: Baja los ojos, insolente. Después de grande, los hombres me fastidian repitiendo las mismas banalidades triviales, ojos de mar o de cielo, cabellos de oro, labios de rubí, espiga de trigo, gente que no ha mirado nunca atentamente el mar ni el cielo, ni ha tenido oportunidad de conocer de cerca ni el oro ni los rubíes ni el trigo, casi que prefiero los piropos soeces de los patiquines esquineros. Me gustan los hombres serios con planes claros en la cabeza, no los repetidores o escritores de poemas ramplones sobre mariposas, la luna, los pájaros y los amores románticos. La vida es para hacer cosas útiles. Tanto sufrimiento y tanta miseria en el mundo para perder el tiempo en boberías. Yo nunca la había imaginado así, tan desenvuelta, tan práctica, tan sociable, tan parlanchina. La había imaginado quieta y silenciosa, abstraída en pensamientos secretos o cuidando una rosaleda o tocando un laúd o escuchando los cuchicheos de la brisa en el mastranto o leyendo a Ronsard en voz baja. No le dije eso. Me sentía cohibido por su desparpajo. Me pareció que yo tendría que crecer mucho para estar a la altura de esa personalidad así desarrollada, pero se mantuvo firme la convicción de que su esencia era tal como yo la había percibido en mi infancia y como la volvía a percibir ahora por entre la filigrana de sus encantos y poderes exteriores. No hablaba el lenguaje de mi corazón ni el del suyo; pero es que ese lenguaje se reserva para la intimidad de las alcobas en el encuentro auténtico, final, eterno, y me pareció bien que tuviera esa corola maravillosa manifestando y ocultando el corazón sutil, poderosamente tierno. Le pareció bien que yo quisiera ser alienista: hay mucho loco por ahí que necesita atención médica. Le voy a escribir a mi familia sobre ti y los tuyos. Vuelve cualquier domingo de éstos. Claro que volveré, me dije. Todavía no he conversado contigo de verdad. Fui a buscar a Víctor, que se mantenía en contacto con Nutrias, para averiguar discretamente sobre la familia de ella, más por rondar en torno a su persona que por curiosidad o necesidad; también quería saber qué había sido de su hermano, el que me pegó, ella no lo mencionó en particular y yo no osé preguntar; pero Víctor había hecho un pequeño viaje aprovechando las huelgas y no vendría hasta el miércoles. A él le era tan fácil viajar. Trescientas damas con ella para la acompañar; todas visten un vestido, todas calzan un calzar. Las ciento hilaban oro, las ciento tejen cendal, las ciento instrumentos tañen. No te espantes caballero ni tengas tamaña grima. Cabellos de su cabeza todo el roble cobrían. No quiero arrepentirme después de lo que pudo haber sido y no fue; quiero vivir esta vida teniéndote cerca de mí hasta que muera. Ah, mal haya el caballero que sola deja la niña. Volveré el próximo domingo y a la misa y al colegio.

No amamos al mensajero de malas noticias aunque agradecimiento le debamos. Para nuestros ojos queda contaminado de la funesta nueva. Leiva, te cuento: fui con mi papá al pueblo de María Inés. Mientras él buscaba documentos en el registro yo la busqué. En el almacén Líbano de bantales baratos, se los lleva buecos, me dieron la dirección. Estaba con su hermano Jaime poniendo una pequeña aljofaina en la jaula de los jilgueros, construida en forma de alcázar con alambres artísticamente trenzados. Se alegró de verme, me recibió con sonrisas y me hizo sentar en una espesa alfombra atestada de almohadones. No había seguido estudiando porque se había casado, el que tiene tienda que la atiende o que la venda, me iba a presentar a su esposo, el matrimonio había sido arreglado por los padres desde que ellos estaban pequeños, él era de Maracaibo, lo había conocido personalmente el día de la boda, pero se entendían de maravilla. En el pecho un aljófar, de mucho precio.

¿Y Leiva?

Bueno, Leiva un gran amigo, lo quiero mucho, me acompañaba siempre y yo me sentía segura con él; pero nunca hubo nada serio entre los dos. Yo lo trataba con cariño, como lo merece, y procuraba no desanimarlo ni decepcionarlo. No es malo tener una ilusión, ilusión de las alas doradas, ayuda a vivir mejor, a encontrarle encanto a las cosas. Espero no hacerle mucha falta. El tiene toda la vida por delante. Me lo saludas si lo ves.

Me levanté de los almadraques un poco almadiado deseando a Jaime que no se le almagrara la jaula, no esperé que el flamante esposo regresara de la nagocia, me despedí con albricias y me alejé pensando en el aljófar. Sport fix, el ronquito, su cuello lo distingue, regresó: Patria, aquí estoy, del norte vengo helado, y sólo traigo que ofrecerte pueda doce quilos de peso que he ganado y la calma y cordura que me quedan. Que los ricos sean menos ricos para que los pobres sean menos pobres. Que púberes canéforas te ofrenden el acanto. Lo que entendí fue que. General Gabaldón, general del baldón, ¿en qué horno de traición se quemaron los ideales de Santo Cristo? Hable, responda. ¿Podré? Este es un país católico. El estado debe ayudar económicamente a la iglesia. Sea obligatoria la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. La pareja única inicial. El hombre descende del mono. Del mono no, pero somos primos de los primates. Cayeron a tu puerta, Stalingrado. La religión es el opio del pueblo. Bueno, voy a caer para aprender: ¿qué es opio? Un bolivita de cocuy. Cuando la Veragacha se agacha una tripa sucia le arrastra por el suelo. Si no sabes inglés, si no sabes inglés, si no sabes inglés. Préstame el Pausilipo y el mar de la ambrosía, la flor que tanto quiso mi pecho desolado y el pámpano y la rosa que a su fulgor se alía. Treinta cañones por banda, viento en popa, a toda vela. ¡Cómo me siento lejos de esta vulgaridad de vivir! Hans Kastorp quería besarle las corvas a la señora Chauchat. Cuando yo era bella, Ronsard me celebraba. No sé por qué piensas tú soldado, que te odio yo. Quería hacer sólo lo que era espontáneo en mí, ¿por qué había de serme tan difícil? En la A.J.V. se puede jugar ping-pong, ajedrez, bochas criollas y se puede aprender el método Laubach para enseñar a leer y escribir a los analfabetas. Magnam chapam morrocos azulis concedemus. Yo he visto un alacrán cortando caña, un mosquito tumbando una montaña, pero la cosa más rara que yo he visto es el doctor Arcaya en interiores. La luz de un camino por donde sólo pasan las brujas de la nada y del misterio. La caridad y el amor no sirven; es necesario cambiar las estructuras mediante el odio de clases y la lucha armada. El alma es el desarrollo dialéctico de la materia. Un perro encorvado para ensuciar no puede ensuciar si uno trenza los sacacera. Oh, Dante, tú lo dices: no hay mayor desventura que recordar en horas de amargura las épocas felices. Yo le ayudo a Majano a despachar en la pesa todos los días de madrugada y él me da un fuerte; el fuerte yo se lo doy a mi mamá. Esa mujer tira... piedritas y esa otra se lo da ... al marido. Yo echo tres sin sacarlo. Sin sacarlo de la bragueta. Ni las bayonetas, ni los fusiles, ni las ametralladoras pueden nada contra un pueblo decidido a ser libre. Gregorio Samsa inventó la más extraña excusa para no trabajar: se volvió cucaracha. Sufrimos persecución, tortura, cárcel por la libertad. Búscame en tus ojos y en las palabras de dolor que digas; en tus ojos y en tus palabras de dolor dejé mi herido corazón un día. Casta J. Riera según don Chío no era Casta ni Riera; aparentemente le concedía la jota. Mi estimada Jota, la recuerdo siempre con admiración y agradecimiento, Alas nos dio, sentada en su sillón con ese aire plácido de los que nos quieren dominar, explicó la confusión de esos importantes papeles hechos una lástima en su escritorio, mojados sin remedio. Yo vi que el aguacero era con viento y que se iba a meter por la ventana, rápidamente me paré para cerrarla, pero me volví a sentar ¿con qué derecho salvaba yo de la lluvia, que es eterna, unos papeles transitorios? Que entre, que inunde, que arrebate y me dejé arrebatar por su furia sagrada. Si Jota hubiera sido mi mamá no se hubiera quejado cuando yo regresaba a casa enchumbado, chapaliando agua en las tardes lluviosas a la salida del liceo. Cuando pequeño, sin embargo, me daba permiso para bañarme con la lluvia, corriendo desnudo por el patio de la casa de zinc en la Ciudad de Nutrias. Un palo de agua, el mejor baño. Hermana lluvia, tú que arrastras los papeles de los mítines y traes de nuevo a casa a los manifestantes ¿Por qué no me limpias las palabras?

A

Te llamo desde la frontera de las palabras. Cuando la cruces callaré para siempre. Despidete. Pronúncialas por última vez. Una dimensión del ser donde no hay verbo te espera. El verbo es el hijo pródigo; regresa al silencio del padre.

20

La Pioresnada o Pioreslamano se acostaba con las piernas abiertas al pie de un mamón en el enmontado terreno baldío a mitad de cuadra. Los muchachos hacían cola. Cada uno le pagaba una locha antes de meter su pijita. Los más ricos volvían a ponerse en cola. Doña Ernestina levantaba los brazos al cielo con los ojos inundados de lágrimas. Eso no es posible; si la gonorrea es una enfermedad venérea mi Enriquito no puede tenerla, él es inocente y puro. Gonorrea, Señora, go-no-rrea, nada que ver con Gomorra que yo sepa. Soy médico, no cura

ni detective; tiene que comenzar a ponerse ya estas inyecciones. Cholejoso nos caciquiaba a todos; había que declararse vencido. Me rindo. Si uno no se rendía, ajustaba la llave. Mañana te regalo un medicito. La Pioresnada le metía el dedo por el rabo a los muchachos cuando estaban acabando para mariquiarlos. Solamente Darío le pudo ganar una a Cholejoso: Cholejoso tú que eres tan macho, te apuesto aquí delante de todos a que no te bebas ocho vasos de agua seguidos. Cuando iba por el quinto vaso, Cholejoso se puso pálido, sudaba, pero en una admirable demostración de machura llegó hasta el octavo vaso. Está bien, ganaste, dijo Darío y se fue; pero después tenía que caminar por las calles con mucho cuidado para escapar a la venganza de Cholejoso. Con Jacinto no se metía Cholejoso, más bien lo defendía porque trabajaba en su casa como sirviente. La Pioresnada se paraba a veces para dejar salir el exceso de semen. A todos les tocaba aguacate, menos al primero. Jacinto no hacía cola porque se aliviaba con la hermana de Cholejoso que también trabajaba en su casa como sirvienta. Conmigo tampoco se metía porque yo ayudaba a Jacinto a preparar los exámenes de reparación y porque sabía que Andrés era muy amigo mío, Andrés, más grande y boxeador. Dicen que la Pioresnada dormía en el suelo; tenía piojos, pulgas, chinches, niguas y ladillas. Manochano era limpio, perfumado y tenía plata y una casa muy bella y hacía regalos costosos. Aristóteles demostró en tan solo una noche que dejarse pensar no es ningún reproche. Chiquito y rascao no vale. En un lejano pueblo de Levante intentaron los aldeanos coger por el culo a un elefante, mas el noble animal, sintiéndose agredido, con la cola se tapaba el orificio. Moraleja: que el que se deja coger es porque quiere. Jacinto era el único que sabía manejar, pero en un accidente de tránsito perdió la mano izquierda. Al año perdió la derecha y poco después murió, aplastado su carro por una gandola. Dicen que la Pioresnada era de buena familia en Duaca y que la habían botado de su propia casa por puta. Nunca hablaba y se la veía merodeando por el mercado para recoger desperdicios y robar frutas y dulces. Dicen también que a Cholejoso no le cobraba. El morocho Rojas -parece mentira- logró vender tres carros entre los nuevos profesores. La agencia le daba una comisión por cada carro vendido y él la gastaba en los mejores mabiles de Caja de Agua con mujeres limpias que se hacían revisar una vez por semana en la venereología de la sanidad. Compartía todo con sus amigos. Una vez me invitó a Caja de Agua por cuenta de él. Yo fui para ver nada más y él se reía. No será que eres marico. Compartía todo, menos las visitas a una prostituta reservada y cara que vivía frente a la plaza La Mora; pero echaba los cuentos: da los tres platos, tiene cangrejera, tiene botador, se calienta mucho, la llaman freno de aire, se pega como un chivito, se lava y lo lava a uno con una agua azul. Le regaló un fuerte a Cholejoso y lo ponía a hacer mandados. Vaya cómpreme una caja de Bandera Roja y se queda con el vuelto. Déle un coñazo a ese carajo que se está metiendo conmigo.

Leiva se convirtió a la religión evangélica. Me dio su testimonio. Una noche estaba paseando, la muerte en el alma, por un barrio muy pobre cerca de la flamante cárcel modelo más allá del Parque Ayacucho y se detuvo a escuchar la predicación en una iglesia muy pequeña de los evangélicos. El predicador decía todo su discurso sobre un versículo del Nuevo Testamento. Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí, aunque esté muerto, vivirá. Explicaba la condición normal del hombre: cuando está contento es porque está equivocado y se engaña a sí mismo; cuando descubre su error sufre sin ver salida a su dolor. No sabe nada con absoluta certidumbre. Teme y espera, pero el temor y la esperanza lo esclavizan cuando es bueno y lo ponen a trabajar impiamente cuando es malo. Puede decirse que está muerto si por vida se entiende el esplendor de lo auténtico y de lo verdadero, y por muerte la confusión sombría de lo que se está descomponiendo. Creer en Cristo significa sentir en el fondo del corazón la presencia de Cristo y aceptarlo como salvador personal. Cristo, Dios encarnado. Cristo, la divinidad puesta al alcance del hombre, la divinidad extendiendo su mano hacia el que está pudriéndose, sepultado en su dolor. La resurrección es la elevación de sí mismo dentro de sí mismo agarrado a esa divina mano generosa, y la vida es la presencia constante de Dios, la luz que guía nuestros pasos por este mundo de prueba y tormento para que podamos recorrerlo en paz y alegría haciendo la voluntad del Señor, cumpliendo sus tareas hasta que la muerte nos lleve a nuestro verdadero hogar después de esta peregrinación. Cuando el predicador, al final de su perorata, preguntó quién quería aceptar al Señor como su salvador personal, Leiva levantó la mano y caminó hasta el estrado. Los hermanos lo rodearon fraternalmente, oraron por él y le cantaron un himno que decía: Soy peregrino aquí, mi hogar lejano está, en la mansión de luz, inmensa paz y amor; y otro que decía: Calma las iras del negro mar, las luchas del alma las hace cesar y así la barquilla, do va el Señor, hundirse no puede en el mar traidor. El sintió un goce que no le cabía en el corazón y se derramaba por todo su ser. Pidió entrar a la iglesia. Lo van a bautizar por inmersión la próxima semana, como símbolo de resurrección. Decidió dejar los estudios profanos para ingresar al seminario y dedicar su vida al servicio del Señor. No se casaría ni tendría casa propia, pasaría el tiempo dando testimonio del milagro operado en él y predicando. Los nuevos hermanos serían ahora su familia.

Yo iba de vez en cuando a las iglesias, pero cuando no había servicio y estaban desiertas, porque me servían de soñadero. Me arrodillaba, bajaba la cabeza, juntaba las manos y soñaba. Nadie me descubrió. A veces levantaba la cabeza, miraba los vitrales y el sueño despierto me transportaba a lugares lejanos desconocidos donde yo exploraba novedades y tenía aventuras deliciosas, en el pecho una flor, leve ave evanescente. Una beata dijo una vez: Ese mozallete va a ser un santo. Allí asimilaba los estudios y las experiencias, comprendía a las personas, adivinaba el futuro, recorría vívidamente las cosas pasadas y les encontraba sabores diferentes como si me enseñaran por el gusto una sabiduría sabrosa que me nutría y me solazaba. Pero el domingo se acercaba y no era cuestión de soñar. El encuentro esperado tenía filos cortantes y me imponía un estado de alerta intensa, sin el nerviosismo de la primera vez, pero con la insufrible expectativa de la gran eclosión. Algo iba sin duda a florecer bruscamente, a reventar en luces y colores con una violenta vivencia que los sueños no pueden ni siquiera sospechar. Mientras tanto, sin embargo, yo pasaba las horas como si me estuviera soñando, transfigurado por la espera.

21

Los días que me separan del domingo se alargan. Más largo el jueves que el miércoles. Más largo el viernes que el jueves. Mamá ¿cuándo vamos a llegar a Barrancas? De siete a siete y cincuenta: Castellano y Literatura. El profesor no vino. De ocho a ocho y cincuenta: Física. El profesor vino borracho. De nueve y diez a once. Matemáticas. El profesor puso un examen inesperado. Cinco problemas. Los muchachos protestamos. El profesor nos pidió hacer uno sólo de los cinco, el que quisiéramos. ¡Qué golilla! De once y diez a doce: Historia del Arte. La profesora colgó sobre el pizarrón una enorme reproducción de Laoconte y sus hijos y nos puso a que escribiéramos todo lo que nos sugería esa obra de arte. Pedagogía moderna. Profesora ¿qué es un complejo? Es una idea que se le mete a uno entre ceja y ceja y cuesta mucho sacarla. ¿Y una obsesión? Obsesión de tenerte en mis brazos. Por la tarde nos escondimos; el profesor llegó a la hora en punto; pero cuando vio que no había nadie en el salón, firmó la lista y escribió todos ausentes y se fue rapidito. Nosotros también. Acordamos no ir a clase el viernes. Fui con el morocho Rojas a ver las ventas de periódicos, revistas y libros. Por primera vez tendremos un gobierno electo por el pueblo en votación universal, directa y secreta. Comicios libres. No más despotismo. Las veces que los sátrapas quisieron tu mancilla y verte de rodillas sin prez y sin honor, cayó sobre sus frentes tu rayo vengador. Nuestra constitución es dulce y bella pero tiene también dientes y uñas afiladas. El Anticristo. Nietzsche. El que lee ese libro se pone loco. El poder de la voluntad. Paul Jagot. El que lee ese libro se pone como Darío. Coquito. El Caballero Audaz. Yo lo tengo, si quieres te lo presto, sirve para hacerse la paja. Magia verde. Anónimo. Cómo hacer para cautivar el amor de las mujeres y garantizar su fidelidad. La clavícula de Salomón. El libro de San Ambrosio. Cómo ganar amigos e influir sobre las personas. Aprenda inglés en quince días. Ese debe ser el que compró Darío. Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Archipiélago doliente. Esos países que la luna ha llorado. La Divina Comedia. La Comedia Humana. Comedias de Aristófanes. Los secretos de Abramelin el mago. Las cartas persas. Antología de la poesía venezolana contemporánea. Los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo. Los poetas malditos. Palabras iniciales. Magia talismánica. La lámpara enigmática. La timidez vencida. Odisea. Cuando los veteranos de horribles costurones. Doña Bárbara a mitad de precio. Interpretación de los sueños. Cartomancia. Y con el machete le buscaba el alma, porque él en el alma se llevaba a mi hembra y yo no quería que se la llevara. Almafuerte. El almagesto. La conquista de Bizancio. Azul. Quinientas recetas de cocina. La mano del muerto. El hijo de Zanon. Las ruinas de Palmira. Materialismo y Empiriocriticismo. Un fantasma recorre a Europa. Préstame el Pausilipo y el mar de la ambrosía, la flor que tanto quiso mi pecho desolado y el pámpano y la rosa que a su fulgor se alía. El asno de oro. Bertoldo, Bertoldino y Cacasena. Dos rosas habrás perdido con esa cara tan tierna, una por abrir las manos y otra por abrir las piernas. El ingenioso hidalgo. Las fuerzas mentales. Las profecías de Nostradamus. Mene. Aura o las violetas. Pero tú, Villaespesa, el más ilustre señor de nuestra hermosa lengua castellana. La madre es una cosa que el niño ama y el hombre olvida. La madre es una sombra acurrucada a tus pies. Ramacharaca. Le pica la cucaracha. Esa gallina no se puede amarrar con una sola cabuya. No sé qué me pasa, atraigo pero no amarro. Para amarrar al hombre, la mujer le cuela el café en las pantaletas manchadas de regla. Para amarrar a la mujer, el hombre le pasa el patiquín embarrado de sebo por el brazo izquierdo. Antes de decir la oración del vuelo, tenga lista la escoba y la ventana abierta. Yo soy Zapata y Ud. es Coba. Sr J. A. Coba. El hermano Nectario. Humanismo burgués y humanismo proletario. Psicología de la adolescencia. Catecismo. Apologética. ¿Tú crees en Adán y Eva? Eva, ¿dónde está Adán? ¿Somos hijos suyos o de Satán? El progreso del peregrino. La imitación de Cristo. Teología para seglares. El gobierno secreto del

mundo. En toro blanquecino quisiera convertirme para tomarte dulcemente cuando vas, flor, mil flores recogiendo. En Roma a Roma buscas, oh extranjero, mas ya nada de Roma en Roma queda. Me dejó la paloma. Las hijas de Sigala se bañan en la caja de agua del acueducto; el dolor de la picada de raya está vencido. La próxima vez que me digas olleta te rompo la jeta. Monseñor Dubuc se metió a teósofo, lo van a joder los jesuitas. El cerdo tonsurado. Caballo de Ajedrez te pone veinte si eres adeco. Comunista: Lo tuyo es mío y lo mío es mío. Alas. El diario de Carora. José Pérez Colmenares. El chino Canónigo. La estrella de la mañana. El festín de Belsasar. Mene Tekel fares ufarsim. Bohemia. Yerno de Mahoma. Ansar, ave. Pico más alto del Himalaya. Secreción nasal. Hemorragia nasal de sangre por la nariz. El lobo estepario. Tempestad de nieve en las elecciones. A.R.C. Sopa de lata, de lata que cole por el suelo y se mete en los agujeros. Tenemos elecciones, tolas las noches. ¿Libililá con lestolán? Eso es putelia. ¿Forzata? ¿Y la meniata? Los protocolos de los sabios de Sión. Mi pluma lo mató. El erial.

¿Uds. vienen a puro ver y conversar o van a comprar algo?

Estamos buscando La Tournée de Dios y Amor se escribe sin H. ¿Pero hubo alguna vez once mil vírgenes? La Celestina sabía remendar virgos. Virgo complaciente. Virgo potens. Verga. El pantano de Vargas. Himen. Himeneo. ¡Ah vida! Oh mal haya el caballero que sola deja la niña. El hombre que a mi llegare muy caro le costaría. Ríome del caballero y de su gran cobardía: tener la niña en el campo y catarle cortesía. Alas debiera ser una revista tachirens. El occipucio plano: ipa Caracas! La decadencia de Occidente. Si alguna vez, con tus recuerdos echados al viento, me dijeras que me has amado tanto, búscame en tus ojos y en las palabras de dolor que digas, emerges de las cosas llena del alma mía, mariposa de sueño ha venido a posarse en tu vientre. Te vas para no volver. Buscaba el amanecer y el amanecer no era. Se lo Metro Golding Meyer hasta la Pathe Baby. La mujer del cuadro. Ahí está el detalle. Cumbres borrascosas. Lo que el viento se llevó. El derecho de nacer. Albertico el marico. Estas son las mañanitas. Estos son polvos de aquellos lodos. Los tres osos. Un polvito nada más, para acordarme de ti. La última noche que pasé contigo, quiero olvidarla pero no he podido, que en el recuerdo renueva la pavura. Zanon. Dos noches de placer. No nació el hombre para vivir como las bestias sino para buscar ciencia y virtud. Yo nací para amarte, vida mía. Una hoja en la tormenta. Hipnotismo a distancia. Marxismo-Leninismo. Materialismo dialéctico y materialismo histórico. El Anti-Dühring. Las mentiras convencionales de la civilización. El Enano. Barrabás. Zamacois. Malestar en la cultura. Moisés como legislador y moralista. Los alimentos terrestres. El libro que mata a la muerte. Los nueve libros de la historia. Vidas paralelas. La pluralidad de mundos habitados. Camilo Flammarion, cuando veas el cielo estrellado saluda a las humanidades hermanas que sueñan contigo en el profundo espacio. Un libro es una escoba de bruja; cuando leas, abre la ventana. Pero tú estabas solo, quién hubiera podido ser de luz. Dentro de las espadas que te clavó la muerte. La muerte del cisne. Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje, porque ese cielo azul que todos vemos no es cielo ni es azul. Lástima que no sea verdad tanta belleza. Belleza es verdad y verdad es belleza; eso es todo lo que sabemos y todo lo que necesitamos saber. Antes de conocer mujer alguna jugué mi corazón al azar y se lo ganó la violencia. Decid cuando yo muera, y el día esté lejano, que todo lo vivido se empoza como un charco de culpa en la mirada. Cómo os ven y no os cubren, Dios mío. Preténdeme blanca, preténdeme pura. Que las olas me lleven que las olas me traigan todo de negro hasta los pies vestido. Y besarte la noble calavera. El licenciado vidriera. Los árboles mueren de Pie. Como los cedros del Líbano que esperan la noche para caer. Ven del Líbano. Casa de muñecas. El maestro constructor, enemigo público número uno. Barrabás, el enano, en el jardín de los cerezos: crimen y castigo. Tagore, ese escultor americano. La esfera, Heliogábalo. Alberto Anzola es genial.

Alberto Castillo Arráez. La espada redentora del general Falcón; Oligarcas, temblad; viva la libertad. Libertad es consciencia de la necesidad, geoméricamente demostrada. Ayer leyó por la radio El gran inquisidor. Hoy va a leer un capítulo de Madame Bauvary. Sube el telón: una señora echando mucho Flit; baja el telón. Madame Botelflit. Madame Chauchat. La madama lo sacó del mabil porque tenía sílfides. El lago de los cisnes. La Mavare, la pequeña Mavare, el maestro Carrillo, los hermanos Gómez. Serenata. Mandolina. Aquella mandolina sevillana. Te picotearon los pájaros afónicos que cría en jaulas de sombra la desdentada muerte. Quisiera ser bachaco, vivir bajo la tierra y salir algún día para morir sobre ella. Se la sacó, se la sopló, se la echó al pico, con canciones. Pero las pantaletas olían a plomo, se desplomó con los disparos. El hombre promete y promete hasta que te lo mete. Formalice la relación, haga visitas, después le da una cita y la coge en otra parte; si no va, Ud. no va más. Si te lo da antes de casarse, se lo da después a cualquiera. Tertium non dedit. Orfeón. Uno, dos, infinito. Cultura general: la que tiene un hombre de muchas lecturas. Es puerta de luz un libro abierto. Método Laubach. Le enseñé a leer a nueve analfabetas. Entrégame el Pausilipo y la mar de Italia, la flor

que tanto plugo a mi corazón desolado y la troja donde el pámpano a la rosa se alía. Capitán Quero. Oh Capitán, mi capitán: soy vasto, contengo muchedumbres.

22

Cuando uno espera, el tiempo se dilata, se alarga, se vuelve interminable. Cuando tengas que hacer algo muy largo de hacer, hazlo durante una espera y te sobrará tiempo. No almorcemos, vamos donde el chino de la A.R.C. Comemos algo y vemos los autobuses que llegan y se van. Por la Avenida Veinte, hacia el oeste, poniente, occidente, ocaso, muchas cuadras, cruzamos la Avenida de Las Ciencias, talabartería, Bambam, sillas de montar, dadá, jaca negra luna grande y aceitunas en mi alforja. Te cansas por la barriga. Ahí está ya el hotel Astor, llegamos. Torta y café con leche para todos. Un autocamión sale para Maracaibo a las tres. No ves no ves ya son más de las tres. Ese viene de Acarigua, cayó como una lápida sobre los sueños míos tu silencio, Acarigua. Vivo como si esperara, pero no sé lo que espero. Epa, tú lo que tomas es azúcar con café con leche, se va a molestar el chino. Si no hay lial no hay lopa. Me gusta estar cerca de los que esperan en la A.R.C. sin esperar yo ningún autobús. Los que llegan, llegan blanquitos de polvo, pero los verdaderos viajeros son los que parten por partir. Manuel Caballero vive cerca de aquí pero no sé bien la dirección. Corazón mío, escucha el canto de los marineros. Farol se dice quinqué. El que a hielo mata hielo muele. Matar el tiempo. La escritura china es pictográfica, son dibujitos, no letras. Representan imágenes e ideas, no sonidos. Es una lengua tonal: las diferencias de tono tienen valor semántico: Fu-man-chú. Cuatro han de ser, porque el chino no es marico. Sun-yan-sen fundó la república. Para Coro, chivos a Coro, lechuzas a Atenas, cerveza a la cervecería, llover sobre mojado. Van para Duaca. Yo fui una vez a Duaca y vi la cárcel de los locos: un gran patio amurallado con soberaos cerca del muro. Unos locos acurrucados en los rincones y otros corriendo desnudos gritando; a veces se agolpan contra la reja de hierro y la jamaquean; los loqueros desde afuera los puyan con una vara larga, vara de puyar locos. Cuando supo la muerte de Gómez, Vallenilla Lanz, en París, dijo: Murió el loquero. ¿Qué es un loco? Cualquiera que sea declarado loco por su familia y encerrado en el cuarto del loco. Loco locuaz loquito dice cualquier cosa sin orden ni concierto. ¿Así como tú? Calígula se puso loco porque tenía poder político ilimitado y descubrió los límites no políticos del hombre. ¿Cuáles son los límites no políticos del hombre? Pregúntale a Camus. Chato, chingo, Sócrates era chingo pero no gago. Jesús sufría de dromomanía, tienes una bonita carotificación, de polifagia y de poliúrea. Logorrea coprofílica compulsiva.

Salió de viaje y no volvió más nunca. Abraham. Otros salen de viaje y soportan mil males para poder regresar. Ulises. Otros no viajan nunca. Yo nunca saldré de Barquisimeto, incluyo en Barquisimeto a Carora, a Quíbor, a Duaca, al Tocuyo y a otros pueblitos. Si yo viajara, alteraría el equilibrio del mundo. Andamos mientras vivimos; así que cuando morimos, descansamos. Todo el que se va de Barquisimeto se lleva a Barquisimeto por dentro. Ciudad de pulperos enfranlaos. Expresos Occidente. El viaje a Caracas dura dos días, hay que pararse a dormir en Valencia, tierra de las mujeres bellas, las naranjas dulces y los hombres complacientes. ¿En qué lo he complacido yo a Ud.? Nací en Valencia, pero me crié en Cojedes. Partimos cuando nacemos o sea en el parto, partir viene de parto. Pero lo más terrible es la escena originaria, imarginarse uno el coito que lo engendró. Yo quisiera partir, despegar, zarpar, soltar amarras para nunca volver, olvidar mi origen mi familia mi país y ser siempre extranjero lejos de aquí y morir como un perro sarnoso y sin amo. ¿Y por qué no te vas de una vez? Porque nunca hago lo que quiero hacer. Yo quiero viajar a un país donde la gente sea muy culta y amable y tenga siempre un discurso coherente, donde las conversaciones sean sobre ciencia, arte, filosofía. Aquí si uno habla fino le dicen Ais; la chabacanería es ley.

Si no van a pedir más nada, mejor se paran porque otros clientes necesitan la mesa.

Quédense sentados, yo les brindo un refresco. No le hagan caso al mesonero, yo soy amigo del chino. ¿Van a viajar? ¿Para dónde? ¿Pa dónde vas? Pal cine. ¿Qué vas a ver? Quo vadis. ¿Qué quiere decir quo vadis? ¿Pa dónde vas? Pal cine ¿Qué vas a ver? ... Ahí está el detalle. Esos besos que se ven en las películas de Jorge Negrete no son de verdad, se dan a través de cristalizadores. En el cine uno se queda parado mientras no apaguen las luces y ubica una muchacha que le guste; cuando apagan las luces uno se le sienta al lado y ve hasta dónde puede llegar. Yo he llegado hasta la segunda falange del dedo medio, limpiaculo, jabón que no se gasta, al final uno se para antes de que prendan las luces y si te he visto no me acuerdo. No vamos a viajar, como no hay clase estamos matando el tiempo; no estudiamos porque ya se sabe que ésta va a ser la promoción golilla. ¿Y no van a las manifestaciones? Ya nos fastidiamos de esa gritadera. ¿No tienen sensibilidad social? ¿No participan en las grandes tareas de nuestra generación? Nos va a dar un mitin el adequito, muerde este dedito. Entiendo a Leiva que tiene una gran vocación religiosa. Entiendo a Darío que tiene una vocación científica

aunque no apruebo su indiferencia ante los problemas contemporáneos. Pero Uds. parecen nihilistas, por no decir vagos irresponsables. Nos va a salir caro el refresquito. Yo vendí fiado. Yo vendí al contado. El que fiaba se murió. Los dos caminos. Uno amplio y lleno de placeres que conduce a la perdición eterna, allí será el lloro y el crujir de dientes. El otro estrecho y lleno de tribulaciones que conduce a la vida eterna. Entrad por la puerta estrecha. Engañosa es la gracia y vana la hermosura. Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso ¿quién lo conocerá? Ese almanaque tiene una fotografía del Palacio de los Espejos en Cantón. La religión es el opio del pueblo. Me cayó una mosca en el refresco. Dejo el refresco o le boto un poquito con todo y mosca o le saco la mosca con el dedo o exprimo la mosca o me lo bebo con mosca. Aceite mosca para el pelo, lo pone brillante y no se nota si uno no se ha bañado, pero se corre por la frente y las sienes y huele mal. Mejor es el aceite de aguacate. Los muchachos de antes no usaban gomina ¿Qué es gomina? ¿Qué es coca? ¿Qué es morfina? Se formaban colas por verla pasar y hoy es una pobre mendiga harapienta. Sólo el rostro arrugado de mi vieja se aplastó contra las rejas para poderme besar. Bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Cuando vino Pedro Vargas se desmayaron varias mujeres en la Radio Barquisimeto. La de adelante corre mucho, la de atrás se quedará. Echó una carrerita pa ver.

Ese chino que vende pedazos de torta de qué, café con leche debilitado en extremo, sopa de lata ¿será gente, como nosotros? ¿Cómo puede estar tan solo, sin conversar con nadie, sin entender nada? ¿Conocerá a Li-tai-po a Mi-fei? ¿Sabrá de los Tang? ¿Habría leído el Tao-te-King? Tampoco un pulpero enfranelao conoce a Góngora, pero habla con su mujer y sus amigos y sus clientes. Si yo me fuera para China. En un bosque de la China, una china se perdió y como yo era un perdido nos encontramos los dos. Nadie ha visto un entierro de chino. El tao que puede ser nombrado no es el tao. Chan-kai-chec, Ling-yu-tang, sin embargo Mao. ¿Ud. ama a Mao? Las mujeres chinas tienen la cosa horizontal. Cuando los chinos se disgustan bajan la voz y extreman la cortesía. Venganza china. A veces viene otro chino, es decir, un co-chino. El Palacio de los Espejos en Cantón. Tabaco en chino: chi-mó. Montañas ingravidas flotando entre las nubes y abajo un bajel en el Río Amarillo, tan pequeño como yo aquí esperando. ¡Qué día tan largo! Y la chinita tenía frío. Las chinas de Nutrias son más dulces que las naranjas de Valencia. Por aquí se va pal Palito. El mensaje enviado a Kafka por el emperador de China. Yo también espero acodado a esta mesa. Están bien los chistes verdes y las risas; pero no debemos olvidar que hay cosas muy serias: poner fin a la explotación del hombre por el hombre, combatir la miseria, las enfermedades, la ignorancia. El que espera desespera, dice la voz popular, qué verdad tan verdadera. Todas las cosas vuelven al lugar de donde salieron. Pagoda. Templo del sol. Ciudad prohibida. Marco Polo vio una ciudad de prostitutas que ceñía estrechamente la ciudad prohibida. Kublai Kan. Timur lenk, el cojo. No hay cojo bueno, no hay quinto malo, no hay dos sin tres. Ya el sol comenzaba a herir las pagodas con espadas, ya los mercaderes de excrementos tocaban a las puertas cuando Marco Polo se acordó de Venecia y lloró. No lloréis por mí, llorad por vuestros hijos. Lloro, llora, corazón, llora si tienes por qué. Llegaron los de Acarigua, todo canosos, hasta los niños, como si una senectud súbita y ciega se hubiera abatido sobre ellos durante el viaje. Eso es chino para mí. No necesito ir a China, vivo aquí como en China, como ese chino aquí. Aquí también el sol acuchilla las iglesias ¿Tú quieres que te hagan cuchi-cuchi? Cuchufleta. Vamonós, vamonós, vamonós pues.

A

No haces más que representar un drama olvidado apoyándote en las pocas heridas que aun tienen costras; cuando cicatricen del todo no habrá ni siquiera esa repetición metafórica, esa compulsión teatral que te obliga a multiplicarte en personajes y a proyectarte en el mundo. Todo lo importante sucedió ya en un tiempo mítico anterior al recuerdo. No esperes otro juego.

24

Yo sí sé lo que espero. Espero el domingo. La mañana y la tarde del domingo. Día de gallito. Día de Lapita. En la parte de atrás de esa pulpería juegan dominó por plata hasta tarde la noche. El pulpero es amigo mío. El gordo Chemaría. Una vez lo vimos por una rendija en su cama con su mujer tan obesa como él. Después de los preludios: montate pues. Montate tú. Uds. están muy zorochos para jugar por plata. Venimos a ver nada más. Los mirones son de palo. Sale la doble sena. Salió desnuda. Cuadro al pie, pasa la mano. No hará falta decir nada; súbitamente se quedará callada y nos miraremos sin movernos. Estoy seguro. En el fondo de sus ojos se encenderá una chispa. Hará señales a la chispa que arde en los míos, destruirán todas las distancias y se unirán; destruirán el colegio y crearán un ámbito de luz. Si la monja leyendo su breviario levanta la vista, verá una gran esfera incandescente, una visión beatífica. La uña del diablo. El trisagio. Los dos paticos. Patito, patito, color de café ¿por qué estás tan triste y triste estarás? Mano Chano cantaba acompañándose él mismo con la guitarra. Triste flor que mal naciste. Quaternio terminorum. Me quedan tres senas, voy a tirar la tranca. Los veintiocho días de la luna repartidos en cuatro grupos de siete. Los siete primeros días son de Artemis, los siete segundos son de la Afrodita celeste, los siete terceros son de la Afrodita vulgar, los siete últimos de Hecate. A cada uno le tocan repartiditos. Voy a ver qué me sale cuando termine el juego. Esa anfisbena saliendo y creciendo desde la doble chepa. Senobia, la pandihornera. Ya se ahorcó el doble blanco. Sin cuero nacen los sapos. Tal vez desaparezca todo el mundo conocido cuando las dos chispas se unan. Tal vez se rompa todo el mundo conocido, como se rompe un huevo y volemós ella y yo, un solo pájaro formado por dos medios pájaros, hacia un sol nuestro de perfecta felicidad. Tal vez existimos en realidad sólo nosotros dos, y el mundo es una pesadilla producida por nuestra separación. Desaparecerán esos países que la luna ha llorado, brillará eternamente el dios único. Le pegó a la madre: el que le pega a la madre no puede levantar cabeza. Me agarró. Pasan todos, vuelven a pasar todos, gano yo. Sírvale una cerveza a esos muchachos por mi cuenta.

Doble blanco. Blanco seis. Está podrido, voy cien bolívares a que en ésta los sacamos. Ud. como que está haciendo señas. No sea pendejo. Después de la segunda ronda yo sé lo que tiene todo el mundo. Si no gano es porque no tengo con qué; no porque no sé. El tiene con qué y ella tiene por dónde. Drama: tener con quién, tener con qué y no tener dónde. Tragedia: tener dónde, tener con qué y no tener con quién. Comedia: tener con quién, tener dónde y no tener con qué. Blanco y puro, inocente y cándido. Se dejó ahorcar la doble chepa. ¿Quién dice que no son dos la cadena y el reloj? Andrés no ha perdido mi reloj. Yo no he perdido su correa. ¿Por qué tiró esa piedra? ¿Ud. es vale mío o está jugando pal enemigo? Contra dos y un traidor. Tuve que pegarle a la cabeza. Me agarró. Fue forzata. ¿Y la meneata? Gallo que no repite no gana. Clasificó todas las mujeres en dos grupos, tertium non dedit. Vuelva a contar, a mí me parece que sí da cien. Cambur pintón. Hipócrita. No le hable en clave, no le haga señas, déjelo que aprenda a contar. El blanco es el siete. Las piezas de marfil paradas formando un ocho, si tumbas la primera se caen todas. Tienen un punto sobresaliente en el centro, cuando te queda una la puedes hacer girar boca abajo porque es la que va a llegar o porque está ahorcada. Hoy es la luna de Afrodita urania. Era un marinerito que del cielo bajó y bajó. La casa de la luna es el mar del cielo, pasan las olas blancas de espuma, negras de abismo y ella se muestra o se esconde con indiferencia. He dicho que en la barriga tengo un bicho. Adiós que te vaya bien, que te pise un tren. No, yo te acompaño hasta tu casa y regreso solo. Quiero caminar un poco antes de acostarme. Pero es muy tarde; mañana, bueno hoy, a las siete tenemos clase. No creo, está anunciada una manifestación y si dan la primera clase es para reunir a los estudiantes. El cuatriboliao. Está muy blanco ese negro y quiere encerrar la doble chepa. Senobia no se deja.

El Parque Ayacucho estaba cerrado como siempre después de las nueve. No se veía nadie por ahí. Escalé la cerca de lanzas y me metí en el recinto donde están los palomares porque era muy oscuro. No me convenía estar directo bajo la luz de la Afrodita urania. Se aluna uno. Es preferible el tabardillo. La insolación se cura con descanso, pero para la inlunación hay que buscar bruja. Yo vi una vez en Carora un burro alunao; se le hinchó la cabeza: estuvo amarrado en un botolón toda la noche, sin techo, sin un arbolito siquiera; una bruja le sacó la luna con oraciones y aceites; si no, se hubiera muerto. ¿Irán los burros alunados a la casa de la luna? Cazoleta

del puño de la espada clavada en el vientre de la noche. Gallinas de los campos celestiales, se esconden cuando ella esplende, llena, sobre toda la tierra. Su luna de pergamino. Oh, luna de los locos y los enamorados, de las niñas histéricas, de los perros hambreados, yo también como un perro te aúllo mi canción porque sé íntimamente que los mejores versos son los que se han escrito bajo tu inspiración. Son los que sonen. No son todos los que están. Es tanta la sang que ting ca las cing ting son. En inglés, en holandés y en alemán, dijo Darío, la luna es macho y el sol es hembra. La inlunación de esa gente debe ser bien macha. Esta noche la luna no quiere que yo duerma, esta noche la luna saltó por mi ventana, y cual novia que quita su traje de azahares, toda ella desnuda se ha metido en mi cama. Algunos enamorados y algunos locos son lunáticos, pero otros son de bola. Viene recién bañada, tal vez en el camino al pasar el arroyo se bañó en la cascada. Pero que os la casquéis cual teclas de piano y limpiéis la leche de vuestra sucia polla en los cortinajes de la alcoba, eso, señor marqués, no es de caballeros, es de cabrones.

Viene que huele a rosas, tal vez en el camino la curva de su cola rozó con la montaña. Pimpollito de ruda, se orina en la cama y dice que suda. Los niños concebidos en creciente nacen varones. El viernes de menguante es creciente. El hombre lobo se vuelve lobo cuando la luna se llena. El rey, pálido bajo la luna llena, se enderezó la corona de papel, blandió el cetro de escoba y ordenó: Vaya a los matorrales del fondo del patio, cuente hasta cien y regrese. ¿Podré? Puede Ud. Palabra de rey no vuelve atrás. Después de tantos años de esfuerzo, de sufrimiento, de peligro, Ulises se durmió cuando vio a Itaca. Cuando veas a Itaca no te duermas. Viene de muy lejos, de detrás de las nubes después de departir con hadas y querubes. Un toro con espada guardará la entrada. Crece y se llena porque se va comiendo poco a poco a sus gaticos tuerticos. Viene a que la bese y la abrace y la goce y a decir la mentira de que a mí solo me ama. El enamoramiento o infatuación es una fijación morbosa de la libido, tiene origen en el complejo de Edipo no resuelto. Algunos hombres han extroyectado la madre, otros la han introyectado, pero sí es verdad que se ve una mujer amamantando un niño. Perverso polimorfo el niño, la bestia más feroz, más peligrosa, más indómita que haya hollado la tierra. La hoya esta situada sobre la cabeza del esternón, a su lado las clavículas o arcas. Se quebró el arca. Clavícula de Salomón. Clave de sol. Y como yo le dije: mi amor es como el tuyo, ella se ha puesto pálida, Luisa estás pálida, y al besarme en la boca el calor de sus lágrimas me ilumina las sienes. En todo cambio de energía se genera calor irreversiblemente; por lo tanto podemos contar con la muerte térmica del universo. Un universo tibio, sin conflictos. También se muere el mar. No hay mar que dure cien años. Cuando llega al arrabal de senectud, ¿cuál se para? El doncel que casó con mujer brava. La doma de la bravía. Y ahora yo sé que ella, la que en suntuosas noches da su cuerpo desnudo, a mí me ha dado el alma. Y con el machete le buscaba el alma, porque en el alma se llevaba a mi hembra y yo no quería que se la llevara. Si el coño tuviera dientes y me quisiera morder, el coño diente conmigo y yo machete con él. El tierno niño dijo con voz tierna: mamá, quiero café. Luna lunita cascabelera. Rozando ese potrero se me quebró el machete. La Luna no se cae arepa con mantequilla porque gira pegada a una esfera. Bajo esa esfera vivimos nosotros, seres sublunares y lunáticos. Sola sub luna. Luna park. Giraluna. La rueda de la luna. Luna de miel.

El banco era demasiado cómodo para soñadero; pero yo me acosté sobre el curvo respaldo, si me descuidaba me caía. Escuché los ruidos del parque, luna park, todos familiares; olí los olores, todos familiares; vi los juegos de la luz lunar, todos familiares; pero cuando empecé a poner cuidado, le pongo cuidado a ver qué más dice, a las sensaciones de mi cuerpo, todas familiares, propiocepción, cenestesia, sinestesia, me encontré con que no percibía nada. Mi cuerpo había desaparecido. Poco después desapareció también el parque. Quedé yo solo: un vacío ilimitado ligeramente violáceo. Y una ciudad me habitaba. Una ciudad nunca vista, ni pensada, si soñada. Grande, populosa, próspera, construida por mí sobre las fuentes de dos grandes ríos que se alejaban murmurando en direcciones opuestas. En ella un palacio de zinc. En el palacio una sala de música. En la sala una doncella. Ella. Tocaba el clavecín para mí. Era la primera vez que veía y oía ese instrumento conocido sólo por libros. Tocaba y cantaba para mí. Una canción antigua inmemorial sobre nosotros dos, una canción nueva y fresca recién inventada, una canción futura que sólo podría resonar después de miles de milenios, la esencia eterna del amor eterno de nosotros dos eternos que se volvía música al entrar en el tiempo, música perfecta y triste, fluir de belleza y nostalgia, sangre de un dios intemporal herido por el tiempo. Ella y yo, los labios de esa herida. Cerrémosla. A veces me miraba, y la luz de sus grandes ojos azules, azul claro, le devoraba el rostro, el clavecín, devoraba la sala, el palacio, la ciudad grande populosa próspera, el río anfibena, me devoraba a mí también y sólo quedaba la canción, belleza y nostalgia, imperiosa urgencia de unión y de retorno. Vamonós, vamonós, vamonós pues. Pero cuando cerraba los ojos o miraba hacia otro lado, la canción se convertía en prados, bosques, campanarios, montañas, océanos, planetas, sistemas solares, galaxias de dulce queja amorosa y de lamento. Cuando me caí del improvisado soñadero tenía las sienes y los bigotes empapados de lágrimas.

25

Sábado. Normalmente hay clases en la mañana, pero hoy no, por la manifestación. Sábado, día de descanso, se mudó para el domingo, pero Julio había pedido permiso para no asistir a clase el sábado y lo había obtenido. El director consideró que todas las religiones eran dignas de respeto. Si algún examen era en sábado, le ponían fecha especial para él solo. Adventista del séptimo día. Domingo, día del dominus, del señor sol, lunes día de la luna, martes día de Marte, miércoles día de Mercurio, jueves día de Júpiter, viernes día de Vernus, sábado día de Saturno. Nombres paganos. La semana no fue cristianizada. Los siete planetas de la astrología, sin contar a Urano, Neptuno y a Plutón. El sol, un planeta. Saturno judaizado. Las brujerías de guerra se hacen los martes por la noche, las de amor los viernes. Las uñas deben cortarse los lunes y no dejarse por el suelo, que nadie las pise. No camines sobre tus uñas. En martes ni te cases ni te embarques ni de tu casa te apartes. Especialmente si es martes trece, pero en Europa cuídate del viernes trece. Descansan el sábado, y el domingo trabajan como burros, no respetan al Señor. El miércoles, día de mercado, sería gran pecado ponerse a estudiar. El jueves, jubelín jubelón jubelás, día de júbilo, día jovial, día de jubilarse, quién va a estudiar.

Ya Julio fue al culto. Ahora va a jugar beisbol. Tiene equipo: guantes, pelota, bates, mascota, mascotín, peto, rodilleras, máscara. Mientras metemos todo eso en dos sacos, le pregunto si el alma es el desarrollo dialéctico de la materia. Complacido por mi pregunta fue a la cocina y regresó con una caja de fósforos. Prendió uno. El cuerpo es ese palo de fósforo, el alma es esa llama. Lo apagó. No hay llama, no hay alma. ¿Entonces el alma no es inmortal? El fuego es inmortal pero la llama individual no. Era una llama al viento y el viento la apagó. Hay días en que somos. El día esté lejano. Caminamos, cada uno con su saco, como dos finfines, por la Avenida de las Ciencias hacia el norte, silbandito y conversandito sobre el alma, yo preguntando, me gustaba preguntar y repreguntar, pero no contradecir, me bastaba contrapensar cuando era necesario, hasta salir de la ciudad. Tenía que matar el tiempo. Como todas las cosas están llenas de mi alma, emerges de las cosas llena del alma mía. Melancolía: bilis negra, atrabilis, atrabiliario. ¿Quieres venir conmigo a ver el alma? El alma de la corbata puede ser de algodón. El alma del violín es de cedro. El alma de Patroclo se hundió en la tierra con un chillido de ratón. ¿Qué diferencia hay entre alma y espíritu? Este era un sapo con las canillas de trapo y las patas al revés. Mi alma no descansará mientras no llegue a tí. El alma es la vida, el espíritu es la consciencia o razón. El alma es la forma del cuerpo, lo que da estructura a los materiales del cuerpo y los convierte en cuerpo viviente. ¿El soplo de Dios en la nariz de Adán, muñeco de barro, es el alma o el espíritu? Eva fue hecha de una costilla de Adán, no de su cabeza para que no lo gobernara, ni de sus pies para que él no la pisoteara, sino de su costilla, cerca de su corazón. La costilla es un hueso torcido, si tratas de enderezarlo lo rompes: sé tolerante con la mujer. ¿La mujer tiene solamente un pedazo de alma? ¿Cuándo entra el alma en el cuerpo? Si es un cuerpo vivo ya tiene alma; no sería tal sin alma; los que se aman con el alma no pueden seguirse amando ni volverse a encontrar después de la muerte, cuando se apaga el fósforo. ¿Y la resurrección? Yo soy la resurrección y la vida, el que crea en mí aunque esté muerto vivirá. ¿Cristo es el alma? Metempsicosis: el alma pasa de un cuerpo a otro. Vivifica un cuerpo y después lo abandona para vivificar a otro cuerpo. El alma encarna y desencarna, tiene existencia propia sin el cuerpo. Hay dos maneras de hacerse inmortal: teniendo hijos, a través de ellos se continúa la vida. O haciendo grandes obras de gran utilidad para gran número de personas, a través de ellas pervive la individualidad creadora, alma convertida en obra. Vida de mi vida, alma de mi alma. Espérela, que está obrando. La ciudad de Chiobro y los países eurovientos.

El amor es esperanza de placer, placer en acto y gratitud por el placer, dicen las almas mezquinas. Maldito sea Dios, dicen los condenados en el infierno y le hacen la señal del pulpero. Hay aves que atraviesan el pantano y no ensucian su plumaje, sino que ensucian el pantano porque obran en vuelo. Con mi telescopio he explorado el universo y no he visto a Dios. Con mi escalpelo he explorado el cerebro y no he encontrado el pensamiento. ¿Qué opinas tú del fenómeno espírita? Centro León Denís. El amor es ardiente deseo de media alma que quiere completarse con otra media. El andrógino. Anfisbena. El amor es pura necesidad fisiológica. El amor es el instinto de conservación de la especie que engaña al individuo haciéndole creer que trabaja para su propio placer. El ánima sola se enamora de algunos hombres y los separa de los demás para que no participen en nada y se queden al margen de todo en un desierto.

Cuando llegamos al campo de beisbol, un tunal ralo que los muchachos habían despejado con paciencia y salivita, ya estaban allí todos los jugadores necesarios y más. Algunos tendrían que jugar banco, es decir rabadilla y pasarse el tiempo pidiendo un chancecito. Julio era el alma del juego. Se formaron los dos equipos. Julio era mánayer, pícher y cuarto bate del suyo. Yo quedé en el del morocho Rojas. Me puso de siorestó. Darío jugó rabadilla para hacer las anotaciones: llevar los averages, hacer respetar el orden, resolver los conflictos con el reglamento en la mano. A Leiva lo pusieron de ompáyer en el jon. No había madrina; a qué

muchacha la iban a dejar ir a ese peladero si no era campeonato con público, Pasamos cinco inins sin carrera, puro rolin al infil, yo saqué como siete aos, flaicitos mansos al aufil y mucho estrocao; duelo de pícheres; pero en el quinto, Julio dio una base por bola sin ao, el siguiente se embasó por error de la tercera, un pasbol por guailpich llenó las bases y el morocho Rojas conectó un jonrón que botó la güilson en un barranco detrás del centerfil. La estuvimos buscando largo rato entre chistes y risas. La encontró Darío. Según Julio había sido un lechazo, estrocó a los tres siguientes bateadores en nueve lanzamientos con una curva de afuera inagarrable. Después continuó el duelo de pícheres pero con nosotros ganando cuatro a cero. En la segunda entrada del noveno, ellos al bate en su último chance con dos aos, llegó Andrés, lo metieron de emergente, después de conectar como cinco faos la sacó de jonrón por el lefil. Ese sí me la vió, dijo el morocho Rojas. Pero no pudimos rematarlos porque no hubo manera de encontrar la pelota en el espeso tunal que hay por ese lado. Cuatro a uno, pero no pudimos cantar victoria: Darío se fue pal río sin permiso e don Darío dictaminó que mientras no se hiciera el último ao el juego no había terminado, ergo, no había ganador. Vamos a procurar traer varias pelotas la próxima vez. Un juego sin pleitos, cosa rara, pero es que quién le iba a discutir a Leiva, la justicia encarnada, y quién iba a saber más que Darío.

Esta tarde como a las cinco nos reunimos casa del holandés para la tertulia, me dijo Darío, ayudándome con el saco, ven. Dije que sí, y esta vez sí fui. Mi alma combatía contra el alargamiento del tiempo.

26

El holandés vivía en la Avenida de las Ciencias, entre la diecinueve y la veinte, por fuera lo que se veía era una pared y un enorme portón cerrado. En el portón una puerta pequeña. Abrió el holandés en persona, adiviné que era él, nunca lo había visto antes pero quién más iba a ser: musió, catire, adulto, adusto, con grandes lentes de carey. Cuando supo que yo venía invitado por Darío me hizo pasar de inmediato. Detrás del portón un largo patio florido del mismo ancho del portón, una especie de zaguán florido a la intemperie, altos muros de ambos lados; el zaguán se prolongaba en un espacio largo techado y encementado del mismo ancho del zaguán, con muebles de esterilla. Desembocaba en un segundo patio largo florido, del mismo ancho del espacio largo techado, que terminaba en una altísima pared. Pero a ambos lados de ese segundo patio intemperioso se extendía largo corredor de alto techo, penumbroso, cuyo ancho era como lo largo del segundo patio. Por ninguno de los dos lados se le veía fondo al corredor. Los placeres y dulzores de esta vida trabajada que llevamos, qué son sino corredores y la muerte es la celada en que caemos. Por el lado derecho llega hasta la Avenida Veinte donde tengo mi negocio de librería, discos y aparatos de música, a mano derecha hay grandes habitaciones, una me sirve de depósito de mercancía, las otras están vacías. Por el lado izquierdo el corredor llegaría hasta la Avenida Diecinueve, pero está tapiado antes de alcanzarla, el último pedazo lo ocupa un garage no sé de quién, a mano izquierda hay grandes habitaciones, una la he convertido en sala de música y de conversación, otra en comedor, otra en cocina, y mi dormitorio está al fondo. No hay ventanas en ninguna parte, pero hice construir un alto sobre mi dormitorio donde instalé un telescopio para ver las estrellas, no a los vecinos. Un poco siniestra, lo reconozco, pero la compré porque me garantiza intimidad. No se oyen los ruidos de la calle ni los de los vecinos: las paredes son de tapia. Ni los vecinos oyen mis ruidos. Además, puedo dar paseos, correr y hacer gimnasia sin salir de casa. No me gusta ser espectáculo y con mi facha de musió llamo mucho la atención. Sin embargo ya todo el mundo me conoce y nadie se mete conmigo, cuando más unos muchachos chiquitos me gritan desde lejos: musió pecho pelú o catire pelo e chigüire. Ando siempre a pie o en autobús, no quiero tener carro. Como ves, los demás no han llegado, no contaban con tu puntualidad. Para ellos las cinco son las cinco y media o las seis. Pareces musió en eso. Pero pasa, ven a la sala de música y conversación. Aprovechemos para conocernos.

Hablaba el español muy bien, mejor que yo, demasiado bien, por lo tanto lo hablaba mal: cuando la lengua se acerca a su modelo ideal, comprendí, se deshumaniza. Además, mantenía su acento extranjero, esos chasquidos, crujidos y zumbidos de las consonantes, esas variaciones de longitud y de apertura en las vocales. Los marineros que venían a Puerto Nutrias. Ud. habla perfecto el español, mejor que nosotros. Gracias, pero sigo siendo musió, no puedo cambiar la base articulatoria de mi lengua materna. Palabras domingueras. Si dejaba de prestar atención a las palabras y atendía sólo a los sonidos, oía de nuevo a los marineros del gran barco, gran tauma, teorema grande y los veía caminar con las piernas separadas, sonriendo a las muchachas, repartiendo caramelos a los niños. La sala de conversación y música, iluminada artificialmente, alfombrada, me parecía que la manchaba con mis zapatos de balatá, tenía una de las paredes totalmente ocupada por una estantería llena en gran parte con libros, en el medio con aparatos de sonido y filas de discos cuidadosamente

ordenados, a intervalos irregulares con pequeños objetos ornamentales: estatuillas, relojes, brújulas, pequeños cofres, juegos de ajedrez, tabaqueras, piperos, ceniceras, incensarios, candelabros. Tengo los libros más queridos en mi dormitorio y, al lado de mi cama, los de cabecera. Palabras extranjeras en los títulos. Ese encanto de las palabras extranjeras, de los alfabetos exóticos. La pared de enfrente totalmente vacía y encalada. Las otras dos cubiertas de cuadros y fotografías enmarcadas. Una gran mesa baja en el centro. Sillas bajas y muchos cojines. ¿Qué habrá entre esas habitaciones y la calle de altos muros? Vi ventanas y puertas pequeñas; debe haber casas pequeñas o depósitos de mercancía, los vecinos. La sala de música y conversación no tenía otra puerta que la puerta por donde entramos, ni agujeros de ventilación de ningún tipo, pero era alta y fresca. Cada cuadro era una ventana a un mundo. Cada libro una puerta de luz, entra por ella niño. Tratar de mirar muchas cosas de una vez es como mirar para San Felipe. No me dio una palmada en la espalda ni en el hombro, pero yo me arranqué solo de ese espectáculo hipnótico. Las sillas son duras y sentarse en cojines es incómodo, pero la sala no es para dormir, ni yo cultivo la molicie. Molinos de viento. Tulipanes. Erasmo de Rotterdam. Una pica en Flandes. Carlos quinto. Los canales. Curaçao. Vacas lecheras. Gran flota comercial. Nederland. Bajo el nivel del mar. Amsterdam. Casas angostas de varios pisos, pegaditas, cada una con altura y fachada diferente. País muy pequeño. Recibió a los judíos. Espinosa more geometrico demonstrata. Sábanas de Holanda. Tabaco de Holanda. Papel de Holanda. Holandeta, holandilla, holanda. El holandés errante. Muchacha rubia con delantal y cofia en cajas de bombones. Campiña florida. Leve ave evanescente. Jardín de las Delicias.

En mi adolescencia, la primera guerra mundial; terminados los estudios universitarios, investigador en filología clásica, la segunda guerra mundial. La locura de la guerra, como una epidemia, se abate sobre Europa cíclicamente. Vendí todas mis pertenencias y me vine para no volver. Abraham. He adoptado este país como patria, solicité nacionalización. Un chino holandés, pero se comunica mucho. Quiero ser médico alienista. Debes comenzar desde ya, hacerte ayudante, mandadero, secretario de un psiquiatra en ejercicio, trabajar parte del tiempo en un manicomio, familiarizarte con el oficio; en el fondo los estudios son siempre los mismos: ponerse de aprendiz en la profesión escogida; la carrera universitaria debe hacerse en función del oficio. Hay mucho loco por ahí que necesita tratamiento médico. Me gustan los hombres que tienen planes claros en la cabeza. Hay demasiado sufrimiento en el mundo para perder el tiempo en boberías como poemas románticos. ¿Te gusta Brahms? Bach, Beethoven, Brahms. El Arte de la Fuga. Estoy estudiando teoría, solfeo y piano con Doña Doralisa Jiménez de Medina, pero este mes no hay clase y no estoy muy adelantado. Tengo un piano en el fondo del corredor cerca del dormitorio, toco de noche. Está a tu orden, puedes venir cuando quieras a estudiar; si no estoy, entra por la librería, voy a ordenar que te dejen pasar. Ud. es tan amable. ¿No tendrá un hacha que amolar? Las cosas valen cuando se pueden compartir y el hombre vale cuando sirve de algo.

Muchos muchachos monstruosos jugando toda clase de juegos infantiles. Juegos casi todos conocidos por mí; otros desconocidos pero comprensibles; algunos completamente impenetrables. Darío es para mí el hijo que no tuve y yo quiero ser para él el padre que yo mismo no tuve. Mi padre también se suicidó estando yo pequeño. A mano izquierda la creación: en un paisaje fantástico de plantas imposibles y animales crueles de pesadilla, el Señor con un Adán sedente a la derecha, sostiene una Eva cadente a la izquierda. A mano derecha el infierno: incendios, personajes repugnantes y lamentables, cuerpos torturados, pedazos de cuerpo torturados, instrumentos de música y de tormento, una marrana vestida de monja. En el centro gran cantidad de mujeres y hombres jóvenes desnudos en las más insólitas posiciones, entre plantas anormales, acompañados por animales ambiguos y descomunales, un zagaletón con pieles a la entrada de una cueva, tan plácidos todos. Me invadió una gran tristeza inexplicable al terminar el Arte de la Fuga. Ese muchacho es un europeo de alma, triunfaría, lograría los más altos honores en los círculos mas altos de la inteligencia europea, pero ya Europa no es digna de hombres como él; tiene sin embargo los tesoros culturales acumulados por muchas generaciones de sabios y puede servir de escuela para los jóvenes de América, de escuela nada más, no de residencia, ni de campo de acción y creación. El mundo nuevo de nuevos horizontes es América. Un caballero con la mano en el pecho me miraba desde unos ojos profundos y vivos que parecían contener el secreto del dolor en su brillo superior y humilde por haber comprendido algo terrible y maravilloso que yo sólo alcanzaba a sospechar oscuramente, un enigma incommunicable que sólo se revelaba desde adentro en algún desgarramiento pavoroso del alma a los hombres completos, no a un muchacho como yo.

Sonó el timbre, el holandés fue a abrir, yo devolví la mirada al caballero pero no pude sostenerla. Le miré la mano en el pecho, los dedos largos separados en V, la V de la victoria acostada, dos de un lado, dos del otro, como si me hiciera una señal secreta de reconocimiento, pero yo no entendí. Volví a mirarle los ojos y me pareció que ardía en ellos su alma velando y revelando un mensaje, como si yo me mirara a mí mismo desde el

futuro o desde otra dimensión desconocida del tiempo. ¿Estaba yo descubriendo acaso un nuevo tipo de soñadero? Los dedos separados en el medio como una tijera abierta para cosechar el corazón ya maduro en su árbol de arterias y venas, para cosechar la luna ya madura en su intrincado baobab de tiniebla, para cortar los ojos ya maduros en su enredadera de tenaz anhelo y de dolor. Voces y ruido de muchos pasos. Te estábamos esperando afuera, creímos que no ibas a venir y resulta que estabas ya adentro. ¿Serás así en todo? Los relojes de la estantería eran ornamentales, cada uno marcaba una hora diferente, yo no tenía reloj, se lo había dado a Andrés para siempre, tener otro era sacrílego, no sabía pues si allá lejos, en los bordes de la meseta, sobre cardones, tunas y cujies, rabiaba todavía la sangrienta batalla del crepúsculo. En esa habitación sin ventanas, en esa casa sin ventanas, con esa luz artificial uniforme, invariable, me sentía transportado a otro mundo cuyas ventanas eran los marcos de los cuadros, mientras centenares de puertas sin cerrojo aguardaban en la estantería la mano busca luz, entra por ellas, niño.

27

Variación larense sobre un tema de Ronsard: Cuando tengas las tetas como pasa arrugadas y se te haya secado la totona; cuando masques el agua y esquives cataratas agitando las patas de gallina; cuando ya esrengadita, con las nalgas caídas, camines por la casa casi a tientas; cuando te duela el colon, te cruja el espinazo y se te salga solo el pupucito; recuérdame diciendo ¿cómo pudo ese bobo querer este cadáver estofado?; no me vio chuchumeca ni me sintió el prolapso, aunque ya para entonces se notaba; lo engañó la apariencia, lo enardeció el deseo, creyó que era verdad tanta belleza.

Eso no es ronsardiano sino manriquiano. Esa pose de los clásicos españoles. Despreciar la belleza porque es transitoria. La ama uno más, precisamente porque es transitoria. Sólo pueden amar lo eterno firme estable, dicen; ¿por qué no se mueren de una vez?, la vida es cosa vana voluble y ondeante. Ronsardiemos esa variación: Mientras tengas las tetas turgentes como anones y la totona arroje llamaradas; mientras tengas los ojos llenos de picardía y la boca preñada de caricias; mientras escandalices meneando las caderas y a los muchachos saques la babita; mientras puedas pujar botador, cangrejera, y dejar por el suelo al más pintao, despacha con rabazos y a mí me das mi parte, goza viendo que gozo gozadera; recuerda que a las rosas la tarde las marchita y se les va el color y la tersura; brinda tu olor ahora y cuando te deshojes, nadie podrá quitarte lo bailado.

Eso no es ronsardiano, ni manriquiano, ni larense, sino prostibulario y de mal gusto. Además, el aprecio o el desprecio de la belleza y el placer porque son transitorios es cosa muy manida; bueno, como toda experiencia humana. El hombre es un lugar común, todo lo que dice hace siente y piensa ya ha sido dicho hecho sentido y pensado por billones de hombres ya muertos, está siendo dicho hecho sentido y pensado por millones de hombres contemporáneos en este momento, será dicho hecho sentido y pensado por infinidad de hombres no nacidos todavía. Hay una sola excepción: la obra de arte. Esta es única, lo único perdurable y firme que puede hacer el hombre. No tiene nada que ver con el contenido; el contenido es el chorro de la vida, la repetición, lo vivido por todos, el lugar común. Lo vivido es el excremento que pasa por la cloaca del pájaro; la obra de arte es el huevo. La inmensa mayoría de los hombres muere sin poner. Yo regresaré tranquilo al polvo si logro escribir un solo poema verdadero; me habré salvado de la sucia vida y de la sucia muerte aunque deje de ser para siempre jamás. Habré dejado lo único valioso que un hombre puede dejar a los otros hombres. Todo lo demás me es indiferente.

Linda pajarita ¿necesitas un pajarito que te limpie la cloaquita y te eche una lechita para que puedas poner mejor tu huevito y no te salga pupuciaíto? El chorro por la cloaca, la diarrea, la gallina ponedora, la búsqueda del gallo porque sin gallo te sale estéril, con esas metáforas no creo que puedas salir del común. No es por mérito especial que el pájaro pone, forma parte del sucio chorro de su vida. Además, ¿qué es eso de sucio? Por qué no aceptar la vida en su plenitud y vivirla sin poner condiciones? Somos jóvenes, nos anima el entusiasmo y el ardor de vivir. ¿Qué importa que otros también vivan, hayan vivido o puedan vivir? ¿No voy a beber agua porque otros beben agua? Después de todo mi experiencia es mía propia y yo la vivo a mi manera. Tú quieres caminar sin pisar la tierra, quieres ser un dios, quieres cagar mas arriba del culo. Pero eres hombre.

Quiero ser por lo menos una vez como los dioses. Crear una obra de arte. Anhelo el éxtasis supremo de la creación. Solamente respeto y admiro a los grandes artistas y quiero ser como ellos aunque sea por un instante. Cambio mi vida por ese instante.

Esa cara de quiero-y-no-puedo. Si fueras creador estarías creando y no hablando tonterías sobre la creación. Yo, por mi parte, me conformo con entender; lo que quiero es cultivar mi sensibilidad estética para saber apreciar certeramente, discernir, reconocer lo bello y disfrutarlo.

Te voy a mostrar una cosita bella para que la disciernas y la disfrutes con los dos extremos del tubo digestivo, mininita.

El holandés se levantó y puso con poco volumen el sexto concierto de Brandenburgo. Apartando a Darío, yo no conocía a ninguno de esos muchachos; había visto en el liceo varias veces a uno que tenía fama de poeta, pero nunca había hablado con él; a dos los había visto esquineando frente a la Fuentecita, eran patiquines; los demás ya habían terminado, me imaginé, el bachillerato, al igual que los patiquines, y estudiaban en Caracas o en Mérida; uno era el que atendía la librería tienda de música del holandés. Tan desenvueltos, tan seguros de sí mismos, como ella; y esa ruda camaradería sin pelea seria; el morocho Rojas ya se hubiera caído a golpes con todos. Este muchacho, como les he dicho varias veces, es un amigo mío de la infancia, nos conocemos desde la Ciudad de Nutrias; es tal vez más leído y más pensado que todos nosotros juntos pero habla muy poco; es peligroso sobre todo por las preguntas; quiere ser alienista, espero que aquí tenga, en este grupo, ocasión de observar y experimentar para beneficio de su futura profesión. Podría observar y experimentar en sí mismo, pues lo que dices de él lo pinta como esquizoide con tendencia hacia la esquizofrenia. O tal vez tiene una fuerte inclinación homosexual reprimida; si le da libre curso se pondrá sereno y logrará la normalidad. La gente que pregunta no más es porque quiere hacerse interesante sin comprometerse en afirmaciones sinceras pero que pueden revelar su ignorancia o su estupidez. Quien sólo tiene preguntas tampoco tiene preguntas pues el afirmar y exponerse al error es la forma auténtica de preguntar. Lo más probable es que sean preguntas calculadas para dar la impresión de profundidad; argucia de mediocres. Sin embargo, la pregunta auténtica es más importante que las respuestas, es musagetas de la reflexión y de la ciencia; cuando la pregunta se apaga quedan sólo doctrinas. Además, hay hombres que han venido a este mundo para hacer preguntas solamente. Y otros, muy pocos, para dar respuesta a preguntas que nadie se ha formulado todavía, yo pertenezco a este último grupo. Pues a mí no me asusta nadie con preguntitas ni con respuestitas aunque él las crea muy importantes; yo creo en el diálogo vivo y aporético.

Comprendí: querían aceptarme en su seno, en la rudez de su camaradería, mediante un combate que no era otra cosa que rito de recepción, me desafiaban para que en el calor y el sudor de la refriega nos hiciéramos amigos como Gilgamesh y Enkidu. Me provocaban, esta raya es la madre, a que no se la pisa, a que no le quita esta pajita del hombro, si eres gallito venite acá si eres culeco quedate allá. Pero me quedé acá, yo no soy gallo de pelea sino persona, como decía Darío cuando estaba chiquito por consejo de mu mamita. Déjenlo quieto, que él hable cuando quiera. Juan Sebastián Bach ¡qué maravilla! y pensar que nosotros somos herederos de Europa, somos millonarios, sólo nos falta cobrar la herencia. La herencia ya la tenemos pero de España. Lengua religión, fanatismo superstición, ineficiencia atraso, nobleza picardía, ideales y pereza. ¿Por qué no cuentas la herencia africana o no te has visto el pelo rizado y la bamba gruesita y el meneíto cuando te tocan mambo? ¿Y dónde me dejas a los indios que se dejaron derrotar por un puñado de españoles sucios e ignorantes? ¿No cargas esa derrota por dentro? Lo biológico no cuenta, sino lo cultural; el cuerpo humano de cualquier raza da para todo y lo cierto es que tenemos muchas herencias culturales, somos multimillonarios. El pequeñísimo inconveniente es que las diferentes herencias están en monedas no intercambiables y no reducibles a una denominación; quitando la metáfora: son culturas inconciliables, cada una impide el despliegue de las otras. ¡Una pelusa! Estamos maniatados, afirmando y rechazando por turno cada una de las herencias, a veces simultáneamente. Eso es mentira; somos un pueblo mestizo de sangre y de cultura, con una personalidad nueva, distinta de sus componentes, un pueblo llamado a grandes logros, a superar a todos sus ancestros, lo que pasa es que soy chiquito, cuando crezca ya verán. Qué va, somos una quimera: cabeza de león, cuerpo de cabra, cola de dragón. El león es carnívoro, la cabra vegetariana, el dragón fantástico; lo que el león come la cabra no lo digiere; para lo que la cabra quiere no tiene boca; el dragón no puede echar humo ni volar, se limita a dar coletazos a la barriga y a la cabeza. ¡Una guará! ¿Pero qué me dices del arte? El artista plástico, el músico, el poeta y el político, que también es artista cuando es bueno, pueden crear un mundo nuevo con esos materiales antagónicos. Bien dice el ronquito: hay crisis de hombres, calma y cordura. Paciencia piojo que la noche es larga. ¿Y nosotros aquí presentes, no somos hombres? ¿De dónde vamos a esperar que vengan? ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Qué venga un hombre! El gendarme necesario. Yo sí soy hombre; aunque no pueda producir, puedo reproducirme, y con gusto.

El joven, sentado en una silla frente a mí, tenía los brazos y el rostro apoyados sobre una mesa; dormía; sobre él volaban murciélagos gigantes en bandada; más abajo, cerca de su cabeza me agarró, lechuzas con alas de

murciélago o murciélagos con cara de lechuga Atenea; a su lado un perro con cara de lechuga Atenea. El pez enorme flotaba y volaba sobre la pequeña aldea, un pequeño violín y una mano de violinista colgando de su boca, abajo a mano derecha una pareja de amantes ejecutando fatigados ejercicios eróticos. El tiempo es un río sin orillas. El sueño de la razón engendra monstruos. Saturno. ¡qué goloso eres! Juan Sebastián Bach ¡qué maravilla! Si no me preguntas, sé; si me preguntas, no sé; con humillada dedicatoria dedicados humildemente al Príncipe de Brandeburgo y hoy yo sé del Príncipe de Brandeburgo solamente que Bach le dedicó desde el suelo esos conciertos. Falta tuya de cultura general, falta de información histórica, debes leer a Herodoto.

Nosotros aquí diciendo cosas que nos hacen sentir inteligentes, oyendo a Juan Sebastián Bach, dentro de poco tomaremos té de Holanda con pastelitos de Cabudare, mientras miles de niños desnutridos experimentan el mundo como un lugar de martirio donde nunca tendrán oportunidad de escuchar a Juan Sebastián Bach. ¿Conocen Uds. la rata de mortalidad infantil? Zape gata mala, deja la rata. Pape Satàn, pape Satàn aleppe! Es como si no perteneciéramos a la misma especie; más bien tenemos compasión por especies no humanas. Sólo una misión es noble: dar fin a la explotación del hombre por el hombre, llegar a una sociedad sin clases, hacer una revolución violenta ya que de otra manera no se acabará el sistema de privilegios. Cuántos talentos como el de Bach no se pierden al morir los niños por falta de pan. Desbandando mi palomar de angustias, por los niños artistas, por los niños poetas de mi pueblo que se quedan mirando los barrancos para toda la vida. Pero no se casan por falta de pan; respondió el gorgojo desde su maizal: hágase la boda que pan sobraré. Más vale un jarto que cien hambrientos. Coma yo, coma mi macho, coma zurra mi muchacho. Ya comiste ya te fuiste. Interés cuánto valés. El amor y el interés se fueron al campo un día, y más pudo el interés que el amor que te tenía. En las puertas del cielo, primero yo que mi padre. ¿Qué comen los muertos que si los vivos lo comieran se morirían? Primum vivere, deinde philosophari. Primero la barriga, después el misticismo. Respondió el zamuro desde su alto coco: hágase la boda que no como poco. Saturno ¡qué goloso eres! El egoísmo y la codicia no son inherentes a la condición humana, son vicios engendrados por el sistema social estructurado sobre la propiedad privada y la rivalidad. Defensa de territorio y agresión como los primates. Una vanguardia revolucionaria puede derribar ese sistema y construir una sociedad sin clases y sin propiedad privada, estructurada en torno a la solidaridad, es decir una sociedad verdaderamente humana.

Esa moral decadente de la compasión. No te has paseado por Malthus y por Darwin. Has leído los puros libritos de propaganda del partido comunista. Quieres una sociedad maternal protectora de los débiles donde impecablemente se produciría una erosión genética de la especie humana y su eventual desaparición. Una sociedad indiscriminada donde todo el mundo tenga sus necesidades básicas cubiertas, pero sin lugar para el cambio hacia formas más elevadas de vida. Sin selección natural, sin selección eugenésica. Quieres que el hombre se eternice en su condición actual, no ves que la meta es el superhombre, una especie que sea para el hombre lo que el hombre es para el mono. Yo tengo un mono muy mono que me regaló mi tío, pero no me lo pongo porque no trabajo en ningún taller. ¿Ud. como que cree que yo tengo monos en la cara? Como mono con huevo. Dios es un mercader, un vendedor de esclavas, y la luz una esclava. Dios es un mercader que cotiza mi llanto para vender su luz. Lloró la tortuga, lloró el leopardo, ahora le toca llorar al hombre. Monos aulladores. Una cuerda tendida entre el mono y el superhombre, difícil avanzar, difícil retroceder, difícil quedarse parado. Amo a los que no pueden vivir sino como extinguiéndose, porque sólo ellos llegan al otro lado. El hombre tal como es no vale medio e mierda. Lo único valioso del hombre es que puede ser superado y eso se logra por la guerra despiadada en que sobrevivan los más aptos. ¿Y tú no ves, grandísimo tarugo, que esa ideología nazi fue derrotada en sus propios términos por el ejército rojo? Cayeron a tu puerta, Stalingrado. Si dices que no siempre triunfan los mejores, contradices tu propio pensamiento.

Triunfan los muchos, los mediocres, conspiran contra el hombre superior y lo aplastan desde la infancia, pisotean la semilla del superhombre, si llega a grande lo crucifican. Pero un día él ha de volver en gloria y majestad para juzgar a los vivos y a los muertos. Guay de vosotros socialistas hipócritas. Piececitos de niño ateridos de frío ¿cómo os ven y no os cubren? ¡Dios mío! Un niño es una hormiga, un niño es una casa de guitarras infranqueable a la muerte. Hoy jugaron toda la tarde a la gallina ciega y les cubre los párpados de nieve un pañuelo de abenuz. Reposan la fatiga de ser puros y alegres. Un sol desconocido te maduró la lengua para decir palabras precoces y dolientes; yo oía que se quejaban esas palabras tuyas. Quién hubiera podido ser de luz. Los ojos centelleantes del caballero me halaron la mirada, no hablaba ni callaba, hacía señas como el Dios que está en Delfos, mientras su mano, abierta en tijera sobre el pecho, se tensaba como para cortar el gran fruto maduro del baobab sombrío. La música cesó. Darío, ven con tu paisano para que me ayuden en la cocina.

A

Antes de morir, los agonizantes repasan toda su vida en segundos. De los muertos se dice que desandan cuando no pueden olvidar las cosas del mundo debido a los muchos apegos y a la falta de ritos funerarios que los ayuden a desprenderse. Pero tú no has muerto ni estás agonizando. Que la analogía con este viaje involuntario y tal vez definitivo no te haga desvariar. No hagas violencia a la memoria. La memoria es una turba multitudinaria de palabras turbadoras; no se trata de agitarlas; evita más bien su paroxismo; son palabras desordenadas que arrastran trapos ensangrentados, vidrios de colores, alguna gota de rocío convertida en astro, fragmentos de risa y de candor, ilusorias coherencias. Lo que te toca es despedirte, sepárate, arráncate. No te dejes atrapar por esa red verbal que paraliza en los hombres la chispa muda del padre. Chisporrotea hacia el silencio, libérate. Quema las palabras. Tal vez no tengas una segunda oportunidad. Sé valiente ahora.

B

Mi patria es la palabra. No entiendo la naturaleza del exilio que me aguarda. Parece no ser el paso a otro lenguaje. ¿A qué país de pájaros afónicos me llevan? Brillan más al quemarlas ése alimentan de mi menguado fuego? Ciño mis lomos más estrechamente con la correa de Andrés. Si algún lugar permitido del aeropuerto pudiera convertirse en soñadero. Los mensajes de la dimensión superior son sibilinos. Al exilio impuesto por las autoridades políticas y militares de mi país, parece sumarse otro exilio de naturaleza incomprensible, impuesto por autoridades superiores, incógnitas, no humanas.

30

Mamá, quiero aprender a cocinar. Cómo se le ocurre; la cocina es de las mujeres, váyase a jugar al patio. Quién pudiera poner a remojar la pira negra en la noche negra para que se ablande y se engorde creyendo que la van a sembrar, después ponerla a cocinar a fuego lento desde las cinco de la mañana, echarle un poquito de papelón, un rabo y una oreja de cochino para darle gusto, ir a ver de vez en cuando cómo está de agua, agregarle casi al final unas ramitas de yerbabuena, probar el caldo con una cuchara de palo, cogerle el gusto y la blandura a un grano, servirla al fin en una sopera y llevarla a la mesa con el cucharón adentro sobresaliendo por un hoyito del borde de la tapa, en el propio mediodía cuando la sombra se acurruca a los pies. O el arroz: una taza grande de arroz canilla, sofreír primero el arroz canilla con una migajita de aceite para dorarlo; dorado, dos tazas grandes de agua, fuego lento, esperar hasta que se le formen hoyitos y se seque sin dejarlo quemar para que no se pegue del fondo de la perola, cada grano separado del otro, servirlo con aceite de comer. Arroz y pira. Medio luto. Blanco y negro. Moros y cristianos. Mucho más complicado el sancocho; no se le pueden poner todos los ingredientes de una vez porque se cocinan con diferente rapidez y los puntos hay que sentirlos y las pizcas de condimento las indica la mano maestra. Topocho sancochao. Tostones, tajadas, plátano maduro horneado. Las carnes y el pescado, quién pudiera. Pero no hubo manera. El hombre es de la calle.

Con el maíz se puede estar cerca sin perder la hombría. Sembrarlo, cuidar la sementera y cosecharlo es cosa de hombres. Desgranarlo es cosa de muchachos. Pilarlo es permitido. Cocinarlo es cosa de mujeres. Pero molerlo en la máquina de gran manigueta es requerido de los varones; la masa va saliendo delgada y rizadita en los bordes, qué maravilla blanca. Lamentablemente, amasar la masa agregando agua ligeramente salada hasta plof, plof, es privilegio de las mujeres, lo mismo que aplastarla con palmadas y redondear los bordes hasta que quede como una luna lunita cascabelera. Si por lo menos pudiera uno ponerla en el budare, voltearla, rodarla sobre los bordes y después dorarla al lado de las brasas sobre la ceniza. No, quítese de ahí, que está estorbando. La gallinita rabona; quién me ayuda a sembrar, cuidar, arrancar, desgranar, pilar, cocinar, moler, amasar, asar, dorar; yo le hubiera dicho que sí a todo. Mamá, dice Darío que en otros países hay hombres cocineros. Será que no saben domar potros, ni arrear ganado, ni ordeñar, ni sembrar, ni pelear con machete, ni disparar revólver, ni beber aguardiente, ni cantar, ni tocar.

Un hombre en la cocina es como una mujer de la calle. A dónde vamos a llegar si los hombres hacen las cosas de las mujeres y las mujeres las cosas de los hombres. Un mundo invertido. Tener un hijo invertido es tan desgracia como ser hijo de una mujer de la calle.

Aprendí a ser hombre en algunas cosas; sigo aprendiendo en otras, y ahora resulta que me encuentro en una extraña cocina con un holandés culto y distinguido, con el mejor alumno del Liceo Lisandro Alvarado, los tres en delantal, prenda femenina, cometiendo trabajos mujeriles. Acepto por vía de excepción dadas las circunstancias, pero bajo protesta interna. Ponerse un poquito de aceite en las manos bien lavadas, mezclar

harina con leche mantequilla y huevo en la proporción indicada por ellos, amasar, formar delgadísimas obleas redondas de diámetro doble que el de las arepas mientras ellos se afanan calentando una especie de sartén plano incorporado a la cocina eléctrica, poniendo a hervir agua y disponiendo tazas y potes de mermelada, queso rallao, crema de leche en bandejas. Debo poner las delgadísimas obleas sobre el sartén plano y voltearlas con una espátula cuando empiecen a oler. Me parece que me han dado la tarea más difícil; pero no, según el holandés lo más delicado es hacer té; no hay que dejar hervir el agua a borbotones, hay que estar pendiente hasta que aparezcan cadenas de burbujas ascendiendo desde el fondo y verterla entonces lentamente en una gran tetera totalmente seca, previamente calentada, en cuyo fondo se ha depositado un huevo de plata con hoyitos repleto de té en hojitas sacado de un gran frasco de vidrio que, en general, debe estar herméticamente cerrado. Debe taparse bien para que infusione y observarse al cálculo para sacar el huevo halándolo con una cadenita también de plata que llega hasta el exterior, cuando el agua haya adquirido el color ámbar de China. Siguiendo instrucciones voy poniendo las flexibles obleas en un gran plato cubierto por un paño cuadrado que cierro por las cuatro puntas y recubro con otro paño cada vez que meto una nueva recién sacada del sartén plano. Lo más que me costó fue conformar esas flacas arepas exployadas, lograr la suficiente consistencia para pasarlas desde la tabla donde las hacía hasta el sartén plano.

Grandes risotadas explosivas, como si las hubieran estado conteniendo durante mucho tiempo y al fin pudieran liberarlas. El holandés parecía un niño que va por vez primera al circo y ve por vez primera los payasos. Seguiste las instrucciones a tu manera, creíste que era una variante de las arepas, decidiste por tu cuenta la proporción de los ingredientes, lograste la consistencia que tú quisiste; no se te ocurrió que era más bien una variante de las cachapas; había que hacer una especie de crema y verterla sobre la plancha, la forma circular sale sola y el grosor depende de lo espeso de la crema; acabas de inventar las arepas holandesas. El holandés se ahogaba de la risa. Lo siento mucho, no tengo experiencia en la cocina, arruiné todo, lo siento mucho. No se sabe, vamos a probarlas a ver qué tal quedaron esa crepes de la Ciudad de Nutrias.

Trasladamos todo en bandejas a la sala de música y de conversación. Yo insistí en quitarme el mujeril delantal que para más broma tenía faralaítos de tafetán. Cocina eléctrica, todo escrupulosamente limpio, las paredes impolutamente blancas lo mismo que el techo. En mi casa se cocina con leña y en la noche se dejan brasas bajo la ceniza para encender el fuego de madrugada al día siguiente poniendo papeles, chamicitas y soplando y abanicando con un abanico amarillo de hojas de palmera. Este último trabajo siempre me estuvo permitido y yo lo realizaba con sentido de importancia y con mucha seriedad. La ceniza volaba por todas partes y el humo daba al techo ese color de hollín sin el cual yo no podía concebir una cocina. Nos sentamos todos en cojines alrededor de la gran mesa baja cada uno con una enorme servilleta de batista bordada sobre las piernas. No hubo información sobre el incidente culinario. Los muchachos untaban las obleas con mantequilla, les ponían la mermelada escogida o crema de leche o queso rallao y trataban de enrollarlas. Eran flexibles, pero no para tanto. Se quebraban. Entonces las partían en pedazos y se los comían uno por uno con el aditamento, o las partían en dos por la mitad y hacían una especie de sánduche en forma de media luna. El holandés embadurnó una entera y se la fue comiendo poco a poco con sabios mordiscos. Todas las lunas, y eran muchas, se fueron para la casa de la luna junto con el aromático té color ámbar de China y olor discreto de jazmín. Un silencio impresionante reinó durante la sobria colación. Al terminar, todos comentaron lo exquisito de esas panquecas holandesas tan superiores a las que habían probado en otras ocasiones. Son una especialidad de la Ciudad de Nutrias preparada por el amigo de Darío. Todos me miraron con una mezcla de admiración y desprecio. Debió nacer mujer. Vente a vivir conmigo, yo te mantengo y tú me haces de comer. Un alienista culinario. ¿No sabes también lavar y planchar, tejer y bordar, poner la totona en su santo lugar? Podrás curar fácilmente a los que estén locos de hambre. El camino al corazón pasa por el estómago, ya tienes cómo conquistar un macho y amarrarlo. Yo permanecí imperturbable, reflexionando sobre el arte culinario. No cae en provocaciones, debería meterse a político. Alienista culinario político. No sé si es gato o conejo, curalocos o locario, sólo sé que al agarrarlo se me vuelve culinario. Nunca había sentido tanta y tan cálida camaradería. El disfraz de agresividad no lograba ocultarla, más bien la ponía de manifiesto, tuve que sonreír.

Yo quisiera saber en qué momento el gusto deja de corresponder a la satisfacción de una necesidad y se vuelve condicionamiento. El gusto mismo ya es algo natural condicionado; no hay nada en el hombre que sea puramente natural, todo está modulado por la cultura; no hay hombres salvajes. Si lo natural es común a todos los hombres porque pertenecemos a la misma especie biológica, podría concebirse un condicionamiento cultural bien pensado para lograr la armonía social. ¡Qué asco! Todo el mundo uniformado; prefiero la desarmonía. En la variedad está el gusto. Es deseable, sin embargo, un orden social que le guste a todo el mundo. La torre estaba inconclusa, eran muchos pisos, los últimos estaban a medio construir, los albañiles se

afanaban con sus instrumentos, los materiales eran alzados con ingeniosas máquinas. Los últimos pisos estaban muy cerca de las nubes. Cerca de mí, a la izquierda, el rey con los ojos desorbitados impartía órdenes a sus allegados mientras sostenía en la mano planos de arquitectura. El holandés habló; hasta entonces se había limitado a pequeños comentarios, a celebrar ocurrencias o a hacer clicks reprobatorios cuando alguien extremaba la obscenidad o la burla. No hay solución colectiva a los problemas humanos, la sociedad será siempre un infierno. Sólo hay soluciones individuales, que un hombre se encuentre a sí mismo y adopte una forma de vida satisfactoria para él, aunque esa forma consista en luchar por una solución colectiva y en todo caso hay que cocinar las primeras experiencias de la vida para hacerlas agradables al gusto y asimilables al alma. Alguien iba a intervenir, pero prevalecía una atmósfera de fin de reunión. Se paró Darío para despedirse y todos lo imitamos. Me despedí también del caballero con la mano en tijera sobre el pecho. El enigma de su mirada seguía siendo impenetrable para mí. Incomprensible el signo de su mano.

31

Un bombillo central sin pantalla. Hilos con banderolas de papel de papagayo entre el cable del bombillo y los rincones. Mesas cuadradas para cuatro cerca de las paredes. En el centro, el menguado espacio para las parejas de baile. La máquina de discos con boleros y mambos a la izquierda de la puerta de la calle. Un parabán ante la puerta obligaba a entrar de lado. Olor a sudor agua de colonia y pachulí. Un botellón de cerveza frente a mí y un vaso apenas probado, otro vacío y un tercero en la mano delgada y larga de esa mujer parlanchina, de cabellos lacios, nariz respingada, ojos pícaros, labios delgados aumentados por la pintura. Yo esperando al poeta y ella hablando; no me quedaba más que detallarla y detallar la habitación. El escote dejaba ver de lado un seno puntiagudo. Yo no tenía sueño, pero me sentía pesado como cuando uno tiene sueño. ¿Tú de verdad no te acuestas con mujeres? ¿Y qué haces cuando se te para la paloma? ¿Te haces la paja? A mí me botaron de la casa porque yo quise. Desde pequeña quería ser puta profesional. Yo misma me presenté a la madama y le ofrecí mis servicios. Ahora hago lo que me gusta. Otras muchachas están aquí por necesidad, yo por placer. Me gustan los hombres pero no para puro conversar como ahora, ni para que me mantengan, ni para que me den hijos, sino para estar con ellos en la cama. Me gustan todos todo el tiempo. Me gusta el sudor del hombre, la saliva con sabor a tabaco a aguardiente a sarro a chimó. Los complazco en todos sus caprichos y me dejo hacer de todo. Pero no soy sucia. Siempre me baño, me lavo y me limpio bien, menos cuando hay cola los quince y los últimos. Me hago revisar en la sanidad una vez por semana. Me gustan también los muchachos bañaditos, inocenticos, jovencitos como tú. Les enseño muchas cositas y no les cobraría si la madama no me obligara. Pero lo que más me gusta es cuando estoy muy cansada después de atender una larga cola de clientes y que la madama viene y me dice: Uno más, Elisita. me da una cosa muy grande como si me fuera a morir para ir al cielo y allá me pusieran a atender una cola interminable de santos y huestes angélicas. Una vez soñé que tenía en cola a los doce apóstoles y al maestro. Sentí un olorito mezclado de orina y creolina, miré el suelo de cemento y vi restos de aserrín. Odio tres cosas: estudiar, sé leer y escribir de casualidad, trabajar en cualquier cosa que no sea mi oficio y tener un solo hombre.

Al salir de la casa del holandés nos despedimos y nos dispersamos. Pero noté que el poeta, ese que digo que tenía fama de poeta en el liceo, venía detrás de mí; seguramente vivía igual que yo por los lados del Parque Ayacucho, Eustoquio Gómez lo hizo; lo esperé. Una gran panqueca de la Ciudad de Nutrias, enterita, con puro mantequilla, esperaba indefensa en el plato del cielo al holandés errante de sabios mordiscos. No tengo sueño. Yo tampoco. Te invito a tomar una cerveza; con eso nos conocemos más; lo único abierto a estas horas son los mabiles de Caja de Agua; hay que pagarle falso aguardiente a las ficheras, pero yo cargo plata. Vamos, he estado por ahí una sola vez acompañando al morocho Rojas. Yo no es que voy mucho, pero voy regularmente. Regula, regla, Luisa Rojas de Mensual, no bañarse, no comer limón, lavar bien el trapo, dolores en los ovarios, mal humor, se nota en el aliento, en la susceptibilidad y en cierta jipatez. Ves tú, casi todos mis amigos tienen problemas con el papá, que si es dominante y no les da permiso para nada, que si se truncan cuando están con él, que si no les da plata. Edipo adolescente, pero muy forzado eso de la madre, únicamente si uno no supiera y ella fuera muy joven, como la Pietà, y aun así, debe haber una voz de la sangre. Yo en cambio hablo con mi papá en toda confianza y le cuento todas mis cosas; él también me cuenta a mí todo, y los problemas de cuando él era joven. Todos los viejos han sido jóvenes, todos los jóvenes han sido niños, todos los niños en un tiempo no eran, y Darío lloró una vez en la escuela porque todos los que estamos aquí nos vamos a morir algún día. El fue quien me trajo aquí por primera vez, yo tenía quince años, me puso en manos de una puta limpia para que me enseñara. Deber cristiano: enseñar al que no sabe. Hijo: las mujeres se dividen

en dos grupos, las decentes y las putas; el hombre soltero necesita desahogarse con las putas para no faltarle el respeto a las decentes; el hombre casado también debe aliviar sus malos instintos con las putas para no corromper a la esposa enseñándole cochinadas. Si no hay putas no hay mujeres decentes. Debes recurrir a las putas periódicamente igual que vas donde el barbero. Pero cuídate de la lujuria, si uno se pone a hacer de todo con una mujer en una cama termina por ser capaz de hacer cualquier cosa y se vuelve marico. Yo le hago caso a mi papá porque veo que tiene razón: cuando uno pasa mucho tiempo sin afeitarse se le forma un queso y de verdad puede faltarle el respeto a las muchachas de familia. Entremos aquí. Había varios camiones ante la casa. Uds. como que son menores de edad. Los menores de edad deben venir acompañados de sus representantes, si no, yo soy la que pago el pato con los fiscales. No, madama, si viene un fiscal me lo manda a mí que yo con dos rabazos lo despacho y ese joven ha estado aquí antes. Bueno, siéntense, qué van a tomar, voy a ver si hay muchachas desocupadas. Cerveza.

Antes de llegar a Caja de Agua pasamos por un sitio oscuro y barrialoso, mientras hacíamos maromas para no embarrialarnos los zapatos, una súbita alegría me invadió. Yo tenía chupulunes nuevos, zapatos de charol nuevos, estaba bien bañadito y peinadito, llevaba un regalito en la mano con la tentación de cogérmelo para mí, íbamos para un bautizo, llegamos a una parte barrialosa de la calle, yo daba salticos de seco en seco pero lo cogí a juego y me resbalé, ya iba a caer en un pozo cuando mi mamá me agarró por un brazo y me sostuvo en el aire, yo no solté el regalito y no pasó nada, por poco. Mi papá es distinto; fue muy estricto conmigo hasta que me alargué los pantalones. Hijo: no te voy a llevar de la mano; tienes que hacerte hombre por ti mismo; nadie escarmienta en cabeza ajena; podría darte muchos consejos, útiles tal vez, pero lo que tú aprendas por tus propios medios vale más. Una cosa si te voy a decir: la experiencia es maestra de los tontos, los vivos aprenden más por observación y reflexión. No te voy a llevar de la mano, pero siempre encontrarás mi mano cuando la busques. El morocho Rojas me dijo que él hacía todo a escondidas de la familia y diciendo mentiras hasta que se cansaron de preguntarle.

Comida de puta: huevos fritos, queso frito, tajadas, leche, pan con mantequilla. Yo con sebo y naturaleza me conformo y ese olor a muchacho chiquito que tienen los hombres en los pantaloncillos. Ley del talión: la última gota cae en el pantalión. Despertar feliz: cuando veo unos pantaloncillos colgados en la cabecera de la cama; puedo contar con el polvo del estribo, éste me gusta más que el del gallo porque estoy más despierta y porque puedo ver. Si un hombre me gusta mucho me pongo para que me dé donde es; si no, lo despacho con dos rabazos; si es duro, lo despacho con el cero y con el ocho. El beso negro es para los consentidos. Tú eres muy callado y muy serio. Taparuco juco, juco, bobancón con con; barajo el tiro, topo y tranco, eso es con Darío; pero cuando hablas se abre el cielo y cuando sonríes amanece. Eso sí es conmigo. El diablo peleando con la diabla, pero cuando tú lloras, princesa, lluvia con sol. Me puso la mano en la bragueta; me paré prestamente, voy al baño. Yo estaba esperando que abrieran la sanidad para hacerme la radiografía del tórax, certificado de salud, ya había cogido número en la madrugada, un hombre que también estaba esperando se reía conmigo como si me conociera, comentó conmigo la tardanza y me brindó una chicha, cuando comenzó la cola él quedó después de mí, nos sentaron en una fila de sillas metálicas plegables, cada vez que entraba uno al cuartico de rayos equis toda la cola se desplazaba un puesto en la fila de sillas, el hombre me hablaba pasito en el oído, yo quiero ser amigo tuyo, te voy a dar zapatos y pantalones colombianos, medias y camisas muy bonitas, te digo cómo hacer para que en tu casa no sospechen nada, te doy cigarrillos cámel, te doy plata, te llevo a Chichirivichi, la boca le olía a chicles Adam's, yo callado, en el próximo cambio de sillas me agarró el brazo como para ayudarme, en la casa tengo una bañera una cama cuadrada un radio de onda corta una máquina de hacer helados, me tocó el turno, respire profundo, pegue los hombros de la pantalla, ya está, déme la hoja para ponerle la marca, salí apuradito sin mirar la cola, pero el hombre en vez de pasar al cuartico de rayos equis se me vino atrás, toma esta cajita de chicles Adam's, vamos a pasiar, no puedo, me están esperando, tengo que irme ya, me arrinconó en el zaguán detrás de la hoja cerrada, abrían una sola, te espero esta tarde a las seis en Las Tres Torres, me puso la mano en la bragueta, me fui, nunca más lo volví a ver, aunque a las seis de la tarde fui a Las Tres Torres con Andrés. Ahora están demoliendo Las Tres Torres para hacer un comedor escolar. Una vez Endimión, el seducido, príncipe de Elis, estaba dormido en una cueva del monte Latmus en Caria. Noche serena. Selene lo vio y se enamoró de él, se acostó a su lado y le besó tiernamente los párpados, muy tiernamente. Endimión era hombre de ardores sexuales violentos y fecundos, tuvo cincuenta hijos. En otra ocasión se quedó dormido en la misma cueva y hasta hoy en día después de tantos siglos no ha vuelto a despertar. Selene lo prefiere así para besarlo tiernamente, muy tiernamente, en los párpados sin que su belleza tranquila se arremoline en pasión. El se mantiene joven y bello. El tiempo no lo afecta. ¿Por qué me dicen poeta? Nunca he escrito versos y el único libro que me ha interesado realmente es el diccionario, uno en

particular, el Larousse. Cuando pequeño, mi juego favorito era ver las imágenes que aparecen al comienzo de cada letra, todas de nombre con esa inicial, adivinaba los nombres hasta donde podía, luego buscaba pacientemente hasta encontrarlos todos, y los encontraba porque cada imagen se repetía al margen del texto en las cercanías del nombre. Jugaba ese juego con otros niños a ver quién se rendía primero. Llegué a conocerlos todos, me volví invencible. Después, en vez de leer libros de cuentos, leía el diccionario. Me fascinaba esa sucesión de palabras en orden estrictamente alfabético, me fascinaban los enormes saltos en el significado, después de una familia de palabras venía otra completamente distinta. Leí todo el diccionario muchas veces, incluyendo la parte histórica y geográfica al final y una parte intermedia de expresiones extranjeras. Soy hombre de un solo libro. Los hombres de un solo libro, dice el profesor de Castellano y Literatura, son peligrosos. Pero ahora soy hombre de dos libros: cuando conocí al holandés hace dos años, me lo presentó Darío, me regaló un diccionario de mitología con ilustraciones que comparte mi afición con el Larousse. Se me pegan los nombres, las definiciones, los relatos y los digo cuando hay ocasión, por eso me llaman poeta. En esa tertulia yo soy el experto en palabras y en mitos. Mi papá los lee conmigo en la casa a menudo y jugamos; pero yo le gano siempre. *castidad* (Del latín castitas -atis) f. Virtud que se opone a los afectos carnales. *conyugal*. La que se guardan mutuamente los casados. *casto, ta* (Del lat. castus) adj. Puro, honesto, opuesto a la sensualidad. 2. fig. Se dice también de las cosas que conservan en sí aquella pureza y hermosura con que se criaron y para que fueron destinadas, y alejan toda idea de sensualidad en quien las contempla. No es ni casta ni Riera dijo don Chío, pero le dejó la jota. Cuando tengo tiempo libre, abro el diccionario de mitología o el Larousse donde caiga y leo lo primero que veo. Viajes de la mente maravillosos por inesperados. Y una sutil relación con mis asuntos. Mi baraja adivinatoria, Mi horóscopo del día. Mántica. Mantinea. Diotima. Un solo verano concededme, oh poderosas y un otoño. Salgo bien en los exámenes porque respondo todo por el diccionario, menos los problemas de matemáticas, pero yo los resuelvo por lógica. Casi nadie sabe esto y me llaman *poeta*. (Del lat. poeta) m. El que compone obras poéticas y está dotado de las facultades necesarias para componerlas. Tautología.

En cambio no puedo buscar palabras en el diccionario. Si por lo menos voy a buscar la palabra *hipómanes* y abro el diccionario en *heril*. (Del lat. herilis, de herus amo.) adj. Relativo o perteneciente al amo, tengo que ver *herimiento, herir, herma, hermafrodita*, sigo así y se me olvida la palabra que estaba buscando; cuando la recuerdo y recomienzo me vuelve a pasar lo mismo a menos que caiga en la página justa; esto último me pasa cada vez con mayor frecuencia. Por debajo de la mesa. Siento un bulto y no voy pa la escuela. Siento una mano y no es de cambur. Luna en el cielo. Diana en la tierra. Hecate en el infierno. La misma con tres caras. *virgen*. (Del lat. virgo, -inis.) com. Persona que no ha tenido comercio carnal. *virginidad*. (Del lat. virginitas, -atis) f. Entereza corporal de la persona que no ha tenido comercio carnal. *virgo*. (Del lat. virgo, virgen) m. virginidad. 2. himen. 3. n.p.m. Astron. Sexto signo o parte del Zodíaco, de treinta grados de amplitud, que el sol recorre aparentemente en el último tercio del verano. 4. astron. Constelación zodiacal que en otro tiempo debió coincidir con el signo de este nombre; pero que actualmente, por resultado del movimiento retrógrado de los puntos equinocciales, se halla delante del mismo signo y un poco hacia el oriente. Refugium peccatorum, porta caeli, cataplexia. El holandés me explicó que existe una profesión adecuada para mí: la lexicografía. Yo quiero ser lexicógrafo. Quiero ir a Europa para estudiarla, graduarme y trabajar en la elaboración de diccionarios.

32

Por el lado de la calle había un parabán que obligaba a entrar y salir de lado. Era para que no se viera desde afuera. Por el lado opuesto había una puerta con cortina de carretos; virgo complaciente; la aparté con las dos manos y la penetré inclinando un poco la cabeza; se cerró detrás de mí con un ruido discreto de maderas agitadas por el viento o el agua. Me encontré en un pasillo largo, más largo que la sala de bebida y de baile, con puertas a ambos lados, seis en total contando aquella por donde había pasado, tres pues de cada lado. A mano derecha, en el fondo del pasillo, había un altar de la virgen con muchas velas. A mano izquierda, en el fondo del pasillo, otra cortina de carretos. ¿Cuál puerta sería la del baño? Mingitorio, urinario, miadero, retrete, común, escusado, aguas menores, aguas mayores. Las palabras tienen clases sociales: mingitorio y miadero son de clases muy apartadas la una de la otra; urinario es de clase media. No te reúnas con palabras de baja condición social. La voz del común. Revolución de las palabras. Dictadura del proletariado. Gobiérne el miadero. La de enfrente no era: se oían voces quedas, una dando instrucciones perentorias y urgentes, indiscernibles desde afuera. Varios efectos del amor. Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo, leal, traidor, cobarde, animoso. Me acerqué a las dos que

flanqueaban a la virgen; no hallar fuera del bien centro y reposo, mostrarse alegre, triste humilde, altivo, enojado, valiente, fugitivo, satisfecho, ofendido, receloso. Quedaban dos por examinar, las del lado izquierdo; antes de dar la vuelta me quedé un ratito mirando a la virgen; tenía los ojos perdidos en una lejanía inconcebible para hombres mortales, el niño sonreía levemente cambiando levemente según el leve movimiento de las llamas de las velas; un niño es una hormiga, un niño es un cuaderno de gaviotas, un niño es una casa de guitarras infranqueable a la muerte; a los pies de la virgen había una luna creciente. Luna, lunita, cascabelera. Isis. La vaca del cielo. Me acerqué sin ruido a las dos puertas restantes. Huir el rostro al claro desengaño, beber veneno por licor suave, olvidar el provecho, amar el daño. Quedaba solamente la segunda cortina de carretos. La abrí con las dos manos y la penetré inclinando un poco la cabeza. El morocho Rojas dice que toda puta tiene debajo de su camastro una vasinilla y una ponchera de agua azul. La cortina se cerró detrás de mí con un ruido discreto de maderas agitadas por el viento o el agua. Me encontré ante un gran patio iluminado por la luna; algún tunal mandado a despejar por la madama; en el fondo del patio, unos matorrales. Vaya al fondo del patio, a los matorrales, cuente hasta cien y regrese. ¿Podré? Creer que un cielo en un infierno cabe, dar la vida y el alma a un desengaño: esto es amor. Quién lo probó lo sabe. El padre Borges entraba a los bares tarde la noche con su amante. Un brandi para mí y una cerveza para esta meretriz que me acompaña. Cerveza perrito con dos ñemas. Acúsome, padre, de un mal pensamiento que en las Ursulinas me inspiró Satán. Este hermoso prendedor de tan enroscadas crines sólo para echar orines no me lo brindó el Señor, pues tiene un fin principal, que cuando el palo se altera y no se mete en seguida, las bolas están perdidas con una gran cojonera. No orines nunca bajo la luz de la luna porque te da gonorrea. Le voy a dar la mano a mi mejor amigo. Psss, psss, psss, me decía mi mamá. Cuando un muchacho se sigue orinando en la cama después de los cinco años, hay que hacerlo orinar en un tizón encendido y se cura. En el momento de comenzar a orinar es menester concentrarse, me concentré, salió la orina quemando el meato urinario, alivio, meato es palabra culta ¿vendrá de mear? El chorro seguía saliendo, cada vez con menos fuerza. Me pareció que había terminado, pero no, había más. La cerveza es diurética. Con mi propia sombra ocultaba la micción a la reina de la noche. Osiris fue despedazado por su enemigo Tifón, cada pedazo fue enterrado en diferentes lugares a lo largo del Nilo. Isis, su hermana y esposa, peregrinó para desenterrarlos, pero no pudo encontrar el miembro viril que había sido lanzado al río: un pez se lo había comido; lo sigue buscando sin embargo. No le muestres el tuyo, podría equivocarse. Los peces, los pieces; David buscó una doncella sunamita para que le calentara los peces.

Un estremecimiento de la nuca y los hombros me indica que he terminado. Ahora hace falta sacudirlo y exprimirlo para no ensuciar los pantaloncillos. Más de tres sacudidas es paja. Ley del Talió: la última gota cae en el pantalión. Lo guardo cuidadosamente, debe quedar del lado izquierdo; se conoce al marico porque lo pone del lado derecho; del lado derecho debe ponerse solamente para bailar bolero. Abotono los botones de hueso de la bragueta y siento que cae la última gota en el pantaloncillo de liencillo. Una niña de quince años a su madre le pregunta que si el güebo de los hombres tiene güesito en la punta, y su madre muerta e risa, que el que a ella le metieron era de carne maciza. La puntita nada más, Don Juan, que soy doncella. Nada, nada, toda ella y las bolas además. Es asombroso de todo asombro que el órgano del coito y la generación sirva de cloaca a las inmundicias de la sangre y esté tan cerca del que expulsa los restos inmundos de la digestión. Es asombroso de todo asombro que nazcamos tan cerca de las inmundicias. El hijo de la mujer nace siempre en un pesebre. Con razón quería Felipito poner bosta, cagajones y orines en el pesebre. Más asombroso todavía, si cabe, es que esos lugares del cuerpo, Nederland, sean sede central del placer estéril y den pie al negocio inextinguible de los mabiles y a una profesión eterna. Hasta las palabras que le son propias proporcionan un cierto placer y pueden cargarse de lujuria hasta comercializarse. Si el hombre pudiera alejarse de todo eso, tal vez encontraría su verdadera identidad; ¿podrá encontrarla a través de eso? En todo caso, no en eso. Placer: salario del individuo por reproducir la especie. Pero el individuo ha descubierto la manera de cobrar el salario sin cumplir la tarea. La Santísima Virgen concibió sin pecar; pero las mujeres corrientes se las arreglan para pecar sin concebir, aunque en cualquier descuido salen preñadas. Queda el aborto voluntario. Agujas de tejer. Aguja de arria no, porque produce diarrea vaginal diaria hasta tejer la muerte. Cobrar salario sin cumplir la tarea. Astucia del individuo contra la astucia de la especie. Sin embargo, después del coito todos los animales están tristes, excepto el gallo, que canta. Animales recién apeados del coito: peones engañados. Pero el hombre no es sólo un animal. ¿Tendrá el coito otra finalidad secreta, además de la reproducción?

Avancé lentamente con los ojos elevados al cielo hacia la cortina de carretos para penetrarla en forma inversa. Tan pacífica la luna, se comprende que se conformara con besar levemente los párpados de Endimión. Puyoncito el Endimión ése. Empreñó a cincuenta sacerdotisas de Selene después que ella lo besó en los párpados por primer vez; pero la segunda vez se quedó quieto, inmóvil, siempre joven, dormido, bello para la

eternidad y la divina amante le roza como seda los párpados serenos y lude apenas, casi sin tocarlo, el cuerpo lozano donde se mece en sueños el huracán de la pasión. Aro Ulises. Presente, maestro. Aro Ulises. No ha llegado, maestro. Mientras tenía los ojos elevados al cielo pisé una cosa blanda, como una pequeña pirámide de barro o un pez podrido o una cabecita de arcilla fresca que hubieran puesto a secar. La luz de la luna volvía imprecisas y fantasmales todas las cosas; pero el sentido del olfato auxilió al de la vista. Alguien no había querido ir hasta los matorrales en el fondo del patio o tenía mucha prisa. Felipito ¿cómo se llama el excremento de caballo? Cagajón. ¿Y el de chivo? Cagarrutas. ¿Y el de vaca? Bosta. ¿Y el de gallina? Chicuca. ¿Y el de oveja? Sirle. ¿Y el de gente? Mierda; según la forma y la consistencia: plasta, boñiga, ñoña, mojón, ruya. ¿Desde qué siglo hasta qué siglo duró la dinastía Tang en China? No sé. ¿Con cuántas divisiones invadió Napoleón a Rusia? No sé. ¿Quién inventó el telescopio? No sé. ¿Qué es un pepónide? No sé. ¿Cuántos electrones tiene el átomo de uranio? No sé. ¿Cuántos lóbulos tiene el hígado humano y cuántas funciones? No sé. Bueno, me voy, tus temas de conversación son muy restringidos. Era jodedorcito el Darío ése, desde chiquito, a pesar de lo bobo. *mojón*. (Del lat. mutulo, -onis) 5. Porción compacta de excremento humano que se expele de una vez. No podía entrar con mi zapato de balatá así embarrado, adornado y perfumado. le quité lo más grueso con un palito que encontré por ahí, me registré los bolsillos, saqué un folleto contentivo del Manifiesto Comunista que me habían dado de propaganda, un fantasma recorre a Europa, hoja por hoja le fui dando empleo útil teniendo cuidado de no ensuciarme las manos porque ¿con qué me las iba a lavar después? no con cerveza, no con el agua azul de las putas, no en esa pipa de agua que vi en el patio, nadie puede decir de esta agua no beberé. Se me acabó el Manifiesto Comunista sin haber terminado la limpieza, quedó sucio el rinconcito en que el cuero se pega a la suela. Restregué el zapato contra la tierra para que el polvo se pegara de las partes sucia y las cubriera. Ojalá cubriera el olor también. Mañana lo lavo bien en casa. Al erguirme tuve la sensación de que alguien me había estado observando, pero no vi a nadie. Voltié a ver la luna y le noté algo nunca antes observado por mí: una antigua tristeza.

Abrí la cortina con las dos manos y la penetré inclinando la cabeza. Se cerró detrás de mí con un ruido discreto de maderas entrechocando por la acción del agua o del viento. A mi izquierda oí un grito agudo de mujer: ¡Por ahí no, coño! En tiempo de bárbaras naciones el adivinar era cosa pública y oficial a cargo de arúspices, pero los particulares podían también adivinar y uno de los métodos consistía en interpretar las palabras oídas al azar. ¡Por ahí no, coño! ¿Qué me quería decir el azar con esas palabras no dirigidas a mí, sino oídas por mí al azar? No pude interpretar. Debe mediar alguna práctica. Del cuello de los ladrones cuelgan cruces. En el fondo del pasillo la Santísima Virgen continuaba contemplando una lejanía inaccesible a los ojos mortales y el niño seguía sonriendo levemente con leves cambios en la sonrisa según los leves movimientos de las leves llamas de las velas. Leve ave evanescente. Tenía a mi derecha la cortina de carretos que da a la sala de bebida y baile, y miraba a la Virgen, cuando a mi izquierda se abrió la puerta opuesta y salió la madama.

Ven por aquí para que conozcas. Varias obras había montado ese año una compañía chilena de teatro en el Juarez, La Vida es Sueño, Casa de Muñecas, Los árboles mueren de pie, La Casa de Bernarda Alba y otras que no recuerdo. Las vi todas. El cuarto era del mismo tamaño que la sala de bebida y de baile; estaba dividido en dos por una cortina que en ese momento estaba descorrida; si estuviera corrida ocultaría una cama matrimonial en desorden; miré rápido debajo de la cama y había, en efecto, una vasinilla y una palanganita de agua azul. En la parte más amplia del cuarto había una mesa como las de la sala, con cuatro sillas de vaqueta; un aguamanil con jarra, ponchera y paño; un tinajero con piedra y tinaja enjauladas y el cucharón dentado colgando de un clavito; una cocinilla de kerosén con dos hornillas; una alacena con una parte cerrada con llave, se veía la llave, y otra, la superior, con platos y cubiertos; una puertita hacia el patio. Este es mi cuarto mío personal, aquí vivo yo, dejo entrar solamente a clientes muy especiales, aunque a veces se lo presto a las muchachas cuando hay mucha gente y algún hombre distinguido. Me sobresalté al ver en la parte alta de la pared, encima de la cama, un retrato de la misma virgen que estaba en el pasillo, sobre una repisa en la cual ardía una lámpara votiva y había flores frescas. La madama tenía una espesa bata que se entreabría y dejaba entrever unos grandes senos henchidos como garrapatas llenas, y gruesas piernas lisas y lampiñas. Me fijé que no te gustó Elisita. No te preocupes. Hay otras. Pero yo creo que para comenzar te conviene una mujer madura como yo. Tenía en los dientes perfectos orificaciones y pedacitos de queso. Las manos majestuosas terminaban en dedos regordetes y uñas pintadas, como si las hubiera metido en un hígado fresco. Su mirada era protectora y benévola. Sentí que me adoptaba. Conmigo será gratis y puedes venir cuando quieras. Algo invisible salía de ella y me envolvía con olor a pachulí; me dio sueño. Ella acercó su silla a la mía. La lamparita chisporroteó. Me levanté bruscamente. Gracias, Señora. Tengo que irme. Otro día vengo con más tiempo. Abrí la puerta yo mismo, atravesé el pasillo, penetré con la cabeza inclinada la cortina de carrito sin separarla con las manos y los carretos resonaron como

maderas entrechocando discretamente por la fuerza del viento o del agua. Ya el poeta estaba en la mesa y me esperaba.

Prefiero el diccionario de la Real Academia; no me interesan las ilustraciones, yo mismo hago las imágenes en mi mente; pero debo admitir que tiene un defecto: le faltan muchas palabras de uso corriente entre nosotros y que no son extranjeras, mabil por ejemplo. Si pública es la mujer que por puta es conocida, todo aquél que se reputa de república ser hijo, debe ser, a punto fijo, un hijo de la gran puta. Por causa de una ramera se convierte el hombre en un bocado de pan. Totona, cocora, cuca, coño, queso, mico, pan. Pan pal huevo que está puro. Palo, paloma, pinga, pija, machete, polla, güebo. Huevo pal pan que está puro. Ninfomanía: furor uterino: deseo violento e insaciable en la mujer de entregarse a la cópula. Veo que te afeitaste tú también después de todo; no lo contradije para no hacer confidencias; hay que acostumbrarse al sucio; es como en las barberías, el barbero le pone a todos el mismo paño, apenas lo sacude entre cliente y cliente; aquí dejan la misma sábana toda la noche, apenas la medio alisan. En ambos casos hay siempre partes húmedas. De la barbería y del mabil llego a la casa a bañarme; por cierto, usan el mismo pachulí, pero en las barberías tienen además bay run. Ojalá no te haya tocado Elisita, la que se quedó en la mesa contigo. Esa es una ninfómana mental, tiene la cuca más fría que el resto del cuerpo y no se moja sola, para el primer cliente tiene que ponerse vaselina y se va dejando la naturaleza para los siguientes, de modo que lo que uno come con ella es puro aguacate. Agua pasó por tu casa, cate de mi corazón. Pero quien la oye hablar cree que ella tiene un horno prendido entre las piernas. Además tiene la mala costumbre de conversar durante el trabajo, como los barberos. Una vez se puso a hablar de las estrellas en el cielo, toditas tienen tu nombre, tuve que decirle: Cállate puta astronómica y concrétrate al acto. Al barbero siempre le ruego que me afeite en silencio. Mi papá dice, y con razón, que en la vida siempre hay dos lados y nunca se da el uno sin el otro. Para que haya mujeres limpias tiene que haber mujeres sucias, para que el pelo esté bien cortado tiene que haber barberos. Sin noche no hay día. Sin lo bajo no hay lo alto.

Tengo un reproche rencoroso contra el lenguaje en general. Un reproche amargo: que no sea posible el nombre exclusivo. Yo quisiera, amada, darte un nombre que nadie más que tú pudiera llevar; pero por más extraño que fuera, tan extraño y tan singular como tú, tan adecuado a ti, a ti sola, nada impediría a los maracuchos ponérselo al siguiente hijo, hembra o varón. te inventaré un nombre secreto que nadie pueda oír, un nombre que corresponda exactamente al que tú pronuncias con tu ser y con tus actos; no un rótulo una etiqueta una marca un signo una articulación de la voz, sino un nombre que sólo yo pueda pronunciar con mi sangre y mi vida para morir y renacer en la plenitud de tu presencia.

33

Lucerito de alto cielo, yo conozco tu querella, esa luna que tú sigues, sin descanso y sin consuelo, es como la dama mía, tan luminosa y tan bella; como tú yo la persigo, desvelado y a porfía, pero los amos del tiempo no sufren lo que uno siente. Una guará, primera vez que veo eso: un piano en un camión para dar serenata. Pues está de moda y tiene sus ventajas: llama más la atención de la muchacha, los músicos quedan en una plataforma alta como si fuera un escenario y alguien puede quedarse al volante para coger las de Villadiego si la serenata no es bien recibida. Además, si al cantante le hace daño el sereno puede cantar desde la cabina asomándose por la ventanilla. Y se puede entonar el motor para que dé el ritmo en caso de apuro. Vamos a acercarnos a ver quiénes son. Mi alma llora por las calles, mi alma llora por las puertas, mi alma llora por las leyes, que me separan de ti. Lloro por esa palabra de dos letras nada más, que si tú me las dijeras, rompo aldabas tumbo cercas y convierto a los guardianes en estrado de tus pies. Llanero del llano adentro, perdido en Barquisimeto, eso no es pa serenata, aunque le pongas lamento; bota de una vez la fusta y abróchate la bragueta. La serenata se mete en el pecho que le gusta, no en los bajos del corpiño; busca tu cuerda, este niño. No estamos en Caja de Agua, sino en casa de familia; donde para el incivil, plomo tienen las enaguas. Somos hombres de respeto y cuidamos las mujeres, conocemos el afecto y sabemos protegerlo. Si quieres romper aldabas, revienta las de tu casa. Tenía que ser el morocho Rojas. Huelen a pachulí y a ñoña, vienen de la barbería. Echense un lavagallo para que se avisen. Encima del camión los instrumentistas y cantantes, con el acompañamiento inusual del piano, derramaban por todo el vecindario una ambrosía sonora. Se prendían las luces y la gente se asomaba a las ventanas.

Cuando los músicos ya han afinado y acordado sus instrumentos, a un signo dado, se pasa de nada a todo, de vacío a universo, sin transición. Hay silencio vano. De repente aparece, súbito, el intrincado y restallante baobab donde los múltiples y variados elementos vivos se alían y se funden se separan se entrelazan se

extienden se atorbellinan se serenan según leyes en acto, para construir esa unidad en la diversidad, esa diversidad unitaria que sustituye al mundo real por un mundo más real, tal vez el mundo originario degradado en el nuestro cotidiano, y el alma baila, canta, sufre, llena de gozo y de nostalgia. El cuatro es la clave. Sus cuatro cuerdas, las cuatro raíces de ese mundo. Las cuatro raíces de la razón suficiente. Oyendo música sostenida sobre los golpes armónicos del cuatro, tiene sentido para mí la creación a partir de la nada. La nada, el caos vacío donde duermen los mundos; una palabra, un golpe de voz, los lanza a la existencia y cuando ella deja de resonar ellos se vuelven a esconder en la neutralidad del vacío. La música cesó y me encontré allí como acabado de caer, como Adán cuando se cerró detrás de él la puerta del jardín del Edén. Pánico fugaz de los músicos: se abrió de repente la puerta de la casa serenateada y salió un hombre de edad, atlético, imponente, como investido de poderes sobrenaturales, en pantuflas, con una bata sobre la pijama. Pasen adelante, jóvenes, para que se tomen un trago, no se vayan a resfriar con el sereno de la luna. Yo también, en mis tiempos, daba serenatas, Mariluz va a bajar a saludarlos y darles las gracias; se está vistiendo.

Pasaron las mandolinas, especialmente interesadas, el morocho Rojas y nosotros dos, el poeta y yo, coliadados con el morocho. Los demás se quedaron en el camión. Presentaciones. La señora de la casa también con bata de casa sobre la dormilona, trajo vasos y una botella de ese brandi que tiene unas ramas y un brazo desnudo que sale de las ramas con un hacha en la mano. El señor de la casa volvió a salir para volver a invitar a los demás, pero los demás volvieron a decir que gracias preferimos esperar aquí afuera. No querían invadir en masa. Muy bonita y acogedora la sala con sus mullidos sillones forrados en tela. Mesa de centro y consolas con primorosas figurillas de porcelana. Lámpara de lágrimas, cristal de roca. No hay nada como despertar con música, recuerdo cuando Roberto me traía serenatas, se me derretía el corazón, y ahora Uds. le traen a mi hija, qué romántico y que triste a la vez; ver cómo pasa el tiempo. Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando. El tiempo se va, señora; no, el tiempo no se va, sino nosotros. Pues ella tuvo cuidado de pintarse y adornarse la cara para reparar el irreparable ultraje de los años. Las generaciones de los hombres son como las hojas de los árboles. El distinguido hombre de edad, Roberto, se mantenía sereno y afable. Lo que sí se puede hacer es envejecer con elegancia, no dar la cómica imitando a los jóvenes. Digámonos adiós en paz, como amigos, oh juventud mía, liviana; gracias por el jolgorio, la embriaguez, los convites, las tiernas confidencias, los dolores secretos; separémonos en paz, como los amantes sensatos que fracasan. Juventud, divino tesoro, te vas para no volver. Un tesoro que es necesario perder para apreciar. El buho de Minerva alza su vuelo al anochecer. El amor es la flor, la vida del hogar es el fruto, quise mucho a Roberto como novio, pero lo he querido más como marido.

En eso bajó Mariluz. Suspiro involuntario de los jóvenes, se rajaron, se derritieron como mantequilla, se les cayó la empalizada al suelo, se quedaron con la boca abierta, se les salió la babita; virgo veneranda, virgo potens. Yo soy toda del que sea todo mío y de nadie más. No me reparto. No soy pila de agua bendita. No busco macho. Soy flor de la mañana, mi fruto es el hogar monógamo con hijos bien criados. Espero al que será mi esposo. Destello para orientarlo y atraerlo; tengo veneno para los pretendientes indignos; soy de familia, mis pantaletas huelen a pólvora. La música me pareció excelente, muchas gracias, una maravilla, no sé si aceptan peticiones. ¿Qué se hicieron las damas, sus tocados, sus vestidos, sus olores? ¿Qué se hicieron las llamas de los fuegos encendidos de amadores? ¿Qué se hizo aquel trobar, las músicas acordadas que tañían? ¿Qué se hizo aquel danzar, aquellas ropas chapadas que traían? Manrique era ciego. No vio que todo eso sigue finito, sin interrupción. la pregunta es ¿qué se hizo Manrique? La juventud se va, señora; no, la juventud no se va, sino nosotros. El primero en reaccionar fue el morocho Rojas, ese muchacho sí que es desenvuelto, tanto como las muchachas, y tiene labia. Señorita, cualquier petición suya es para nosotros una orden regia que obedeceremos con placer; somos sus vasallos. Nunca diría yo una ridiculez como esa, pero reconozco que tiene su efecto. Tal como eres tú me haces efecto y te amo. Sólo dos cosas en la farmacia hacen efecto: el aceite de ricino y el opio. Poeta, ¿qué significa hipómanes? Gracias, qué galante; pues si me acompañan con las mandolinas quiero cantar algo del maestro Carrillo y devolverles, aunque sea en forma muy modesta, su amabilidad.

Puedo ver la belleza de la juventud, puedo sentir el encanto de los enamoramientos y los afanes de los enamorados, puedo comprender el sentido del matrimonio y la familia; arde en mí el fuego de la vida; pero no es de ese género mi amor por ti. Te amé siendo niño, te amo ahora que soy joven, te amaré cuando sea viejo; pero no siento que deba requebrarte ni conquistarte ni jugar contigo los juegos del azar y de los celos. Lo nuestro no es una aventura contingente que pueda salir bien o mal según las circunstancias, ni una empresa que dependa de nuestra habilidad, de nuestro encanto o de nuestra suerte; es un estado sublime independiente del espacio y del tiempo, un hecho esencial; no nos toca solamente desplegarlo en la vida, sino sobre todo y previamente reconocerlo en sí mismo, retornando verticalmente a nuestro origen en el alba del mundo y más

allá, donde no hay dimensiones, más allá del nacimiento y de la muerte, más allá de la vida. O quizás deba decir más acá, porque siento que nuestro origen, nuestra esencia y nuestra unión se encuentran en una intimidad recóndita de nosotros dos, en un presente inmóvil tan secreto que todo lo demás es exterioridad y desatino. Van a desafinar si no se calman, muchachos, serénense. Las dos mandolinas, de bigóticos bien queroseniados y valentiniados, de copete impecable y nudo Windsor en la corbata, príncipe de Gales y zapatos de charol, naufragaban en la emoción de la cercanía: hasta entonces la habían visto de lejos y no le habían oído la voz. Un esplendor la rodeaba como de bucares en flor y paraulatas convertidas en luz. Merey maduro y miel de arica destilaba su voz. Su mirada y su risa deshojaban jazmines y cayenas y tréboles. No te eleves tan realto prenda de tanto valor, que al árbol que más se eleva le tumba el viento la flor. Elévate cuanto quieras quintaesencia del amor, que al fuego que más se eleva le cuida el viento la flor. Vuela, vuela papagayo, tremola y caracolea; el frenillo está bien hecho, la cola no se ladea. Papel de seda te puse, veradas de buena seca, el hilo es número ocho, la hojilla quedó derecha, Corta, corta sin recelo que la mano que te eleva sabe dirigir tu vuelo. Estrambote.

Recuerdos de un ayer que fue pasión, y el suave titilar que ayer yo vi en tu dulce mirar: tu amor sentí, tu cara angelical, rosa de abril. La cálida voz de contralto emanaba un paisaje lejos del mar, lejos de la montaña, casi desierto casi tundra donde la luna llora sus congojas. ¿La estepa castellana espectral entre los cujizales? ¿Acento motilón en letras españolas? ¿El negro Miguel y su mujer Guiomar en la breve gloria de su reino, eco fugaz del otro reino donde las rosas se abren en abril? Cómo quisiera yo amar y ser la mística oración que hay en ti, pero al no sentir tu raro amor de ayer, la estrella solitaria llorará de amor. Antonio Carrillo, Napoleón Lucena: esas letras que nunca están a la altura de la música y desentonan, contienen sin embargo una declaración de derrota que armoniza con los dejos del canto. La misma estrella titila en los ojos de la amada y luego llora en los ojos del amante engañado. Es como si los jóvenes todos estuviéramos, sin saberlo, en vísperas de una catástrofe inevitable, como si adulto quisiera decir quebrado, como si el arte fuera hijo del dolor, como si todo ardor erótico de hombre hecho y derecho estuviera impregnado de amargura. ¿Es eso lo que quieres decirme, caballero de la mano en el pecho? ¿Es eso? Dame la tierna luz de tu dulce mirar, que es como el titilar de una estrella de amor y en éxtasis profundo de pasión mil besos tristes yo te brindaré y en tu lozana frente colgaré la estrella de este gran amor. A la estrella el marino con magno amor amó, pero de amor y de marino nada sabe la estrella. La estrella no ama al marinero, ni siquiera sabe de él, pero lo guía. Lloro la imagen de la estrella en el ojo triste del marino, no la estrella.

Cuando Mariluz y las mandolinas comenzaron la segunda ronda del vals de Antonio Carrillo y Vivas Toledo, se oyó, floresta de armonía, el acompañamiento de los músicos que se habían quedado afuera en el camión y ya no fue posible aliviar con la reflexión el efecto arrebatador de aquella voz cálida, henchida hasta casi reventar con las savias fervientes de la vida. La letra y su sentido se confundieron en el canto; el paisaje emanado se volvió delicuescente, se evaporó; el mundo originario se unió al mundo cotidiano en las turgencias de esa muchacha cantarina, y era bello de toda belleza estar vivo en el tiempo y el espacio floreciendo en la eclosión divina de las almas mortales. Cuando llegó al estribillo todos la acompañamos cantando con el balanceo de cabeza característico de Pablo Canela tocando cuatro. La tercera ronda fue el delirio. Vida: deslumbrado por el sermón de Buda te negué; perdóname. La señora que había sabido arreglarse y componerse la cara para reparar el irreparable ultraje de los años salió con una bandeja repleta de copas repletas para obsequiar a los músicos de afuera, Mariluz salió también para saludarlos y darles las gracias. Después de la despedida, las mandolinas juraron ante todos nosotros que el sentido de la existencia para ellos era esa muchacha; juraron también que, cuando ella se decidiera por uno de los dos, el otro se retiraría y los acompañaría desde lejos, desde afuera, con la conformidad y el goce vicario del segundón. El poeta y yo rechazamos la cola y seguimos a pie.

Tú eres de Barquisimeto y por eso me desdoras, pero te tienen fregao los muchachos de Carora. Yo vengo del llano adentro, tengo el corazón abierto, porque aprendí lejanías en los trajines del Puerto. La diferencia es de afuera, somos arrieros bregando, encontramos la amistad en los caminos cantando. Pasamos frente a una casa donde había un velorio. Hubiéramos podido entrar; a esa hora daban con seguridad sancocho de gallina o, cuando menos, chocolate espeso caliente y café negro recién hecho; además ya las conversaciones habrían pasado de las virtudes del difunto a los chistes de muertos, bastaría dar el pésame y sentarse, y algún conocido estaría por ahí. Pero el poeta me explicó que era pavoroso ir al velorio de difuntos desconocidos, según mi papá los dolores del duelo invaden al visitante extraño y lo espantan en sueños durante muchas noches. Poeta ¿qué es hipómanes? Las raíces griegas son caballo y locura. m. Veter. humor que se desprende de la vulva de la yegua cuando está en celo. Y tú me dirás ¿qué tienes? y yo miraré hacia abajo; y tú me dirás ¿qué tienes? y yo miraré hacia arriba; y tú me dirás ¿qué tienes? y yo miraré tus ojos para decirte: no es nada. Pero es mucho: no

estoy dispuesto a conversar contigo en ese plan social de salón. Eres muy desenvuelta, sabes comportarte, tienes la virtud de manejar sabiamente circunstancias de orden práctico, tus ideas son claras. Me gusta que hayas desarrollado tu personalidad de esa manera; era de esperar según tu familia, tu crianza y tu inteligencia. Pero eso es un arreglo externo para enfrentar las cosas del mundo y los problemas de convivencia, una máscara en el mejor sentido de la palabra, una guardia, un sistema de actitudes y hábitos contruidos en torno a la chispa de tu espíritu, un vehículo de tu alma para transitar por las calles del ordenamiento social establecido. Ahora bien, yo no soy una cosa del mundo, ni un problema de convivencia, ni una calle. Quiero que, cuando estemos a solas tú y yo, se caiga ese parapeto, se derrita esa máscara o te los quites para dar paso a la comunicación íntima, de chispa a chispa, sin mediaciones inútiles. No es en el ámbito de la personalidad sino en el de la esencia donde somos amantes. Depón las poses y verás que somos amantes esenciales ¿lo sabes ya? Bueno, chico, ven a jugar diccionario conmigo un día de éstos. *Timeo hominem unius libri*. Temo al hombre de un solo libro. Pensamiento de Santo Tomás de Aquino: El hombre que sólo conoce un solo libro, pero lo conoce bien, es un adversario temible. Dase a veces otro sentido a esta frase: temo al hombre que sólo conoce un libro y por él juzga de todo. ¡Una pelusa! Me rindo por adelantado, al fin encuentro un digno adversario. Ven mañana mismo. Lucerito de alto cielo, tú comprendes mi querella: esa amada que yo sigo sin descanso y sin consuelo es como la luna tuya, tan luminosa y tan bella; como yo tú la persigues desvelado y a porfía, pero los amos del tiempo no sienten lo que uno sufre.

A

Cuando yo era uno, era ninguno. En la unidad no puede haber consciencia. Ni percepción; percibir qué, si sólo hay unidad. Ni inteligencia; inteligir qué, si sólo hay unidad. Ni deseo; desear qué, si sólo hay unidad. Ni un yo inconsciente, porque yo es un centro y como tal tendría periferia aunque no la percibiera, aunque no la inteligiera, aunque no la deseara; la unidad compuesta de centro y periferia ya no es unidad. Además, yo inconsciente es no yo. Yo es alguien; siente, intelige, desea. Cuando yo era uno, no era yo; no era.

Unidad no puede ser en tiempo ni espacio, ni cambiar, pues se alteraría, tendría partes, sería multiplicidad.

Comienzo a ser por división. Yo y lo otro. Me subdivido: yo y los otros que también son yo. Pero sobre todo tú, que también eres yo.

Percibo por dividir lo otro y disponerlo, así multiplicado, en relación de contigüidad, lejos cerca, arriba abajo, izquierda derecha, fuera de mí: invento el espacio.

Pero esos yoes finitos, de percepción espacial y temporal, quedan fuera de mí. Yoes rodeados y separados por las cosas. Yoes y cosas que existen porque son dividos, resultados de una división. Son individuos porque son dividos. Finitos, limitados, individualizados por la división. In-dividualizados: llevados a su falsa unidad, separada de otras falsas unidades, por la división de la auténtica y única unidad originaria.

Yo grande, yo sublime, yo independiente del tiempo y del espacio, existo y soy consciente en virtud de la misma división que los engendró a ellos, yoes finitos y cosas finitas. Pero todos, yoes y cosas, proceden de la unidad originaria dividida; son una sola familia a la cual yo también pertenezco a pesar de mi inmensa superioridad.

La unidad originaria, la unidad sin más, sigue siendo. La división no la afecta. Quiero cerrar la herida incomprensible que engendró los yoes y las cosas, y también a mí, yo grande. Pero no puedo regresar a la inconsciencia inicial, a la inexistencia, solo. Por eso llamo a todos los seres, yo el gran ser, para que me acompañen en el viaje hacia la unidad inconsciente. Mientras quede uno solo, aun el más insignificante, no podré llegar, no se habrá cerrado la herida.

La herida es la palabra. Se derrama en mundos cada vez más sombríos y más caóticos sostenidos por la ilusoria coherencia del lenguaje. Abandónalos. Destruye esa falsa coherencia. Ven a mí, vayamos a la palabra inicial, madre sangrienta de todas las palabras, encontrémosla para destruirla también y cese toda multiplicidad.

B

Mamá, mamá, ¡un loco!

36

La ciudad, acostada en su árido lecho, explayada, respatingada, espernancada, tiene todas las bocas abiertas para desayunar con sol naciente y él la penetra ambrosía, la inunda soma, la traspasa ahoma, la atraganta maná. Dame la tierna luz de tu dulce mirar porque la necesito para desayunar. El pavimento y las aceras comen, comen las ventanas, comen los vitrales de las iglesias; las puertas de los mabiles, los palomares, los ojos del mariscal, comen antes que las tejas y el zinc y las terrazas y los techos de palma y los patios. Vigorizado por un poco de sueño y un baño frío con agua serenada en pipa, yo camino lentamente desde el Parque Ayacucho hacia la catedral por la calle del Ilustre Americano. Detrás de mí, más allá de Caja de Agua, palidece la luna llena, celosa ante ese sol juvenil que se entrega a la ciudad por todas las bocas sin mermar en nada su poder y la repleta de oro sin empobrecerse. Camino lentamente y dejo que el sol me quite de los ojos los andrajos de noche plateados por la luna. Remonto sin esfuerzo la avenida de luz y lo miro de frente, blanco esplendor, círculo inquieto de ardor blanco, me encandila, deslumbramiento blanco, lagrimeo, parpadeo y en mis pestañas hay arco iris y alas de mariposa, violado, azul turquí, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo, agua de luna transmutada en ígneos cristales juguetones.

Lagrimando camino hacia el este, hacia la catedral, hacia el sol naciente que me deslíe la ciudad, pongo atención al suelo para no tropezar y proyecto una gran mancha verde sobre la acera, en la esquina salto sobre pichaches de luz verde, sobre espléndidos charcos; camino lentamente, la mirada pasando del sol a la tierra, de la tierra al sol, los párpados entornados, las pestañas convertidas en alas de mariposa espabilando sus filigranas de fuego sobre seda. Un camino recto y brillante va desde mis ojos hasta el sol donde se pulveriza, catarata de luz sobre espejo de luz. Las paredes, infieles a la solidez, se diluyen. Los zaguanes ya abiertos boquean todavía sombra, estertores de noche últimos. Mientras la ciudad malcriada sorbe su desayuno y lo derrama y se ensucia toda de sol y la cara se le pone careta, yo distingo en la luminosa confusión una figura blanca inmóvil, casi estatua de cal, casi fantasma de algodón, me acerco, me saluda, tiene sobre el rostro una mancha redonda de sangre aguada, parpadeo, la mancha se vuelve azul rodeado de verde, rodeado de ladrillo, rodeado de tierra quemada, rodeado de blanco, parpadeo, la mancha se vuelve verde claro, lívido verde pastel, verde transparente y reconozco al profesor de Biología ¿Qué es un pepónide? vestido como siempre de lino blanco, corbata negra, sombrero negro, zapatos negros, todo de blanco hasta los pies vestido, pero por primera vez con una barba de dos días y por primera vez conversa conmigo. Tú te levantas temprano, seguramente para ir a la primer misa, y yo no me he acostado. Es evidente que está borracho, pero con dominio de sí mismo. Tú eres puro y estás lleno de esperanzas, proyectos, ilusiones; yo estoy vacío y manchado. No me provocaba risa como en general los borrachos, sino compasión y respeto, parecía presa de una profunda pena. Casi no puedo soportar la vergüenza de que me veas así porque sé que me respetas y porque yo veo en ti una gran promesa para el día de mañana y quiero colaborar en tu formación; pero tú eres un jardín en cierne y yo un cementerio. Fui una vez jardín en cierne; pero año tras año se me han ido muriendo las esperanzas, los proyectos, las ilusiones y yo las he ido enterrando, estoy lleno de tumbas. Ya se me han empezado a caer los dientes, el pelo, la alegría. Pronto alguien tendrá que enterrarme. Yo deseo que a ti no te pase lo mismo. Ojalá seas como el árbol bíblico, plantado junto al arroyo, que da su fruto a su tiempo y su hoja no cae; sea tu fruto opimo. Una intoxicación ética de efecto depresivo sobre la afectividad, diría Darío. Una pea llorona, diría el morocho Rojas. Metáfora inconsecuente; no se suele enterrar las plantas que mueren. Al despedirse me abrazó solemnemente, como en una ceremonia; olía a leche de burra.

La iglesia, ya abierta, estaba solitaria todavía. Alguien hacía prácticas en el órgano. Rayos de luz horizontales eran visibles en la parte alta desde los vitrales. Sentí frío. Me estremecí. El altar mayor no estaba hacia el este sino hacia el sur. El tiempo entre el amanecer y las diez de la mañana me pareció inmenso, como atravesar la llanura entre Ciudad de Nutrias y Barrancas en carro de buey, más aun que los días anteriores, cada minuto era más largo que el anterior. Decidí ir al mercado para combatirlo, pero el tiempo no combate, se pone elástico y se alarga. Los animales elásticos: el hulefante, la ligartija, el risorteronte, la gomadreja, el toro chiclán. Voy a comprar elásticas, sostienen el pantalón sin que uno tenga que apretarse la cintura y son elegantes. Aquí no se puede usar mucho la fonda, hay muchas casas y se corre el riesgo de herir a alguien. En Nutrias sí. Yo llegué a tumbar una iguana en el primer intento; usaba guáimaras. Liguana también es un animal elástico, lo mismo que el aligotor y la paloma.

En Nutrias no hay mercado, sino pesa, pulpería y tienda. Cuando alguien mata cochino para vender, pone bandera blanca. Algunos vegueros traen sacos de pira, de maíz, de arveja para cambiarlos por pantalones, blusas, correas y alpargatas. Y el gran barco, gran tauma, teorema grande. Las casas de alto, frente al muelle. Le doy estas palometas por un real. Le cambio esta cachama por un cuaderno y un lápiz. La ñapa. Por cada bolívar que Ud. gaste aquí, le pongo un grano de arroz en este frasco, le hago una raya en la pared. Cuando tenga veinte, puede pedir un real de lo que quiera o seguir reuniendo. Aquí en cambio hay mercado además de todo lo que hay en Nutrias, menos el barco y los pescados recién pescados. Vegueros también hay, pero no cambian, venden. Mercado: casa grande. Afuera sobre la acera, los vegueros venden verduras, legumbres, aliños, frutas. No se ha podido saber si el apio es verdura. Tubérculos. El que tiene tubérculos en los pulmones es tísico. Alegría de tísico. Bueno es culantro pero no tanto. ¿Por qué el perejil es tan importante en la mitología griega? Una planta tan corriente, casi monte. Briceño, Briceño, come yuca con empeño. Se lo comió en caldo e ñame. Oro parece plata no es. Aúlla y llama. Se metió en un berenjenal. Si tu marido es celoso frítale una berenjena, y si te sigue celando síguelo berenjeneando. No me aprete las lechosas para ver si están maduras porque me las amalluga, pregúnteme a mí, que yo sé. ¡Qué lechoso el morochó! Guanábana, anón, chirimoya, riñón. Cilantro, yerbabuena. Crece veloz, y cuando exhausto muere, adulta prole en torno le sucede. El profesor Tomate quería que distinguiéramos entre la c y la s. Vamos, hombre, no es siensia sino ciencia. Paño sobre paño, tela sobre tela. Cate de mi corazón. Un hombre decente no echa ajos delante de las damas. Una ristra, una cabeza, un diente. Bueno para el corazón. Estaba una dulce niña bañándose en el río Tejo... ¡Tajo, animal! Y se miraba en sus aguas que parecían un espejo. Ahora dime gran carajo ¿es espejo o es espajo? Acendra sus sabores el ocumo para llenar de vida al niño hambriento, y el café su veneno refina con acierto para matar la rata al hombre jumo.

Mercado: casa grande y abierta. Por dentro el espacio está subdividido en pesa, pulperías y tiendas. Hay, además, una venta de arepitas fritas y café con leche. Un gran caldero de manteca de cochino hirviendo sobre un anafre. Las arepitas, amasadas con panela rallada, se hunden en la manteca hirviente y se transmutan en pequeños soles pardos, aventados; a veces la delgada piel levantada se rompe. Con dos medios lisos compro una enorme taza de café con leche y dos arepitas. El sabor denso llena toda la boca, ya desde la boca alimenta y reconforta todo el cuerpo, la saliva afluye ávida, el estómago trasnochado lo agradece. La panela y el papelón son mejores que el azúcar blanca. Esta es cristalizada, los cristales se fijan en las articulaciones y dan artritis; además, la hacen agregándole huesos de muerto; en Cabudare fueron sacando y moliendo huesos de un cementerio hasta que lo agotaron. Profesor ¿es verdad que la vida viene del sol? Sí; vivo es un ser capaz de asimilar energía solar. Fotosíntesis. Las primeras plantas son el origen de la vida en la tierra. Clorofila. Los animales viven de las plantas o de otros animales que comen plantas o que se comen a otros que comen plantas. Los animales, el hombre entre ellos, no saben hacer fotosíntesis. Si se acaban los animales siguen viviendo las plantas; pero a la vis conversa no. ¿Viene el alma del sol? ¿Y el espíritu? Hay plantas que hacen fotosíntesis con la luz reflejada por la luna y con la luz de otras estrellas, no con la del sol, nuestra estrella. Son plantas psicotrópicas, alteran la consciencia ordinaria, producen visiones, pensamientos, estados de ánimo anormales. El mundo de nuestra consciencia ordinaria es producido por los alimentos solares que comemos diariamente. Si todos comiéramos plantas que sintetizan la luz de Sirio, otro gallo cantaría; pero pertenecemos a la tierra y a nuestro sol. Alimentos de otro origen son excepcionales y para efectos excepcionales. El cafeto, la cocuiza, la uva, la caña son psicotrópicos cuando se les hace entregar su fotosíntesis no solar. ¿La luz, entonces, es diferente según el astro que la emite? ¿La luz que refleja la tierra, vista desde otro planeta y sintetizada, es psicotrópica? *psicotrópico*, - *ca* neol. adj. Dícese de las substancias que producen una alteración del psiquismo. Una intoxicación etílica de efecto psicotrópico: una pea pajúa.

La voz femenina tenía un tonito de superioridad jocosa: Si me brindas una arepita, te doy una cosa que empieza por c. Era la Pioresnada. La veía de cerca por primera vez. Nunca pensé que fuera tan bonita. Si no se tomaba en cuenta la ropa mugrosa, el pelo desgredado y la fama, de verdad que era bonita: delgada y grácil, de facciones finas y movimientos fluídos, con ojos claros, luminosos, despreocupados, cierto aire de libertad y desprendimiento como si no le importara mucho obtener lo que pedía, no pedía en realidad, proponía un trueque, se parecía a una princesa de otro mundo, caída de otro mundo superior al nuestro, una princesa que hacía lo necesario para sobrevivir en un planeta bárbaro mientras venían a rescatarla sus guardianes. Saqué de la faltriquera un realito y le brindé un desayuno igual al mío. Te debo cuatro, no tengo gonorreia, ya fui a la sanidad, y me regaló un níspero madurito que sacó de una mochila sucia. Delicioso. Todas las mujeres tienen debajo de su fustán un comecarnesinhueso y un bebelechesinpán. Por culpa de una ramera el hombre se

convierte en un bocado de pan. Tienes las vesículas seminales repletas, cargas un queso, echa tu leche en esta copa de carne, acaba aquí. Así te concibió tu madre.

No cargaba cepillo ni pasta de dientes. Leiva sí, siempre. Este niño nunca se limpia los dientes, necesita cepillo. En Nutrias los dientes se limpian con una raíz de jengibre esflecada o que se esfleca al usarla; también con un pedazo liso de carbón. No cargaba tampoco una raíz de jenjibre, ni carbón; pero no quería volver a casa, ni tener pedacitos de arepita entre los dientes. Entonces me dediqué a pasarme la lengua por los dientes y las encías: reunía fragmentos de arepita y de níspero mojados con saliva impregnada de café con leche y me los tragaba. Los alimentos deben ser bien insalivados antes de tragarlos. Por una nica compré un vaso de refresco de parcha clarito y me enjuagué la boca: cogía un buche y lo movía entre los dientes y los carrillos; después me lo tragaba, y estiraba y retraía los labios por si quedaba algo; hacía esto discretamente, cuando no me miraban. Me sentí limpio y salí de la casa grande. El sol había subido y ya había comenzado a alimentar los techos y los patios. Me lavé las manos cuidadosamente en la pluma de agua pública no potable y me las sequé con mi pañuelo bien planchadito que ahora quedaba sin lustre. Lo lamenté. Volví a entrar al mercado para usar el mingitorio. No me volví a lavar las manos. No veo por qué, si uno está limpio y no se moja con los orines, tiene que lavarse las manos después de orinar. Es como si la paloma fuera sucia por naturaleza. La pinga del burro es negra aunque el papá sea alemán. Me dirigí de nuevo hacia la catedral por la avenida quince.

Entre la veintiuno y la veinte, a mitad de cuadra, en un solar donde antes hubo una casa de la cual quedaban pocas ruinas, vi a la Veragacha. Me sobresalté y me detuve, luego me tranquilicé al ver que estaba sentada en una piedra, desayunando, y que no me había visto. Por lo general ataca a los niños con su larga vera, no a los hombres; pero cómo sé yo que ella me considera a mí un hombre. La espí aprovechando que ella tenía la cara medio volteada hacia el este y yo venía del oeste. Seguro que el prolapso reposaba sobre el suelo y se le montaban las hormigas; pero no, seguro que más bien reposaba sobre los trapos de la falda. Qué estampa tan interesante tenía: sombrero de jipijapa manchado de muchas manchas con predominio del negro y del marrón, harapos negros, la larga vera apoyada en el suelo delante de ella y sobre su hombro derecho, no se desprendía de ella para nada, la cara muy arrugada, las manos ganchudas frotando con un pedazo de pan el fondo de una lata de sardinas vacía, trataba de coger, seguro, el aceitico que queda en el fondo, el sol golpeaba en la lata y la convertía en plata pulida. Cuando quedaba por momentos en dirección a mí, me encandilaba como un pequeño sol. Me pareció que era una sacerdotisa, una maga, comunicándose con algún dios estelar que la instruía con señales de luz. Cínico repugnante ¿por qué me velas? te voy a envarillar, dijo con voz de reina indignada. Corrí despavorido hasta Las Tres Torres. No me había seguido. Hubiera querido ser niño para que ella me envarillara de verdad. Di unas vueltas y me fui por la dieciséis, Ilustre Americano, hasta la Plaza Bolívar y la catedral. Estaba saliendo una misa.

Tiempo, gran animal elástico, te alargas y te estiras más y más; pero tú también tienes amo; el sol adolescente sube más y más; cuando la sombra de la catedral se baje de la casa cural no podrás impedir que comience la misa de diez.

37

Había un reloj pegado al púlpito. Faltaba mucho todavía para las diez. Me paré detrás de una columna. Los rayos del sol ahora eran oblicuos y uno pegaba en el cuadro del viacrucis que me quedaba cerca; el rayo era de color indefinido, más bien morado. El cuadro representaba a Cristo con la cruz a cuestas. Lo habían escarnecido y azotado. Adivina quién es el que te pega; extraño carnaval: a que no me conoces. ¿Qué es la verdad? ¿Y por qué tan solito? Ahora caminaba con esa enorme cruz a cuestas. Debió ser largo el camino desde el palacio de Pilatos hasta la colina de la calavera. Con un manto y una corona de rey bufo. El cetro era la cruz. Descalzo. Una vez se echó a perder la bomba; yo me propuse como voluntario para ir al río a traer agua. Ud. todavía está muy pequeño para eso. No, yo puedo. Vaya pues. Cogí dos baldes como hacía Felipito, los llené. De regreso caminaba con un balde en cada mano, orgulloso por hacer cosas de muchacho grande, pero el camino comenzó a alargarse y el tiempo a estirarse. Yo contaba los pasos, uno, dos tres ... hasta cincuenta y me paraba a descansar. Soy nieto del general Guerrero. Uno dos tres ... hasta cincuenta. Uno dos tres... hasta veinticinco. Larga pausa. Uno, dos, tres ... hasta diez. Entre montes y remotes de todas las traiciones. Cuando creyeran quizás que se cansaba su brazo, hizo en la América un trazo y, volando casi loco, con aguas del Orinoco fue a regar el Chimborazo. Uno, dos, tres, cuatro cinco, pausa. Pero Cristo no se paraba, no lo dejaban. Un, dos, un, dos, un, dos ... A la salida del pueblo vas a ver la cuesta de la calavera. Un, dos. ¿Dónde estaba la gente que lo amaba? Estaba allí, mirando. No podemos defenderlo, necesitamos quien nos defienda a

nosotros; él era nuestra esperanza y ahora resulta que no puede ni siquiera defenderse a sí mismo. Mi reino no es de este mundo; si lo fuera, pediría a mi padre legiones más numerosas y más fuertes que todas las legiones de Roma y de mil Romas, y él me las enviaría. Pero en mi reino las diferencias no se dirimen por las armas. Entonces ¿a qué viniste? No he venido a traer la paz sino la espada. No he venido a abrogar la ley sino a cumplirla. No entiendo, Señor. No se trata de entender: mi reino es comparable a un pastor que abandona noventa y nueve ovejas para buscar una sola oveja perdida. Un, dos, un, dos..

El rayo de la luz indefinida, más bien morado, que venía del vitral, abandonó la imagen del portador de la cruz y bajó en dirección al piso; la luz de otro vitral más alto se acercaba al cuadro, un, dos, un, dos... Faltaba mucho para las diez. Me arrodillé en un banco cercano al púlpito, frente al reloj, cerca de una columna, con los ojos bajos como para rezar, podía alzarlos en cualquier momento para ver la hora. La gente respeta al que reza, no lo molesta, casi ni lo mira, como si el mirar fuera irrespetuoso, sobre todo si está arrodillado cerca de una columna, como si se fundiera con ella de alguna manera y contribuyera a sostener la iglesia. El papa tenía la intención de excomulgar a Francisco de Asís, hermano Francisco no te acerques mucho, pero durante la noche vio en sueños una iglesia, a punto de derrumbarse, y a un mancebo que la sostenía, un, dos, un, dos... entonces no lo excomulgó. Era un buen sitio y una buena posición para soñar. Vi un extenso territorio, plano, casi desierto casi tundra, tunas cardones y cujíes hasta donde alcanzaba la vista y lechos secos de ríos otrora caudalosos. En el centro de ese inmenso territorio había un huerto con corrientes de agua cristalina y toda clase de árboles frutales: mangos, mamones, naranjos, chirimoyos, guanábanos, nísperos, tamarindos, semerucos; con taparos y samanes de ramas aptas para soñadero; con trinitarias, cayenas, magnolias, triandáfilas y orquídeas. A ese huerto lo rodeaba un seto vivo, impenetrable, de arbustos espinosos, y en su centro un ser humano, perfecto y solo, se adormecía en la delicia de su felicidad. No le faltaba nada. No le sobraba nada. Descansaba sobre una colina cubierta de hierba menuda. De debajo de la colina brotaban dos fuentes de agua cristalina, y fluían la una hacia el oeste, la otra hacia el sur. Dos corrientes fluían hacia la colina, la una del este, la otra del norte. Eran corrientes vivas, no movidas por la gravedad sino por su propio impulso voluntario. No vi hasta dónde llegaban las dos primeras ni de dónde manaban las otras dos.

Abrí los ojos para ver la hora. Faltaba mucho todavía para las diez, pero los feligreses, fidelium greges, ya habían comenzado a llegar y a instalarse en los bancos. Algunos se persignaban con agua bendita, otros prendían velas ante las imágenes veneradas mientras seguramente formulaban algún voto. Los que se sentaron cerca de mí cuchicheaban sus oraciones como si hablaran con la boca pegada a la oreja de Dios. Cerré los ojos y vi de nuevo el inmenso territorio, lejos del mar, lejos de la montaña, y el gran huerto. El ser humano se había dormido sobre la hierba menuda, disfrutando la delicia de ser puro y perfecto; pero algo sorprendente estaba ocurriendo: las cuatro corrientes de agua resultaron ser una sola, anfibena; salía de su fuente, de su cueva, debajo de la colina, hacia el oeste y hacia el sur y luego regresaba por el este y por el norte hacia su fuente, hacia su cueva debajo de la colina y las dos cabezas se besaban. Me di cuenta de ese prodigio porque ella se salió completa, se elevó y formó el número ocho sobre el ser humano perfecto, sobre todo el huerto, sobre todo el inmenso territorio casi desierto casi tundra, mientras sus dos fauces de dragón se encontraban en el centro de la corriente cristalina, sobre ella, ahora autónoma, independiente de la tierra, fluida y coherente a la vez, y se besaban estrechamente. En el punto donde las dos cabezas se besaban, la corriente que venía del este salía de una boca y entraba en la otra boca; una boca daba, la otra recibía; la corriente continuaba hacia el oeste y luego se doblaba en arco de círculo hacia el norte; desde el norte bajaba hacia el centro, pasaba al lado de las cabezas en ósculo y seguía hacia el sur, luego se doblaba en arco de círculo hacia el este, desde donde se dirigía hacia el centro y volvía a salir de una boca para entrar en la otra y repetir el mismo circuito. Como en mi primera visión yo no había visto ni el centro, porque estaba debajo de la colina, ni la periferia, porque estaba oculta entre los árboles, me había parecido que dos corrientes distintas salían del centro, una hacia el sur y otra hacia el oeste, y otras dos, distintas también, afluían hacia el centro, la una desde el este y la otra desde el norte; pero se trataba en realidad, como ahora era evidente, de una sola corriente que en uno de sus puntos pasaba de una boca dante a una boca recipiente y no tenía fuente, era su propia fuente infinita. Si tal anfibena hubiera formado círculo, se hubiera visto más claramente cómo se tragaba a sí misma incesantemente de boca a boca. Tal como estaba dispuesta, empero, formaba un lazo con la forma del número ocho y flotaba sobre el inmenso territorio escasamente poblado de tunas cardones cujíes, sobre el gran huerto frondoso, sobre la colina mullida de hierba menuda en el centro del huerto, sobre el ser humano perfecto que dormía de felicidad en la colina. ¿Qué pasaría si las dos bocas dejaran de besarse?

Una boca pegada a mi oreja izquierda cuchicheó: San Felipe, San Felipe, abájate del taparo, que las ramas del samán te dan un mejor amparo. Era Andrés; se había acucillado entre la columna y yo. Ven esta tarde como a

las seis, vamos a practicar boxeo Víctor y yo; decídate a aprender, puede ser muy útil. Pero yo no quería hacer ningún plan ni adquirir ningún compromiso; era el día de la verdad, el día más importante de mi vida hasta entonces, el día de las declaraciones, el día del gran encuentro; quería dejar todo abierto, estar disponible para todo. Hoy no puedo, yo te aviso, gracias, le dije pegando mi boca a su oreja derecha, cuchicheando y apretándole el brazo amistosamente.

Faltaba mucho todavía para las diez. Me senté y cerré los ojos. El cuerpo de la anfisbena no tenía esqueleto, ni estructura interna de ningún tipo, sólo la forma de corriente. Como las cabezas en ósculo no estaban ligadas a columna vertebral alguna, podían desplazarse a lo largo de la corriente que era de agua y hubiera podido ser de luz, ¡quién hubiera podido ser de luz!, y tal vez era de luz líquida, una luz nutricia que aseguraba la lozanía del huerto. ¿Qué veo? Se cuenta de Quevedo que una vez, urgido por una necesidad fisiológica perentoria, lejos de su casa, en una ciudad sin retretes públicos, la satisfizo en un zaguán, y que, al terminar, sostuvo con la señora de la casa, atónita al salir y ver el espectáculo, el siguiente diálogo: ¿Qué veo? Hasta por la mierda me conocen. Pero eso es mucho. Quítele un poco. Le voy a dar parte a mi marido. Si quiere lléveselo todo. ¿Qué veo? Las cabezas en ósculo se desplazan lentamente en el sentido de la corriente. Palo, palo, ¿no vites a Tolo-Tolo? La dante da menos, obviamente, y la recipiente recibe menos. Consecuencia: el gran número ocho comienza a disminuir de tamaño. Parece lógico: a menos dar y menos recibir corresponde merma; pero no, la cantidad de agua es la misma. Dejo esto para pensarlo más tarde. Lo cierto es que el gran ocho comenzó a empequeñecerse manteniendo su forma de ocho, el sentido de su corriente y el lento desplazamiento de sus dos cabezas, en ósculo de anfisbena autoerótica. Se empequeñeció tanto que se convirtió en un lazo como de corbata de lacito, pero mucho más grande, y se le posó sobre la boca del estómago al ser humano perfecto. Este dormía de felicidad boca arriba con la cabeza hacia el noreste, de modo que los ojos del ocho le sobresalían a ambos lados de la cintura, pues el ocho había mantenido la relación inicial con los puntos cardinales, mientras el punto de cruce le quedaba exactamente sobre la boca del estómago.

Sentí un súbito retortijón en la barriga. Abrí los ojos. Debí suponerlo: café con leche y arepitas fritas no ligán bien con níspero. El morocho Rojas me mostró una vez un hombre a quien llamaban del pedo indeciso; el aspecto de la cara confundía al ingenuo gas digestivo que no sabía por donde salir debido a la similitud de los dos extremos y se quedaba irresoluto en la mitad del laberinto intestinal, dando a su dueño ese aire ambiguo de quien va tal vez a eructar, tal vez a peerse. Pero el mío estaba decidido a salir por debajo, tal vez con estrépito, en abierta desarmonía con el lugar y las circunstancias. *peer*. v.i. (lat. *pedere*). Despedir pedos, ventosear. U.t.c.r. Irreg. Se conjuga como *creer*. Este último subrayado es nuestro. En Venezuela hay indios que celebran oficialmente certámenes festivos donde gana el que puede emitir pedos más sonoros y más largos. Este certamen no ha sido incluido todavía entre los juegos olímpicos porque la tolerancia cultural no llega a tanto, ni el deseo de aceptar valores estéticos no occidentales. El antropólogo francés que estudió este patrón cultural, practicaba la observación participante y confiesa que ni su más esforzado empeño lo sacó del último lugar. Pero no estoy entre esos indios. Si escuchan una bullita y sienten un olorcito, soy yo. *pedo* m. (lat. *peditum*). Ventosidad que se expele del vientre por el ano.

El ano funciona como pito o flauta al expeler la ventosidad intestinal cuando ésta es brusca y abundante como ahora, temo, la mía. Para evitar el ruido indecente recurrí al método tradicional. Pude haber salido, pero no quería perder mi puesto. El que va pa Villa pierde su silla. Me apoyé, pues, en una de las nalgas y, discretamente halé la otra para aumentar el calibre del pito o por lo menos disminuir la presión circular del esfínter. Salió con un soplando sordo. Tuve la esperanza de que se quedara enfotado entre los pantaloncillos y los pantalones; pero era sutil y su inconfundible fragancia me hirió el olfato de inmediato. Al que primero le güelió, por debajo le salió. Tin marín de dos pirigüelas, cúcara mácara títiri jué. Según Darío, este pueblo sufre de coprofilia y proctolalia compulsivas, señal de homosexualidad reprimida que así se sublima; señal también de mal gusto y de mezquinos intereses, porque se complace en lo orgánico animal y no procura elevarse hasta los logros específicos del hombre por encima de su naturaleza biológica. He dicho, que en la barriga tengo un bicho. El hombre sentado a mi derecha se tapó la nariz con un pañuelo y miró con no cristiano odio a la señora que le quedaba enfrente. Debí poner la otra nariz. Un, dos, un, dos, un, dos...

Volví a cerrar los ojos. La anfisbena se había ampliado. Los ojos del ocho podían contener un hombre, ¿qué digo? cada uno contenía una persona. El ser humano perfecto se había dividido. Ahora eran dos: un hombre y una mujer. Dormían. Las dos cabezas en ósculo de la anfisbena comenzaron a desplazarse lentamente contra el sentido de la corriente. La Alighieri da más, obviamente, y la perola recibe más. Consecuencia: el número ocho comienza a aumentar de tamaño. Parece lógico: a más dar y a más recibir corresponde rendir más; pero no, la cantidad de agua es la misma. Dejo esto para pensarlo más tarde. Lo cierto es que el pequeño ocho comenzó a

agrandarse manteniendo su forma de ocho, el sentido de su corriente y el lento desplazamiento contrario de sus dos cabezas, en ósculo de anfibena autoerótica. Un, dos, un, dos... Se volvió a poner donde estaba en un principio y yo volví a ver dos corrientes que salían de debajo de la colina, una hacia el oeste, otra hacia el sur, y dos que afluían hacia la colina, una desde el este, otra desde el norte. Sobre la hierba menuda dormía ahora una pareja. Un, dos...

Ruido de muchos pasos a la entrada. Miro el reloj del púlpito: cinco para las diez. Volteo la cabeza junto con los demás; son las muchachas del colegio que entran a discreción con la monja guía y se dirigen a los bancos delanteros, reservados para ellas, donde suelen sentarse. Un, un, dos, un, dos, dos, una dona, tena, catona...

38

Llegaban hasta el portón de la iglesia en fila, rompían fila para entrar, salían a discreción, volvían a formar fila para subir al autobús, tal vez las contaba la monja, o para irse a pie: el internado no quedaba tan lejos; en todo caso estaban uniformadas; pero en esta ocasión, una no tenía uniforme, ella. Me vio, dio la vuelta por unos bancos que estaban un poco más separados que los demás, pidiendo permiso en voz muy baja y vino hasta mí. De lo más tranquila se acercó a mi oído y me habló. Olía a magnolia y almizcle. Hipómanes. Hola, te he pensado mucho; nos vemos un ratito a la salida y esta tarde te voy a contar algo muy importante. Era fácil de movimientos y de palabras, como María Inés, y caminaba en belleza como las yeguas no domadas; la gente recogía los pies y acomodaba las piernas para dejarla pasar como a una reina; delgada y grácil en su vestido estampado cuello de tortuga manga larga falda hasta la mitad de las canillas y en el pecho una flor, ella susurraba gracias y pasaba dándoles el frente como quien bordea un barrial para no ensuciarse los zapatos. Se sentó en su puesto y volteó la cabeza para mirarme; sonrió y se multiplicaron los lúmenes del templo, su cabello en catarata conmovió los altares.

Me había dejado en la parte izquierda de la cabeza una especie de fuego casi líquido que me quemaba dulcemente; me lo quité con la mano y me lo puse en los bigotes. Andrógeno. La misa comenzó; vi que no podría prestarle atención; entonces decidí repetir mecánicamente los movimientos del señor sentado a mi derecha para pararme, arrodillarme, persignarme o sentarme según correspondiera en la liturgia. Veía la catarata de oro alimentando los lúmenes del templo y estremeciéndole levemente los altares; pero alguien se sentó entre ella y mis ojos y no la vi más. Cerré los ojos y vi en cambio, con toda claridad, al ser humano perfecto ahora dividido en pareja. Es evidente que en un principio había sido andrógino, pero mi púdica mirada no exploró los detalles. Era evidente ahora que se trataba ahora de un varón y una hembra, una pareja, un casar. Se despertó, se despertaron. Vio desde el varón que estaba incompleto, imperfecto, fallo y que su mitad faltante formaba otro cuerpo. Vio desde la hembra que estaba incompleta, imperfecta, falla y que su mitad faltante formaba otro cuerpo. Sintió vértigo él. Sintió vértigo ella. Como si estuvieran a punto de caer en un abismo.

Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo. Cayeron el uno hacia el otro mirándose a los ojos con los brazos extendidos, y las manos se entrelazaron. Entonces el ser humano volvió a ser uno y perfecto, pero sólo mientras las manos y las miradas permanecían cruzadas. Cada uno se echó hacia atrás gozoso sostenido de las manos del otro y juntaron los pies formando una A invertida. Una triple corriente salía de él por el ojo derecho, por el brazo derecho, por el pie derecho y se metía en ella por el ojo izquierdo, por el brazo izquierdo, por el pie izquierdo y la inundaba toda. Una triple corriente salía de ella por el ojo derecho, por el brazo derecho, por el pie derecho y se metía en él por el ojo izquierdo, por el brazo izquierdo, por el pie izquierdo y lo inundaba todo. La triple corriente era una sola y la misma para los dos y giraba de derecha a izquierda y los convertía en un solo ser que se exploraba minuciosamente las dos mitades y se hacía consciente de sus perfecciones. Al goce de ser perfecto, se agregaba el goce de saberse perfecto. La unidad recuperada era más rica que la unidad inicial porque era autoconsciente a través de la consciencia de las dos mitades en dos sujetos separadas que se volvían a unir por el conocimiento mutuo.

Orate fratres. Así reconstituido, el ser humano perfecto no se sentía inclinado a dormir de felicidad, sino a bailar como un trompo. En efecto, la corriente comenzó a girar más rápidamente y ellos con ella, pequeño huracán cónico sobre la hierba menuda de la colina, en el centro del gran huerto, en el inmenso paisaje casi desierto casi tundra, lejos del mar, lejos de la montaña; infantil huracán de ventura. Se detenían para pasear por el huerto tomados de la mano, disfrutar frutos y flores, jugar al escondite, o dormir. El sueño es necesario para descansar de la individuación, aun de la mejor. Mientras estaban separados, la angustia y el vértigo los

asediaban, pero no podían apoderarse de ellos porque conocían el camino de la unión. El amor era placer de perfección, recuerdo del placer, anticipación del placer, ronda en torno al placer voluntariamente retardado. Pero la anfibena, su nodriza, obedecía órdenes muy altas y una vez, mientras el trompo, pueril tromba, bailaba sobre la mullida hierba, le inoculó su veneno por los pies, desde debajo de la colina. El hombre sentado a mi derecha se apoyó en mí con todo su peso, lo sostuve y me di cuenta de que se había dormido. Ciertas personas van a la iglesia a descansar de los afanes de la semana, o bien el ceremonial ejerce un efecto soporífero sobre ellas. Con la mano izquierda le digité las costillas rencorosamente; con toda seguridad se había distraído y adormilado desde hacía rato y no me había servido de guía en lo de arrodillarse, pararse, persignarse, sentarse. Despertó sobresaltado y miró a su alrededor, chasqueando los labios y la lengua. Con las manos entrelazadas en estudiado aire de motolito, yo lo observaba con el rabillo del ojo. Si se dormía otra vez le iba a dar un codazo. Mientras soñaba despierto, yo podía guiarme por el murmullo que produce la congregación al cambiar de posición colectivamente, pero podía interpretar mal y pararme cuando todo el mundo se sentaba o sentarme cuando todo el mundo se arrodillaba, con lo cual llamaría mucho la atención; necesitaba un buen asistente a mi lado, no un dormilón sinvergüenza. Mi alma llora por tu pelo que no miro desde aquí, llora por bancos y velos que me separan de ti. El morocho Rojas se hubiera mudado hace años para el banco que estaba detrás de ella. Estaba de moda entre las muchachas no usar ni velo ni mantilla para ir a misa; el pelo es el velo, decían. O tempora o mores, a dónde vamos a llegar.

El veneno es la palabra. La consciencia mutua inmediata, la circulación del reencontrarse y compartir debió convertirse en palabra. Sutil velo los separó, la palabra mediaba. Nombres para todas las cosas, discurso articulado. No bastaba ser y tener consciencia de ser; era necesario decir. Restablecer con la palabra la comunicación interrumpida por la palabra. Los pies y las manos se juntaban, las miradas se encontraban, pero la corriente maravillosa no circulaba si no la ponía en acción el discurso. La palabra era la cuerda que hacía bailar el trompo. Largo y difícil aprendizaje; pero el anhelo de unión, de perfección recuperada, agilizaba la lengua. Lograron encontrar la palabra justa para cada pormenor, para cada movimiento, para cada emoción, para cada pensamiento, y crearon así el primer lenguaje. Lenguaje perfecto. Eran perfectos, se conocían a sí mismos perfectamente y podían decir sus perfecciones hasta girar de nuevo en unidad perfecta. El trompo bailaba mejor que antes. El hombre sentado a mi derecha me dio un codazo por las costillas y me murmuró al oído, usted como que se está quedando dormido, la iglesia no es para dormir. Kyrie. No estoy dormido, le dije, estoy rezando. Es que se me había olvidado cuchichear Ruibarbo, Ruibarbo. Si uno cuchichea esa palabra todo el mundo cree que uno está rezando. Pero en realidad es que el muy pillo quería vengarse. Ya me las pagará.

El cura se estaba trasladando al púlpito. Había llegado la hora del sermón. La catarata rubia que intensificaba los lúmenes del templo y estremecía los altares no se veía ni por momentos ni por fragmentos, pero yo no soy el morocho Rojas. No es frecuente, pero es lícito escuchar un sermón con los ojos cerrados; el oyente parece estar intensamente concentrado en el discurso y cierra los ojos para evitar la perturbación de estímulos visuales. Pero yo estaba muy cerca del púlpito y temí que el cura no lo entendiera así, sino más bien creyera indispensable la percepción de sus gestos y ademanes para captar su mensaje en plenitud; además, podía estar muy orgulloso de su gestualidad sagrada y no comprender que alguien se negara a disfrutarla. Podía incluso interpelarme y regañarme. Menos mal que yo sabía soñar con los ojos abiertos, aunque me costaba más. Primero le miré atentamente la calva grasosa y reluciente, luego desenfocué la mirada, y de inmediato apareció ante mí el inmenso territorio, casi desierto casi tundra, lejos del mar, lejos de la montaña, y en su centro el huerto, y en el medio del huerto la colina mullida y la pareja feliz recostada conversando sobre la hierba menuda. Para gran asombro de ellos, que nunca la habían visto como tal, la anfibena, su nodriza, se elevó en el aire con su forma de número ocho gigantesco, se desenroscó adoptando la forma circular, las cabezas en ósculo se desplazaron en el sentido de la corriente y el círculo se empequeñeció hasta quedar frente a la atónita pareja, como argolla de tamaño humano, con las cabezas besándose en la parte superior. Aro Ulises. Ausente, maestro. ¿Qué pasaría si las bocas dejaran de besarse? ¿Se derramaría la corriente? Dejaron de besarse, pero la corriente no se derramó; quedó como una herradura con los extremos hacia arriba; la corriente casi se movía y casi no se movía, un leve temblor la estremecía y las bocas hablaron a la pareja, hablaron a dúo, una voz era grave y solemne, la otra era atiplada y jocosa.

El altísimo te creó para conocerse a sí mismo. Primero cayó voluntariamente en forma de verbo tácito del mundo, mientras se mantenía simultáneamente en su infinitud no verbal. El verbo es el hijo. Tú eres una miniatura del verbo y el Altísimo te habita, te rodea y te constituye dentro de su infinitud silenciosa. A ti te toca convertir en palabra sonora el verbo tácito del mundo, para esto fuiste creado. El verbo inconsciente del mundo ha de volverse en ti palabra consciente y a través de ti el Altísimo alcanzará la gloria de la consciencia

verbalizada. Tú quieres encerrarte en tu perfección y con gusto te hubieras quedado eternamente en el disfrute de tu unidad. Yo, tu nodriza, diosa de la palabra, te dividí en dos polaridades para enseñarte a hablar. Tus dos partes han aprendido ya, se conocen la una a la otra y saben restablecer la unidad mediante la comunicación verbal. Esa fase del entrenamiento ha terminado y tú quisieras permanecer eternamente en ella gozando la acabada armonía de tus dos mitades opuestas. Pero no es ésa tu misión. Debes ahora renunciar a la unión contigo mismo y voltearte hacia el mundo con las dos mitades separadas para convertir en consciencia y sonora palabra el verbo del mundo. Ya eres una miniatura del mundo, eres el microcosmos, y al conocerte a ti mismo conoces en alguna medida al mundo, pero la estructura del macrocosmos no sólo es más grande que la tuya sino también más compleja y diferenciada, incluso cualitativamente diferente. Tu misión es convertir minuciosamente al inmenso macrocosmos en palabra consciente hasta que entre macrocosmos y microcosmos se produzca la unión que ya has logrado entre tus dos mitades. Este huerto es un kindergarten. Abandónalo. Renuncia al goce de la unión tuya individual perfecta para alcanzar el goce mayor de la unión total junto con el Altísimo, pues eres su órgano de autoconocimiento. Este jardín de las delicias está rodeado de un inmenso territorio, casi desierto casi tundra. Explóralo exhaustivamente y camina después hacia la montaña, hacia el mar, hacia los desiertos verdaderos, hacia las llanuras de hielo; penetra en los abismos de la tierra, que es un astro, y vuela hacia todos los demás cuerpos celestes. Tu tarea es multimilenaria, pero eres eterno como tu padre. Dispones de percepción infalible, dispones de inteligencia clara y suficiente, dispones de sabiduría, tres variaciones operativas de la palabra. La palabra será además tu vehículo y tu arma, pues eres palabra hecha carne. Yo, tu nodriza, te autorizo para comenzar tu tarea. Levántate y anda, caballero de la palabra.

Las dos cabezas de la anfisbena cesaron de hablar. El ser humano perfecto, ante tan singular e inesperado discurso, respondió con dos bocas, a dúo. El discurso del cura no me molestaba mucho porque yo lo había desenfocado: yo sabía mirar sin ver y oír sin escuchar, como quien oye llover; las ondas electromagnéticas llegaba a mis ojos y las ondas sonoras llegaban a mis oídos, pero de ahí no pasaban; yo las excluía, y atendía a lo que me interesaba; tuve tiempo de practicar este arte desde pequeño, asistiendo diariamente a la escuela. El discurso del cura era un ruido de fondo; en primer plano se oía la respuesta del ser humano perfecto, a dúo, la voz masculina de tenor lírico, la femenina de soprano coloratura. ¿Por qué he de creer en ti, culebra de agua, culebra ciega? Tal vez fuiste mi nodriza, pero yo puedo decidir ya por mí mismo. Vuelve a tu tarea de regar el huerto, junta de nuevo tus cabezas, plántate en ocho. Si el Altísimo quiere conocerse que se conozca, para eso es Altísimo; no lo sería si necesitara de mí. La anfisbena bufó con un bufido grave y otro agudo simultáneos y dijo a dúo: Insensato, ¿no ves que eres el ojo verbal del Altísimo? Luego adoptó la forma de una gamma minúscula y le tiró una doble tarascada en la doble frente, la cabeza derecha picó al hombre, la izquierda a la mujer, y por un instante formó con ellos un ocho incandescente: les había inoculado la curiosidad por el mundo. Se retiró, se estiró, volvió a su puesto habitual y circuló de nuevo en ocho. Yo volví a ver dos corrientes que salían de debajo de la colina, una hacia el oeste, la otra hacia el sur, y dos corrientes que afluían hacia la colina y se hundían debajo de ella, la una desde el norte, la otra desde el este.

El cura se bajó del púlpito y se dirigió de nuevo al altar con elegancia sagrada. Yo miré a mi vecino para decirle en voz baja Qué buen sermón, pero vi que tenía los ojos cerrados. ¿Dormía? Tal vez se estaba haciendo el dormido para sorprenderme si yo le digitaba las costillas. Por si las moscas, no le hice nada. Por entre dos cabezas enmantilladas vi un pedacito de sol rubio, como cuando en la Avenida de las Ciencias, que va de norte a sur, temprano en la mañana, el sol se cuele entre dos casas, a mitad de cuadra, rayo de oro puro, y obliga al peatón a detenerse para recibir ávidamente ese mensaje de majestad suprema. Agnus dei qui tollit peccata mundi. La angustia y el vértigo del ser humano perfecto se duplicaron: las dos partes al separarse y mientras estaban separadas sentían angustia y vértigo que se calmaban cuando ellas caían la una hacia la otra y hacían el trompo. Ahora sentían, además, angustia y vértigo ante el mundo: ante la naturaleza circundante y el cielo. Pero, si caían hacia el mundo, ¿qué manos los iban a recibir para hacer qué trompo? Afortunadamente, también la angustia y el vértigo ante el mundo se calman cuando ellos hacen el trompo, pero un no sé qué que quedan balbuciendo quita la perfección al goce. El trompo tataratea. Tienen que acelerar mucho para suprimir la falla.

39

El cura comienza la liturgia de la consagración. La pareja en el huerto combate su duplicada angustia, su duplicado vértigo, duplicando la frecuencia del baile, duplicando la velocidad de rotación, y se las arregla así para no cumplir la intimación de la anfisbena a pesar del segundo veneno: la curiosidad. El primero es la palabra.

Mas la anfisbena era astuta. Una vez, cuando la pareja dormía, despertó a la mujer y le habló con la cabeza de voz grave y solemne, mientras dejaba la cabeza de voz aguda dormir sobre la hierba al lado del hombre dormido. Eva, ¿dónde está Adán? ¿Somos hijos suyos o de Satán? A la mujer le gustó esa voz cálida, apasionada, susurrante. Tu goce no es perfecto; queda siempre un pequeño algo que rompe la perfección; el veneno de la curiosidad por el mundo sólo pone en evidencia que tu unión con tu otra mitad no es todo lo íntima que pudiera ser; si lo fuera, no habría veneno capaz de romperla; esa posición sobre los talones, sosteniéndose de las manos, cada uno echado hacia atrás y rotando me parece incómoda además de ridícula, incluso fatigosa ahora con la velocidad duplicada. ¿Qué debo hacer? dijiste, mujer insensata. Cuando él, turbado por la doble angustia y el doble vértigo, caiga hacia ti buscando el equilibrio en la unión contigo, no extiendas las manos, apártalas más bien y acuéstate sobre tu espalda, sobre la hierba menuda, con las piernas abiertas; él caerá sobre ti, frente sobre frente, boca sobre boca, pecho sobre pecho, vientre sobre vientre; pon entonces tus brazos alrededor de él, levanta tus piernas y cuida de que el miembro que él tiene en el vértice de los muslos te penetre por una hendidura que tú tienes entre las piernas; así la unión será perfectamente íntima. Cuida también, sin embargo, de que la perfección no estalle. El orgasmo es funesto. Descubre el punto óptimo del goce y no permitas que reviente y derrame.

Tú sabías, anfisbena falaz, que ella no sabría reconocer, ni mucho menos gobernar, el momento supremo del coito cuando toca su aguda campanilla el confiteor del sexo. Con delicadeza y prudencia te retiraste, culebra de agua, más interesada en cumplir tu misión que en reparar sobre los medios. La mujer, doblemente urgida por la angustia y el vértigo, acuciada además por la nueva esperanza, despertó a su compañero. Según su costumbre, se pararon él frente a ella, ella frente a él, como quien se asoma a un abismo insondable, pero cuando él cayó hacia ella con los brazos extendidos buscando sus manos, ella cayó voluntariamente hacia atrás y se tendió sobre la yerba mullida de la colina con los brazos y los muslos abiertos. El sintió por instantes el supremo terror de la caída infinita, pero luego se encontró tendido sobre el cuerpo mullido de la mujer, frente sobre frente, boca sobre boca, pecho sobre pecho, vientre sobre vientre y ella cuidó de que el miembro situado en el vértice de los muslos de él la penetrara por la hendidura que ella tenía entre las piernas. Unión perfectamente íntima, íntimamente perfecta. Hoc est corpus meum, hic est sanguis meus; comedite omnes, bibite omnes. Se regocijaron en la tensa unión y no sabían que su caída apenas estaba comenzando.

Jaculatoria. Breve pulso eyaculatorio. Reproducción. No querías ver el mundo. Debes ver ahora de ese tercero que salió de ti. De ese cuarto. De ese quinto. De ese sexto. De ese séptimo. Y seguirás partiéndote ad infinitum y partido partiéndote no cabrás en el huerto y te verás forzado a emigrar, a conocer el vasto territorio, casi desierto casi tundra, donde la luna llora sus congojas, para ganar tu sustento, y no será suficiente y te verás forzado a escalar las montañas y a navegar el mar, y dividido dividiéndote, cayendo y recayendo en la ilusión del coito, en el breve pulso del semen, explorarás desiertos verdaderos y vastas llanuras de hielo y los abismos de la tierra que es un astro, y volarás a remotos sistemas solares fustigado por la necesidad y el dolor y el deseo y la curiosidad, muriendo y renaciendo en ráfagas, condenado a la errancia insaciable. Te buscarás sin tregua a ti mismo, tu único amor, para regocijarte en tu propia contemplación, ridículo narciso, pero no encontrarás la paz, sino la espada, tu propia espada y ella te partirá interminablemente. No quisiste cumplir tu misión voluntariamente porque te amabas sólo a ti mismo; ahora la cumplirás involuntariamente, porque en la búsqueda vana de tu propia felicidad tendrás que conocer exhaustivamente el mundo, ese mundo que despreciaste, insensato, ese mundo que es el Altísimo hecho verbo, tú lo conocerás y lo convertirás en palabra sonora, rebelde ojo verbal acibillado de visiones incoherentes, hasta que construyas el auténtico amor y la pena te amane y te endulce y te madure y llegues a ser la reconciliación del Altísimo consigo mismo.

¡No serviré, no serviré! decía el ser humano que fuera perfecto, por miles de millones de bocas obcecadas de lujuria y sufrimientos, escupiendo palabras sacrílegas. Mi vecino estornudó estrepitosamente, uno de esos estornudos compulsivos irreprimibles. Todo el mundo se volvió para verlo, yo también, inclinándome un poco hacia atrás, no fueran a creer que era yo. Un moquito verde y blanco esmaltado le quedó en la barbilla. Era una gallina ética, pelética, pelempepética, pelada, peluda, pelempepuda. Esa gallina ha de casarse con un gallo ético, pelético, pelempepético, pelado, peludo, pelempepudo. Ellos han de tener unos pollitos éticos, peléticos, pelempepéticos, pelados, peludos, pelempepudos. Según el morocho Rojas, el Señor

impuso al hombre un tributo diario de sudor, pero a la mujer, cuyo pecado era mayor, le iba a sacar la sangre; ella regateó y el dios semita le fijó gómodas guotas mensuales. Ahora sí la vi, estaba en fila con las demás muchachas, pero sobresalía por el pelo rubio, por no tener uniforme y por ser ella; todas llevaban una boinita: la rebeldía contra el velo era limitada. Escúchame: yo tampoco serviré, no le creo a la anfisbena que el hombre sea ojo verbal del Altísimo, ese puesto le queda grande y tratar de ocuparlo es meterse en camisa de once varas. Además, me parece blasfemia decir que el Altísimo se inmunda y se enverba para conocerse, fonetizándose y haciéndose consciente a través de las miserables palabras del hombre; si así fuera, no sería Dios. Pero tampoco voy a caer en esa caída infinita de la reproducción. El estado ideal es el anterior a la división, a la inoculación de los dos venenos y a la cópula, el estado anterior a las intervenciones de la culebra de agua, madre de la angustia y el vértigo. Lo que nos toca a nosotros, amada, a ti y a mí, es recuperar el estado inicial andrógino; nos separan de él las multimillonarias y multimilenarias cadenas de las generaciones, pero a él nos acerca el supremo anhelo sagrado. Nos casaremos, amada, pero no practicaremos en ningún momento esos sucios y repugnantes contactos carnales, beso de lengua, beso negro, chupadas, penetraciones, esos fatigantes ejercicios de frotación, esos asquerosos espasmos y derrames. Ni siquiera esa danza del trompo que, además de ser ridícula, exige para su ejecución imposibles destrezas acrobáticas. Haremos juntos los trabajos impuestos por nuestra condición mundanal en el seno de una humanidad caída y cumpliremos piadosamente nuestros deberes; pero nuestro acto nupcial, mitad mía adorada, nuestra luna de miel interminable consistirá en tomarnos de la mano, sin reparar si es la izquierda o la derecha, cada vez que sea posible dentro de las circunstancias, y mirarnos a los ojos para ir más allá de la historia, más allá de la curiosidad por el mundo, más allá del lenguaje, más allá de la división, más allá de la angustia y del vértigo; para unimismarnos en la prístina gloria de nuestra perfección andrógina.

Ite, missa est. Mi vecino y yo nos dimos hipócrita y apresuradamente la paz. Todavía tenía el moquito verde y blanco esmaltado en la quijada. Me dirigí con fingida despreocupación hacia la puerta grande y me aposté a un lado para esperar la salida de las muchachas del colegio. Cuando ella salió vino directamente hacia mí. Se había quitado la boina, tenía el pelo suelto y se lo quitó de los ojos con un movimiento de cabeza que estremeció los lúmenes del cielo. La monja se acercó a nosotros y preguntó ¿Es él?; ella respondió con una sonrisa ambigua y se acercó más a mí. Estás ojeroso, no has dormido bien, debes cuidarte más; toda esta semana he pensado mucho en ti, no sé por qué. Me di cuenta de que su mirada amable, social, cortés dejaba entrever otra mirada escondida, más profunda, atenta y comprensiva. Detrás de la segunda mirada se emboscaba otra, pletórica de cambiantes esplendores, enigmática y sabia. Debí mirarla con demasiada intensidad y fijeza, se turbó, sus ojos parpadearon con aleteo de mariposa herida y el mundo entero parpadeó con ellos como luz que agoniza. Esta tarde te voy a contar algo muy importante y entenderás por qué no llevo uniforme. Yo también, pensé. El oro etéreo del sol me encandiló desde su pelo suelto y en mis pestañas se enredaron fugaces filigranas de fibrilado fuego.

Cuando comencé a regresar a casa por la Avenida del Ilustre Americano, me sentí sereno y seguro de mí mismo. Estaba en el sinclinal de la espera. El tiempo era ahora una hamaca. Cuando estuve a la altura de Las Tres Torres me desvié para verlas bien. Iban a ser demolidas para construir en su lugar un comedor para niños de escuela primaria, a una cuadra del grupo escolar República de Costa Rica donde estudiaban mis hermanos. Costa Rica, Brasil y Bolivia, Guatemala y El Salvador, México y Paraguay son hermanos soberanos de la libertad, son hermanos soberanos de la libertad. Costa Rica no es tan rica como me la han ponderado, ni Palmasola tan sola, ni Apure tan apurado. De riqueza y castidad, la mitad de la mitad. Edificio bello y extraño, siniestro por el uso que se le había dado. Sal sembrada en el suelo para que a los presos sin cama les diera tisis. Vacío ahora. El grande y fortificado portón sin vigilancia. Las almenas, troneras y atalayas como un avispero abandonado. El precio del orden. Prefiero la injusticia al desorden, dijo Creonte, el desorden genera injusticias mayores y más numerosas. Para mañana han anunciado dos manifestaciones. Yo tengo un castillo en el fondo del mar. La casa del dolor. Le di la vuelta y vi las casitas dolientes de las mujeres que se ganaban la vida vendiendo comida a los soldados y a los presos. Entre la Costa Rica y Las Tres Torres en destrucción, un parque infantil; al lado de Las Tres Torres el edificio nuevo del Liceo Lisandro Alvarado, en construcción. Regresé al Ilustre Americano y seguí hacia el Parque Ayacucho. Yo vi una vez en sueños al Mariscal anciano. Mi familia no había regresado de la escuela bíblica dominical en la iglesia de Leiva ¿qué es un pepónide? María Inés yo soy la resurrección y la vida. Descanse un rato largo en una atmósfera de serenidad y seguridad. Cuando regresaron almorcé con ellos. Ya no es por quien coma. Esperé tranquilamente la hora de ir al colegio de monjas. ¿Dónde está, oh tiempo, tu victoria? ¿Dónde, oh espera, tu aguijón? Puesta la mano tersa sobre el Emilio.

Salí con calculada anticipación para llegar puntualmente, pero llegué demasiado temprano. Di unas vueltas por la placita de Jacinto Lara. Las Valenzuela. Los Monte de Oca. Cadenas. Milagros. No había nadie en las calles. Estaban oyendo por radio el juego decisivo en la serie del Caribe, entre Venezuela y Cuba. José Pérez Colmenares. Argentina, Brasil y Bolivia, Cuba y Panamá son hermanos soberanos de la libertad. Oligarcas, temblad. La espada redentora del general Falcón. Zamora quemó a Barinas tres veces. El ilustre General León Colina dio el grito de rebelión en la histórica ciudad de Coro, pero el General Guzmán Blanco triunfó al frente de catorce mil traidores. Sólo vi por allí a Richardi, un bolivita de cocuy, caminaba de prisa murmurando no sé qué. La nariz roja le brillaba de sudor y de grasa. Toqué. Tun, tun. ¿Quién es? La vieja Inés. ¿Qué busca? Una rama e brusca. ¿Pa quién? Pa Don Ventura. ¿Qué le duele? La cintura. ¿De qué? De tanto correr. Eché una carrerita pa ver. Vengo a visitar a la Señorita Elisa Girand. ¿De parte de quién? De parte de Nutrias. ¿No vino Ud. el domingo pasado también? Sí. Pase, ella lo está esperando. La monja leía su breviario inmóvil como el domingo pasado. Tal vez era una estatua. Me iba a fijar bien. ¡Qué puntual eres! Me dio las dos manos, me hizo sentar cómodamente, me puso un cojín en la espalda. Iba a desplegar su papel de dama bien educada que atiende a su invitado en un salón distinguido, pero algo en mí la detuvo. Yo estaba decidido a no andar por las ramas. ¿Qué tienes? Yo miré hacia el suelo. ¿Qué tienes? Yo miré hacia el techo. Anda, dime ¿qué te pasa que te ves tan raro? Yo la mire a los ojos para decirle... pero en ese momento se abrió la puerta y entró Víctor.

Todo se decidió esta semana. Nos vamos a casar en Nutrias. Ya yo no soy alumna del colegio, por eso no tengo uniforme. Nuestros padres dieron su consentimiento el miércoles. Mi papá viene a buscarme pasado mañana. Víctor también se retiró del liceo. No es una boda corriente porque somos muy jóvenes; pero no es brusca, tenemos amores desde que estábamos pequeños, y siempre los mayores nos aprobaron. Tal vez hubiera sido mejor terminar los estudios, por lo menos el bachillerato; pero tal como están las cosas en Venezuela, es mejor dedicarse a algo serio y útil. A los dos nos gusta el campo y vamos a encargarnos de un hato del papá de Víctor. Tú eres el primero en saber la noticia y el primer invitado. De aquí vamos a invitar también a Darío y a Andrés. Ojalá puedan venir. Víctor los puede llevar en la camioneta nuevecita que le regaló el papá. Allí tienen dónde llegar, y con las huelgas y manifestaciones no van a perder clases porque no va a haber muchas.

Felicitaciones, gracias, qué sorpresa tan grande, le voy a dar parte a mi familia. Ya mandamos a timbrar las tarjetas de invitación; les llegará una pronto. Sabemos lo difícil que es para toda una familia viajar tan lejos para ir a una boda; pero tú sí puedes venir con Víctor. Tendrán mucho que arreglar, a las cinco termina la visita y yo tengo un compromiso esta tarde. Felicitaciones otra vez. Adiós.

Una vez yo me caí de un taparo y quedé privado. Privado fui a Las Tres Torres. Privado bajé la cuesta que está detrás de Las Tres Torres. Privado llegué al Río Turbio que vagabundea por el gran lecho que le dejó su papá, privado llegué al cocotal y a la piscina de Macuto. No sabía si iba o venía. Un perro realengo, macilento, me mordió en una pierna y se quedó pegado, yo movía la pierna y el perro no se soltaba, me lo espantaron, no me sacó sangre, los colmillos no penetraron mis pantalones de dril, a Leiva sí le hubiera sacado sangre porque usaba pantalones de lino fino. Privado volví al Río Turbio; cuando oscureció, privado, subí la cuesta de Las Tres Torres, la luna llena estaba saliendo a mi derecha y me permitía distinguir los barrancos y las curvas. Privado llegué a Las Tres Torres, al parque infantil, a la Costa Rica. Privado busqué la Avenida de las Ciencias y la recorrí de sur a norte, la luna se colaba entre las casas a mi derecha. Privado, la recorrí de norte a sur; la luna había subido bastante. Ningún hombre está solo si tiene un amigo. La patria es un amigo. Privado, me fui directo a la casa de Andrés. Un gentío en la puerta, la mamá bañada en llanto, los vecinos tratando de consolarla. Privado oí: estaba boxeando con un amigo y se resbaló y se cayó hacia atrás y le pegó la cabeza a un yunque que estaba en el suelo y se rompió el cráneo, y la sangre y la masa encefálica estaban todavía en el yunque y lo llevaron al hospital de la Avenida Quince al final, sobre la cuesta del Río Turbio, al lado del cuartel, y llegó muerto y esta noche empiezan a velarlo y mañana en la tarde es el entierro. Oí yo, yo oí. Privado.

B

Me agarro la correa con las dos manos. Silencio exterior. Silencio interior. El aeropuerto está quieto como si se hubiera detenido el mundo. En el recuerdo renueva la pavora. Hay dos puertas solamente: la de salida hacia el campo de aterrizaje y despegue; la de salida hacia las salas de comprar pasaje, entregar equipaje, pasar aduana. Ambas cerradas; sé que detrás de ellas hay soldados de guardia con ametralladoras. Las otras puertas de la sala de estar no son puertas de salida: las de los baños, las de las tiendas turísticas cerradas a esta hora. Necesito un soñadero.

El sueño me rodea blandamente, me envuelve la cabeza, me agrava los párpados con arenas doradas. Cierro los ojos y un río me arrastra, tibio y lento. Pero por dentro estoy despierto. Algo puntiagudo, como una lezna, mantiene el sueño a raya. Algo puntiagudo en medio del cuerpo, una lezna en el estómago con la punta hacia el pecho, genera vigilia como sangre de herida. Humeante vapor de sangre me sube hasta los ojos. El sueño no pasa de los párpados. El momento es propicio: necesito un soñadero.

Voy al baño. Por las pequeñísimas ventanas que dan hacia el exterior escucho voces de soldados que hablan de cualquier cosa, aburridos por la guardia. Un olorcito mezclado de orina y desodorante. Regreso a la sala de espera. Todos los demás duermen en sus sillones; algunos roncan apaciblemente. Hay una silla de madera y cuero al lado de la puerta de salida hacia el campo, la silla donde se sienta el empleado que revisa los pasajes y recibe el boarding pass; los pasajeros hacen cola y él no los atiende, se queda sentado en esa silla, mientras no reciba por su teléfono la orden de dejarlos pasar. Ahora la silla descansa, vacía, frente a su minúsculo escritorio donde apenas sí cabe el teléfono y hay espacio para poner papeles. Necesito un soñadero. Me siento en esa silla y la inclino hacia atrás para que quede en equilibrio inestable sobre las patas traseras. Me duelen las manos de tanto apretar la correa. La lezna sangra vigilia y el vapor humeante me sube hasta los ojos.

No es bueno parar la silla en una sola pata y darle vueltas, porque se muere el amo de la casa. No es bueno parar una silla con las cuatro patas hacia arriba, inclinadas debido al espaldar, porque se acelera la muerte de la madre. Pero sentarse en una silla, inclinarla hacia atrás para que quede en equilibrio inestable sobre las patas traseras y mecerse apoyando los pies en el suelo y balanceando el cuerpo hacia atrás y hacia adelante está permitido; sirve para pensar. Si la silla no es muy buena ese ejercicio la afloja y termina por echarla a perder. Se conoce una buena silla en que aguanta ese ejercicio. Comencé a balancearme; la silla estaba bien ajustada. Si me descuidaba, me caía hacia atrás. A falta de samán o taparo, buena es una silla para soñadero.

41

El papá de Alesia me vino a visitar. Una visita corta. Conversó brevemente con mis padres y me invitó a dar un paseo. Los párpados encapotados casi le tapaban los ojos; miraba como si se asomara desde un escondrijo. Era flaco y erguido. Tenía un lunar de teta en la sien izquierda y se dejaba unos bigotitos ralos. Anciano duro y seco. Tu papá y yo somos los únicos viejos derechos en Barquisimeto. No te dobles nunca, el que se dobla hacia la tierra y mira siempre la tierra cae prematuramente. Vestía siempre de negro con camisa impolutamente blanca de cuello y puños almidonados. Corbata negra. Usaba sombrero borsalino gris oscuro. Caminábamos por la Avenida Regeneración. Los conocidos lo saludaban con respeto y él respondía quitándose el sombrero con leve inclinación, lo sostenía un instante a pocos centímetros de la cabeza y se lo volvía a poner. Tenía pelo, aunque escaso, y se lo peinaba pegadito. Me agarró el brazo izquierdo con fuerza por encima del codo y me dijo: El hombre que trata de pensar a Dios se diviniza por ese solo esfuerzo.

Lentamente, entre grandes pausas, me contaba su vida. Fue un largo paseo. Después de llegar al parque Ayacucho y darle unas cuantas vueltas, nos devolvimos por la misma Avenida Regeneración y la recorrimos hasta el final. A los sesenta años se había casado en segundas nupcias con la mamá de Alesia, una mujer de alma fuerte y cuerpo débil que murió de tuberculosis en plena juventud. Nunca tuvo que trabajar para otros. Administró con buen tino una finca heredada y de eso vivía. Era pesimista con respecto al género humano en general. Este es un planeta de prueba y dolor. Siempre tuvo estabilidad económica y buena salud; pero en todas las demás cosas fue golpeado por la desgracia cada siete años. Amistad, amor, matrimonio, estudios, relaciones políticas y sociales, en todo fracasó, como si un desconocido juez y verdugo lo castigara por olvidados crímenes. Pero descubrió otro lado de la vida, oculto para la mayoría de las personas; pudo comprender la trama del destino y los alcances de la libertad. Tenía poderes secretos que había jurado no utilizar nunca para su propio beneficio. Yo lo oí sin saber qué decir y callaba respetuosamente, privado de todo interés, a todo indiferente.

De regreso, cuando llegamos a la plaza Bolívar, dobló a la derecha; caminamos hacia el norte, pasamos entre la Gobernación y el teatro Juarez y seguimos hasta llegar a la Francia. Me brindó un enorme helado servido en bruñida copa metálica. Siempre te has portado bien con Alesia, no sabes cuánto te lo agradezco. No entendí; yo sólo estudiaba con ella y con ella hacía las tareas, a veces la acompañaba hasta su casa después de clase. No veía dónde estaba el favor. Te voy a hacer dos regalos: el primero es darte una información importante. Nadie se hace hombre, nadie madura, sin una gran desgracia. El mundo está lleno de niños grandes que no tienen ni el candor de la infancia ni la madurez del adulto. Pero la desgracia debe ser digerida, asimilada, para que no resulte mortal ni desemboque en un culto al sufrimiento. Se digiere con el cuerpo y se asimila con el alma como luz de comprensión y fuerza para la acción. Desplegó el regalo con indicación precisa de comportamientos convenientes.

El otro regalo te lo voy a hacer el jueves por la noche. Ven a mi casa a las ocho. No comas antes de venir: el cuerpo debe estar ligero. En La Francia, además de vasos y botellas diferentes en tamaño, forma y color, había otros objetos de cristal: vitrinas, bibelots, floreros, bombillos, lámparas, espejos. Y superficies de metal pulido. Yo estaba rodeado de brillos y reflejos. La luz se reproducía por partenogénesis en mil hijos ilusos que fragmentaban mi atención y me daban la impresión de estar perdido en otra ciudad, muy distinta de Barquisimeto, oyendo palabras saltarinas, independizadas de sentido, mientras los ojos del anciano emitían destellos retozones desde debajo de los párpados encapotados. Tal vez así ve el mundo un niño de pecho. Me dio sueño, y envidié los hados de Endimión.

Después del paseo me fui derecho a la casa del holandés errante. No estaba. Me dejaron entrar por el negocio. Fui derecho a la sala de conversación y me senté en un taburete frente al caballero de la mano en el pecho. En torno a mí los demás cuadros agitaban sus presencias y me pareció que, al entrar, yo había interrumpido un conciliábulo. Sentí deseos de pedir disculpas, pero me concentré en el caballero y ellos se calmaron. Entonces descubrí el prodigio: el dedo medio y el anular estaban juntos; el índice y el meñique estaban separados de ellos; aquéllos como si hubieran cortado ya la fruta del baobab sombrío; éstos como si formaran cuchillas laterales para cortar arterias estorbosas. Desde la noche de los ojos del caballero, destellos fragmentados parecían preguntarme ¿ya en tiendes? revoloteando en torno a mi cabeza ¿ya entiendes? Yo no entendía nada.

Cuando llegó de su errancia el holandés, lo interrogué sobre el caballero. Es una muy buena copia del que está en Toledo. En los museos de Europa trabajan pintores profesionales que hacen por encargo copias de los cuadros. Algunos se especializan en algún maestro y hacen reproducciones tan exactas que sólo un experto puede distinguirlas del original. Es más: pueden inventar cuadros de un gran pintor y hacerlos pasar por originales. Después de la guerra uno de esos copistas e inventores vendió a particulares y a museos norteamericanos cuadros hechos por él mismo de los pintores más conocidos.

A precio de oro, además. Cuando sagaces expertos lo descubrieron y fue sometido a juicio, resultó que los pintores plagiados, los que estaban vivos para entonces, no pudieron distinguir sus propias obras originales de las hechas por el timador. Picasso mismo declaró suya una de las obras del timador; tuvieron que convencerlo los expertos, y aún así le quedaron dudas. El juez declaró genial al imitador y sugirió que el gobierno francés facilitara su trabajo, utilísimo por lo demás para la captación de divisas, con la sola condición de decir la verdad a los compradores.

Esta anécdota es prueba de mi teoría sobre los artistas. Artista es el que crea un estilo, un universo nuevo con sus propias leyes. Las obras individuales pueden ser copiadas a la perfección y otras pueden ser agregadas con derecho pleno de ciudadanía en ese universo. Es cuestión de técnica. Muchos artistas pasan la vida poblando el mundo que crearon con la primera obra; otros podrían ayudarlos. Pero la creación de un mundo es privilegio del artista genial, del único artista que merece tal nombre.

Me impacientó esa errancia del holandés. Yo quería preguntarle solamente por los dedos de la mano en el pecho. ¿Tenía él varias copias con cambios en ese detalle? Actualmente la copia de cuadros y la invención de cuadros atribuibles a un maestro es un oficio legal. En los países del este de Europa es una empresa del estado. En cuanto a cuadros antiguos, hay métodos científicos de envejecer artificialmente las maderas, las telas, los colores. Los antiguos iconos bizantinos, por ejemplo...

No tenía tacto ese holandés. Era como una máquina. Tenía discursos grabados. Se le tocaba una tecla y se ponía a recitar. En vez de comprender cuál era mi interés y establecer un verdadero diálogo. ¡Qué obtuso! Tenía que tocarle la tecla de los dedos. ¿A qué se debe esa extraña posición de los dedos? Normalmente quedarían igualmente separados, con excepción tal vez del meñique, que tiende a apartarse un poco más, como cuando se agarra una copa.

La rocola holandesa tocó el disco que no era. Disertó sobre los cambios de detalle en una copia: habló sobre pintores que pintan varias veces el mismo cuadro introduciendo variaciones parciales. Dijo que así puede comprenderse el toque maestro. Un gran pintor puede encargar la ejecución de sus cuadros a discípulos familiarizados con su mundo artístico y con sus técnicas; después llega él y pone el toque maestro, que puede ser una pincelada, o el énfasis en una raya o la supresión de un trazo. Lo contrario puede ocurrir también: un restaurador de la Monna Lisa que le quitara unos pocos milímetros a cada lado de la sonrisa arruinaría la obra entera. Además...

Se me aclaró una impresión que había tenido antes y que no había osado pensar con claridad por respeto. No debe uno pensar mal de las personas mayores, decía mi mamá, y mucho menos si está recibiendo atenciones y favores de ellas. Pero la impaciencia me ensoberbeció y me envalentonó: ese holandés era demasiado culto para enfrentarse con una obra de arte. Cuando veía un cuadro lo ubicaba históricamente, lo situaba en la biografía del pintor, explicaba sus relaciones con los problemas sociales de su época, lo analizaba en relación a las técnicas y materiales utilizados, indicaba el museo o coleccionista particular que lo guardaba y la cotización aproximada en dólares, enumeraba las influencias artísticas recibidas por el autor y las ejercidas en obras posteriores, así como las diferentes apreciaciones de la crítica. Algo parecido hacía con una pieza de música, con una estatua o un edificio, con una novela o un poema. Tenía la cabeza llena de conocimientos y de aparatos teóricos; cuando se ponía frente a una obra de arte, ésta desencadenaba en su consciencia asociaciones eruditas, activaba teorías, ponía en juego sistemas de valoración.

Se me aclaró más la impresión al aflojarse más la inhibición del respeto: ese holandés huía de la confrontación personal con la obra. Esta lo atraía con gran poder; no cabía duda; había dedicado mucho tiempo al estudio del arte; sabía mucho. Pero no podía quedarse quieto y solo ante la obra singular. No podía dialogar con ella como ser singular. Escapaba hacia lo universal de la obra y hacia lo universal de sí mismo. Se refugiaba en el lenguaje, en el pensamiento, en la ciencia. A mí también me hería de fascinación y terror la obra de arte en su singularidad, pero era demasiado joven y muy poco estudioso para ser erudito. La ignorancia me cerraba esos caminos de fuga. Por eso quedaba, trémulo y torpe, a la merced de esas presencias singulares y balbuceaba incoherencias mientras mi corazón se conturbaba. Pero aceptaba la confrontación: bien podía voltear la cara y poner cuidado a otra cosa, y no lo hacía. Darío en cambio sí parecía haber tomado el camino del holandés errante. Sentí orgullo. Me sentí superior.

Por favor -lo interrumpí con ruda acrimonia- lo que quiero saber es si Ud. tiene otra copia de este cuadro. La última vez que estuve aquí lo vi atentamente y estoy seguro de que tenía los dedos de la mano en el pecho dispuestos de otra manera. Se quitó los lentes de grueso marco de Carey y la cara le quedó desnuda, desvalida, pálida. Los ojos irritados, de tanto leer, pensé, miraron con perplejidad el cuadro, luego a mí, luego el cuadro de nuevo, luego la pared donde no había cuadros. Tengo esta sola copia y conozco el original que está en Toledo, lo sé de memoria. Me interesé en la posición de la mano y la disposición de los dedos. Normalmente suele apartarse sólo el meñique como al sostener una copa. Averigué. Se trata de un signo secreto de reconocimiento entre maestros cabalistas. Eran tiempos de inquisición. Los cabalistas tenían que reconocerse y reunirse clandestinamente. Tu pregunta y tu observación me sorprenden. Sobre todo porque alguien me dijo hace años en Holanda que, en un dibujo preparatorio para el cuadro, los dedos estaban dispuestos de manera diferente: el anular y el meñique muy juntos, lo mismo que el medio y el índice, con una gran separación entre el medio y el anular. También es un signo secreto de reconocimiento, pero entre aprendices.

No le pregunté qué es un maestro cabalista por temor de poner un disco muy largo; pero él, espontáneamente se extendió en explicaciones sobre el saber prohibido en aquellos tiempos. Me dieron ganas de injurarlo. Yo quería quedarme en el cuadro, preguntarle al caballero sobre el cambio de signo, y el holandés me lo estorbaba con su perorata. Una rabia ciega me amargaba y estuve a punto de pedirle que cerrara la jeta; pero su cara desnuda y desvalida, sin anteojos, me produjo una gran compasión y me hizo recapacitar. Mi arrogancia era injustificada. ¿Qué sabía yo si ese holandés no había tenido profundas confrontaciones con cada uno de los cuadros que tenía? Muy bien podía ser que no huía hacia lo universal, como yo creía, sino que se mantenía en el nivel erudito como forma inicial de comunicación y no podía pasar a mayores intimidades conmigo porque yo no le daba signos de reconocimiento que lo hicieran ver en mí a un interlocutor válido en asuntos más personales.

De repente me pareció, por mi cuenta, que maestro cabalista quiere decir hombre completo, que un hombre completo sólo puede comunicarse con otro hombre completo y que yo no era más que un mocoso malcriado incapaz de reconocer ni siquiera el signo de aprendiz, mucho menos de hacerlo. Debía agradecer la gentileza suya y el tiempo que me daba, manifestando por lo menos el respeto hacia las personas mayores que mi mamá

me había enseñado. Mucho me convendría madurar en sensibilidad y sentimientos. Mucho me convendría cultivar mi espíritu con la erudición.

Pero la rabia ciega me seguía amargando. Sentí que tenía por dentro un volcán taponeado y no quise que hiciera erupción ante ese holandés gentil, inocente de lo que me estaba pasando. ¿Qué me estaba pasando? No lo sabía. Me despedí bruscamente y busqué la cuesta del Río Turbio, detrás de Las Tres Torres.

Si el hombre se hubiera quedado entre los árboles, en la selva, y nunca hubiera inventado ningún instrumento, ni hubiera trabajado la piedra, ni hubiera descubierto minas, ni hubiera construido objetos metálicos, ni hubiera desarrollado artes marciales.

Si no hubiera transmisión de herencias materiales ni espirituales, si no hubiera cultura, si no hubiera lenguaje. Si no hubiera hombre.

Si no hubiera animales, ni árboles, ni ríos ni montañas, ni mares, ni planetas, ni soles, ni galaxias. Si no hubiera nada. ¿Por qué hay algo en vez de no haber nada? Si no hubiera preguntas.

El Río Turbio, flaco riachuelo de pomposo nombre, se dividía y se perdía en estrechas corrientes por el inmenso lecho que le dejó su papá. Balandando. Soy la oveja perdida. Rasgando la tierra con las uñas. Bramando. Soy el becerro perdido. Desgarrando la tierra con los dedos. Aullando. Soy el perro sin amo. Escarbando la tierra con las manos. Madre tierra, ¿por qué tan silenciosa? Golpeando la muda tierra con la frente. No era compasión por tus hijos, era envidia de Cronos. Exhausto por el berrinche, pero no saciado, sangrando, vi que regaba con lágrimas, baba y mocos unas minúsculas plántulas aferradas tenazmente a la tierra pichirre. Tenían florecillas amarillas, mínimas florecillas que el sol poniente transmutaba en oro. Alcé los ojos locos hacia el sol y un desconsuelo dulzón, ay Darío, como de miel podrida, me empalagó los huesos.

42

En las primeras horas, en los primeros días, yo no sentí nada. Estaba privado de sentimientos. Cuando uno se corta con una hojilla de afeitarse, no duele en los primeros momentos; después sí. Un coscorrón atonta por el choque, después sale un chichón. Yo había asistido a todo en calma. Pero sí sentí un disgusto, aún dentro del aturdimiento: no me gustaron los pésames, ni los llantos, ni los recuerdos conmovidos, ni las reflexiones tradicionales. Sobre todo no me gustó el discurso fúnebre pronunciado por el profesor de biología, Leiva ¿qué es un pepónide? No me hubiera gustado ningún otro discurso fúnebre, estoy seguro; sentí que odiaría siempre ese género.

El hablaba al lado de la sepultura abierta, sobre el montón de tierra excavada; del otro lado de la fosa estaba la urna ya claveteada, con las correas que habían servido para traerla y servirían ahora para bajarla. Estaba vestido todo de blanco con corbata y zapatos negros, como siempre. Bien afeitado y con un ligero tufo de aguardiente, como siempre. No diré lo que suele decirse en casos como éste: que no ha muerto porque vivirá siempre en nuestros corazones. Diré la verdad: ha muerto y será olvidado. Perdón, no quiero agregar dolor al dolor, ni producir estridencias de mal gusto. Quiero ser veraz, de tal manera que, si algún consuelo hay, no esté basado en la mentira. No creo en mentiras piadosas. La verdad es siempre saludable, el engaño nos acostumbra a la ignorancia y nos hace menos aptos para vivir y sobrevivir.

Después de la última mirada, alguien le puso un espejito frente a la nariz, era costumbre, para ver si se empañaba, última esperanza; después del martillo y los clavos una camioneta negra prestada por los Veracochea lo trajo hasta la puerta del cementerio. Tic-tac. De ahí hasta la fosa lo trajimos seis compañeros agarrados de lado y lado a las tres largas correas. La marcha lenta parecía un pequeño bailecito; el cajón se balanceaba y nosotros también. Un, dos; un, dos. No quedó hermético; el cuerpo se había corrompido muy rápido; un olor de cadáver humano, tan diferente al de cualquier otra mortecina, se filtraba por entre las tablas y nos llegaba, produciéndome una especie extraña de embriaguez. Unas tres cuerdas. No me cansé. Un, dos. Un, dos. Lápidas, cruces, estatuas de ángeles, panteones de mármol, tumbas limpias con flores, tumbas abandonadas. Tic-tac. Avenidas y calles de esa ciudad sin árboles. A lo lejos se veían más cruces, más estatuas. . . Yo nunca había estado antes en un cementerio. ¿Vas a los cementerios? Sí, mucho, mucho. Yo los llamo a los muertos mis amigos y a los vivos los llamo mis verdugos, mas no dejo que me impongan yugo. Yo no oía el tic-tac, pero lo sabía, que era como oírlo.

Tampoco diré que murió prematuramente. Cualquier edad es buena para morir. No hace falta ser mayor de edad ni haber cumplido con nada. La única condición necesaria es estar vivo. En eso no difiere el hombre de los demás seres animados. En eso no tiene prerrogativa ni preeminencia sobre los insectos, las ratas, las hojas de los árboles. Gilgamesh no quiso que enterraran a su amigo, mantuvo el cuerpo a su lado; a los pocos días la

barriga de Enkidu, inflada por la muerte, estalló y grandes gusanos salidos de quién sabe dónde, ¿los tendremos todos ahí dentro, esperando, en germen?, se regodeaban en la podredumbre. No permitiré que eso me pase a mí, buscaré a Utnapishtim y lo obligaré a decirme cómo hizo para volverse inmortal; si en el camino me amedrentan los leones, elevaré mis plegarias a la diosa Ishtar, ramera de los dioses.

Ni diré que lloro por las grandes obras y hazañas que, de vivir, seguro hubiera hecho con el ingenio y el talento tan evidentes en él y tan ligados a una rara vocación de servicio y a una inquebrantable voluntad de logro. Nadie es indispensable. El carro de la vida sigue su carrera aunque de él caigan los mejores. Otros no menos buenos ya han nacido, están naciendo, o nacerán. En el camino se enderezan las cargas. Bondad y amor animan otros corazones. Inteligencia y dones resurgen en oleadas. Los familiares y amigos del difunto dejaron de llorar, la actitud doliente se trocó en sorpresa y comenzaron a prestar tensa atención a las palabras del profesor Leiva-qué-es-un-pepónide. Héctor agonizante dijo al triunfante vengador de Patroclo: También tu destino, Aquiles, es caer bajo los altos muros de Troya. En torno a tu cadáver arrastraré a Héctor boca abajo, después lo entregaré a los perros y a las aves de rapiña, y sacrificaré sobre tu pira a doce jóvenes troyanos. Cuando yo muera, que mis cenizas sean puestas al lado de las tuyas. Pero es preferible, Odiseo, ser esclavo de un jornalero sobre la tierra que rey de todos los habitantes del Hades.

Algunos pueblos tienen plañideras, lloronas profesionales que, por paga, lamentan al difunto. Este, piensan, merece llanto expreso con o sin sentimiento, y los deudos necesitan librarse de su recuerdo con llanto, borrarlo con llanto para vivir aliviados de esa carga inútil. Si alguno de los presentes lo canta en un poema inmortal, no diré por eso que vivirá en el marfil de la poesía. De él sólo quedará el nombre común a miles y alguna vaga imagen, la sombra de un sueño. Vivirá el poema sí, mientras haya quien lo recuerde, pero los hombres somos olvidadizos y los poemas se confunden unos con otros y se repiten. En fin de cuentas son un solo poema interminable e impersonal que no se refiere a nadie en particular, ni pertenece de verdad a ningún autor individual. Jonatán) tu amistad era para mí más importante que el amor de las mujeres. Nos apartábamos de los compañeros para conversar a solas, rocío en las sienes, vino en las entrañas. Quien hubiera podido ser de luz. Como no encuentro al copetón, me llevo a este pelón. Se ponen luto, se ponen medio luto. Se quitan el luto. Veinticuatro horas de velorio. Sancocho de gallina. Chocolate. Café. Pastelitos. Cuentos alegres en la madrugada. Duérmanse los otros, yo velo. Cuando allá se pase lista, a mi nombre yo feliz responderé. Aro Ulises. Ausente maestro. Sepelio. Visita una vez al año, el día de los difuntos. Mandar a limpiar y a adornar la tumba. Después, otra tumba abandonada. Si uno manda a limpiar y adornar la tumba abandonada de un desconocido y le pone flores, puede pedir y recibir un favor del finado. Aquí ya no hay espacio; revise las tumbas sin amo, saque los huesos, póngalos en una fosa común y utilice los sitios así recuperados. Barriga de campo santo. Alesia no tuvo que cambiarse, vino de negro como siempre, más el velo. Elisa me abrazó, tenemos que ser fuertes, tenía los senos calientes, por primera vez le sentí el cuerpo, ese cuerpo fugaz que la tierra se tragaría, la tierra envidiosa de Cronos.

Mucho menos diré que lo voy a recordar yo con frecuencia. No he venido a mentir. Cada año tengo nuevos alumnos, memorizo los nombres y los rostros de algunos pero los siguientes los hacen irreconocibles por superposición. Lo que me queda es un borrón. Si alguien me preguntara por él dentro de algunos años, yo diría tal vez que fue muy buen alumno y prometía mucho; yo también era buen alumno y prometía mucho, pero ahora mis maestros no me reconocen; ni yo mismo me reconozco repitiendo año tras año las tesis del programa y poniendo calificaciones a la memoria. Si alguna vez, con tus recuerdos echados al viento, me dijeras que me has amado tanto, sellaría tu palabra con una palabra tierna, humilde, capaz de hacerse tuya cuando tiendas los brazos hacia ella. Si alguien me preguntara que es un niño, yo diría: un niño es una hormiga, un niño es un cuaderno de gaviotas, un niño es una casa de guitarras infranqueable a la muerte. Sobre todo el rictus de tus pétalos, y llevarte en mi corcel inaccesible al alba. El tiempo: si no me preguntas, sé; si me preguntas, no sé. Que silos vivos comieran, se morirían. Reventá, Guiller mó. Yo nunca me he montado en un barquito, pero si un amigo me invitara. Nunca vi barcos de guerra. Se llamaba Doña Berta. Si alguien me preguntara por ti, te negaría tres veces, hasta el canto del gallo. Tic-tac. Quisiera del gallo el canto y del burro el instrumento, para tenerte contento hoy en el día de tu santo. La luz de un camino por donde sólo pasan las brujas de la nada y del misterio. No tuvieras tantos hijos, conejo, si tú supieras lo que el zamuro le dijo a la rana platanera. Si alguien me preguntara: ¿cuándo vuelves a la escuela? Quien parece regresa al fundamento; se pone fundamentoso.

Había otros grupos de personas vestidas de negro o blanco. Cosa curiosa: ningún grupo cerca del otro. Tal vez todos los días. De seguro todos los días. Bautizos, matrimonios, graduaciones, cumpleaños. Floja y seca la tierra. Debe ser mucho más difícil en lugares pedregosos. Darío y el holandés tenían los ojos colorados. Desde

el cementerio sin árboles que llevo por dentro, yo lo había visto como un árbol plantado junto al arroyo, que da su fruto a su tiempo y su hoja no cae. No así los malos. Serán como el tamo que arrebató el viento. ¿Crees que te vas a quedar para semilla? ¿Crees que esto es una sementera, un seminario, un sementerio? El único sementerio legítimo es la totona. Leiva tenía su biblia bajo el brazo. No debieron dejar hablar a ese ateo. Mi mamá la acompañaba muy de cerca y le murmuraba algo al oído, pero ella no parecía escucharla. Como zamuros en torno a una mortecina, zamuros inmóviles, como inmovilizados por una fotografía. Dame la tierna luz de tu dulce mirar. Préstame el Pausilipo. Nadie empiece a comer mientras la señora de la casa no dé permiso. Me pareció oír un pequeño ruido por entre las tablas mal claveteadas, tic-tac, un chillido de ratón, el desplazamiento de un líquido con aire por una tubería. Sólo existe intimidad entre dos personas cuando pueden oírse los ruidos internos de la barriga sin avergonzarse.

Pero en cambio, si diré, aun a riesgo de resultar aborrecible o ridículo, diré haciendo violencia a mi pudor, violencia última, diré que ayer a esta hora algo fue separado de mi cuerpo. Ayer a esta hora algo me fue amputado ¿un órgano invisible? y desde entonces y para siempre he quedado disminuido en mi fuerza, tembleco, emasculado. Algo irrecuperable me fue arrebatado. Compré un bastón, estoy aprendiendo de nuevo a caminar. En tres patas a mediodía. No podré comer sin sentir una cierta amargura en el sabor de los alimentos. No podré beber sin que el licor se me corrompa en la copa. No podré dar clases, sin hacer pausas para desatar un recurrente nudo en la garganta. Para mí la pedrería de la noche apagó sus hechizos y el oro de la tarde es oxidado cobre. Olvidaré todo lo ocurrido en estas últimas veinticuatro horas, pero un vacío gris ocupará el puesto del recuerdo, un vacío que ya percibo y ya interpreto como anuncio del vacío infinito sobre el cual he estado nadando hasta ahora con fuerzas desde ayer disminuidas. No soy tan cobarde como para aceptar consuelo falso y no encuentro manera de consolar y ser honesto. Quien más sufra sepa que en ningún respecto su pena es más grande que la mía. Esto quería decir. Esto he dicho.

Hija mía, desconfía del enamorado que te escribe poemas: ama las palabras. Si las usa para seducirte, es indigno. Si las cultiva para expresarse, las ama más que a ti. Si es buen poeta está interesado en la belleza artística; tú no eres más que un estímulo, una ocasión, un pretexto. Prefiere al que se cohibe y no halla qué decir. Recházalo si dice que está mudo y absorto y de rodillas adorándote. Muerto mío, desconfía del amigo que te dice discursos: te usa como pretexto para ensayar su retórica. Después, si puede, publica su discurso para ganar honra y gloria a costa tuya. Pericles no estaba interesado en esos primeros muertos, no le dolían, los utilizaba para arengar a los vivos. Ignacio Sánchez le sirvió a Lorca para lucirse. Sijés le dio ocasión a Miguel para conmovernos con su arte. Prefiere al que se come tu muerte y se envenena con ella en silencio y agoniza sin saber a dónde va a parar. Las correas no alcanzaron, los sepultureros usaron veteranos mecates. Nadie osaba echar la primera palada de tierra; el profesor de biología Leiva qué es un pepónide la echó con ademanes sacerdotales, la frente y la nariz le sudaban. Sollozos de mujer acompañaron su brazo y la tierra que caía y el ruido sobre las tablas del pecho. Los expertos sepultureros continuaron la tarea. La gente se apartaba y pisaba, sin darse cuenta, las tumbas circunvecinas. ¡No! dijo el profesor; pero era un ¡no! retórico; así lo entendieron y siguieron paleando.

Cerré los ojos y me sentí acostado en ese pequeño espacio, en esa casita oscura, con las manos cruzadas sobre el pecho, el cráneo roto por detrás, sin masa encefálica. El peso creciente de la tierra doblaba las tablas endebles de la urna y las iba a reventar. Me dieron ganas de abrir los brazos y las piernas y patear, pero no pude. Me dieron ganas de gritar desaforadamente como cuando ponen yodo en una herida, pero no pude. Me dieron ganas de horadarme el pecho con las uñas hasta el corazón, de quebrarme la frente y las rodillas contra la tapa de la urna agravada por quinientos kilos de tierra, pero no pude. Abrí los ojos y pensé en raíces, en minas, en tesoros ocultos, en ríos subterráneos, en oasis que el desierto cubrió.

No pusieron lápida porque salió con errores de ortografía; al día siguiente la iban a poner. Pasaría una noche sin identificación. El oxidado cobre de la tarde comenzó a tiznar todos los mármoles; pronto los dejaría a todos sin identificación. Se fueron despidiendo de a poquitos con renovados pésames. Elisa abrazó por orden jerárquico a los familiares del difunto; después me abrazó a mí también, la cabellera recogida y completamente cubierta, la cara húmeda; tenía los senos fríos y se fue con Víctor. Se veían muy bien al alejarse entre tumbas, como una postal.

Si retoñaran. Sería una ciudad muy arbolada. María Inés, en cinta, abrazó a la dolida madre. Stabat mater dolorosa, juxta crucem, lacrimosa. Rip. Rip van Winkel. Ripio. Leiva la miró de lejos y apretó la biblia contra el pecho. Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Ella se fue con al baisano. El albaicín. Cuello de cisne, cuello de mono, cuello de botella. Qué es un pepónide acompañó a las señoras con exquisita delicadeza; el oxidado cobre le pintaba ojeras y largas arrugas al lado de la boca. El

morochito no atendió el acto ni saludó a nadie; dio vueltas por la ciudad sin árboles y se fue. En los tiempos de los apóstoles los hombres eran muy barbaros, se subían en los árboles y se comían los pajaros. Vengo a enterrar a César, no a alabarlo. La aguda espada del Señor escudriñará tus hígados y tus riñones. Me escondí detrás de un mausoleo hasta que todos se fueron. Los últimos estaban saliendo allá lejos por la gran puerta única. Van a cerrar.

Los perfiles de las tumbas estaban ya borrosos y se difuminaban más y más. No pude leer el epitafio del mausoleo que me servía de escondite. Me voy yo también. Paso con cuidadito al lado de la tumba sin lápida. La tumba recién tapada. Me pareció que se había brotado un poquito, como si tuviera debajo otra tumba, inquieta. Retoñar. Para salir tendrá que sacarte a ti primero. Creí estar debajo de las dos tumbas superpuestas. Empuja con los hombros. Acuérdate de Atlas. El finfin es muy flaco, lleva sobre el hombro una busaca con los huesos de todos sus familiares cercanos, y silba; te quiere comer. Si oyes bien el silbido, el finfin está lejos; si lo oyes débilmente, está cerca; si no lo oyes, está encima. Los dedos largos, huesosos, fríos y peludos te aprietan el pescuezo. Un pescuezo de gallina es como una paloma de hombre. Los dedos te estrangulan, te asfixian, no podrás gritar. Papá, papá, tengo ganas de orinar.

La puerta rechinó, corrí. Ud. como que se quiere quedar en esta pensión. Una última mirada; ahora sí es verdad que no se veía nada; el lucero de la tarde se iluminaba él mismo, a sí mismo; no irradiaba luz. Afuera el mortecino alumbrado público, árboles, botiquines. Utnapishtim. Comenzaban los juegos de la noche. El profesor Pepónide estaba parado solo, quieto; el traje blanco macilento, mustio, cansado. La voz parecía salir de una rocola en mal estado. No murió heroicamente en un combate por ideales. No murió ensoberbecido por la ira. No fue víctima de una epidemia. No lo ejecutaron ni lo lincharon. Murió como un pendejo. Lo dejé hablando, creo que no se dio cuenta, y me fui caminando hacia la calle Regeneración. Hija mía, desconfía. Muerto mío, desconfío. Privado.

43

Entierren esos soldados de una vez; tenemos que seguir; este sitio ya está marcado. Se veía que no estaba contento Aponte con lo ocurrido. Quítenles solamente lo que puedan llevar fácilmente, no se sobrecarguen. Los fusiles y las municiones sí. A mí me llamó aparte y me reprendió: No estamos aquí para hacer actos heroicos innecesarios; la prudencia debe acompañar al valor; saliste bien por casualidad; la próxima vez espera órdenes. ¿Podré? No respondí nada ni me disgusté.

Pero, en realidad, de parte mía no había habido ni valor ni imprudencia. Todo me había parecido irreal como en los juegos de la imaginación. Cuando Felipito avisó que venía un pelotón del ejército nacional, ya estaban encima. Se ve que nos tenían medidos porque se acercaron disparando. Cuando respondimos al fuego, organizándonos apresuradamente, ellos se cubrieron acostándose detrás de piedras y troncos caídos; nosotros también. Una situación típica que tendía a prolongarse mientras no llegaran refuerzos o uno de los dos bandos hiciera maniobras envolventes o recurriera a astucias. Pero tal vez tenían granadas de mano. Yo entonces me paré, como en un recuerdo, como si estuviera contándole eso a alguien, y avancé hacia ellos disparando mi ametralladora en ráfagas de abanico. ¡Qué blanco fácil era yo! Pero la sorpresa los paralizó durante segundos fatales, igual que a mis compañeros. Cuando comenzaron a reaccionar heridos, ya Felipito se había parado también y, sin duda, me salvó la vida rematando a los que estaban a punto de dispararme. Llegué hasta encima de ellos con paso tranquilo, frío por dentro, y seguí apretando el gatillo y abanicando la ametralladora después de que se me acabaron las balas. Me pareció que algunos corrían en zig-zag a lo lejos; no estoy seguro.

Marquen las tumbas con una cruz o un palo y clávenle la cédula de identidad. Son gente como nosotros, del mismo pueblo, y tienen madre. No sé por qué piensas tú, soldado, que te odio yo, si somos la misma cosa, tú y yo. No sé a quién se le ocurrió enterrarlos en círculo. Hondo; si no, un perro sin amo pudiera desenterrarlos. Doce. Las doce lunaciones del año solar. Pero quedan unos diecisiete días que no alcanzan para la luna trece, ni se pueden contar para la luna uno del año siguiente. Días nefastos. Desacuerdo perenne entre la luna y el sol. Guerra de calendarios. Tuvo doce apóstoles; él era el trece y subió la calavera con la cruz a cuestras. Un dos, un dos, un dos. Doce jóvenes troyanos degollaré sobre tu pira; Héctor es el trece. Pero nunca más volveremos a apartarnos de los compañeros para conversar a solas, rocío en las sienes, vino en las entrañas. No deis las nuevas en las plazas de Ascalón, ni en Gath. Monte de Gilboa, nunca más caiga rocío sobre tu cráneo calvo. Nunca más salga vino de tu entraña. Enarboló el hacha en su mano, tiró del puñal de su cinto y como una flecha descendió entre ellos, los hirió y los acuchilló. Zoila veía todo eso sin inmutarse. Lloren por ti la pulga y el piojo. Llore por ti el gorgojo. Lloren por ti la vaca y la rana. Lloren por ti el zamuro, el ratón y la gata. Llore

por ti el rey con su corona pálida. Lloren por ti el samán y el taparo, el barco grande y los caimanes. Llore por ti el Apure. Llore por ti el alfabeto Morse ticaricaricariando. Tenemos que salir ya. ¡Andando! Lleven lo indispensable nada más. Yo conozco un sitio donde no podrán encontrarnos. Ahí tengo escondidos hasta peroles de cocina y hay manera de conseguir víveres y apertrecharnos para una operación grande.

En algunos puntos había que rozar la maleza para abrirse paso; pero en general no había por ese lado grandes inconvenientes para la marcha. Eso sí, todo era muy parecido en todas direcciones, como para perderse irremediablemente si Aponte no guiara. A los diez años de edad, el papá lo había llevado consigo cuando se alzó. Zoila caminaba detrás de mí con dos fusiles, dos cantimploras grandes y el abultado morral del cual sobresalía un asa de sartén o de cacerola, a veces me pasaba y, cuando el camino era ancho, marchaba a mi lado. Ha de llegar el día en que los hombres sepan cocinar como Darío y el holandés. Lo indispensable. Siempre fue esta montaña favorable a los guerrilleros. Un dos tres cuatro. No podemos detenernos. Papelón, queso y agua. Un dos. Caminábamos en fila india, haciendo doble fila cuando se podía. Al frente Aponte; de último Felipito. A los guerrilleros también les gustaba esa montaña; no la cambiarían por otra. Guerrilla no era solamente gente alzada contra el gobierno. Era gente alzada por cualquier causa y hasta sin causa, o fugitivos de la justicia oficial o de la justicia familiar. Nosotros no pertenecíamos a ninguna de esas categorías; éramos guerrilleros porque hacíamos una pequeña guerra, pero nuestras razones eran muy diferentes. Todos teníamos eso completamente claro en la cabeza y en el corazón. Antes del mensaje póstumo de Andrés yo no sabía nada de esto; Aponte me puso en los palitos y yo acepté sin entusiasmo, seguía privado, pero a plena consciencia y con total acuerdo. Siempre hubo guerrillas en esta montaña y siempre habrá. Antes de la llegada de los españoles se alzaban por aquí los indios descontentos con sus propias tribus. En tiempos de los welzares se alzaron españoles descontentos junto con sus indios. También se alzaron algunos alemanes disgustados con el gobernador Tododedos. Por cierto, el abuelo materno de Aponte descendía de Tomás Esser, uno de esos alemanes rebeldes. Durante la colonia, durante la guerra de independencia y durante la república con su guerra de la federación, sus dictaduras feroces y sus bochinches democráticos, hasta hoy no ha pasado un solo día esta montaña sin ajetreo de guerrilleros.

Ese Aponte. Decían que su nombre significaba sin puente o hacia el puente o el ausente. El nunca explicó por qué había escogido ese pseudónimo. Sus amigos más cercanos nos referíamos a él como el hombre invisible. Ese nombre se lo puse yo, porque desde que llegué a Barquisimeto lo había visto muchas veces y en especial con Andrés, pero sin notarlo. Tenía la virtud de pasar inadvertido como la corriente del río Apure que casi se ve y casi no se ve. No se daba uno cuenta de cuándo llegaba ni de cuándo se iba. De repente estaba ahí, muy discreto y atento; de repente no estaba; y a veces estaba, pero el sitio donde estaba, estaba de alguna manera vacío; no se sentía su presencia, ni molestaba su ausencia. Vio morir a su papá. Una herida de bala en la pierna se le gangrenó. En el monte, después de una batalla contra tropas de Gómez. No me explico cómo Don Tomás Esser permitió que su hija se casara con el papá de Aponte, hombre violento y de vida irregular que descendía de la antigua familia romana de los Crassus; descendía: mucho había descendido esa familia y venido a menos y a mínimo; de ser importante en un imperio a ser marginal en una aldea como Churuguara, tan lejos de todas partes y de Dios, tan lejos de los centros estatales de decisión. Sería porque guardaba una imagen romántica de sus ancestros rebeldes.

Nuestro primer deber consistía en aprender a vivir dos vidas: la mitad del tiempo en la ciudad, la otra mitad en el monte. Nadie que no fuera del mismo grupo debía saber lo que hacíamos al ausentarnos de la ciudad. Mitad y mitad, distribuidas de cualquier manera. Eso excluía a los estudiantes, a menos que en el futuro los cursos fueran por semestres y no por anualidades; aunque en ese entonces, con tantas huelgas, el asunto se facilitaba. También valía un año sí y otro no, pero se prefería evitar ese distanciamiento; sobre todo para no romper por demasiado tiempo la continuidad de los estudios.

La edad mínima era de veintiún años, la mayoría de edad; pero se interpretaba simbólicamente. Aponte decía que hay muchachos de quince años que tienen ya veintiuno y hombres de cuarenta menores de edad.

El reclutamiento se hacía mediante un seguimiento cuidadoso de los candidatos sin que ellos lo supieran. Cuando se les hacía la proposición ya se iba sobre seguro. Aponte había reclutado a Andrés, y Andrés a Felipito y a Zoila. A mí me habían estado siguiendo mucho tiempo cuando lo del yunque.

La condición de la mujer guerrillera me asombró. Se pensaba que la mujer debe ser libre y se había instituido contra natura que la iniciativa en asuntos amorosos y sexuales era de la mujer. Se le permitía desde la más absoluta castidad hasta la promiscuidad, pasando por la monogamia, la bigamia, la poliandria sucesiva o simultánea, y en cualquier momento tenía derecho a cambiar de actitud. Estaba prohibido al hombre guerrillero, so pena de muerte, ejercer sobre ella sus poderes de seducción, o intentar retenerla, o celarla, o

tratar de influir sobre sus decisiones en este punto; sólo tenía derecho a no complacerla si él no quería. Intrigado por ese inmenso privilegio de la guerrilla, interrogué a Aponte. ¿Hasta cuándo quieres que la mujer sea esclava del hombre? La humanidad es un pájaro que vuela con dos alas, una masculina y otra femenina. No puede volar con una ala amarrada. Nos ha dado buen resultado en los diferentes grupos. Había varios grupos; pero sólo los jefes sabían de algún otro. Hasta ahora hemos ejecutado a dos nada más por ese concepto y ninguno en nuestro grupo. Algunos no están de acuerdo en la amplitud del privilegio; pero se someten por disciplina, a veces con grandísimo dolor, y eso los ayuda a vencer inclinaciones infantiles o románticas y a templar los metales del alma. A otros grupos guerrilleros no nuestros, que no practican esta regla, los ha destruido, sin proponérselo, una sola muchacha.

El cielo comenzó a perder sus colores cálidos; los verdes de la montaña se mustiaron, los siena del suelo se cubrieron de oxidado cobre. Ya no se distinguía el perfil de las tumbas. Iban a cerrar. La puerta chirrió. No tengo por qué quedarme contigo. Tú te moriste como un pendejo. Ni ejecutado ni linchado. Ni héroe ni en furia desmedida. Cabeza hueca, sin sesos. Un simple yunque. Ni como traidor siquiera, ni por viejo. Ni de una enfermedad incurable. Güebón. Bolsa. Marico. Que te lloren las lombrices de tierra y los gusanos de los mangos podridos. Que te lloren los perros sarnosos, los largarrabo, los comejenes y las niguas. Que te lloren las babosas. Que te llore la llorona, pedazo de carajo. Me estaba secando las lágrimas que junto con la creciente oscuridad no me dejaban ver nada, cuando tronó la voz de Aponte. No podemos acampar. Esto es una marcha forzada. Fila india estricta. Cada uno agárrese del que tenga delante. Cuidado con los tocones de las ramas que les pueden vaciar un ojo. Mantengan la cabeza hacia abajo. Marchábamos en subida. La embajada de Alemania, General. Y tan sudados que están, qué tal si hubieran venido en subida. Alé limón, alé limón. La de adelante corre mucho, la de atrás se quedará. ¿De dónde venís? Del palo quemao. ¿Qué traés? El rabo esollao. ¿De qué? De tanto correr. ¿Qué le duele a Don Ventura? La cintura. ¿Qué prefieres, la lechosa o la parcha? ¿La miel comprá o la miel da? Borrachos de cansancio. Marchemos, marchemos, toditos muy contentos; los pajaritos duermen, la luna se levanta. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho, cómete tu biscocho con plátano sorocho.

Entiendo. Nos diferenciamos de los guerrilleros que quieren tomar el poder. Ellos quieren llegar a mandar; nosotros no. Ellos son miraflores, por el palacio. Nosotros en cambio nos parecemos a los caballeros andantes; hacemos intervenciones puntuales para enderezar entuertos, proteger al indefenso, ayudar al desvalido, castigar al déspota. La mitad del tiempo, observamos; la otra mitad actuamos. Pero las guerrillas socialistas, con otros métodos, hacen lo mismo que nosotros y no quieren tomar el poder para mandar por mandar sino para establecer un régimen igualitario, sin propiedad privada y sin clases, de colaboración en vez de rivalidad. ¿Por qué no podemos aliarnos con ellos? Porque nosotros no queremos tomar el poder para cambiar la sociedad. Queremos más. Queremos cambiar la vida humana. Para cambiar la vida humana es necesario suprimir el poder del estado. Si lo ejercemos lo fortalecemos, cualesquiera sean nuestras intenciones. Eso fue casi inmediatamente después del mensaje póstumo de Andrés, cuando Aponte dedicó una semana a hacerme consciente, decía él, de lo que yo mismo quería y a instruirme sobre la forma de lograrlo. Recorrimos un camino estrecho y curvo entre dos montañas.

Tac-tic-tac-tic-tac principio de transmisión. Yo mismo se lo había puesto en el bolsillo de la camisa. Con permiso de los familiares. Cuando ya iban a clavetear la urna. Y le había dado cuerda completa. Duraría treinta y seis horas. El tic-tac o tac-tic no puede volverse ni tic-tic ni tac-tac; por lo tanto sólo pude transmitir siete letras. Con esas siete letras le ordené que transmitiera: renace errante Néckar. Nekar. Por subrayados en la tic-tac a y et interminables o en la tac-tic n y te interminables. Y que terminara en tic-tac-tic-tac-tic final de transmisión a las treinta y seis horas. Cuando el papá de Alesia me vino a visitar, ya había hecho tic-tac-tic-tac-tic y seguramente lo habrían después invadido los jugos sanguinolentos que se derraman por todas partes cuando revienta la barriga. Reventá, reventá, Guiller mó.

Cuando uno está muy cansado, exhausto, pero continúa esforzándose, llega un momento en que cree estar a punto de perder el conocimiento y caer muerto. Sin embargo, cruza la frontera del cansancio extremo y puede seguir. Ya yo había cruzado esa frontera dos veces. Faltan varios días. Faltan varios años. El tiempo se dilataba. ¿Por qué no decía más bien después de la próxima curva? Recordé la cara de uno de los soldados muertos. Expresión de asombro. No supo que se iba a apagar tan pronto. Tenía mucho combustible. Desperdiciado. Alguien dentro de mí sintió Vergüenza y culpa, pero yo no sentía nada. Doce jóvenes degollaré sobre tu pira, Patroclo. Pero a ti no te mató Héctor, ni Apolo. Un yunque. Tendría que descargar mi ametralladora sobre la diosa del azar. Perdón. Pisé el talón de la bota de Zoila. No pareció notarlo. Era tan fuerte.

Las guerrillas no aguantan el ejercicio del poder porque es contrario a su esencia. La guerrilla debe existir mientras exista estado. Mientras la libertad del individuo sea usurpada por el estado. Mientras el individuo, por

imbécil, la delegue votando. Mientras alguien sea amo de alguien contra su voluntad. Que un hombre obedezca a otro por reconocimiento de autoridad, de persona a persona, es bello. Que un hombre ejerza poder sobre otro desde fuera de su consciencia es intolerable. Que los hombres obedezcan a una maquinaria estatal de cualquier tipo es abominable. Estamos llegando. El lugar era escarpado. La linterna de Aponte sacó de la noche, a pedazos, una colina con grandes piedras que sobresalían de la tierra; después, una pequeña explanada y una cueva.

44

Una fogata fuera de la cueva nos denuncia a decenas de kilómetros a la redonda. Pero una fogata dentro de la cueva sólo puede verse desde un puesto de observación a nueve kilómetros de aquí donde hay un hombre de guardia. Nos mandará las últimas noticias en el término de la distancia. Prepárense de comer. Vamos a establecer el orden de vigilia hasta el amanecer. No es bueno acostarse a dormir inmediatamente después de una larga caminata. Arvejas y sardinas. No se paren en la entrada de la cueva para no tapar la luz, y ojo hacia el sur, sólo él sabía que la cueva daba hacia el sur, ellos deben prender otra fogata para indicar que han visto la nuestra o hacer señales con linternas. No te asustes: son murciélagos con el radar descompuesto por la luz. No, dentro de la cueva no hay culebras. No sólo él; yo también sabía que la entrada daba hacia el sur: había visto la cruz y el centauro. El brillo del centauro, su hoz de plata, las estrellas en cruz de primavera imitaciones son de tu belleza; sólo les falta, para ser perfectas, azoro virginal de tu mirada. Mira, Aponte; ya se ve la otra fogata; pero la tapan y la destapan ¿será Morse? Estamos en seguridad y nos envían de inmediato un correo con noticias. Pongan y quiten esta lona tres veces frente a la cueva.

Frente a la casa de Alesia, el jueves, antes de las ocho de la noche, por tres veces iba a tocar y no tocaba porque me parecía muy temprano, pero el papá de Alesia me vio por una ventana y salió a recibirme. Tienes puntualidad alemana: llegar antes y esperar la hora exacta. Me complace tu interés. Pero no era impaciencia por el regalo, era que el reloj de mi casa estaba adelantado. Cuando llegué, oí decir a unos pasantes que eran las siete y media. No había comido, pero no tenía hambre. El me dio un vaso de agua con miel y me hizo atravesar la sala de las fotografías con crespones negros hasta un corredor trasero y el patio. Yo no conocía esa parte de la casa. En el patio había una construcción parecida a un quiosco grande, sin ventanas. Entramos agachados, por una puerta de bajo dintel y nos encontramos en un espacio octogonal, todo pintado de negro, débilmente iluminado por velas, olía a incienso. Unas cuantas sillas en torno a una mesa redonda cubierta con un paño negro. Siéntate aquí y espera tranquilo. Salió y me dejó solo.

Yo pedí ser el primero en hacer guardia. Todos accedieron complacidos. A veces me recostaba a una de las grandes piedras, parecían megalitos; pero prefería ir y venir por las cercanías de la cueva. El resplandor de la fogata era suficiente para no tropezar. No tuve que usar la linterna de Aponte. La ametralladora pareció aumentar de peso. En realidad sólo habíamos marchado de noche durante unas tres horas; parecía más por el cansancio y por la tensión de caminar a oscuras. A os curas, a os monaguillos, a todo el que se deje. Tendría que reflexionar sobre el incidente de la mañana y sobre todos esos meses de incesante desplazamiento por el monte en operaciones militares defensivas. Me había tocado esta pasantía en una época de trabajo de limpieza por parte del ejército nacional. Ya los ruidos de la noche en la montaña me eran familiares. Si hubiera un movimiento sospechoso yo lo percibiría en el acto. La primera arma que aprendí a usar fue la ametralladora de mano porque a mi llegada era la única disponible. Cuando conocí y usé las demás, no me llamaron la atención. La primera experiencia marca; como comienzas, así terminarás. Cogí fama de valiente. No conoce el miedo. Es frío. Tan macho ese muchacho. Pero se equivocaban: valientes son los que sienten miedo y tiemblan pero echan palante. Yo peleaba como quien maneja una marioneta, mi centro de consciencia se quedaba por fuera, solo, en un vacío infinito, como si ya hubiera muerto. No pasó nada raro. El techo era cónico, como el sombrero de las brujas y tenía un agujero en el ápice, ¿entrará mucha agua cuando llueve?, negro como la pared octogonal. Frente a la puerta por donde entré, había otra puerta, también de dintel bajo. ¿Están pintadas de negro las sillas o son de madera negra; de ébano por ejemplo? negra no; oscura y mate: samán. Levanté el paño negro de la mesa. Tres patas de samán. ¿Cuál es el animal que camina en tres patas cuando el sol declina? Me pareció que podía levantar el manto de la noche con todo y cueva y piedras megalíticas y selva unánime y arco de montañas y fogata lejana y estrellas. Sería cosa de tener brazos muy grandes, cortarlo con una ráfaga y comenzar a enrollarlo con sus bachacos, grillos, ranas, culebras, pájaros dormidos. ¿Tendrá tres patas el universo? En un cierto momento de la misa, el monaguillo le levanta los faldones al cura por detrás. Con la mano izquierda libre me agarré la correa. No debe un niño ver la desnudez de la madre, ni el culo del padre.

Para ir a la escuela en Nutrias yo pasaba frente a la casa de las Marencos. A veces Guillermina Marengo, la loca, estaba parada a la ventana y se levantaba la falda. Mira por delante. Un triángulo negro sobre la carne blanca, una delta invertida, una alfa mayúscula invertida, una cuña de samán. Solemne, seria y lenta daba media vuelta como quien cumple un rito. Mira por detrás. Una gran omega minúscula. Pero quedaba oculto lo que había entre alfa y omega. Tendría que poner una mesa frente a la ventana y acostarse y abrir las dos piernas. Mira por el medio. Por ahí salen los excrementos y los niños. Yo no sabía que eran huecos distintos aunque muy cercanos, porque las gallinas tienen uno solo. ¡Qué sinvergüenzura! No pase más por esa calle, hijo. Yo voy a hablar con la señora Marengo para que le ponga preparó a esa loca. Quién sabe qué no hará un día de éstos.

Recuerdo que siendo muy pequeño, jugando al escondite, me metí debajo de las largas faldas de mi mamá que estaba cocinando. Ella me dejó, pero yo lo que vi fue una oscurana y me dio miedo y me salí levantando la falda desde adentro. Ahora me dan ganas de esconderme entre las tres patas de la mesa de samán y el papá de Alesia que llega a darme mi regalo y no me encuentra. Aquí no está, ¿dónde se habrá metido? ¿Habrá salido a orinar? ¿Se habrá ido por miedo, pasitico? Y no le pasa por la cabeza que yo pueda estar en esa oscurana. Pero en eso llegó de verdad el papá de Alesia con Alesia y dos personas más. Mientras yo hacía mi guardia los demás salían graniátos, unos hacia la derecha, donde había un manantial, y otros hacia la izquierda donde había unos matorrales. Por un lado hacer las necesidades, por el otro lavarse o bañarse. No confundir. Y ahí sí puede haber culebras, mucho cuidado, y prender la linterna lo menos posible. Yo me hacía que no los veía y de verdad no lo miraba. Un caparazón de morrocoy chiquito. Permiso maestro para ir al solar. Y ese veguero, permiso maestro pa i a cagá.

Me puse a mirar las sombras de los que salían y entraban y de los que se movían entre la fogata y la entrada. Una caverna de Platón al revés. El fuego estaba adentro. Yo afuera, veía ese mundo de sombras cambiantes, largas, estiradas; escuchaba voces sin distinguir lo que decían, carcajadas, canciones imprecisas, sobre el telón de fondo de la tierra y el cielo. Formas y voces se perdían en abanico hacia la otra fogata y hacia el centauro; antes de llegar chocaban con las grandes piedras, trastabillaban y caían en las hondonadas y jorobas de la noche, alguna flotaba por instantes en el medio del aire, leve ave evanescente. La pared octogonal se pobló de figuras temblorosas, negro opaco sobre negro brillante. El primer regalo fue una información formulada en palabras; si te pareció valiosa, escríbela sobre tu brazo izquierdo. El segundo será un espectáculo, una representación teatral pudiera decirse. Si te parece valiosa, atesórala en medio del pecho pero un poco a la izquierda. Te responderá preguntas que te harás dentro de muchos años, a menos que te las hayas hecho ya. Hablaba como en broma. Frente a mí había dos sillas vacías. Tenemos que esperar un poco. Yo estaba sentado de espaldas a la entrada. La puerta opuesta se abrió y entraron dos jóvenes agachándose por el bajo dintel, un muchacho y una muchacha, menores que yo. Volvieron a cerrar la puerta y se sentaron en las dos sillas vacías. Yo conocía solamente a Alesia y a su papá, pero no hubo presentaciones. Yo los veía por entre las tres velas de la mesa, velas de cera noté. Veía también sus dos sombras temblorosas, cada una triple, negro mate, sobre la pared angulada, negro brillante, y se me pusieron los párpados pesados. Una ráfaga repentina de aire frío, inexplicable en ese ambiente cerrado. Se me puso la carne de gallina. Qué noche tan serena, como un trompo bien hecho y bien tirado que se puede poner a bailar sobre la uña del pulgar y no tataratea, solemne como cuando en la iglesia tocan la campanita. Zoila salió un momento a traerme una cerveza. Una cerveza, ese Aponte. Zoila, recién bañada, tenía una medalla colgada sobre el pecho. Se la acabaría de poner, porque yo no la había notado antes. Me sentí restaurado. Con los ojos acostumbrados a la oscuridad di vueltas más amplias. La cueva no se podía rodear, estaba en una cresta. Y pensar que toda esa especie de quiosco en el patio de Alesia era de samán, hasta el piso y el techo. Y el cuadrado donde descansaban las paredes. Y ni un solo clavo. Todo de samán. Me lo dijo Gualterio.

Nos tomamos de la mano. Alesia a mi izquierda, mano suave, inquieta, de levísimos apretones. Un señor de edad a mi derecha, mano dura, callosa, firme. Quietud. Algo fluía por nuestros cuerpos de izquierda a derecha. El papá de Alesia se puso de pie y todos separamos las manos. Se acercó a la muchacha. Tranquila, Anita. Le puso el pulgar de la mano derecha en el entrecejo. ¡Duerme! La muchacha pareció dormirse, pero a los pocos momentos abrió los ojos y dijo, con las facciones transfiguradas, parecía una mujer adulta, una joven señora, dijo: Alesia, hija mía. Huérfana por mi debilidad, pero no estarás nunca desamparada. Le habló de unos protectores invisibles y de un lugar secreto de la casa, no entendí, donde había escondido joyas de mucho precio para ella cuando se casara. Se extendió en un discurso demasiado sentimental para mi gusto y se despidió. No hay que abusar de la materia. La muchacha se volvió ella misma, casi una niña, pálida, boqueaba y se frotaba los ojos. El papá de Alesia le dio un terrón de azúcar candi que sacó del bolsillo y le sobó la cabeza hasta que ella se durmió de verdad. Alesia lloriqueaba temblando y se secaba con un pañuelito de abenuz.

Jugaron toda la tarde a la víbora y les cubre los párpados de nieve un pañuelo de abenuz. Cayó sobre la Sierra Nevada. ¿Por qué la cueva no se llenaba de humo ni echaba humo por la boca? Tal vez una abertura en la cima.

La cueva se fue aquietando. Cuando Felipito vino a relevarme, ya no se oían voces. Fui primero a los matorrales. Después al manantial. La noche sin luna se había cuajado de estrellas. El fulgor de los astros y el acostumbramiento a la oscuridad me permitían distinguir el suelo. Así y todo di vueltas como un perro en torno al sitio donde me iba a agachar. Detrás de una gran piedra. Un minúsculo y blando megalito. Me dieron ganas de enterrarlo, como hacen los perros. Más bien mañana. En Nutrias no hay piedras. Pura arena. El primer hombre que trajo un camión a Nutrias lo trajo lleno de piedras. La gente se aglomeró para comprárselas. Piedra de moler sal. Piedra de moler maíz, pero nosotros teníamos una máquina para eso y la masa salía en orlas rizaditas. Piedra de moler café. Piedra de amolar. Piedra de ara. Piedra de tropiezo. Todas importadas. El manantial era un chorrito pero le habían hecho un pozo y había una totumita. Seguramente había taparos por allí. Yo me escondí en el taparo para verte sin que tú me vieras y no bajé, ni aun cuando sirvieron la merienda. Las estrellas caían en la totuma de agua sin desleírse, mínimas espuelas multicolores, y me acicateaban las carnes. El suelo se cubría de partículas de oro y plata, y de rubíes y diamantes machacados, y de esmeraldas trituradas. Sólo les falta azoro del que hay en tu mirada. Las tres llamas jugaban en los grandes ojos de Gualterio. Tranquilízate Gualterio, que no es primer vez. Irradiaba tanta bondad el papá de Alesia. Gualterio se quedó quietecito y no pestañó cuando el experto pulgar le tocó el entrecejo. ¡Duerme!

Duérmete mi niño, yo te dormiré con las maraquetas de Julián José. Este niño quiere que lo duerma yo, duérmalo su mama, que ella lo encargó. Duérmete mi niño que tengo que hacer, lavar los pañales y hacer de comer. En la mañana mató y en la noche se va a dormir de lo más tranquilo. No tiene sentimientos. Cuando arrullas a tu niño, mamita, con tanto afecto, no sabes que va a morir, ametrallado en un monte, ni que lo van a enterrar con la cédula en la cruz. ¡Pelea, hijo de Parndu! Cuando entré en la cueva, limpio y húmedo bajo la ropa sudada y polvorienta, no cargaba muda, todos dormían en torno al fuego con el brazo o el morral de almohada y el arma al alcance de la mano, menos Aponte que dormitaba recostado a la pared, con el fusil entre las piernas como un falo aquejado de priapismo. Nunca se acostaba en campaña ni se dormía completo. Abrió un ojo cuando yo entré. Me dirigí hacia el interior de la cueva, el techo se iba elevando, hasta que encontré la sospechada abertura en la cima. Me acosté bajo ella después de dar varias vueltas. Zigurat. Pozo de observación. Tan vacío yo por dentro que ni todas las estrellas cayendo por esa abertura podrían llenarme. Ese dedito que besas, mamita, con tanto afecto, es el que más tarde aprieta gatillos de rabo erecto. ¡Pelea, hijo del Pálido!

Mosquitero blanco. Desde el cielo redondo se va abriendo hasta que rodea toda la cama blanca. Las bodas del maestro. Pronto habrá manchas rojas. Desde el pedazo redondo de cielo estrellado, si no tiritan son planetas, se va abriendo negro hasta el suelo negro. Un extraño ruido a mi espalda me distrajo; cuando volví a mirar para seguir viendo a Gualterio, ya no estaba en la silla. Alesia me dio un leve codazo. No te preocupes, siempre hay ruidos raros en estas ocasiones. Con el rabo del ojo vi el muchacho, pero, cuando voltié la cara para mirarlo de frente, no estaba. Decidí no desviar la mirada por ningún motivo. El se irguió desde detrás de la mesa. tenía los pulgares en las orejas, las palmas de las manos hacia adelante y agitaba los dedos mientras sacaba la lengua. Después se enserió. Después de rió. San Felipe, San Felipe, ¿cuándo vas a despertar? Si la avispa no te asiste, te vas a rependejar.

45

¿Después de cuántas vueltas se echa un perro? Después de la última. ¿Cuántas estrellas hay en el cielo? Sin cuenta. ¿Cuántos pelos tiene un cuero? Los que Dios le puso. Mosquitero negro, de piedra. Suelo negro, de piedra. La cabeza apoyada en el morral. Las manos entre el morral y la cabeza. Las piernas cruzadas. Ella no está en el cielo porque se fue para su castillo, en el fondo del mar, a ver los marineros pálidos, pensativos; tantos Endimiones; no le hace falta uno más en una cueva. Los ríos largos, de lento curso, caudalosos, confunden su susurro con el de las olas, gustan la sal, se emborrachan de sal y se van perdiendo y olvidando en su camino hacia el castillo que está en el fondo del mar. ¿Dónde están las llaves? Matarile. Le dieron matarile. Matica de café. Matarile-rile-rón. Y tiritan azules los astros a lo lejos. A lo lejos la iglesia grande y alta, rodeada de pequeñas casas bajas, una de zinc. La gallina y sus polluelos. Mi mamá en el centro del carro de bueyes, nosotros a su alrededor. Mi papá a caballo. Cuando amanezca sabrán todos dónde queda el este. ¡Arre, caballo! Si tu meces la hamaca y yo acostado quietecito. Si yo mismo la mezo, no vale. Tenía que protegerse los senos y empujarme. A que no me dejo tumbar y esa risita de yegua enana. Las sombras de los jinetes se veían desde la

sala. Con toda seguridad; por eso vino la señora. Y ese enardecimiento. Encarnizamiento. Ensañamiento. Mi prima Tahit estaba barriendo. Embestí, ciego, me agarré de ella con toda mi fuerza. No, todavía no. Los estudios. Aprender a ganarse la vida. Compromiso. Espera. La domesticación del instinto. El hogar. Pero ahora ella estaba a mi lado sobre el suelo de piedra. Le arranqué los pantalones de guerrillera con todo y pantaletas y botas. Con un solo movimiento violento, arrebatador de la mano derecha. Sus muslos calientes en torno a mis caderas. Precipitación. Por ahí no es. Mas arribita. Paca paca paca pan. Paca paca paca pan. ¡Arre, caballo! Entre montes y remotes de todas las traiciones. Corre venao, corre venao. La de adelante corre mucho, la de atrás se quedará. Los maderos de San Juan piden queso, piden pan, los de Rique alfeñique, los de Roque alfonduque. Diez mampoles, quince mampoles, sin carnaza. Paca paca paca pan. Pelo malo en las manos. Uñas en la espalda. Pan pal huevo que está puro. Huevo pal pan que está puro. Paralam paralam paralam paam. Paralam paralam paam. Paralam paam. Palam. Paam. Pam. Pa. Pla.

Pero, Aponte, si todo estado es abominable, por necesidad injusto, represivo sin remedio; y si, por otra parte, el hombre tiene que vivir en sociedad y cualquier organización social es una forma de estado, ¿entonces la guerrilla nuestra es interminable? Sí. A menos que podamos cambiar la vida. Ser más que hombres. En su condición actual el hombre es trágico. Pero no queremos que el cambio sea hacia lo subhumano de la naturaleza o de la tecnología, sino hacia lo sobrehumano del espíritu. La medalla, sobre el pecho todavía agitado, brillaba como plata vieja, indiferente al fulgor de los astros. Era un marinerito que del cielo bajó y bajó. Y para terminar, avísate San Felipe, tres cosas te encargo: no desampares nunca a mi hermano Alexis; anda donde Aponte y dile que te dé mi puesto; no olvides lo que querías contarme el día del yunque, es una adivinanza, adivina, adivinador. Todavía no se ha ido, dijo el papá de Alesia, puedes hacerle preguntas. Pero yo no estaba para formular preguntas y ya no era él quien me miraba desde los ojos de Gualterio. La cara se le distendió y se le serenó ¿Ya señor? Tic-tac-tic-tac-tic. Ti-carí-ti-carí-tí.

A media mañana llegó el correo. A pie. Con una mula cargada de vitualla. Les perdieron la pista. Como si Uds. se hubieran esfumado. Pero siguen peinando la montaña. No conocen el paso hacia aquí. Según los contactos en el ejército, por acciones anteriores y especialmente por la última tienen medio identificado a San Felipe. Retrato hablado de los supervivientes, pero no están seguros, lo confunden con el sobrino de Urbina. La cueva era profunda, como a la cuadra se bifurcaba, un corredor subía y otro bajaba. Pero no era el momento de explorar. Una vez, los del primer año hicimos una excursión; encontramos una cueva profunda; nos dio miedo adentrarnos mucho, pero volvimos con dos carretos nuevos de hilo elefante número ocho. El hilo de Ariadna. Amarramos un extremo de un palo a la entrada y nos fuimos adentrando desenrollando el hilo. Una linterna de tres pilas. Cuando se acabe el hilo nos devolvemos. Pero qué estúpido ese Leiva. Cuando le tocó llevar el hilo, jalaba y jalaba sin desenrollarlo. Qué hombre tan bolsa. Nos perdimos, no encontrábamos salida, se nos gastaron las pilas, algunos se tiraron al suelo a llorar, de vaina no nos morimos; pero el morocho Rojas se encarecerizó y nos obligó a seguirlo por galerías y salones oscuros, resbalándonos, atravesando cursos de agua negra hasta que vimos luz a lo lejos y vinimos a salir en una región desconocida, muertos de hambre y de cansancio. Era el día siguiente. Ayúdenme a matar un chivo, dijo el morocho Rojas, sacando su cuchillo de boy-scout. Como gallos al final de la riña, cayéndonos a cada rato, logramos agarrar uno. Torpe degüello. Ese sangrero. Ese tripero. El morocho Rojas tenía fósforos porque fumaba. Yo hice una hoguera. Chamuscamos unos pedazos y colgamos otros en un cují. Lo primero es descansar. Pernoctamos con guardias. Amaneciendo nos llamó Leiva. Estábamos rodeados de campesinos armados con machetes. Esos deben ser los ladrones de chivos. Al morocho Rojas no le costó nada convencerlos de que éramos unos muchachos perdidos. Patiquincitos en el monte jugando a hombres. Aparecieron mujeres y niños. Nos dieron de comer y nos mostraron el camino. Un gentío nos había estado buscando. Qué dispacioneros. A ver si aprenden. Aponte se interesaba por las cuevas. Al principio de mi entrenamiento me prestó un libro de espeleología. Todas las cuevas del mundo se comunican unas con otras. La corteza terrestre está perforada de cuevas en todas direcciones. Teóricamente es posible entrar por aquí y salir a China. Quien sabe de cuevas no puede nunca ser capturado por ningún perseguidor.

La palabra de Andrés sobre ti fue: confianza absoluta. De modo que te voy a decir todo y tú decides. Fue a la iglesia para darte cita. Esa noche, después del boxeo, te iba a llevar a un sitio convenido para hacerte una proposición. No, Víctor no está en esto. No, el morocho Rojas tampoco está en esto. Ni Darío. Ellos quieren triunfar en el mundo tal cual es. Nosotros no. Esta cueva tiene salida hacia el norte, hacia Coro y la Vela. Pero el que no la conozca se pierde y se muere. Yo sé llegar, dejando de lado cantidad de pasadizos que no he explorado. A lo más, para almacenar cosas. Vulva, silla de la reina, balcones laterales, vagina, cuello del útero, útero, ¿cuál es el órgano del cuerpo que en determinadas circunstancias aumenta diez veces su tamaño? No se

sonroje, señorita, y no sea tan optimista; no es el que Ud. está pensando, sino el útero, trompas de Falopio, ovarios. Esfínter anal, recto, colon descendente, colon transversal, colon ascendente, ciego, íleon, yeyuno, duodeno, píloro, estómago, cardias, esófago, faringe, garganta, cavidad bucal, labios. Meato, uretra, vejiga, uréteres, pelvis renal, cálices, pirámides de Malpighi. En las ciudades hay cuevas, debajo de las ciudades hay cuevas. Las de una ciudad se comunican con las de todas las demás. Los tiranos no pueden con ellas. Quisiera ser bachaco, vivir bajo la tierra y salir algún día, para morir sobre ella. Presidentes electos, dictadores militares, déspotas civiles, reyes de sangre azul, tiranos todos, encarnaciones del estado, sepan que no habrá tregua. ¿Y eso no es edípico? No. Edipo no reconoció al padre en el anciano que mató, ni a la madre en la reina viuda que tomó por esposa, ni a su propia alma en la esfinge que fingió perecer. Y se volvió tirano. Siguió dándole vueltas a la vieja rueda. Su corazón criminal, corazón de tirano, se le ocultó y se ocultó a los demás. Pero la peste del pueblo lo perdió. Todo tirano engendra peste en el pueblo desde su corazón podrido por el crimen. Nosotros en cambio no codiciamos el cetro del padre ni el lecho de la madre. Somos Tiresias y la esfinge. Queremos cambiar al animal de cuatro, dos y tres patas. Desde la madre y el padre, apuntamos en otra dirección: hacia un futuro que ha de ser inventado, futurado. Queremos cambiar la vida.

Juego mi vida, cambio mi vida, por una copa de jengibre, por una pipa de espuma de mar. Antes de conocer mujer alguna, jugué mi corazón al azar, y se lo ganó la violencia. Canción de la vida profunda. Hay días en que somos. Cuando sembré rosales coseché siempre rosas, porque no es nada una llamita al viento y el buen monje la miraba, la miraba, y queriendo hablar no hablaba y un temblor desconocido su figura larga y seca y amarilla sacudía. Ya es cuestión de prolongar el coito, retener la eyaculación, retardar el orgasmo y cultivar el arte de gozar y gozar, en rútilas monedas tasando el bien y el mal. Sabiduría erótica. La triste carne. Cuando Enkidu hubo aprendido todo de la hieródula, lo abandonaron las gacelas y los leones.

Los otros se fueron a cazar. Yo me quedé con el correo. Gualterio, no te vayas sin volverle a poner la tapa al techo. ¿Tú no te acuerdas de lo que dices cuando estás en trance? No; yo estoy dormido y no oigo nada, el que habla es otro y yo nunca sé ni quién es. ¿Y no puede pasar que en cualquier momento te duermas y hable otro? No; porque el maestro me cierra con un cordón negro. Y si te agarra el enemigo mientras llevas el correo, ¿qué pasa? Nada; ya me ha agarrado varias veces; como yo soy de por aquí, digo que estoy buscando un chivo perdido; todos ellos, alguna vez, han tenido que buscar un chivo perdido. Si un pastor de cien chivos pierde uno, abandona los noventa y nueve para buscar al perdido. Nosotros somos el chivo perdido. El estado es el pastor. Queremos dejar de ser chivos y no tener pastor. Y tus amigos ¿no se meten contigo por eso? No saben, no sabrán nunca, con el papá de Alesia hemos aprendido a ser discretos. ¿Y no te gustaría graduarte, casarte, tener hijos? Sí. Pero estaré siempre en la guerrilla sin que mi familia lo sepa. ¿Y si te matan? No quedarán desasistidos. Felipito, qué interesante ese trabajo tuyo en Maracaibo, medio año allá con los musíúes del petróleo y medio año aquí sabaniando ganao. La señora donde yo trabajo en Valencia pasa la mitad del año en Europa. Mi hermana y yo vivimos en la finca del papá de Alesia; él nos recogió y nos cría como hijos; yo lo que quiero es llegar a ser sabio como él.

Te voy a mostrar cómo se llega a la otra entrada de la cueva. Mientras preparan la carne. Con linterna esta primera vez, pero hay que aprender a caminar como los ciegos. Las cuevas tienen a veces desniveles enormes y caídas abruptas; pero en general son como intestinos, con bifurcaciones, lugares estrechos, a veces hay que gatear, y enormes salones. Las de por aquí son suaves, no tienen estalactitas ni estalagmitas ni hoyos verticales inesperados, ni esporas mortales. Prueba tu sentido de orientación; hay gente que guarda memoria del recorrido y puede hacerlo al revés. Tú guiarás al regreso y en lo oscuro, a ver qué pasa. Me pareció largo el trayecto y muchas veces tuvimos que andar en cuatro patas. Al fin salimos por entre matorrales. Allá abajo es donde compramos armas y municiones ¿Difícil? Para comprar armas en cualquier parte del mundo, lo único que hace falta es dinero. Guíé de regreso con gran seguridad. Había observado que en todas las bifurcaciones cogíamos a la izquierda. Para regresar era cosa de mantenerse a la derecha. Nos perdimos. Aponte se cayó al suelo de la risa. No pudo dominarla más. Por primera vez lo oía reír. Adivinó la ingenuidad de mi pensamiento. Pero yo también me di cuenta. Se reía tan sabroso que no me sentí humillado. Además me consoló: yo tampoco tengo sentido de orientación, pero he inventado muchos trucos aunque ninguno tan ingenuo. Hay que hacer como muchos músicos que no tienen oído absoluto, pero se las ingenian para reconocer notas aisladas contando los intervalos desde la nota más baja que pueden dar sin gripe. Después guió él y llegamos sin demora. Ayudaba, creo, el olor de carne asada. Pero llegamos sin pasar por el mosquitero de piedra. Voy a hacer un plano. Y voy a buscar otra vez la cueva donde me perdí con los muchachos del primer año.

Un guerrillero debe aprender a ser guerrillero solo. Algo se despejó en mí. Redescubrí el goce lúdico de la infancia, y la alegría. Solo. Como el soñador en su soñadero. Veo un gran salón rectangular con dos entradas, una al norte, otra al sur: en cada lado hay tres soldados muertos, clavados a la pared con la cédula de indentidad pegada a la frente. En el medio un guerrillero herido colgado con mecates de la trampa de ventilación en el techo. Ley de fuga. Su sangre cae sobre el cadáver de un joven cabeza hueca. Debajo del cadáver sin sesos el suelo se esponja, algo parece querer brotar desde debajo del cemento. Pero yo te vi desde mi escondite en el totumo, yo cobríme de las ramas, metíme so la verdura, te oí más que te vi, como el zumbido de un trompo bailando serenito en la uña del pulgar, como la aguda campanilla de la misa. Oh, mal haya el caballero que sale a buscar la niña. El cuerpo de los sonidos es sutil e inasible. Sonido con sonido se entiende. Eran dos niñas: una se veía. Sospirando iba la niña e non por mí, que yo bien se lo entendí. La otra era suspiro puro. La niña que amores ha, sola ¿cómo dormirá? Abra mi alma sus alas duras de coleóptero, no son sino un estuche, y saque sus alas membranosas y vuele. Cigarrón, rón rón rón. Zumbido con zumbido. Las bodas en el cielo. Dios es sonido. Vibra de lo más sutil a lo más denso. De la voz a la piedra. Alma mía, cigarrona estúpida, avísbate, saca tus alas membranosas y vibra contra el camino de Dios. Elévate zumbando del estiércol a la carne, de la carne al tul, del tul al humo, del humo al aire, del aire al éter, del éter al origen de la voz, y cuando me hayas llevado, zumbando, al encuentro de la niña enamorada, ¿cómo ha de dormir sola?, duérmete con ella y conmigo en el silencio de Dios. Ultima campanilla.

Medio balde de agua en la cara, como era usual en las urgencias. Despiértate, San Felipe. A Felipito lo picó una culebra. No tenemos suero antiofídico. Tal vez se pueda llegar a tiempo a Barquisimeto. Dirige tú toda la operación. El correo es baquiano. Te llevará lo más rápido posible a la finca del papá de Alesia. Tal vez encuentren patrullas del ejército. De allí él se regresa y tú sigues en camioneta con Gualterio y Felipito a esta dirección. Es un garage. Toma la llave. Golpea con Morse la palabra Nekar en la pared del fondo. Avisaré por otros medios para que los estén esperando cuando lleguen. No sé qué horas eran de la noche. Ya Felipito estaba en la mula, y el correo, mejor es no saber los nombres, la llevaba de la rienda. Lo seguí. Puro revólver yo, ellos nada. Caminaba de noche ese muchacho como si fuera de día y yo detrás como un borracho. Casi corriendo. Preferí agarrarme del rabo de la mula. Estaba solo, de vigía, como a medio quilómetro del campamento. No pudo chuparse la herida porque no la alcanzaba con la boca, ni cauterizarla. Pero mató la culebra, la estranguló con la mano cuando todavía mordía y la llevaba amarrada en el cuello, de corbata, por si hacía falta reconocerla para escoger el suero. La noche tenía un casi brillo blancuzco. Una leve neblina impedía ver claramente las estrellas y difuminaba su fulgor. No era por el cielo que se orientaba el correo.

46

Ese Aponte. Si la humanidad no puede reducirse a colmenar, ni robotizarse, porque siempre habrá disidentes, porque siempre un revulsivo ineliminable impedirá que se cierre la posibilidad de formas superiores de vida. Si aun en el corazón del tirano hay disidencia. Si la esencia misma del hombre es tener que crear, sin ayuda externa, formas nuevas de vida. Si la resistencia al tirano está garantizada por la propia condición humana ¿por qué es necesario organizar guerrillas? ¿Para qué aumentar la violencia, la agresividad, el dolor, la muerte?

San Felipe, San Felipe, ¿cuándo vas a despertar? Si la avispa no te asiste, te vas a rependejar.

Si la tendencia hacia el insecto y la máquina está presente de por sí en la condición humana. Si espontáneamente se desea y se busca al presidente, al dictador, al rey, al sátrapa, al potentado, en una palabra, al tirano. Si mil fuerzas conspiran en el hombre para estabilizar alguna forma de organización social y hacerla permanente, automática ¿por qué es necesario organizar partidos políticos, policías, ejércitos, ministerios de educación, aparatos de manipulación colectiva? ¿Para qué empeñarse tanto en defender el orden establecido o luchar por otro orden igualmente tiránico en esencia, como el que buscan las guerrillas socialistas?

¿Cómo es posible que puedas hacer preguntas tan tontas y esperar respuesta? ¿No ves que en las preguntas está la respuesta? Pues por eso mismo, grandísimo bolsa. Ellos por su lado escenifican la tendencia hacia un orden cualquiera, sea el establecido, sea el propugnado, para estabilizar la condición actual del hombre. Nosotros por nuestro lado escenificamos el rechazo a cualquier orden que tienda a mantener la lamentable condición actual del hombre; porque ella misma quiere cambiar hacia una condición sobrehumana, y se desafía a sí misma a crearla mediante esta lucha. Desafía su propia creatividad. Cualquier creador, aunque te parezca pequeño, está futurando. Esta lucha, manifestada en formas de combate, expresa, escenifica, patentiza la voluntad más alta del hombre, su necesidad más profunda: crear desde sí un hombre nuevo.

¡Pelea, hijo de Parndu!

Un gran teatro entonces. Pero no de vana repetición, Iluminado es el que conoce el sentido de esa guerra aparentemente absurda e indefinida. Nosotros somos claros por dentro. Los otros guerrilleros y los tiranos son oscuros.

Sin embargo, tú y yo nos apartábamos de nuestros compañeros para conversar a solas. Rocío en las sienes, vino en las entrañas. Y yo me escondí en el totumo, yo cobríme de las ramas, metíme so la verdura, para verte, y oí ese zumbido de trompo que baila serenito en la uña del pulgar y esa campanita de la misa. ¿Qué sonido hace la cabeza de un hombre golpeada contra un yunque? ¿Podría uno ser guerrillero sin guerrilla, sin armas, sin atacar a nadie? ¿Podría uno vivir el estruendo y los rigores de esa lucha en el propio corazón sin decírselo a nadie, para hablar solamente cuando nazca el hombre nuevo? En fin de cuentas ya es así, porque cada hombre es todos los hombres y el habla corriente es complejo y enrevesado silencio de la voz que ha de venir, ausencia del anhelado hablar.

Era por la carrera diecinueve cerca del cruce con la Avenida de las Ciencias. No había nadie en la calle. Todavía era noche cerrada. Abrí la puerta de par en par. Gualterio metió la camioneta. Volví a cerrar. Prendí la luz. Espacio para tres carros. La pared del fondo enteramente cubierta por una estantería repleta de toda clase de repuestos para automóvil, latas de aceite de motor, llaves de mecánico, sillas de montar, tubos, garrafrones vacíos, cinchas, bridas, libros, botellas, una virgen del Carmen, lámparas de kerosén, ruedas de bicicleta, frascos de ácido bilbático. Entre dos montones de periódicos viejos ticaricarié con la cacha del revólver -, -, -, -, -, y esperé. Casi de inmediato se hundió un pedazo cuadrado de pared en la parte baja, como de un metro de lado. Oí la voz errante del holandés. Sorpresa, Métnlo rápido por aquí y entren Uds. también. Apartamos unos sacos de café. Empujamos a Felipito por el hueco. Del otro lado lo halaron. Gualterio y yo entramos en cuatro patas. El piano, lo habían retirado y se veía raro por detrás en el medio del corredor. Un viejo calvo con una inyectora en la mano ya estaba de rodillas atendiendo a Felipito. Observó la culebra. Con seguridad no le inoculó todo el veneno porque ya estaría muerto. Se va a recuperar. Hay que enconcharlo aquí por unos días. Me voy, dejé la guardia en el hospital. Vuelvo a media mañana. Por lo demás ya tú sabes. Ni siquiera nos miró a Gualterio y a mí.

Vayan a la cocina a preparar algo de comer. Después les arreglo la sala de música para que duerman un poco. Ya tenía a Felipito en los brazos como si no pesara nada y lo estaba llevando a su dormitorio. Ya no es por el pan, que ya lo tenemos, ahora es por quién coma ¿dónde lo hallaremos? Respondió el zamuro. No quiero ver al caballero de la mano en el pecho. Panquecas de Nutrias. Eso no es ronsardiano ni manriquiano. Villon. Los sufrimientos del hombre no deben ser remediados con vistas a una estabilización de la sociedad. Que cambie el hombre mismo para que pueda cambiar la vida. La culebra ciega no se sabe si va para un lado o para el otro. Pero en realidad no tiene dos cabezas. Es anfisbena para los enemigos. Yo me llamo Juan Parao, el del caballo jerrao con el casquillo al revés, pa que lo busquen pa un lao, cuando pal otro se jué. No, no necesito ayuda, puedo encargarme solo de Felipito; sé qué hacer. Preparen comida. En la camioneta Felipito vomitó. Deliraba. El doctor Sifuentes con su pluma fuente. Irma Vera. La enfermera. Primavera. Tengo frío. Arrópanse con la cobija de su tío y se tira al río. Darío se fue pal río sin permiso e Don Darío.

Ese Aponte. Condición humana. Futurar. Esencia. Creatividad. Estado. Organizar la guerrilla permanente. Oposición a cualquier orden en nombre del hombre nuevo. Los hombres son células del Hombre. Es natural que mueran, serán reemplazadas. Es noble que mueran en combate. La guerra santa. Kuruchetra. Pelea, hijo de Parndu. Enderezar entuertos y hostilizar al tirano. Tenerlo siempre en jaque. Nunca los traicionaré. Estoy con Uds. por mi propia voluntad. Tantas palabras grandes, tantas ideas importantes. Pregunto para entender mejor, no para desaprobar. Pero, pero. Aponte, si tú supieras. Yo no estoy aquí para nada de eso. Yo estoy aquí para ocupar el puesto de Andrés y para adivinar una adivinanza. Además busco a Utnapishtim. Si me atacan los leones invocaré a la hieródula de los dioses. Lo busco porque debo ocuparme siempre de Alexis. Y tú, voz del vacío absoluto, cabrón del vacío, no me llames más. No te oiré. Deslumbrado por el sermón de Buda te negué. Perdóname.

No tengo hambre. Todavía no ha amanecido. No hay nadie en la calle. Voy a mi casa a saludar a los viejos, a bañarme y a cambiarme. Gualterio, búscame en lo que veas que está amaneciendo; aquí está la llave del garage. Ni se te ocurra. Quédense aquí enconchados. No están seguros, pero sospechan de ti. Tal vez tienen vigilada la casa. Es menester tocar todos los contactos. Después buscaremos la manera de mandarte al monte en seguridad. Error errante. Errancia. Comprendo ahora el sentido de tu vida. No es cosa de hacer una platica y esperar la muerte oyendo buena música. No te sedujo el nazismo. Ni la democracia. Ni el socialismo. Ni la comodidad. Los artistas están siempre futurando al hombre nuevo y tú te sientas a su rescoldo para calentarte el corazón. Estimás a los jóvenes de Barquisimeto. También en un pequeño país y pobre y atrasado puede

brillar la estrella de Belén. Juan el Bautista. Veo tu cabeza sobre un plato. Caminaba hacia la calavera con la cruz auestas. Un, dos. ¿Y dónde estaba el pueblo que lo amaba? Estaba allí, mirando. Lo confundieron con un tirano. Esperaban de él la salvación. Mi reino no es de este mundo. Estaba futurando. Y tú, sentado a su rescoldo, para que no se te muera el corazón. No eres artista, pero puedes reconocer a los artistas y prepararles el camino. ¿Verdad, Aponte? Yo vi una vez en sueños al Mariscal anciano. Las balas de Berruecos no hicieron blanco en él. Puesta la mano tersa sobre el Emilio, mientras en los costados de la Santa María, derribaban las olas sus jinetes de espuma.

Si pudiera, te retendría por la fuerza. Vas a cometer una gran imprudencia sin necesidad. Te repito que muy probablemente tienen vigilada tu casa. Hay una gran indignación por los doce soldados muertos. Quédate. Pero yo ya me había puesto la culebra de corbata, qué capricho tan ridículo, y caminaba hacia el centro de la casa. Pasé al lado de la sala de música sin voltear la cara, doblé a la derecha, atravesé el espacio cubierto que se continuaba con el jardín y el jardín, abrí la puerta pequeña que estaba en la grande, podía abrirse desde adentro, y salí a la Avenida de las Ciencias. Cogí por la derecha hacia la calle Regeneración. Nadie a la vista. ¿Vamos a Caja de Agua a tomar una cerveza? Me interesa la lexicología. Ninfómana mental. Ni siquiera serenateros. Ni un policía de punto. Llegué a la calle Regeneración y doblé a la derecha. Las casas tenían los ojos cerrados, dormían bajo la suave caricia triste del alumbrado público. Cada bombillo con su plato arriba para protegerlo de la lluvia y proyectar la luz. La luz se acostaba en las aceras. Uno que otro carro estacionado, dormido. Cómo se mueve el mundo y no se cae. Quién se perdiera en esas curvas. No les hagas caso a esos patiquines. Son unos groseros. El hombre que intenta pensar a Dios se diviniza por ese solo esfuerzo. El sol te va a entrar a todo lo largo y te va a encandilar, pero yo ya estaré en la camioneta con Gualterio rodando hacia el monte. Los voy a despertar. Mi papá saldrá del cuarto en bata. Se presentó y dijo. Matemos el becerro gordo. Mi mamá con sus mariposas de periódico en el pelo. No se le había quitado esa pequeña vanidad de ondearse el pelo. Me dirá llorando: Hijo, hijo de mi alma. Me abrazará, gracias al Señor que me lo trajo. Venga a bañarse y a cambiarse esa ropa tan sucia mientras yo le preparo algo de comer. Yo me quedaré calladito, dejándome envolver por ese cariño invariable, seguro, indestructible, blando, permisivo, respetuoso. Después haré lo que ella dice. Vine nada más por un momentico, tengo que salir dentro de un rato. Vine nada más a saludarlos, ¿cómo están todos? Sabían no hacer preguntas. Después que el hijo se alarga los pantalones no hay que llevarlo de la mano. El tiene que aprender por sí mismo a vivir. Los padres sólo deben quererlo, apoyarlo, aprobarlo, darle la mano si él la pide. Y defenderse de los malos pensamientos inspirados por el temor. La madre es una cosa que el niño ama y el hombre olvida. El padre debe borrar su imagen de padre autoritario. Amigo atento y respetuoso en segundo plano. Oía mis propios pasos con esas botas que tenían refuerzos de hierro en el tacón y en la punta de la suela. Mis pasos. Resonaban triunfalmente. Se van a impresionar con la culebra. Cuida, Señor, los pasos de mi hijo. Guarda su entrada y su salida. Pon un círculo de protección en torno a sus pies.

Faltaba nada más media cuadra, ya veía las sobresalientes ventanas de madera. Cuando estaba llegando vi salir de la bocacalle dos soldados. ¡Ahí está! Corrí hacia el solar enmontado del frente mientras desenfundaba el revólver. Cuando oí el primer disparo me tiré al suelo y respondí al fuego mientras daba vuelta hacia los matorrales; por ahí podía saltar la cerca de Doña Estílica y salir a la otra calle. Pero del solar enmontado salieron dos soldados más, disparando. Sentí una punzada en la barriga. Apunté bien. Uno cayó. Otro corrió. Oí gritos. Vací el revólver contra los que venían de la bocacalle. Ellos retrocedieron hacia la esquina y se cubrieron. Pero cuando me iba a levantar para seguir hacia el solar, no pude. Tenía la barriga y las piernas mojadas de caliente como si me hubiera orinado en los pantalones. La ley del talioncillo. El cuerpo se me estaba aflojando y desgonzando. Vi que se había iluminado la ventana del cuarto de mis padres. Dos siluetas. El rectángulo de luz se salpicó de rojo, se manchó de rojo, se cubrió de rojo. Antes de perder el conocimiento, oí la voz de la Veragacha. ¡Criminales! ¡Faltos de vera! La imaginé joven como la Pioresnada. Un gallo cantó.

Ese Aponte. ¿Entonces jugamos guerrilla nietzscheana, ligando al superhombre? No. No creemos en el eterno retorno de lo idéntico. No pretendemos conocer el sentido del universo. No sabemos cómo será el hombre nuevo, ni la vida nueva. Sabemos sólo que no será naturaleza subhumana, ni máquina inteligente. Sino espíritu. Sabemos también que participamos en un drama sagrado. Y si nos matan a todos, ¿quién va a hacer nuestro papel? Los muertos renacen en el pozo del sexo. ¿Entonces no te importa morir? Sí me importa, quisiera no morir nunca. Haré lo imposible para no morir. Porque odio la transición y el olvido y el recomienzo y el lento recuerdo y los tardíos reencuentros. Pero sé que renaceré. Algo central en mí no cambiará nunca. Sólo el hombre nuevo naciendo en mí puede destruirme. Bendita destrucción.

Yo estaba en la guerrilla sin reservas. Sin oposición interna. Debía comprender a fondo la doctrina para ocupar dignamente el puesto de Andrés. Me importaba mucho ocuparlo dignamente; como él mismo. Pero si fuera

por preferencias yo me hubiera decidido por el hombre viejo, incluyendo la esperanza del hombre nuevo como parte del juego, pero sin tomarla en serio. Una bala me enseñó. No veía yo por qué la vida debía ser cambiada. El glorioso ardor. Los dolores ciegos. La mesa y la náusea. La ignorancia y la ciencia. La sensatez y la locura. La lucha por la justicia y la belleza. El oprobio y la indignación. El amor de los padres por los hijos. Y aquello es una adivinanza. Adivina adivinador. Aun privado y manejándome como a una marioneta sentía el fuego escondido. ¡Arde fogón de tres topias! Deslumbrado por el discurso de Aponte te negué, perdóname. Cuando volví en mí estaba acostado en una cama. Techo blanco, paredes blancas, un viejo calvo de bata blanca inclinado sobre mí. El mismo de Felipito. La luz me hería los ojos. Los volví a cerrar. La hebilla de la correa desvió la bala. La operación fue un éxito. Si no, estaría muerto. Se va a recuperar. Pero perdió mucha sangre. Siga con el suero hasta nuevo aviso y no lo deje pararse cuando despierte. Abrí los ojos poco a poco. Una enfermera de uniforme blanco y cofia blanca. Detrás de ella, soldados en la puerta. Esta vez la debilidad y el cansancio me cerraron los ojos. Tenía la cabeza pesada y no lograba coordinar las ideas. Ratón Pérez se cayó en la olla y la cucarachita Martínez lo siente y lo llora. En el mar corre la liebre y en el monte la sardina, que del cielo bajó y bajó. Nunca te he olvidado y sabía que algún día iba a pasar esto sin permiso de Don Darío. Paralam. Pla. Pronto habrá manchas rojas. La sombra del sol dice que se pueden ir. Toda esa edificación octogonal sobre base cuadrada y con techo cónico es de samán; ensablada; sin clavos. ¿Cómo está San Felipe? Respondió el ratón con gran desatino, el que intenta pensar a Dios se diviniza por ese solo esfuerzo. Anfisbena. El barco de Ulises se hundió cerca de Puerto Nutrias. Las venas y las arterias de la tierra. Sano y salvo como se va, así devuélvemelo, Señor. Porque cerca del liceo vieron una virgen en un garrafón de aguardiente. Llámenme cuando vuelva en sí, dijo a los soldados y se fue. Ya lo vieron antes de la operación y ahora saben que salió bien. Que se conformen con eso. El comandante dio orden de no dejar entrar a nadie. Menos al médico y la enfermera. Que no insistan, nosotros obedecemos órdenes y la cosa está fea.

47

En este país no hay pena de muerte. Nada más ley de fuga, caída en combate o desaparición. Pero el comandante le debe viejos favores a tu papá. Además, no se sabe si tú eres el guerrillero asesino que estamos buscando. Se sabe que eres jefe de algo criminal. Aislamiento ahora, incomunicación total. Y, en seguida, exilio indefinido. Que vean por ti los tuyos. Quiero que me den la misma ropa que tenía. Está en la lavandería de la clínica porque tenía polvo y sangre por todas partes. La quiero. Bueno, si insistes. Y no se te ocurra tratar de jodernos en el trayecto; si haces fuerza se te van los puntos y te jodes tú. Hay orden de tratarte bien si te portas bien. No nos obligues a aplicarte la ley de fuga.

Brincos del carro. Polvo y música. Yo de centrofil. Jonrón con las bases llenas. Como se perdió la pelota antes del fin del partido, nadie gana. Despiértate, tú que duermes, levántate y te alumbrará Cristo. José Pérez Colmenares. Vivir en un país extranjero, como el chino de la A.R.C. aquí. Sopa de lata que cole y se mete por los agujeros. Coma calambre, todas las mujeres tienen debajo de su fustán. No se puede amarrar con una sola cabuya. El gallo que más corre la monta. Mamá, el gallo le está dando una pela a la gallina. Esos soldados, igualitos a los guerrilleros. Les tocó ser soldados en el gran drama sagrado. ¡Pelea, hijo de Parndu! Yo sabía que algún día te iba a encontrar y que iba a pasar esto. Fui la primera, quiero ser la última. Y esa medalla de plata, ¿de dónde la sacaste? Me la dio mi madrina cuando nació. Voy por la vereda tropical. Yo nunca me he montado en un barquito. Ni quiero arrepentirme después, de lo que pudo haber sido y no fue. Cuando me quedo dormido me caigo hacia uno de los soldados y él me da un codazo cerca de la venda. Erección sin deseo. Incomodidad. Para acomodar la paloma hacia arriba tengo que meterme la mano por la pretina y la herida me duele. Tú como que te quieres hacer la paja. Pajebanco. No te voy a decir qué es la paja. Más de tres sacudidas. Vestido de marinerito, con alitas y una flor en el pecho, debe ser marico. Ilusión de las alas doradas. La voz, como a medio metro por encima de mi cabeza, en el techo del carro. Volteo a ver los soldados. No la oyen. Metido en palabras como en el basurero de una gran ciudad. Pedazos de poemas pedazos de canciones. Dichos populares. Frases separadas de su contexto. Sal de ahí, levántate, te llevaré a un reino donde no existe la palabra. Palabras de mujer que yo escuché para que tú las digas sollozando. Jugando, mamá, jugando. Pero ella me abandonó, disminuyendo en mi jardín una linda flor.

Interrumpimos este programa musical para dar una noticia de última hora: En un lugar no identificado, al norte de Barquisimeto, las fuerzas del ejército localizaron al grupo guerrillero que las venía hostilizando desde hace meses. Los soldados actuaron con gran valentía, estimulados por la pérdida reciente de queridos compañeros. Los forajidos acampaban en una cueva. Con maniobra envolvente en operación tenaza el ejército

atacó las dos entradas de la cueva simultáneamente, pero los guerrilleros se internaron en las galerías subterráneas donde seguramente morirán. Dos pelotones quedaron de guardia, uno al norte, otro al sur de la cueva. Se considera la posibilidad de dinamitar las entradas. Aseguran haber visto una mujer entre los guerrilleros. Seguiremos informando. Complaciendo peticiones volvemos a radiar Magdalena. Lloraba que daba pena por amor a Magdalena, pero ella me abandonó. Por estar llevando este hombre al aeropuerto nos perdimos de esa operación. Yo los hubiera perseguido en la cueva. Soy de por esos lados y me he metido muchas veces en diferentes cuevas. Las catacumbas. Los túneles de París. En Valencia desde la casa de Páez hasta la Plaza Bolívar hay un túnel. Los presos que hacen túneles, meses trabajando, años. Topo. Bachaco. ¿Puede el centrofil de un carro ser un soñadero? Ya entramos en el macádam, está bajando el sol.

Balanceándome en la silla del aeropuerto con los ojos cerrados, me doy cuenta de que me estoy balanceando en la ancha rama de un samán con los pies en una horqueta. Miro a mi alrededor. Es de tarde. Es un gran bosque con muchos tipos de árboles. El suelo está cubierto de grama bien cuidada. Hay un palacio. Me bajo del samán. Chapultepec. Tengo varios años aquí. Sé que Alexis me espera, como todos los jueves, en un bar de la Avenida de los Insurgentes. Sé cómo ir allá. Llego tarde; encuentro a Alexis un poco bebido y triste. ¿Qué fue vale? ¿Te quebraron en algún examen? No. He salido bien en todo. ¿Te dejó la novia? No. Sabes que nunca me enamoro tanto como para echarme a morir si me deja la muchacha. ¿Gastaste la plata antes de tiempo y quedaste limpio? ¿Tienes deudas? ¿Te mordieron muy feo en extranjería? ¿Te pegó alguien? ¿Te traicionó un amigo? No, chico. Deja la broma. Es algo serio, pero que no se puede hablar estando bueno y sano. Tengo tiempo; tomo lo que estás tomando. Bebimos y hablamos de política, de la cordialidad de los mejicanos y de su lealtad cuando uno de verdad fraterniza con ellos, de Darío que es la estrella del Colegio de México, se está doctorando en letras y ya le han ofrecido trabajo de investigador en universidades americanas y europeas. De Indochina. Lo que pasa es que yo no estoy contento con mi vida. No. No es cosa de éxito o fracaso; es algo más profundo. Me cuesta decirlo. Es como si hubiera seguido el camino equivocado.

Bueno, vale, inténtalo. Pero vámonos de aquí. Pagamos y nos fuimos a caminar por la Avenida de los Insurgentes. Detrás de la cabeza de Cuauhtémoc, entre los altos follajes y los edificios, el cielo tenía ese color amarillo cobarde, casi líquido, a punto de derramarse, como el mamón maduro cuando uno le rompe la concha con la uña para comérselo. Fíjate en el ciclo de las mujeres. Niña con muñecas. Muchacha casadera asediada por pretendientes. Joven esposa en luna de miel. Ama de casa criando hijos. Anciana. Las mujeres recorren ese ciclo superficialmente. En el fondo pertenecen a una sola de esas etapas y sufren en las otras. Una mujer de la segunda etapa es puta toda la vida aunque no ejerza la prostitución. Una de la cuarta pasa rapidito las etapas anteriores, descuida completamente sus encantos femeninos y se dedica a criar sus hijos; del marido sólo espera que engendre los hijos y los mantenga y sea buen amo de casa. Una de la quinta es chismosa desde chiquita. Una de la primera juega muñecas toda la vida. Una de la tercera jode al marido interminablemente para que se comporte como un recién casado.

Entiendo lo de las mujeres, aunque hay una adivinanza que no he podido adivinar. Pero no entiendo a dónde quieres llegar. ¿Te sientes mujer de la segunda etapa? Deja la broma, chico, que es cosa seria. El hombre pasa también su ciclo. Niño, adolescente, adulto joven, adulto maduro, anciano. Pero no pertenece a una sola de esas etapas; sino que le toca poner en práctica su decisión definitiva, escoger su vida, en una sola de esas etapas. Si a un hombre le toca escoger su vida en la ancianidad, debe vivir irresponsablemente hasta entonces; cualquier decisión sería antes lo hace desgraciado. El problema de los hombres viene de escoger la vida fuera de estación. Las circunstancias los obligan. Si el anhelo decisivo brota en la infancia y uno no lo sigue de inmediato, se queda descoyuntado para toda la vida aunque triunfe ante los ojos del mundo.

¿Y de ahí? Bueno, chico, que a mí me tocaba chiquito. Yo vi claramente la dirección de mi anhelo. Yo sentí el impulso inequívoco, pero por respeto a los mayores y por cobardía no lo puse en práctica. Me analizo, me observo y entiendo que desde entonces he estado llorando sin lágrimas. Mis estudios, mis disciplinas, mi vida social, mis prácticas deportivas, mis enredos con muchachas han sido formas de llorar. Hoy me di cuenta con especial intensidad. Por eso estoy indisimulablemente triste. Imagínate que pasando por el Rastro compré un juguete ridículo; este feo fusil de material plástico, lo sacó del bolsillo de la camisa, fusil por la forma, el tamaño es como de una cuchara, se le aprieta el gatillo y echa unas chispitas, debe ser un encendedor de cocinas de gas; pero el vendedor lo ofrecía como destructor del tiempo, Ud. aprieta el gatillo y puede trasladarse a cualquier momento del tiempo que escoja. Lo compré por nostalgia. Una forma más de llorar mi vida disparatada, salida de su curso auténtico por el respeto y la cobardía. Tal vez el haber tenido esa hernia, aunque ya para entonces me la habían curado, me agüebonó.

Me asombraba ese Alexis. Se parecía físicamente a Andrés, y tenía como él esa capacidad de pensar sus cosas por sí mismo y de decirlas. Era erguido y alerta como un pájaro en su rama. De retruque pensé en mí mismo. ¿Cómo me ubicaba yo en esa clasificación de Alexis? Me conmoví. Repasé toda mi vida en segundos como los que se están muriendo ahogados, según dicen. Perdido en palabras, como decía la voz del vacío; pero con dos cosas fuertes. Había estado siempre arrastrándome, como una anfisbena, culebra ciega; esperando absurdamente un par de alas; jugandito con todo, excepto con dos cosas; al lado de una verdad desconocida que habría de definirme. Nos sentamos en un banco de la avenida, en silencio, a la vista de Cuautémoc, ese príncipe caído, ambiguamente encumbrado por sus descendientes mestizos, en una ciudad extraña para él donde sus descendientes puros padecían ignominia. Y no era cuestión de etapas en un ciclo vital. Yo avanzaba y me devolvía al mismo tiempo. Era el que hacía todo lo que hacía y era otro. Me dejaba llevar y traer por las palabras. Los golpes y los ritmos del lenguaje me hacían reptar a su antojo; nunca los goberné. Sin embargo, era agudo observador, gran visionario y no carecía de fuerza. Relámpago. El cielo se derramó sobre la cabeza de Cuautémoc. Yo lo que soy es un acompañante, un escudero. Acompañante y escudero, escudero acompañante es el que nunca tuvo convicciones fuertes o las perdió; pero admira y ama al que sí las tiene, al caballero, y está dispuesto a servirle.

El escudero es mayor que el caballero, mejor conocedor del mundo, más prudente. Pero es el caballero quien se propone metas y decide la acción y la ejecuta, enhiesto y alerta como un pájaro en su rama. El escudero reptar y ondula como una culebra, no puede erguirse ni ver lejos; en su corazón no hay fuegos solares; pero puede ayudar y proteger sabiamente al caballero en cuestiones cercanas de orden práctico; su admiración por el caballero lo salva del acechante vacío y le promete una medalla de resplandor lunar, recompensa nocturna y modesta.

Yo lo que soy es un acompañante, un escudero. No pude serlo de Andrés porque no me necesitaba y era mayor que yo; pero de Alexis podía y debía serlo. Andrés mismo me había dado la clave. Por otra parte, Alexis sin proponérselo, me llevaría al punto donde yo podría adivinar la adivinanza. Esto comprendí.

Bueno, vale, vamos a remediar esa vaina de una vez. Me levanté. Vente conmigo. Me respetaba. Aceptaba mi autoridad. Si hubiera sido una broma se hubiera prestado a ella para complacerme. Pero no era una broma.

Llegamos al bosque de Chapultepec. Encontré el samán. Nos montamos. Chuquiaba igual de bien que yo. Me recosté en la ancha rama con los pies en la horqueta. Acuéstate tú en la rama de al lado y pon los pies en la misma horqueta. Cierra los ojos, dispara tu fusil y ten cuidado de no caerte. Los cerré yo también. Cuando los abrí me asusté. Creo que subimos demasiado alto, ¿puedes bajarte? Sus brazos y manos de niño no podrían rodear el grueso tronco. Ni yo. Bájate resbaladito y no te sueltes completo hasta que no estés cerca del suelo. Yo me bajé de igual forma. Se me pelaron las manos y sentí un puyazo en la barriga, pero me miré y no tenía nada.

Primera y última vez que me monto contigo en ese samán. Verdad, es muy alto. No es por eso, es por los sueños raros que uno tiene. ¿Y qué soñaste? No me acuerdo, pero eran sueños muy raros. Yo tampoco me acordaba. Nos fuimos para mi casa y estuvimos conversando mucho y haciendo muchos planes. Esa noche iba a haber reunión de varias familias en casa de Andrés.

Alexis se acostó temprano hoy porque se siente mal de la barriga. Es que come mucho. Le cabe más en el ojo que en la barriga. Yo por mi parte dejé a Andrés jugando caballito con Zoila y me incorporé al juego de ¿podré? Nunca antes hubiera abandonado su compañía. Voy a echar una vaina, le dije. Esperé mi turno para presentarme ante el rey, pálido rey bajo la luna llena, rey con insegura corona de cartón. El zumbido del río Apure casi se oía y casi no se oía entre las palabras del rey y de los súbditos. El barco grande, teorema grande, gran tauma, se balanceaba levemente, listo para partir, podía imaginarlo sobre el agua que abrigaba palometas y rayas dormidas. Redonda como un collar y va conmigo a la mar. Máquina sursí, máquina sursá, dame la sortija, dame la sortija que en tu mano está. Majestad, estoy postrado ante el trono y espero órdenes. Levántese. ¿Podré? Pueda Ud. Ya me levanté y ahora ¿qué hago? Bésele los pies a la reina. ¿Podré? Pueda Ud. Pero Darío le besó un solo pie. Penitencia: póngase en el medio del patio como si besara un pie. Me pareció que cumplía la penitencia llorando. Había ya varios penitentes. Felipito miraba la luna con los dos brazos levantados. Demetrio se persignaba y se persignaba. Manuelita se halaba las orejas. Me tocó el turno. Dé tres vueltas por el patio como un becerro perdido. ¿Podré? Pueda Ud. Las di berreando. Todos se reían. Ya di las tres vueltas como un becerro perdido; y ahora ¿qué hago? Móntese en el barco y navegue. ¿Podré? Pueda Ud. Me monté en un cajón vacío y comencé a hacer como si estuviera remando. No pidió permiso para remar. Vaya al fondo del patio, a los matorrales; cuente hasta mil y regrese a ponerse a las órdenes de su Majestad. Era la penitencia más temida. Las culebras. El Finfin. La Llorona. La bola de candela.

Caminé poco a poco hacia los matorrales en el fondo del patio. No eran tan oscuros como parecían de lejos. Los pasé. Llegué a la cerca, me metí por un portillo, salí al otro patio, solitario, sentí frío, salí a la calle por otro portillo y corrí hacia el muelle. El barco se balanceaba levemente. El marinero de guardia dormitaba, mientras llegaban los otros para la temprana partida, pues todo estaba listo ya. Me subí pasitico, fui hasta el bote salvavidas convenido. Allí bajo la lona estaba Alexis con la marusa de papelón y queso y las dos cantimploras. Le susurré al oído: Bajemos a la sentina. Nos escondimos en el rincón más apartado, detrás de un montón de sacos. Temblábamos. Lo único que tenemos que hacer es quedarnos quietecitos, que nadie nos descubra antes de que el barco llegue al océano. Para quedarse quietecito lo mejor es dormirse. Pero no podíamos dormirnos. Alexis rezumaba felicidad desde su agitación y yo no podía quitarme de la mente, no sé por qué, ni de dónde, una pequeña luna de plata vieja indiferente al fulgor de los astros